

CHATEAUBRAND

LA ATALA

2205  
8  
54

R. C.

PQ2  
A88  
185



1020026168

*Chateaubriand*

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG.

# LA ATALA.

**POR EL VIZCONDE DE CHATEAUBRIAND,**

TRADUCIDA

**POR DON MANUEL M. FLAMANT,**



CHATEAUBRIAND.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

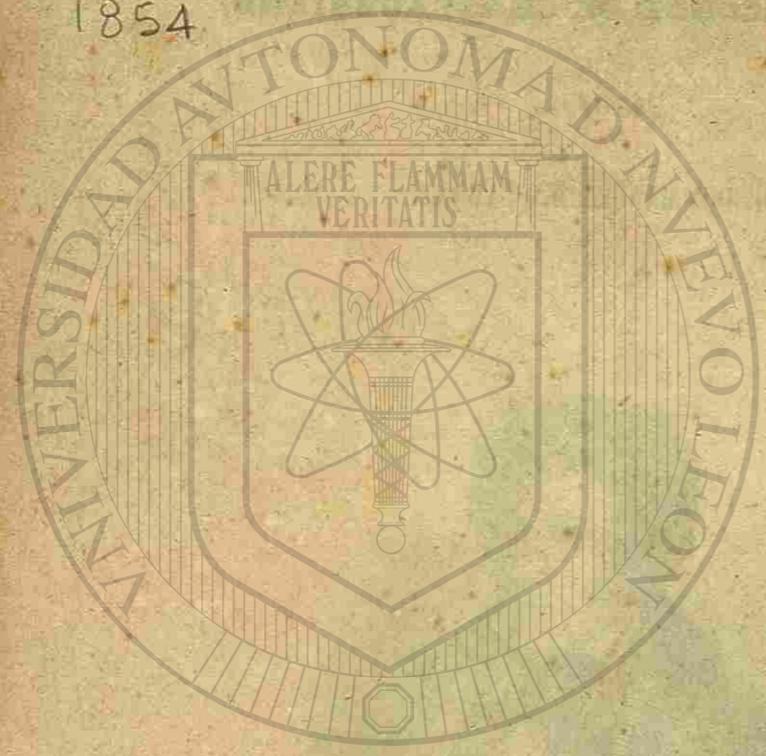
MADRID.  
IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES, RICARDO CARRUBIAS  
calle del Príncipe núm. 4.  
1854.

86128

29482

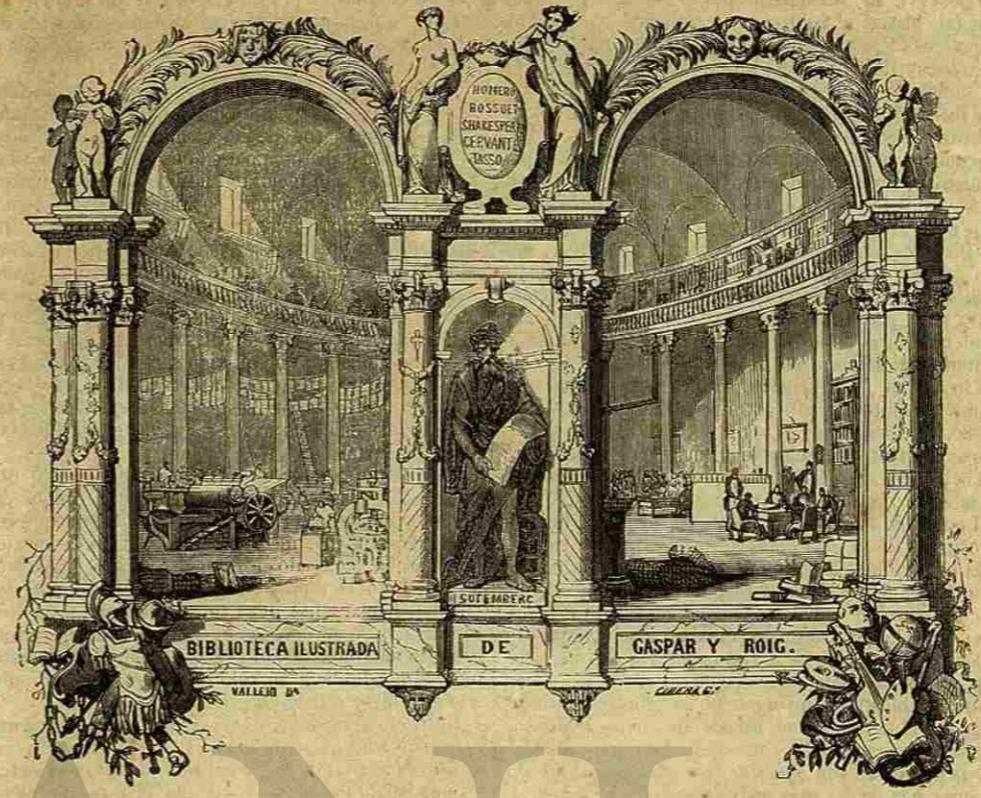
810  
Ch.

PQ 2205  
A 88  
1854



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



# LA ATALA.

## PREFACIO.

Por la carta precedente (1) se ve la causa que ha dado lugar á la publicacion de la *Atala* antes de mi obra el *Genio del Cristianismo*, de que forma parte, restándome ya solo manifestar el modo cómo ha sido compuesta.  
Era aun muy jóven cuando concebí la idea de hacer la *epopeya del hombre de la naturaleza*, ó sea pintar las costumbres de los salvajes relacionándolas con algun acontecimiento conocido. Despues del des-

(1) La carta de que aqui se trata fue publicada en el *Diario de los Debates* y en el *Publicista*; véla aqui:

«CIUDADANO:

«En mi obra, el *Genio del Cristianismo* ó las *Bellezas de la religion cristiana*, se halla una parte entera consagrada á la *poética del Cristianismo*. Esta parte se divide en cuatro libros: poesia, bellas artes, literatura y armonias de la Religion con las escenas de la naturaleza y las pasiones del corazon humano. En este libro examino muchos puntos que no han podido tener lugar en los precedentes, tales como los efectos de las ruinas góticas comparadas con otra clase de ruinas, los sitios de los monasterios en la soledad, etc. Este libro termina por una anécdota extractada de mis *Viajes á América*, y escrita en la chozas mismas de los salvajes: titúlase *Atala*, etc. Habiéndose extraviado algunas pruebas de esta historieta, me veo obligado á imprimirla aparte, sin esperar á la publicacion de mi gran obra,

cubrimiento de la América no he hallado asunto mas interesante, especialmente para los franceses, que la sangrienta matanza de la colonia de los Natchez en la Luisiana en 1727. Las tribus indias, conspirando por espacio de dos siglos de opresion, para dar la libertad al Nuevo-Mundo, me parecieron prestarse perfectamente á mi trabajo y ofrecerme un asunto casi tan magnífico como la conquista de Méjico. Tracé algunos fragmentos de esta obra en el papel; pero descubrí bien pronto que carecia de los verdaderos colores, y que si queria hacer una imágen que se pareciese al original, necesitaba, á ejemplo de Homero, visitar los pueblos que queria pintar. En 1789 participé á Mr. de Malesherbes el designio que abrigaba de pasar á América; pero deseando al mismo tiempo utilizar mi viaje, concebí el proyecto de descubrir por tierra el paso tan buscado, y acerca del cual el mismo Cook habia dudado. Partí: ví las soledades americanas, y volví con planos para realizar un segundo viaje que debia durar nueve años; proponíame atravesar todo el continente de la América septentrional, navegar en seguida á lo largo de las costas al Norte de la California, y volver por la bahía de Hudson dando vuelta

con el objeto de prevenir un accidente que me causaria infinito disgusto.  
«Si quereis, ciudadano, hacerme el obsequio de publicar mi carta, me prestareis un servicio importante. Tengo el honor, etc.»

al polo (1). Mr. de Malesherbes se encargó de presentar mis planos al gobierno, y entonces oyó este los primeros fragmentos de la obrita que hoy publico. La revolución destruyó todos mis proyectos. Cubierto con la sangre de mi hermano único, de mi cuñada y de su ilustre y anciano padre; habiendo visto morir á mi madre y á otra hermana de talento esclarecido, á consecuencia de los malos tratamientos que habia experimentado en los calabozos, vagué por tierras extrañas, donde fue asesinado en mis brazos el único amigo que conservaba (2).

De todos mis manuscritos relativos á América, solo he salvado algunos fragmentos, y en particular la *Atala*, que no es mas que un episodio de los *Natchez* (3). *Atala* ha sido escrita en el desierto, y bajo las chozas de los salvajes; ignoro si agradará al público esta historia que se aparta de todo lo conocido hasta hoy, y presenta una naturaleza y unas costumbres completamente extrañas á Europa. En la *Atala* no hay aventuras; es una especie de poema (4) en parte descriptivo y en parte dramático: todo consiste en la pintura de dos amantes que marchan y cazan en la soledad, presentando mi cuadro las turbulencias del amor en medio de la calma de los desiertos. He procurado dar á esta obra las formas mas antiguas, y la he dividido en prólogo, narración y epílogo. Las principales partes de la narración toman una denominación especial como los *cazadores*, los *labradores*, etc.; no de otro modo cantaban bajo diversos títulos los fragmentos de la *Iliada* y de la *Odisea*, los rapsodas de la Grecia en los primeros siglos.

Diré tambien que mi objeto no ha sido arrancar muchas lágrimas, pues me parece un error peligroso, propalado como tantos otros por Voltaire, que las obras de mérito son aquellas que mas hacen llorar. Dramas hay de los que nadie querría ser autor, y que desgarran el corazón, aunque de una manera muy distinta que la Eneida. No es ciertamente grande un escritor porque ponga el alma en tortura, pues las verdaderas lágrimas son las que hace correr una bella poesía, á la que vaya unida tanta admiración como dolor.

Hé aquí las palabras que Priamo dirige á Aquiles:

Ἀδρὸς κριδοροῖο ποτὶ στόμα κίρ' ὄριγεσθαι.

Juzga el exceso de mi desgracia, al tener que besar la mano del que ha dado muerte á mi hijo.

Así exclama José:

*Ego sum Joseph frater vester, quem vendidistis in Aegyptum.*

Yo soy José vuestro hermano, á quien vendisteis para Egipto.

Estas son las únicas lágrimas que deben humede-

(1) Mr. Mackencio ha ejecutado despues una parte de este plan.

(2) Estuvimos ambos cinco dias sin comer.

Mientras que mi familia era destruida de este modo, aprisionada ó desterrada, una de mis hermanas, que debia su libertad á la muerte de su marido, se hallaba en Fougères, pequeña ciudad de Bretaña. El ejército realista llegó, y presos ochocientos hombres del republicano, fueron condenados á ser pasados por las armas, pero mi hermana se echó á los pies de Mr. de La Rochejaquelein y consiguió el perdón de los prisioneros. Voló inmediatamente á Rennes, se presentó al tribunal revolucionario con los certificados que probaban habia salvado la vida á ochocientos hombres, y solo pidió por única recompensa se pudiese ea libertad á sus hermanas. El presidente del tribunal le respondió: *Sin duda serás una pícaro realista que mandaré guillotinar, pues los enemigos tienen tantas deferencias contigo. Por otra parte la república no te debe ningun favor: tiene demasiados defensores, y le falta pan.* Hé aquí los hombres de que Bonaparte ha librado á la Francia!

(3) Véase el prefacio de los *Natchez*.

(4) Necesito advertir que si me sirvo de la palabra *poe-*

cer las cuerdas de la lira. Las Musas son mujeres celestiales que no desfiguran sus facciones con artificios, y cuando lloran lo hacen con el secreto designio de embellecerse.

Por lo demás, no soy como Rousseau, un entusiasta de los salvajes, y aun cuando tenga tal vez tanta razon para quejarme de la sociedad como aquel filósofo tenia para alabarla, no creo que el estado de *pura naturaleza* sea el mejor del mundo. Yo lo he hallado demasadamente deforme por do quiera he tenido ocasion de verlo, y lejos de juzgar que el hombre que piensa es un animal depravado, creo que el pensamiento es lo que constituye el hombre. La palabra *naturaleza* lo ha desfigurado todo. Pintemos la naturaleza, pero la naturaleza bella, puesto que el arte no debe ocuparse en reproducir las monstruosidades.

La moralidad que he querido sacar de la *Atala*, es fácil de descubrir; y como está reasumida en el epílogo, no la repetiré en este lugar, anticipando tan solo algunas palabras acerca del carácter de Chactas, amante de *Atala*.

Este es un salvaje ya medio civilizado, puesto que no solo sabe las lenguas vivas, sino que conoce las muertas de Europa. En este concepto debe expresarse en un estilo intermedio y conveniente á la linea en que marcha, colocado entre la sociedad y la naturaleza. Esto me ha proporcionado alguna ventaja, haciéndole hablar en lengua salvaje para pintar las costumbres, y en europeo en el drama de la narración. Sin esto me hubiera sido preciso renunciar á la obra, pues si me hubiera servido siempre del estilo indio, *Atala* hubiese estado en griego para el lector.

Respecto al misionero, es un sencillo sacerdote que habla sin sonrojarse de la cruz, de la sangre de su divino Maestro, de la corrupcion de la carne, etc.; en una palabra es el sacerdote, tal cual es. Sé que es difícil pintar un carácter semejante sin despertar en la mente de ciertos lectores ideas ridiculas. Si no lo consigo haré reír. Júzguese.

Réstame solo una cosa que decir: ignoro por qué casualidad ha excitado la atención pública, mucho mas de lo que esperaba, una carta que dirigí á Mr. Fontanes. Yo creia que unas cuantas lineas de un autor desconocido pasarían desapercibidas; pero esto no obstante los papeles públicos parece han tenido una especie de complacencia en ocuparse de ella. Reflexionando acerca de este capricho del público, que ha fijado su atención en cosa de tan poco valor, pensé podria ser el título de mi gran obra el *Genio del Cristianismo*, etc. Tal vez se haya pensado se trataba de un asunto de partido, y que en ese libro me desataría en improprios contra la revolución y los filósofos.

Al presente está permitido sin duda, bajo un gobierno que no proscribiera ninguna opinión pacífica, tomar la defensa del Cristianismo, pues si hubo un tiempo en que solo tenían derecho á hablar los adversarios de aquella religion, hoy la liza está abierta, y los que piensan que el Cristianismo es poético y moral, pueden decirlo en alta voz, como los filósofos pueden sostener lo contrario. Me atrevo á creer que si la gran obra que he emprendido, y que no tardará en ver la luz pública, hubiera sido escrita por una mano mas hábil que la mia, la cuestion sería decisiva.

De cualquier modo que sea, estoy obligado á declarar que en el *Genio del Cristianismo* he prescindido de la revolución, y en general he guardado una medida que, segun todas las apariencias, no se tendrá conmigo.

ma es porque no sé hacerme entender de otro modo, pues no soy de los que confunden la prosa y el verso. El poeta, dígame lo que se quiera, es siempre el hombre por excelencia, y volúmenes enteros de prosa descriptiva no valen cincuenta hermosos versos de Homero, Virgilio ó Racine.

Hásemelo dicho que la mujer célebre (1) cuya obra formaba el asunto de mi carta, se ha quejado de un pasaje de ella. Permitirásme me tome la libertad de observar que no he sido yo el primero que ha empleado el arma que se me reprocha, y que me es odiosa, pues no he hecho otra cosa que rechazar el golpe que se dirigía á un hombre cuyo talento me he hecho un deber en admirar, y cuya persona amaré siempre tiernamente. Muy lejos he estado de ofender; pero si así ha sucedido, puede borrarse ese pasaje. Además, cuando se tiene la brillante existencia y el talento de madama Stael fácilmente se deben olvidar las pequeñas heridas que pueda hacer un solitario y un hombre tan ignorado como yo.

Diré por fin acerca de la *Atala*, que el asunto no es enteramente invención mia, pues es cierto hubo un salvaje en las galeras y en la corte de Luis XIV, así como lo es tambien que hubo un misionero francés que hizo las cosas que narro, no siéndolo menos que he hallado á los salvajes de los bosques americanos transportando los huesos de sus antepasados, y á una joven madre exponiendo el cuerpo de su hijo en las ramas de un árbol. Algunas otras circunstancias tambien son verdaderas, pero como no son de un interés general, las he omitido.

## PRÓLOGO.

La Francia poseia antiguamente en la América Septentrional dilatados dominios, que se extendian desde el Labrador hasta las Floridas, y desde las costas del Atlántico hasta los lagos mas remotos del Alto-Canadá.

Cuatro rios caudalosos, cuyos manantiales están en las mismas montañas, dividen aquellas inmensas regiones: el San Lorenzo, que se pierde hacia Oriente, en el golfo á que da su nombre; el rio de Occidente, que tributa sus aguas á mares ignorados; el Borbon, que se precipita de Mediodía á Norte, en la Bahía de Hudson; y el Meschacébé, verdadero nombre del Misisipi, que corre de Norte á Mediodía hasta perderse en el golfo de Méjico.

Riega este rio, en una extension de mas de mil leguas, una deliciosa region, denominada por los habitantes de los Estados-Unidos, el *Nuevo Eden*, y conocida por los franceses con el dulce nombre de *Luisiana*. Otros mil rios, tributarios del Meschacébé, el Misuri, el Illinois, el Akanza, el Ohio, el Wabache y el Tenaro, la benefician con su limo y la fertilizan con sus aguas. Cuando estos rios corren engrosados por las lluvias del invierno, y las tempestades han derribado bosques enteros, los árboles arrancados se agrupan en los manantiales. A poco tiempo, el légamo los asegura, las lianas los enlazan, y las numerosas plantas que en ellos se arraigan, concluyen por consolidar aquellos despojos, que arrastrados por las espumosas olas, siguen la corriente del Meschacébé. Este se apodera de ellos, los impele hasta el golfo Méjicano, y encallándolos en los bancos de arena, acrecienta el número de sus bocas. De tiempo en tiempo levanta su voz poderosa al pasar por los montes, y derrama sus desbordadas aguas, Nilo de los desiertos, en derredor de las columnas de los bosques y las pirámides de los sepulcros indios. Empero, como la gracia se muestra siempre unida á la magnificencia en las escenas de la naturaleza, hé aquí que mientras la corriente del centro empuja al mar los ya inertes pinos y encinas, en las dos corrientes laterales se ve subir á lo largo de las orillas, flotantes islas de pístia y de nenúfar, cuyas rosas amarillas desuellan á manera de pequeños pabellones. Las ser-

piantes verdes, las garzas reales azules, los flamencos de color de rosa, y los escamosos cocodrillos se embarcan, cual osados navegantes, en aquellos bajeles de flores; y la feliz colonia, desplegando al viento sus velas de oro, aborda en tranquilo sueño alguna oculta ensenada del rio.

Las orillas del Misisipi presentan el mas sorprendente panorama. En la margen occidental, las sábanas se extienden hasta perderse de vista, y alejándose sucesivamente, parecen desvanecerse en el azul del cielo; en estas praderas sin limites se ve vagar á su capricho rebaños de tres á cuatro mil búfalos silvestres. Tal vez, un decrepito bisonte, hendiendo las revueltas ondas, va á acostarse en las altas verbas de alguna isla del Meschacébé. Al ver su frente adornada de dos medias lunas, y su barba añosa y cubierta de limo, pudiera creerse el dios del rio, que dirige una mirada altiva á la extension de sus aguas y á la salvaje riqueza de sus orillas.

Si tal es la perspectiva de la orilla occidental, la oriental cambia por completo para formar un admirable contraste con aquella. Inclinados sobre las limpidas corrientes, agrupados sobre los peñascos y las montañas, ó dispersos por los valles, vistosos árboles de todas formas, de todos colores y perfumes, se confunden, crecen á la par, y se pierden en el aire á desmesurada altura. Las vides silvestres, las bignonias y las coluquintidas se entrelazan al pié de estos árboles, escalan sus ramas, se asen á sus copas y pasan del arco al tulipero, y de este al alcega, formando mil grutas, mil bóvedas y pórticos. Y acontece que perdidas de árbol en árbol, estas lianas atraviesan los diferentes brazos de los rios, sobre los cuales forman maravillosos puentes de flores. En el seno de estas enramadas levanta la magnolia su cono inmóvil, terminado en anchas rosas blancas, dominando todo el bosque, sin otro rival que la palmera, que mece levemente á su lado sus frondosos abanicos.

Multitud de animales colocados en aquellos retiros por la mano del Criador, esparcen en ellos el encanto y la vida. Desde la extremidad de las espesas arboledas descubrense los osos, que ébrios con el zumo de la vid, vacilan sobre las ramas de los olmos; los caribús se bañan en un lago, y las ardillas negras se solazan en los espesos ramajes, en tanto que los pájaros-burlones, las palomas de la Virginia, del tamaño de un pajarillo, bajan á los céspedes enrojecidos por las fresas; los papagayos verdes, de cabeza amarilla, los pico-verdes encarnados y los cardenales de color de fuego, saltan y giran en la extremidad de los cipreses; los colibris centellean sobre los jazmines de las Floridas, y las serpientes-cazadoras silban sobre los bosques y se columpian en ellos, á semejanza de las lianas.

Mas, si todo es silencio y reposo en las sábanas de la opuesta orilla del rio, todo aquí, por el contrario, es movimiento y murmullo: los picotazos de las aves en el tronco de las encinas; el rumor de los animales que marchan, pacen ó trituran entre sus dientes los frutos de los árboles; el murmurio de las aguas; los débiles gemidos, los sordos mugidos y los dulces arrullos, llenan los desiertos de gratas y salvajes armonías. Pero cuando el viento anima aquellas soledades, y estremece los cuerpos que flotan, confundiendo aquellas masas blancas, azules, verdes y de color de rosa; cuando mezcla todos los colores y reúne todos los murmullos, se exhalan tales rumores del fondo de los bosques, y la vista admira tales escenas, que fuera intento vano describir las á los que no han recorrido aquellos campos primitivos de la naturaleza.

Despues del descubrimiento del Meschacébé por el padre Marquette y el desgraciado La-Sala, los primeros franceses que se establecieron en el Biloxi y la Nueva-Orleans, contrajeron alianza con los Natchez,

(1) Madama Staël.

nación india, cuyo poder tenían aquellas regiones; pero las discordias y la envidia no tardaron en ensangrentar una tierra hospitalaria. Había entre los salvajes un anciano llamado *Chactas* (1), que por su edad, sabiduría y conocimiento de las cosas de la vida, era el patriarca y el amor de los desiertos, y que como todos los hombres, había comprado la virtud á espensas del infortunio. No solo fueron testigos de sus desgracias los bosques del Nuevo-Mundo, sino también las costas de la Francia. Preso en las galeras de Marsella, merced á una atroz injusticia, libre despues, y presentado á Luis XIV, había conversado con los grandes hombres de su siglo y asistido á las fiestas de Versailles, á las tragedias de Racine y á las oraciones fúnebres de Bossuet: en una palabra, había contemplado la sociedad en el apogeo de su esplendor.

Restituido despues de muchos años á su patria, *Chactas* disfrutaba de tranquilidad, aunque el cielo le vendió también muy caro este beneficio, pues había perdido la vista. Una joven le acompañaba por las orillas del *Meschacébé*, bien así como *Antígona* guiaba á *Edipo* por el *Citeron*, ó como *Malvina* conducía á *Orián* sobre las cumbres de *Morven*.

A pesar de las repetidas injusticias que *Chactas* había sufrido por parte de los franceses, amaba á estos entranablemente, pues recordaba siempre á *Fenelon*, cuyo huésped había sido, y deseaba poder dispensar algun favor á los compatriotas de tan virtuoso prelado. Esta ocasión se le presentó en 1723, pues un frances llamado *René*, impelido por sus pasiones y contratiempos, aborrió á la Luisiana, y subiendo el *Meschacébé*, llegó al país de los *Natchez*, y solicitó ser admitido como guerrero en esta nación. Habiéndole interrogado *Chactas*, y viendo que su resolución era irrevocable, adoptóle por hijo y le dió por esposa una india llamada *Celuta*. Poco despues de este enlace, los salvajes se prepararon para marchar á la caza del castor.

*Chactas*, aunque ciego, fue designado por el consejo de los saquems (2) como caudillo de la expedición: tal era el respeto que le tributaban las tribus indias. Empezaron las oraciones y los ayunos; los adivinos interpretaron los sueños; los manitús fueron consultados, ofreciéronse sacrificios de *petun*, y quemáronse trozos de lengua de danta, examinando si chisporroteaban en las llamas, para explorar la voluntad de los genios, y al fin se emprendió la marcha, no sin haber comido antes el perro sagrado; *René* tomó parte en la alegre comitiva. Impelidas por las corrientes, las piraguas subieron el *Meschacébé* y entraron en el *Ohio*. Era el otoño, y los magníficos desiertos de *Kentucky* se dilataban á la atónita vista del joven frances. Cierta noche, á la claridad de la luna, mientras los *natchez* dormían en sus piraguas, y la flota india levantando sus velas de pieles, huía á impulso de una ligera brisa, *René*, que había quedado solo con *Chactas*, pidió á este la narración de sus aventuras. El anciano se brindó á su deseo, y sentados ambos en la popa de la piragua, habló en estos términos:

## LA NARRACION.

### LOS CAZADORES.

«Muy singular es, en verdad, querido hijo mio, el destino que aqui nos reúne. Yo veo en tí al hombre civilizado que se ha hecho salvaje, y tú ves en mí al hombre salvaje, á quien el Gran Espíritu ignora

(1) La voz armoniosa.

(2) Ancianos ó consejeros.

por qué designios), ha querido civilizar. Uno y otro hemos entrado en la senda de la vida por sus dos opuestas extremidades; pero tú has venido á descansar en mi puesto, y yo he ido á sentarme en el tuyo; por esta razón debemos considerar los objetos bajo un punto de vista diametralmente opuesto. ¿Quién de nosotros ha ganado ó perdido mas en su cambio de situación? Arcano es este que solo conocen los genios, de los cuales el menos sabio atesora mas sabiduría que todos los hombres reunidos.

«A la próxima luna de las flores (3), se cumplirán siete veces diez nieves, y tres nieves mas (4), que mi madre me dió á luz en las orillas del *Meschacébé*. Los españoles se habían establecido poco antes en la bahía de *Panzacola*, pero ningun blanco habitaba aun en la Luisiana. Yo contaba apenas diez y siete caídas de hoja, cuando marché con mi padre, el guerrero *Utalisi*, contra los *Muscogulgos*, poderosa nación de las *Floridas*, é incorporándonos con los españoles, nuestros aliados, empenamos una batalla en uno de los brazos del *Maubile*; pero *Areskowi* (5) y los manitús no nos fueron propicios. Triunfaron, pues, los enemigos, mi padre perdió la vida, y en su defensa recibí dos heridas. ¡Oh! ¿Porqué no bajé entonces al país de las almas (6), substraéndome así á las desventuras que sobre la tierra me esperaban? Los espíritus lo decretaron de otra suerte, y me vi arrastrado por los fugitivos á *San Agustín*.

«En esta ciudad, recién construida por los españoles, me hallaba expuesto á ser llevado á las minas de *Méjico*, cuando un anciano español, llamado *Lopez*, movido á piedad al ver mi juventud y sencillez, me ofreció un asilo y me presentó á una hermana suya con quien vivía sin esposa.

«Entramos me cobraron el mas tierno cariño, y me educaron con esquisito celo, procurándome toda clase de maestros. Pero, despues de haber pasado treinta lunas en *San Agustín*, me asaltó un profundo hastío á la vida de las ciudades; me estenuaba visiblemente, y ora permanecía inmóvil horas enteras contemplando las cimas de los montes lejanos, ora me sentaba á la margen de un río, cuya corriente contemplaba con honda melancolía, pues mi fantasia me pintaba los bosques que sus aguas habían atravesado, y mi alma vivía esclusivamente en la soledad.

«No pudiendo resistir por mas tiempo mi deseo de tornar al desierto, presentéme una mañana á *Lopez*, vestido de salvaje, llevando en una mano mi arco y mis flechas, y en la otra mi traje europeo, que entregué á mi generoso protector, á cuyos pies caí derramando copiosas lágrimas. Apostroféme con los mas odiosos dictados, acuséme de ingratitud, y le dije: «¡Oh padre mio! Ya lo ves: moriré si no vuelvo á la vida india!»

«Absorto *Lopez*, se esforzó en disuadirme de mi propósito, y me hizo ver el peligro á que me exponía de caer de nuevo en manos de los *Muscogulgos*; pero viéndome resuelto á arrostrarlo todo, exclamó, anegado en lágrimas y estrechándome en sus brazos: «Vé, hijo de la naturaleza, vé á recobrar esa hermosa libertad que *Lopez* no quiere arrebatarte. Si fuese mas joven, te acompañaría al desierto, donde tengo también dulces recuerdos, y te entregaría á los abrazos de tu madre. Cuando te halles en las selvas que te vieron nacer, acuérdate algunas veces del anciano español que te dió franca hospitalidad; y recuerda también, para sentírte movido al amor de tus semejantes, que la primera prueba á que has sometido el corazón humano, te ha sido favorable.»

(3) El mes de mayo.

(4) Una nieve anual, ó lo que es lo mismo, setenta y tres años.

(5) Dios de la guerra.

(6) La otra vida.

Esto dicho, *Lopez* oró al Dios de los cristianos, cuyo culto me había negado á abrazar, y nos separamos mal reprimiendo nuestros sollozos.

«No tardé en recibir el castigo á que mi ingratitud me había hecho acreedor. Mi inexperiencia me extravió en los bosques, y caí en poder de una partida de *Muscogulgos* y *siminols*, como *Lopez* me lo había predicho, pues fui reconocido como *natche* por mi vestido y por las plumas que adornaban mi cabeza. Atáronme, pues, pero no con fuerza, en consideración á mi juventud. Habiendo *Simagan*, caudillo de la partida, querido saber mi nombre, le respondí: «Mi nombre es *Chactas*, y soy hijo de *Utalisi*, el hijo de *Miscú*, que han arrebatado mas de cien «cabelleras á los héroes *Muscogulgos*.» *Simagan* me replicó: «*Chactas*, hijo de *Utalisi*, el hijo de *Miscú*, ¿regocijate, pues no tardarás en ser quemado en la «gran ciudad.» Yo repuse: «¡Me regocijo!» Y entoné mi canción de muerte.

«Aunque prisionero, no podía, en los primeros dias, dejar de admirar á mis enemigos, pues el *Muscogulgo* y su aliado el *siminol*, respiran alegría, amor y contento. Su andar es ligero, su trato franco, y su aspecto tranquilo. Habla mucho y con rara volubilidad, y su lenguaje es armonioso y fácil. Ni aun el progreso de los años puede robar á los saquems su sencilla jovialidad; que á semejanza de las caducas aves de nuestros bosques, mezclan sus antiguos cantos con los nuevos trinos de su tierna posteridad.

«Las mujeres que acompañaban la partida enemiga, manifestaban una solícita piedad y una curiosidad ingénua hácia mi juventud; dirigíanme preguntas, acerca de mi madre y los primeros dias de mi vida, y querían saber si mi cuna de musgo se había mecido en las floridas ramas de los arces, y si las brisas me habían columpiado cabe los nidos de los pajarillos. Dirigíanme también otras mil preguntas relativamente al estado de mi corazón; si había visto en mis sueños una cierva blanca, y si los árboles del valle secreto me habían aconsejado que anase. Yo respondía candorosamente á las madres, á las doncellas y á las esposas de los hombres, y les decía: «Vosotros sois las gracias del día, y la noche os ama «como al rocío. El hombre sale de vuestro seno, para suspenderse de vuestro pecho y de vuestros labios; vosotras sabéis pronunciar palabras mágicas que adormecen todos los dolores. ¡Esto es lo que me «decía la mujer que me dió la vida, y que no volverá ya á verme! Y me decía además que las virgenes «son flores misteriosas, que crecen en lugares solitarios.»

«Estos elogios complacían no poco á las mujeres, que me rodeaban de presentes, trayéndome crema de nueces, azúcar de arce, sagamitas (1), pernils de oso, pieles de castor, mariscos que me sirviesen de galas, y musgo para mi lecho. Conmigo cantaban y reían, y luego lloraban al pensar que mi destino era ser presa de las llamas.

«Cierta noche en que los *Muscogulgos* habían establecido su campo á la entrada de un bosque, me hallaba sentado cerca del fuego de la guerra, con el cazador que me vigilaba, cuando de improvisó llegó á mi oído el leve roce de un vestido sobre la yerba, y vi á una mujer, medio encubierta, que vino á sentarse á mi lado. Las lágrimas rodaban por sus mejillas, y un pequeño crucifijo de oro brillaba sobre su pecho, al resplandor del fuego. Aunque su hermosura no era extremada, advertíase en su semblante cierto sello de virtud y amor, cuyo atractivo era irresistible y al cual unia las mas tiernas gracias: sus miradas respiraban una esquisita sensibilidad y una profunda melancolía, y su sonrisa era celestial.

«Al verla, me di á pensar que era la *Virgen de los*

(1) Especie de tortas de maíz.

últimos amores, virgen que el cielo envía al prisionero para rodear de encantos su tumba. En esta persuasión, le dije con voz trémula, y con una agitación que no procedía del temor á la hoguera: «¡Virgen! «Digna eres de los primeros amores; que no has sido formada para los últimos. Los movimientos de «un corazón que en breve cesará de latir, responderían harto mal á las palpitaciones del tuyo. ¿Cómo «hermanar la muerte con la vida? Tú me harías amar «demasiado la existencia; ¡sea, pues, otro hombre «mas venturoso que yo, y únense la liana y la encina «en largos abrazos!»

«La misteriosa joven me respondió: «No soy la «virgen de los últimos amores. ¿Eres cristiano?» Yo le repliqué que no había sido infiel á los genios tutelares de mi cabaña. Al oír estas palabras, la india hizo un involuntario movimiento, y me dijo: «Deploro «que seas un vil idólatra. Mi madre me ha hecho «cristiana; *Atala* es mi nombre, y soy hija de *Simagan*, el de los braceletes de oro, el caudillo de los «guerreros que te rodean. Nos dirigimos á *Apalachucela*, donde serás arrojado á la hoguera. Esto diciéndolo, *Atala* se levantó y se ocultó á mi vista.»

«Al llegar aquí, *Chactas* se vió precisado á interrumpir su narración. Los recuerdos se agolparon en su alma, y sus apagados ojos inundaron en lágrimas sus rugosas mejillas: no de otro modo, dos manantiales ocultos en las profundas entrañas de la tierra, filtran sus ignoradas aguas por entre los rudos peñascos.

«Reanudando al fin el hilo de su discurso, prosiguió: «¡Oh, hijo mio! Ya ves cuan pequeño es *Chactas*, á pesar de su reputación de sabio. ¡Ay! aun cuando los hombres no puedan ya ver, pueden llorar! Durante muchas noches la hija del saquem vino á verme, pero sin proferir palabra. El sueño había huído de mis ojos, y *Atala* se pintaba en mi corazón, grata como un recuerdo del hogar paterno.

«Al día décimo séptimo de marcha, y á la hora en que la efímera sale de las aguas, entramos en la gran sabana de *Alachua*, rodeada de colinas, que mostrándose unas tras otras, sustentan en unas cimas que se pierden en las nubes, bosques de copalmas, de limoneros, de magnolias y encinas. El caudillo dió el grito de llegada, y la tropa acampó al pie de las colinas. Fui colocado á alguna distancia á orillas de uno de esos pozos naturales, tan célebres en las *Floridas*; estaba atado al tronco de un árbol, y un guerrero me custodiaba impaciente. Pocos momentos había pasado allí, cuando *Atala* se dejó ver sobre los líquidambares de la fuente. «¡Cazador! dijo al soldado *Muscogulgo*, si quieres seguir la pista del corzo, yo guardaré al prisionero.» El guerrero dió un salto de alegría al oír estas palabras de la hija del caique; y lanzándose desde la cima de la colina, se perdió en la llanura.

«¡Inexplicable contradicción del corazón humano! Yo, que tanto había deseado decir las cosas del misterio á la mujer á quien amaba ya como al sol, turbado y mudo á la sazón, hubiera preferido ser arrojado á los cocodrilos de la fuente, á encontrarme solo con *Atala*. La hija del desierto se sentía no menos confusa que su prisionero, y ambos guardábamos un profundo silencio, pues los genios del amor nos habían dejado sin palabras; al fin, *Atala*, haciendo un esfuerzo, dijo: «¡Guerrero! Estás ligeramente preso, y puedes huir sin dificultad.» Al oír tales razones, mi lengua recobró su soltura y respondí: «¡Ligeramente preso, oh mujer...! Y no supe terminar la frase. *Atala* me replicó, despues de algunos momentos de duda: «¡Salvate!» y me desató del tronco del árbol. Yo tomé la cuerda, y la puse en la mano de la joven extranjera obligando sus hermosos dedos á cerrarse sobre ella, gritando: «¡Tómala, tómala!» Eres un insensato, me dijo *Atala* con turbado acen-

nación india, cuyo poder tenían aquellas regiones; pero las discordias y la envidia no tardaron en ensangrentar una tierra hospitalaria. Había entre los salvajes un anciano llamado *Chactas* (1), que por su edad, sabiduría y conocimiento de las cosas de la vida, era el patriarca y el amor de los desiertos, y que como todos los hombres, había comprado la virtud á espensas del infortunio. No solo fueron testigos de sus desgracias los bosques del Nuevo-Mundo, sino también las costas de la Francia. Preso en las galeras de Marsella, merced á una atroz injusticia, libre despues, y presentado á Luis XIV, había conversado con los grandes hombres de su siglo y asistido á las fiestas de Versailles, á las tragedias de Racine y á las oraciones fúnebres de Bossuet: en una palabra, había contemplado la sociedad en el apogeo de su esplendor.

Restituido despues de muchos años á su patria, *Chactas* disfrutaba de tranquilidad, aunque el cielo le vendió también muy caro este beneficio, pues había perdido la vista. Una joven le acompañaba por las orillas del *Meschacébé*, bien así como *Antígona* guiaba á *Edipo* por el *Citeron*, ó como *Malvina* conducía á *Orián* sobre las cumbres de *Morven*.

A pesar de las repetidas injusticias que *Chactas* había sufrido por parte de los franceses, amaba á estos entranablemente, pues recordaba siempre á *Fenelon*, cuyo huésped había sido, y deseaba poder dispensar algun favor á los compatriotas de tan virtuoso prelado. Esta ocasión se le presentó en 1725, pues un frances llamado *René*, impelido por sus pasiones y contratiempos, aborrió á la Luisiana, y subiendo el *Meschacébé*, llegó al país de los *Natchez*, y solicitó ser admitido como guerrero en esta nación. Habíendole interrogado *Chactas*, y viendo que su resolución era irrevocable, adoptóle por hijo y le dió por esposa una india llamada *Celuta*. Poco despues de este enlace, los salvajes se prepararon para marchar á la caza del castor.

*Chactas*, aunque ciego, fue designado por el consejo de los saquems (2) como caudillo de la expedición: tal era el respeto que le tributaban las tribus indias. Empezaron las oraciones y los ayunos; los adivinos interpretaron los sueños; los manitús fueron consultados, ofreciéronse sacrificios de *petun*, y quemáronse trozos de lengua de danta, examinando si chisporroteaban en las llamas, para explorar la voluntad de los genios, y al fin se emprendió la marcha, no sin haber comido antes el perro sagrado; *René* tomó parte en la alegre comitiva. Impelidas por las corrientes, las piraguas subieron el *Meschacébé* y entraron en el *Ohio*. Era el otoño, y los magníficos desiertos de *Kentucky* se dilataban á la atónita vista del joven frances. Cierta noche, á la claridad de la luna, mientras los *natchez* dormían en sus piraguas, y la flota india levantando sus velas de pieles, huía á impulso de una ligera brisa, *René*, que había quedado solo con *Chactas*, pidió á este la narración de sus aventuras. El anciano se brindó á su deseo, y sentados ambos en la popa de la piragua, habló en estos términos:

## LA NARRACION.

### LOS CAZADORES.

«Muy singular es, en verdad, querido hijo mio, el destino que aqui nos reúne. Yo veo en tí al hombre civilizado que se ha hecho salvaje, y tú ves en mí al hombre salvaje, á quien el Gran Espíritu ignora

(1) La voz armoniosa.

(2) Ancianos ó consejeros.

por qué designios), ha querido civilizar. Uno y otro hemos entrado en la senda de la vida por sus dos opuestas extremidades; pero tú has venido á descansar en mi puesto, y yo he ido á sentarme en el tuyo; por esta razón debemos considerar los objetos bajo un punto de vista diametralmente opuesto. ¿Quién de nosotros ha ganado ó perdido mas en su cambio de situación? Arcano es este que solo conocen los genios, de los cuales el menos sabio atesora mas sabiduría que todos los hombres reunidos.

«A la próxima luna de las flores (3), se cumplirán siete veces diez nieves, y tres nieves mas (4), que mi madre me dió á luz en las orillas del *Meschacébé*. Los españoles se habían establecido poco antes en la bahía de *Panzacola*, pero ningun blanco habitaba aun en la Luisiana. Yo contaba apenas diez y siete caídas de hoja, cuando marché con mi padre, el guerrero *Utalisi*, contra los *Muscogulgos*, poderosa nación de las *Floridas*, é incorporándonos con los españoles, nuestros aliados, empenamos una batalla en uno de los brazos del *Maubile*; pero *Areskowi* (5) y los manitús no nos fueron propicios. Triunfaron, pues, los enemigos, mi padre perdió la vida, y en su defensa recibí dos heridas. ¡Oh! ¿Porqué no bajé entonces al país de las almas (6), substraéndome así á las desventuras que sobre la tierra me esperaban? Los espíritus lo decretaron de otra suerte, y me vi arrastrado por los fugitivos á *San Agustín*.

«En esta ciudad, recién construida por los españoles, me hallaba expuesto á ser llevado á las minas de *Méjico*, cuando un anciano español, llamado *Lopez*, movido á piedad al ver mi juventud y sencillez, me ofreció un asilo y me presentó á una hermana suya con quien vivía sin esposa.

«Entramos me cobraron el mas tierno cariño, y me educaron con esquisito celo, procurándome toda clase de maestros. Pero, despues de haber pasado treinta lunas en *San Agustín*, me asaltó un profundo hastío á la vida de las ciudades; me estenuaba visiblemente, y ora permanecía inmóvil horas enteras contemplando las cimas de los montes lejanos, ora me sentaba á la margen de un río, cuya corriente contemplaba con honda melancolía, pues mi fantasia me pintaba los bosques que sus aguas habían atravesado, y mi alma vivía esclusivamente en la soledad.

«No pudiendo resistir por mas tiempo mi deseo de tornar al desierto, presentéme una mañana á *Lopez*, vestido de salvaje, llevando en una mano mi arco y mis flechas, y en la otra mi traje europeo, que entregué á mi generoso protector, á cuyos pies caí derramando copiosas lágrimas. Apostroféme con los mas odiosos dictados, acuséme de ingratitud, y le dije: «¡Oh padre mio! Ya lo ves: moriré si no vuelvo á la vida india!»

«Absorto *Lopez*, se esforzó en disuadirme de mi propósito, y me hizo ver el peligro á que me exponía de caer de nuevo en manos de los *Muscogulgos*; pero viéndome resuelto á arrostrarlo todo, exclamó, anegado en lágrimas y estrechándome en sus brazos: «Vé, hijo de la naturaleza, vé á recobrar esa hermosa libertad que *Lopez* no quiere arrebatarte. Si fuese mas joven, te acompañaría al desierto, donde tengo también dulces recuerdos, y te entregaría á los abrazos de tu madre. Cuando te halles en las selvas que te vieron nacer, acuérdate algunas veces del anciano español que te dió franca hospitalidad; y recuerda también, para sentírte movido al amor de tus semejantes, que la primera prueba á que has sometido el corazón humano, te ha sido favorable.»

(3) El mes de mayo.

(4) Una nieve anual, ó lo que es lo mismo, setenta y tres años.

(5) Dios de la guerra.

(6) La otra vida.

Esto dicho, *Lopez* oró al Dios de los cristianos, cuyo culto me había negado á abrazar, y nos separamos mal reprimiendo nuestros sollozos.

«No tardé en recibir el castigo á que mi ingratitud me había hecho acreedor. Mi inexperiencia me extravió en los bosques, y caí en poder de una partida de *Muscogulgos* y *siminols*, como *Lopez* me lo había predicho, pues fui reconocido como *natche* por mi vestido y por las plumas que adornaban mi cabeza. Atáronme, pues, pero no con fuerza, en consideración á mi juventud. Habiendo *Simagan*, caudillo de la partida, querido saber mi nombre, le respondí: «Mi nombre es *Chactas*, y soy hijo de *Utalisi*, el hijo de *Miscú*, que han arrebatado mas de cien «cabelleras á los héroes *Muscogulgos*.» *Simagan* me replicó: «*Chactas*, hijo de *Utalisi*, el hijo de *Miscú*, ¿regocijate, pues no tardarás en ser quemado en la «gran ciudad.» Yo repuse: «¡Me regocijo!» Y entoné mi canción de muerte.

«Aunque prisionero, no podía, en los primeros dias, dejar de admirar á mis enemigos, pues el *Muscogulgo* y su aliado el *siminol*, respiran alegría, amor y contento. Su andar es ligero, su trato franco, y su aspecto tranquilo. Habla mucho y con rara volubilidad, y su lenguaje es armonioso y fácil. Ni aun el progreso de los años puede robar á los saquems su sencilla jovialidad; que á semejanza de las caducas aves de nuestros bosques, mezclan sus antiguos cantos con los nuevos trinos de su tierna posteridad.

«Las mujeres que acompañaban la partida enemiga, manifestaban una solícita piedad y una curiosidad ingénua hácia mi juventud; dirigíanme preguntas, acerca de mi madre y los primeros dias de mi vida, y querían saber si mi cuna de musgo se había mecido en las floridas ramas de los arces, y si las brisas me habían columpiado cabe los nidos de los pajarillos. Dirigíanme también otras mil preguntas relativamente al estado de mi corazón; si había visto en mis sueños una cierva blanca, y si los árboles del valle secreto me habían aconsejado que anase. Yo respondía candorosamente á las madres, á las doncellas y á las esposas de los hombres, y les decía: «Vosotros sois las gracias del día, y la noche os ama «como al rocío. El hombre sale de vuestro seno, para suspenderse de vuestro pecho y de vuestros labios; vosotras sabéis pronunciar palabras mágicas que adormecen todos los dolores. ¡Esto es lo que me «decía la mujer que me dió la vida, y que no volverá ya á verme! Y me decía además que las virgenes «son flores misteriosas, que crecen en lugares solitarios.»

«Estos elogios complacían no poco á las mujeres, que me rodeaban de presentes, trayéndome crema de nueces, azúcar de arce, sagamitas (1), pernils de oso, pieles de castor, mariscos que me sirviesen de galas, y musgo para mi lecho. Conmigo cantaban y reían, y luego lloraban al pensar que mi destino era ser presa de las llamas.

«Cierta noche en que los *Muscogulgos* habían establecido su campo á la entrada de un bosque, me hallaba sentado cerca del fuego de la guerra, con el cazador que me vigilaba, cuando de improviso llegó á mi oído el leve roce de un vestido sobre la yerba, y vi á una mujer, medio encubierta, que vino á sentarse á mi lado. Las lágrimas rodaban por sus mejillas, y un pequeño crucifijo de oro brillaba sobre su pecho, al resplandor del fuego. Aunque su hermosura no era extremada, advertíase en su semblante cierto sello de virtud y amor, cuyo atractivo era irresistible y al cual unia las mas tiernas gracias: sus miradas respiraban una esquisita sensibilidad y una profunda melancolía, y su sonrisa era celestial.

«Al verla, me di á pensar que era la *Virgen de los*

(1) Especie de tortas de maíz.

últimos amores, virgen que el cielo envía al prisionero para rodear de encantos su tumba. En esta persuasión, le dije con voz trémula, y con una agitación que no procedía del temor á la hoguera: «¡Virgen! «Digna eres de los primeros amores; que no has sido formada para los últimos. Los movimientos de «un corazón que en breve cesará de latir, responderían harto mal á las palpitaciones del tuyo. ¿Cómo «hermanar la muerte con la vida? Tú me harías amar «demasiado la existencia: ¡sea, pues, otro hombre «mas venturoso que yo, y únense la liana y la encina «en largos abrazos!»

«La misteriosa joven me respondió: «No soy la virgen de los últimos amores. ¿Eres cristiano?» Yo le repliqué que no había sido infiel á los genios tutelares de mi cabaña. Al oír estas palabras, la india hizo un involuntario movimiento, y me dijo: «Deploro «que seas un vil idólatra. Mi madre me ha hecho «cristiana; *Atala* es mi nombre, y soy hija de *Simagan*, el de los braceletes de oro, el caudillo de los «guerreros que te rodean. Nos dirigimos á *Apalachucela*, donde serás arrojado á la hoguera. Esto diciéndolo, *Atala* se levantó y se ocultó á mi vista.»

«Al llegar aquí, *Chactas* se vió precisado á interrumpir su narración. Los recuerdos se agolparon en su alma, y sus apagados ojos inundaron en lágrimas sus rugosas mejillas: no de otro modo, dos manantiales ocultos en las profundas entrañas de la tierra, filtran sus ignoradas aguas por entre los rudos peñascos.

«Reanudando al fin el hilo de su discurso, prosiguió: «¡Oh, hijo mio! Ya ves cuan pequeño es *Chactas*, á pesar de su reputación de sabio. ¡Ay! aun cuando los hombres no puedan ya ver, pueden llorar! Durante muchas noches la hija del saquem vino á verme, pero sin proferir palabra. El sueño había huído de mis ojos, y *Atala* se pintaba en mi corazón, grata como un recuerdo del hogar paterno.

«Al día décimo séptimo de marcha, y á la hora en que la efímera sale de las aguas, entramos en la gran sabana de *Alachua*, rodeada de colinas, que mostrándose unas tras otras, sustentan en unas cimas que se pierden en las nubes, bosques de copalmas, de limoneros, de magnolias y encinas. El caudillo dió el grito de llegada, y la tropa acampó al pie de las colinas. Fui colocado á alguna distancia á orillas de uno de esos pozos naturales, tan célebres en las *Floridas*; estaba atado al tronco de un árbol, y un guerrero me custodiaba impaciente. Pocos momentos había pasado allí, cuando *Atala* se dejó ver sobre los líquidambares de la fuente. «¡Cazador! dijo al soldado *Muscogulgo*, si quieres seguir la pista del corzo, yo guardaré al prisionero.» El guerrero dió un salto de alegría al oír estas palabras de la hija del cacique; y lanzándose desde la cima de la colina, se perdió en la llanura.

«¡Inexplicable contradicción del corazón humano! Yo, que tanto había deseado decir las cosas del misterio á la mujer á quien amaba ya como al sol, turbado y mudo á la sazón, hubiera preferido ser arrojado á los cocodrilos de la fuente, á encontrarme solo con *Atala*. La hija del desierto se sentía no menos confusa que su prisionero, y ambos guardábamos un profundo silencio, pues los genios del amor nos habían dejado sin palabras; al fin, *Atala*, haciendo un esfuerzo, dijo: «¡Guerrero! Estás ligeramente preso, y puedes huir sin dificultad.» Al oír tales razones, mi lengua recobró su soltura y respondí: «¡Ligeramente preso, oh mujer...! Y no supe terminar la frase. *Atala* me replicó, despues de algunos momentos de duda: «¡Salvate!» y me desató del tronco del árbol. Yo tomé la cuerda, y la puse en la mano de la joven extranjera obligando sus hermosos dedos á cerrarse sobre ella, gritando: «¡Tómala, tómala!» Eres un insensato, me dijo *Atala* con turbado acen-

«to. ¡Desventurado! ¿Ignoras que te aguarda una hoguera? ¿Qué pretendes? ¿Has olvidado que soy la hija de un respetable saquem?—«Hubo un tiempo, me respondí con lágrimas, en que fui llevado también por mi madre en una piel de castor. Mi padre era dichoso dueño de una hermosa cabaña, y sus rebañeros bebían en las aguas de mil torrentes; ahora tempero, vago por la tierra sin patria ni hogar. Cuando deje de existir, ningún amigo acudirá á cubrir con un puñado de yerba mi cadáver, para preservarlo de las moscas. Los restos de un extranjero sin fortuna á nadie interesan.»

«Mis palabras enternecieron á Atala, cuyas lágrimas se confundían con las aguas de la fuente. «¡Ah! repuse con viveza; ¡si tu corazón hablase como el mío! ¿No es libre el desierto? ¿No tienen los bosques, recónditos albergues que nos oculten? ¿Necesitan acaso los hijos de las cabañas, de muchas cosas para ser felices? ¡Oh tú, mas hermosa que el primer sueño del esposo! ¡Oh, querida mía! no temas seguir mis pasos.» Estas fueron mis palabras. Atala me respondió con ternura: «¡Jóven amigo mío! has aprendido la lengua de los blancos, y no es difícil engañar á una india.—«Cómo! exclamé: me apellidas tu jóven amigo! ¡Ah! si un pobre esclavo... ¡Si! ¡si! replicó, inclinandose en mi pecho; un pobre esclavo...» Yo repliqué con vehemencia: ¡Prenda de tu fe me sea un beso!» Atala escuchó mi ruego: yo quedé suspenso de sus labios como un cervatillo parece pender de los flores de lianas de rosado color, que ase con delicada lengua, en las faldas de la montaña.

«¡Ah, hijo mío! ¡el dolor sigue de cerca á los pasos del placer! ¿Quién hubiera podido imaginar que el momento en que Atala me daba la primera prenda de su amor, sería el mismo en que destruyese mis esperanzas? Blancos cabellos del viejo Chaetas, grande fue vuestro asombro cuando la hija del saquem pronunció estas palabras: «¡Hermoso prisionero! He cedido con harta imprudencia á tu deseo; pero; ¿adonde nos conducirá esta pasión? Mi religion me separa de tí para siempre... ¡Oh madre mía! ¿qué has hecho?» Atala calló de repente, y retuvo no sé qué fatal secreto, próximo á huir de sus labios. Sus palabras me abismaron en la desesperación. ¡Pues bien! exclamé, seré tan cruel como tú: ¡no esperes que huya! Me verás en el cuadro de fuego; oirás los chasquidos de mis carnes, y te recogerás. Atala tomó mis manos entre las suyas, diciendo: «¡Pobre idólatra! en verdad, te compadezco! ¿quieres pues, que llóre con todo mi corazón? ¿Porque no me es dado huir contigo? ¡Desgraciado ha sido, Atala, el vientre de tu madre! ¿Por qué no te arrojas á los cocodrilos de la fuente?»

«Era la hora del ocaso, y como los cocodrilos empezasen á hacer oír sus sordos rugidos, Atala me dijo, poseída de terror: «¡Abandonemos estos lugares! Entonces conduje á la hija de Simagan al pie de las colinas que formaban anchos golfos de verdor, al internar sus promontorios en la sábana. La tranquilidad y la magnificencia reinaban en el desierto: la cigüeña chillaba en su nido; los bosques repetían el monótono canto de las codornices, los silbidos de las cotorras, los mugidos de los bisontes y los relinchos de los caballos siminoles.

«Nuestros paseo fue mudo. Yo caminaba al lado de Atala, que tenía asida la extremidad de la cuerda, que le había obligado á tomar. Algunas veces llorábamos, y otras nos esforzábamos por sonreír. Unas miradas que ora se dirigían al cielo, ora se fijaban en la tierra; una atención profunda al canto de cualquiera avecilla, un involuntario ademán hacia el sol que se perdía en el horizonte; una mano estrechada con íntima ternura; un pecho, ya palpitante, ya tranquilo; los nombres de Chaetas y de Atala, dulce y alternativamente repetidos... ¡Oh primer paso del

amor! ¡Muy poderoso debe ser el ascendiente de tu recuerdo, cuando despues de tantos años de infortunios, conmueves todavía el corazón del viejo Chaetas!

«¡Cuán incomprensibles son los mortales, agitados por el torbellino de las pasiones! Yo acababa de abandonar al generoso Lopez, y de exponerme á todos los peligros para recobrar mi libertad; y en un instante, la mirada de una mujer había cambiado mis gustos, mis resoluciones, mis pensamientos; y olvidando mi país, mi madre y la muerte horrorosa que me esperaba, me mostraba del todo indiferente á cuanto no era Atala. Sin fuerza para elevarme á la razón concedida al hombre, había caído de repente en una especie de infancia; y lejos de poder hacer cosa alguna para sustraerme á una inminente catástrofe, érame casi necesario que los demás se ocupasen de mi sueño y alimento.

«En vano, pues, me pidió de nuevo Atala que la abandonase, arrojándose á mis piés, porque lejos de oír sus ruegos, le aseguré que regresaría solo al campo, si se negaba á atarme segunda vez al tronco del árbol. Vióse, pues, precisada á complacerme, esperando convencerme en ocasion mas oportuna.

«Al día siguiente del en que quedó decidido el destino de mi vida, nos detuvimos en un valle poco distante de Cuscowilla, capital de los Siminoles, que unidos con los Muscogulgos, forman con ellos la confederación de los Creeks. La hija del país de las palmeras vino á buscarme á media noche, y me condujo á un extenso pinar, renovando sus súplicas para que huyese. Sin responderle palabra, tomé su mano en la mía, y obliqué á la tímida cervatilla á vagar conmigo en el bosque. La noche era deliciosa: el genio de los aires sacudía su azul cabellera, embalsamada por los pinos, y se respiraba el leve olor de ámbar que exhalaban los cocodrilos, ocultos bajo los tamarindos de los rios. Brillaba la luna en medio del purísimo cielo, y su plateado resplandor bañaba los indeterminados perfiles de los montes. Ningun rumor llegaba á nuestros oídos, si se exceptúa cierta indefinible y lejana armonía que llenaba la profundidad de los bosques: pudiera decirse que el alma de la soledad suspiraba en toda la extension del desierto.

«Abismados en nuestros pensamientos, descubrimos al través de los árboles á un jóven que empuñando una antorcha, parecía el genio de la primavera recorriendo los bosques para reanimar la adormecida naturaleza. Era un amante que se encaminaba á la cabaña de su amada, para conocer la suerte reservada á su amor.

«Si la virgen, decía, apaga mi antorcha, señal es de que acepta los prometidos votos; mas si se cubre sin apagarla, me desdena como esposo.

«Y el guerrero, deslizándose á través de las sombras, cantaba en voz remisa estas palabras:

«Me anticiparé á los pasos del día en la cima de las montañas, para buscar á mi solitaria paloma entre las encinas del bosque.

«He suspendido á su cuello un collar de porcelanas (1), en que hay tres cuentas rojas para mi amor, tres de color de violeta para mis temores, y tres azules para mis esperanzas.

«Mila tiene los ojos de un armiño, y la ondulosa cabellera de un campo de arroz; su boca es un marisco de color de rosa, rodeado de perlas; y sus pechos se asemejan á dos corzos sin mancha, nacidos en un mismo día, de una misma madre.

«¡Ojalá que Mila apague esta antorcha! ¡Ojalá que sus labios derramen sobre ella una sombra voluptuosa! Yo fertilizaré su seno; la esperanza de la patria penderá de sus fecundos pechos, y fumaré mi calumet de paz sobre la cuna de mi hijo.

(1) Especie de mariscos.

«¡Ah! ¡Dejad que me anticipe á los pasos del día en la cima de las montañas, para buscar á mi solitaria paloma entre las encinas del bosque.»

«Así cantaba aquel jóven, cuyos acentos agitaron profundamente mi alma, demudaron el semblante de Atala, y estremecieron nuestras enlazadas manos. Pero de aquella escena vino á distraernos otra no menos peligrosa para nosotros.

«Pasábamos á la sazón cerca del sepulcro de un niño, que servía de límite á dos naciones, pues habíanlo colocado á orillas del camino, según la costumbre establecida, para que los jóvenes pudiesen, al ir á la fuente, atraer á su seno el alma de la inocente criatura y devolverla á la patria. Veíanse allí en aquel momento muchas nuevas esposas, que anhelandoz gozar las dulzuras de la maternidad, intentaban, entreabriendo sus labios, recoger el alma del niño, que creían ver vagar sobre las flores. La verdadera madre acudió luego á colocar un haz de maíz y un manojito de azucenas sobre la tumba; y sentándose en los húmedos céspedes, y regando la tierra con su leche, habló así á su hijo con cariñoso acento:

«¡Por qué te he llorado en tu cuna de tierra, ó hijo mío! Cuando el pajarillo se hace grande, le es preciso buscarse su sustento, y halla en el desierto muchas semillas amargas. Tú, á lo menos, no has conocido las lágrimas; á lo menos tu corazón no se ha visto expuesto al soplo destructor de los hombres. El capullo que se marchita en su cáliz, pasa con todos sus perfumes, como has pasado tú, ¡hijo mío! con toda tu inocencia. ¡Felices los que mueren en la cuna, porque ellos no han conocido sino los besos y las sonrisas maternas!»

«Subyugados ya por nuestro corazón, nos sentimos abrumados por las dulces imágenes del amor y de la maternidad, que parecían ágnes en aquellas encantadas soledades. Llevé á Atala en mis brazos al fondo del bosque, y le dije cosas que en vano intentarían mis labios repetir hoy. El viento del Mediodía, mi querido René, pierde todo su calor cuando atraviesa montañas cubiertas de nieve; las reminiscencias del amor en el corazón de un anciano son los rayos del sol reflejados por el tranquilo disco de la luna durante la ausencia de aquel, y cuando el silencio reina en las cabañas de los salvajes.

«¿Quién podía salvar á Atala? ¿quién lograría evitar el triunfo de la naturaleza? Solamente un milagro, y este milagro se realizó. La hija de Simagan recurrió al Dios de los cristianos: postróse en tierra y pronunció una ferviente plegaria á su madre y á la Reina de las vírgenes. Desde aquel momento, ¡oh René! concebí una alta idea de esa religion, que en los bosques y en medio de todas las privaciones de la vida, puede colmar de mercedes á los desgraciados; de esa religion que, oponiendo su poder al torrente de las pasiones, basta para vencerlas cuando las lisonjean de consuno el impenetrable secreto de los bosques, la ausencia de los hombres, y la fidelidad de las timieblas. ¡Ah! ¡Cuán divina me pareció la sencilla salvaje, la ignorante Atala, que de rodillas ante un año y de derribado pino, como al pie de un altar, ofrecía á Dios sentidas oraciones por un amante idólatra! Fijos sus ojos en el astro de la noche, y brillando sus mejillas al doble llanto de la Religion y del amor, su hermosura presentaba un sello inmortal. Muchas veces me pareció que iba á remontar su vuelo hacia el sereno firmamento; muchas creí ver bajar en los rayos de la luna y escuchar en las ramas de los árboles esos genios que el Dios de los cristianos envía á los anacoretas de los peñascos, cuando se dispone á llamarlos á sí. A tal espectáculo experimenté una profunda aflicción, pues me asaltó el presentimiento de que Atala pasaría breves días en la tierra.

«No obstante, derramó tantas lágrimas y se mostró tan desgraciada, que casi me sentía ya dispuesto á

alejarme, cuando el grito de muerte resonó en el bosque. Cuatro hombres armados se arrojaron sobre mí: habíamos sido descubiertos, y el gefe de guerra había dado orden de perseguirnos.

«Atala, que parecía una reina por la magestad de su continente, no se dignó dirigir la palabra á aquellos guerreros, y despues de lanzarles una mirada altiva, fué á buscar á Simagan, de quien nada le fue posible conseguir. Lejos de esto, duplicáronse mis centinelas, se aumentó el rigor de mi cautiverio, y se me separó de mi amante. Despues de cinco noches descubrimos á Apalachucla á orillas del Chata-Uche; allí fui coronado de flores; pintáronme el rostro de azul y rojo, me araron perlas á la nariz y las orejas, y me pusieron en la mano un chichikué (1).

«Así adornado para el sacrificio, entré en Apalachucla en medio de los redoblados gritos de la multitud. Mi fin estaba próximo, cuando se oyó súbitamente el ronco sonido de una bocina, y el Mico ó cacique de la nacion mandó que esta se reuniese.

«Ya conoces, hijo mío, los tormentos que los salvajes hacen sufrir á los prisioneros de guerra. Los misioneros cristianos habian conseguido, exponiendo su vida y movidos de una caridad infatigable, hacer substituir en muchas naciones una esclavitud bastante mitigada á los horrores de la hoguera. Pero los muscogulgos no habian adoptado aun esta costumbre, si bien se habia declarado ya en su favor un partido numeroso. El Mico convocaba en aquellos momentos á los saquems para decidir sobre tan importante asunto, y yo fui conducido al lugar destinado á las deliberaciones.

«Descollaba no lejos de Apalachucla sobre un aislado montecillo el pabellon del consejo: tres círculos de columnas formaban la elegante arquitectura de aquella rotunda. Las columnas eran de ciprés pulimentado y esculpido, y aumentaban en altura y espesor disminuyendo en número á medida que se acercaban al centro, ocupado por una sola columna, desde cuya extremidad partían fajas de varias cortezas, que pasando por los remates de las demás, cubrían el pabellon á manera de un abanico.

«Reunióse el consejo, y cincuenta ancianos, cubiertos de mantos de pieles de castor, se sentaron en una especie de gradería, colocada en frente de la puerta del pabellon. El cacique ocupaba el asiento del centro, empuñando el calumet de paz, medio coloreado por la guerra, y á la derecha de los ancianos se veían cincuenta mujeres vestidas con una túnica de plumas de cisne. Los gefes de guerra, armados con el tomahawk (2), rodeada la cabeza de vistosas plumas, y teñidos de sangre los brazos y el pecho, ocupaban la izquierda.

«Al pie de la columna del centro ardía la hoguera del consejo. El primer sacerdote, rodeado de los ocho guardias del templo, vestido con un largo traje y ostentando sobre la cabeza un buho relleno de paja, derramó porción de bálsamo de copalima sobre las llamas, y ofreció un sacrificio al sol. La triple fila de ancianos, de matronas y de guerreros; aquellos sacerdotes, aquellas nubes de incienso y aquel sacrificio, contribuían á dar al consejo un aspecto imponente.

«Yo me hallaba en pie en medio de la asamblea. Terminado el sacrificio, el Mico tomó la palabra, y despues de exponer con sencillez el negocio sobre que debía deliberar el consejo, arrojó un collar azul en medio de los concurrentes, en testimonio de lo que acababa de decir.

«Levantóse entonces un saquem de la tribu del Aguila, y habló en estos términos:

«Mico, padre mío, saquems, matronas y guerre-

(1) Instrumento músico de los salvajes.

(2) El hacha.

ros de las cuatro tribus del Aguila, del Castor, de la Serpiente y de la Tortuga: no alteremos las costumbres de nuestros abuelos; quememos este prisionero y no enervemos nuestro vigor. Lo que se os propone es una costumbre de los blancos: debe, pues, ser pernicioso. Entregad un collar rojo que contenga mis palabras. He dicho.»

»Y arrojó un collar rojo en la asamblea.  
»Levántose una matrona, y razonó de esta suerte: «Aguila, padre mio: dotado estás de la prevision de una zorra, y de la prudente lentitud de una tortuga. Quiero labrar contigo la cadena de la amistad, y unidos plantaremos el árbol de la paz; pero cambiemos las costumbres de nuestros abuelos, en lo que tienen de funesto. Tengamos esclavos que cultiven nuestros campos, y dejemos de oír los gritos de los prisioneros que afligen el pecho de las madres. He dicho.»

»Bien así como las olas del mar se estrellan durante una tempestad; como son arrebatadas las hojas secas en otoño por un huracán; como las cañas del Meschacébé se doblan y tornan á levantarse en una inundación repentina; ó como brama un numeroso rebaño de ciervos en las espesuras de un bosque: tal se agitaba y murmuraba el consejo, porque los saqueos, los guerreros y las matronas hablaban á la vez ó alternativamente. Pugnaban los intereses, dividíanse las opiniones, y el consejo iba á disolverse; pero al fin triunfó la antigua usanza, y fui condenado á la hoguera.

»Una circunstancia favorable vino á aplazar mi suplicio; este incidente era la proximidad de la *Fiesta de los muertos*, ó el *Festín de las almas*, pues era costumbre no dar muerte á los prisioneros durante los días consagrados á esta ceremonia. Confióseme, pues, á un severo vigilante, y no es dudoso que los saqueos alejaron á la hija de Simagan, puesto que no volví á verla.

»Mientras esto ocurría, las naciones de mas de trescientas leguas en contorno llegaban en tropel para celebrar la mencionada fiesta, á cuyo efecto habíase construido una vasta cabaña en un lugar apartado. El día prefijado, cada familia exhumó los restos de sus padres de sus sepulcros particulares, y los esqueletos fueron colgados por orden y familia en las paredes de la *Sala comun de los abuelos*. Los vientos (pues se había desencadenado una tempestad), los bosques y las cataratas mugían por fuera, mientras los ancianos de diferentes naciones ajustaban tratados de paz y de alianza sobre los huesos de sus padres.

»Celebráronse los juegos fúnebres, esto es, la carrera, la pelota y la taba. Dos doncellas se esforzaban en arrancarse una vara de sauce: los botones de su seno se tocaban, sus manos volteaban sobre la vara, que levantaban sobre sus cabezas; sus hermosos y desnudos piés se entrelazaban; encontrábanse sus labios, su suave aliento se confundía; mezclaban sus sueltas cabelleras al inclinarse; y como al mirar á sus madres se ruborizaban, todos las aplaudían. (1) El sacerdote invocó á Michabú, genio de las aguas, y narró las guerras del Gran-Liebre contra Machimánitú, dios del mal; dijo el primer hombre, y Ataénsia la primera mujer, precipitados del cielo por haber perdido la inocencia; la tierra enrojecida con la sangre fraternal; á Juskeka el impio sacrificando al justo Taubistsaron; el diluvio bajando á la voz del Gran-Espiritu; á Massú, único que logró salvarse en su canoa de corteza, y el cuervo enviado al descubrimiento de la tierra; dijo también la hermosa Endaé, arrancada á la mansion de las almas por las melodiosas canciones de su esposo.

(1) Las doncellas salvajes conocen el sentimiento del rubor.

»Terminados estos juegos y cantos, dispusiéronse todos á dar á sus abuelos una sepultura eterna.

»Crecía en la márgenes del Chata-Uche una higuera silvestre, consagrada por el culto de los pueblos. Las doncellas acostumbraban lavar allí sus túnicas de corteza, que exponían luego al viento del desierto sobre las ramas de los añosos árboles, y en aquel lugar se había abierto una inmensa fosa. La comitiva salió del fúnebre recinto, cantando himnos á la muerte, y cada familia llevaba algunos restos sagrados. Al llegar á la formidable fosa, depositáronse en ella los despojos de la muerte, extendiéndolos por capas, y separándolas con pieles de oso y de castor; levantóse el monte del sepulcro, y se plantó el *Arbol de los llantos y del sueño*.

»Compadecemos á los hombres, ¡querido René! Aquellos mismos indios, cuyas costumbres son tan interesantes, y aquellas mismas mujeres que tan tierna solicitud me habían manifestado, pedían entonces á gritos mi muerte, y naciones enteras retardaban su regreso para gozar del placer de ver sufrir espantosos tormentos á un indefenso joven.

»En un valle situado al Norte, y á escasa distancia de la gran ciudad, alzabase un bosque de cipreses y abetos, denominado el *Bosque de la sangre*, al cual se llegaba por entre las ruinas de uno de esos monumentos cuyo origen se ignora, y que son obra de un pueblo desconocido actualmente. En el centro de aquel bosque se extendía un arenal donde eran sacrificados los prisioneros de guerra, y á él fui conducido en triunfo. Todo se dispuso para mi muerte: plantóse la estaca ó poste de Areskuí; los pinos, los olmos y los cipreses cayeron al filo de la sega; elevóse la hoguera, y los espectadores construyeron anfiteatros con ramas y troncos de árboles. Cada cual inventaba un suplicio: quién se proponía arrancarme la piel del cráneo, quién intentaba quemarme los ojos con teas encendidas. Entonces empecé mi cancion de muerte:

«No temo los tormentos, pues soy valiente, ¡oh muscogulgos! Yo os desafío y desprecio mas que á débiles mujeres. Mi padre Utalisi, hijo de Miscú, ha bebido en el cráneo de vuestros mas denodados guerreros; ¡no arrancareis, no, un suspiro á mi corazón!»  
»Provocado por mi cancion, un guerrero me atravesó un brazo con una flecha, diciendo: «¡Hermano! ¡te doy gracias.»

»A pesar de la actividad de los verdugos, los preparativos del suplicio no pudieron terminar antes de ponerse el sol, por lo cual se consultó al sacerdote, y habiendo este prohibido que se turbase el reposo de los genios de las sombras, mi muerte fue aplazada para el día siguiente. Pero impacientes por gozar de tan horrible espectáculo, y deseando hallarse mas expeditos al nacer la nueva aurora, no se alejaron del *Bosque de la sangre*, y encendiendo en él grandes hogueras, se entregaron á sus fiestas y danzas.

»Para mayor seguridad, se me había acostado de espalda, y las cuerdas que partían de mi cuello, mis piés y mis brazos, se sujetaban á unas estacas clavadas en el suelo; y como los guerreros estaban acostados sobre ellas, no me era posible hacer el mas ligero movimiento sin que lo advirtiesen. La noche adelantaba, y los cantos y las danzas cesaron gradualmente; las hogueras despedían ya únicamente unas llamaradas rojas, á cuya dudosa claridad veía discurrir las sombras de algunos salvajes; todo al fin se entregó al sueño; y á medida que el rumor de los hombres decrecía, aumentaba el del desierto, sucediendo al tumulto de las voces, las quejas del viento que sacudía el bosque.

»Era la hora en que la joven india que acaba de ser madre, despierta llena de sobresalto en medio de la noche, creyendo escuchar los quejidos de su primogénito, que le pide el dulce sustento. Con los ojos fijos en el cielo, que la luna menguante recorría al través de

las nubes, me entregaba á tristes reflexiones sobre mi singular destino, y Atala me parecía un monstruo de ingratitude. ¡Abandonarme en el momento del suplicio, siendo así que yo me hubiera entregado á las llamas antes que alejarme de ella! Y no obstante, sentía que la amaba aun, y que moriria gustoso por ella.

»Hay en el extremo de los placeres un aguijon que nos despierta como para advertirnos que aprovechemos sus fugaces momentos; y sucede que en los extremados dolores nos adormece cierto peso, pues cansados de llorar, los ojos procuran naturalmente cerrarse; y nótese en esto cómo la bondad de la Providencia se manifiesta hasta en nuestros infortunios. Cedió, pues, á ese letárgico sopor que algunas veces se concede á los desgraciados; y soñando que me desataban de mis ligaduras, creí experimentar ese consuelo que se advierte cuando despues de habernos visto aherrojados, una mano amiga nos libra de nuestra opresion.

»Tan viva llegó á ser esta sensacion, que me hizo abrir los párpados. Al resplandor de la luna cuyos rayos se deslizaban entre dos nubes, entreví una figura blanca, inclinada sobre mí, y ocupada en desatar en silencio los lazos que me oprimían. Iba á prorumpir en un grito de sorpresa, cuando una mano que reconocí al punto, selló mis labios. Quedaba tan solo una cuerda, pero parecía imposible cortarla sin tocar á un guerrero que la cubría en toda la extension de su cuerpo. Atala acercó su mano á ella, y el guerrero, se incorporó medio despierto; la joven quedó inmóvil y le miró; y el indio, creyendo ver el espíritu de las ruinas, tornó á acostarse cerrando los ojos é invocando su manitú: ¡la atadura estaba rota! Levantéme y seguí á mi libertadora, que me alargó la extremidad de un arco, del cual ella tenía asida la otra. Mas, ¡cuántos peligros nos rodeaban! Unas veces nos veíamos expuestos á tropezar en los dormidos salvajes; otras, un centinela nos dirigia la voz, y Atala respondia desfigurando la suya; gritaban los niños y ladraban los perros. Apenas habíamos salido de aquellos funestos lugares, cuando el bosque se sintió estremecido por agudos ahullidos. El campamento se despertó, encendiéronse mil hogueras, y veíase correr por todas partes á los salvajes armados de antorchas: esto nos hizo acelerar nuestros pasos.

»Cuando la aurora se mostró sobre las cumbres de los Apalaches, nos hallábamnos ya muy lejos. ¡Cuán feliz me conceptué al verme otra vez en la soledad al lado de Atala! ¡de Atala mi libertadora, de Atala que se entregaba á mí para siempre! Falta mi lengua de palabras, caí de rodillas y dije á la hija de Simagan: «Los hombres son harto insignificantes; pero cuando los genios los visitan, entonces nada son. Tú eres un genio, tú me has visitado, y no acierto á hablar en tu presencia.» Atala me alargó la mano con dulce sonrisa, y me dijo: «Me es forzoso seguirte, toda vez que no quieres huir sin mí. Esta noche he seducido al sacerdote por medio de presentes, he embriagado á tus verdugos con esencia de fuego (1), y he arriesgado mi vida por tí, supuesto que tú hubieras dado la tuya por mí. Si, joven idólatra, añadió con un acento que me dejó aterrado: «recíproco será el sacrificio!»

»Atala me entregó las armas que había tenido la prevision de traer consigo, y luego curó mi herida, enjugándola con una hoja de papaya, y empapándola en sus lágrimas. «Suave, es, le dije, el bálsamo que sobre mi herida derramas.»—»Mucho temo, me repliqué, que sea un veneno.» Esto diciendo, rasgó uno de los velos que cubrían su seno, é hizo de él una venda que ató con un rizo de sus cabellos.

»La embriaguez, que dura mucho tiempo entre los salvajes, y que es para ellos una especie de enfermedad, les impidió sin duda seguirnos durante los pri-

(1) Aguardiente.

meros días; y si nos buscaron en los siguientes, es probable lo hiciesen por la parte del Poniente, en la persuasion de que habríamos procurado encaminarnos al Meschacébé; pero habíamos seguido la direccion de la estrella inmóvil (2), siguiendo el musgo del tronco de los árboles.

»No tardamos en advertir que habíamos ganado poco en mi libertad, pues el desierto dilataba á nuestra vista sus ilimitadas soledades. Falto de experiencia en la vida de los bosques, desviados de nuestro verdadero camino, y vagando á merced de la casualidad, ¿qué suerte nos esperaba? Muchas veces, al mirar á Atala, traía á mi memoria la antigua historia de Agar, que Lopez me había hecho leer, y que tuvo lugar en el desierto de Bersabé, mucho tiempo há, cuando los hombres vivían tres edades de encina. Atala me tejíó un abrigo con la segunda corteza del Fresno, porque me hallaba casi desnudo, y me bordó unas *mocasinas* (3) de piel de raton almizclero y puas de puerco-espín. Yo por mi parte cuidaba de su adorno; y ora le ponía en la cabeza una corona de esas malvas azules que hallábamnos en nuestro camino, en los cementerios indios abandonados; ora le fabricaba vistosos collares con granos rojos de azalea, y luego sonreía contemplando su peregrina hermosura.

»Cuando hallábamnos un río, lo vadeábamnos en una balsa, ó á nado. Atala apoyaba una de sus manos en mi hombro; y á semejanza de dos cisnes viajeros, atravesábamnos las solitarias ondas.

»Con frecuencia, en los grandes calores del día buscábamnos un abrigo á la sombra de los musgos de los cedros, pues casi todos los árboles de la Florida, y en particular el cedro y la encina, están cubiertos de un musgo blanco que baja desde las ramas al suelo. Cuando en la noche, al resplandor de la luna se descubre sobre una desnuda sábana una carrasca aislada cubierta con este manto, pudiera creerse una fantasma que arrastra á su espalda un largo velo. Y no es menos pintoresca durante el día esta escena, pues multitud de mariposas, de moscas resplandecientes, de colibris, de cotorras verdes y de grajos azules, acuden á posarse sobre aquellos musgos, que producen entonces el efecto de un tapiz de lana blanca, en que el artista europeo hubiese bordado mil vistosos insectos y brillantes pajarillos.

»En aquellas risueñas posadas dispuestas por el Gran Espiritu, descansábamnos á la sombra. Cuando los vientos bajaban del cielo para mecer el gran cedro, y el castillo aéreo construido sobre sus ramas, se columpiaba con las ayes y los viajeros dormidos en su espesura; y cuando de los corredores y de las bóvedas del movable edificio salían mil suspiros, puede decirse que todas las maravillas del antiguo mundo son muy inferiores á aquel magnífico monumento del desierto.

»Todas las noches encendíamos una gran hoguera, y construimos la cabaña de viaje con un techo de corteza sostenido en cuatro puntales. Si yo había dado muerte á alguna pava silvestre, una paloma torcaz, ó un faisán de los bosques, lo colgábamnos delante de la encina transformada en hoguera, en la extremidad de una estaca clavada en tierra, y abandonábamnos al viento el cuidado de dar vueltas á la presa del cazador. Comíamos unos musgos llamados *tripas de peñascos*, cortezas azucaradas de abedul y manzanas de mayo, cuyo sabor es comparable con el melocoton y la frambuesa, al paso que el nogal negro, el arce y el zumaque proporcionaban exquisitos vinos á nuestra mesa. Algunas veces iba á buscar entre las cañas una planta cuya flor, prolongada á manera de cucurucho, era para nosotros un vaso lleno de mas puro rocío, y bendecíamos la Providencia que había colocado sobre el frágil tallo de una flor aquel límpido manantial, en-

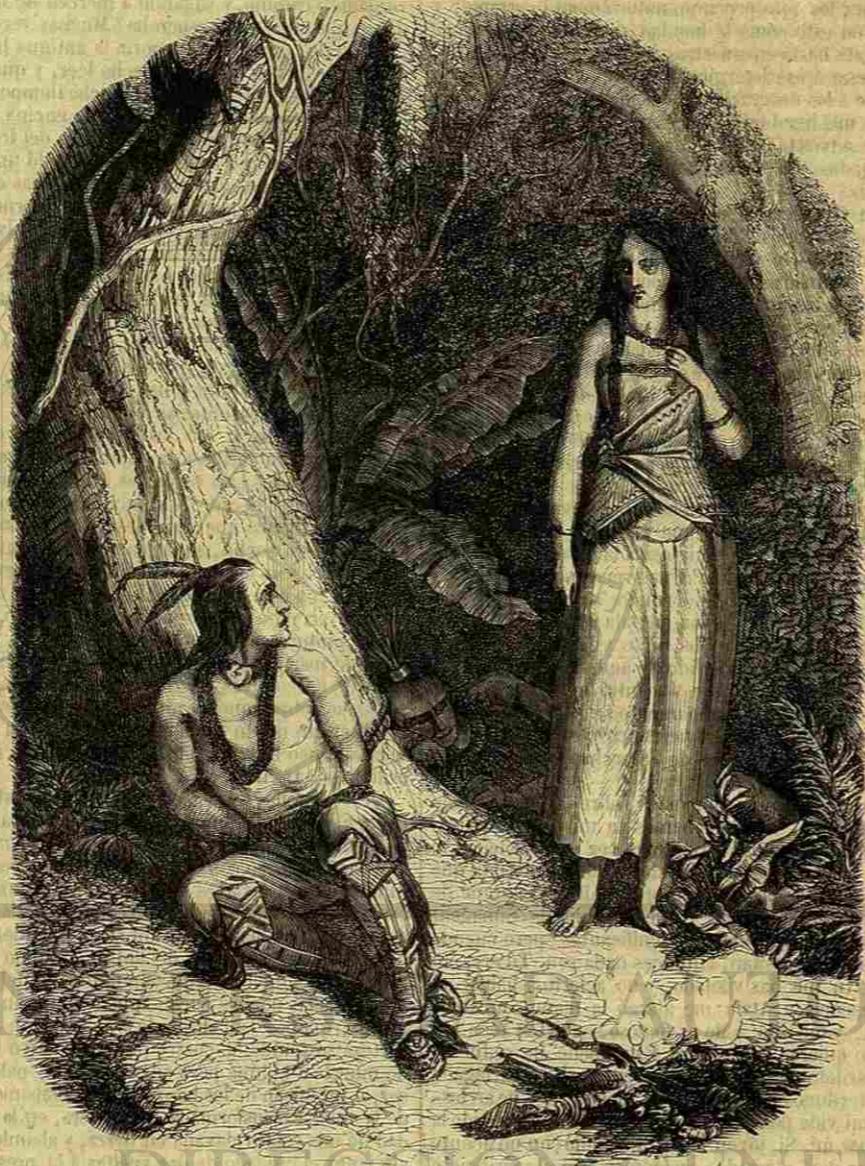
(2) El Norte.

(3) Calzado indio.

medio de las corrompidas lagunas; así se deposita la esperanza en el fondo de los corazones ulcerados por las amarguras; y así brota la virtud del seno de las miserias de la vida.

«Ah! No tardé en descubrir cuánto me había equivocado sobre la aparente calma de Atala, cuya tris-

teza aumentaba á medida que adelantábamos. Muchas veces se estremecía sin motivo alguno, y volvía presurosa la cabeza, ó bien la sorprendía fijando en mí una mirada de amor, que luego dirigía al cielo con profunda melancolía. Lo que especialmente me alarmaba era un secreto, un pensamiento oculto en



ATALA LIBRANDO A CHACTAS.

el fondo de su alma, pero que yo entreveía en sus ojos. Siempre atrayéndome y rechazándome; reanimando y destruyendo mis esperanzas, cuando creía que había ganado algo en su corazón, me hallaba en el punto de partida. ¡Cuántas veces me decía: «Oh joven amante mio! ¡Yo te amo como á la sombra de los

bosques en los ardores del Mediodía! Eres hermoso como el desierto con todas sus flores, con todas sus brisas. Si me inclino sobre tí, me estremezco, y si mi mano toca la tuya, pareceme que voy á espirar.» El otro día, jugueteó el viento esparció tus cabellos sobre mi rostro, mientras descansabas reclinado en

«mi seno, y creí sentir el ligero contacto de los espíritus invisibles. Si; he visto las tiernas cabras de la montaña de Ocoña, y oíe los discursos de los hombres abrumados de años; pero la mansedumbre de aquellos animales y la sabiduría de los ancianos son menos gratas y persuasivas que tus palabras. Y sin embargo, ¡pobre Chactas! nunca seré tu esposa.»

«Las interminables contradicciones del amor y de la religión de Atala; el abandono de su ternura y la castidad de sus costumbres; la altivez de su carácter y su exquisita sensibilidad; la elevación de su alma en las cosas grandes y su susceptibilidad en las pequeñas, la convertían en un ser incomprendible para mí. Atala no podía ejercer sobre un hombre un débil ascendiente: llena de pasiones, lo estaba también de poder, y era forzoso adorarla ó aborrecerla.

«Después de quince días de una marcha presurosa, entramos en la cordillera de los Alleghanis, y llegamos á uno de los brazos del Tenaso, río que desagua en el Ohio. Brindándome á los consejos de Atala, construí una canoa que barnicé con goma de ciruelo, después de haber cosido las cortezas con raíces de abeto. Embarqueme en la frágil nave con Atala, y nos abandonamos á la corriente.

«El pueblo indio de Sticoé se mostraba á nuestra izquierda con sus sepuleros piramidales y sus ruinosas cabañas, en el recodo de un promontorio, y dejamos á nuestra derecha el valle de Keow, terminado por la perspectiva de las cabañas de Jora, situadas en frente de la montaña del mismo nombre. El río que nos arrastraba corría entre unos altos montecillos en cuyo término se descubría el sol que se perdía en el ocaso. Solo vimos en aquellas profundas soledades, no turbadas por la presencia del hombre, á un cazador indio, que apoyado en su arco é inmóvil sobre la punta de un peñasco, parecía una estatua erigida en la montaña al genio de aquellos desiertos.

«Atala y yo uníamos nuestro silencio al silencio de aquella escena, cuando la hija del destierro hizo resonar de improviso en los aires una voz llena de emoción y melancolía, con que cantaba la ausente patria:

«¡Felices aquellos que no han visto el humo de las fiestas extranjeras, y que solo se han sentado en los festines de sus padres!

«Si el grajo azul del Maschacebé dijese á la oropéndola de las Floridas: ¿Por qué te quejas tan tristemente? ¿No tienes aquí frescas aguas, gratas sombras y toda clase de sustento, como en tus bosques? —Si, respondería la fugitiva oropéndola, pero ¿quién me traerá mi nido, oculto en el jazmín? ¿Tienes acaso el sol de mi sábana?»

«¡Felices aquellos que no han visto el humo de las fiestas extranjeras, y que solo se han sentado en los festines de sus padres!

«Después de las horas de una marcha fatigosa, el viajero se sienta tranquilamente, y contempla en su derredor los techos de los hombres; mas él no tiene lugar alguno en que reclinarse la cansada cabeza. El viajero llama á la cabaña, pone su arco detrás de la puerta y pide hospitalidad; pero el dueño de la cabaña hace un ademán con la mano; el viajero vuelve á tomar su arco, y torna al desierto.»

«¡Felices aquellos que no han visto el humo de las fiestas extranjeras, y que solo se han sentado en los festines de sus padres!

«Historias maravillosas, narradas al calor del hogar doméstico, tiernas expansiones del corazón, arraigadas costumbres de amor, tan necesarias á la vida; ¡vosotros habeis llenado los días de aquellos que no han abandonado su país natal! Sus sepulcros están en su patria, con el sol poniente, con las lágrimas de sus amigos, y con los encantos de la Religión.»

«¡Felices aquellos que no han visto el humo de las

fiestas extranjeras, y que solo se han sentado en los festines de sus padres!»

«Así cantó Atala, sin que nada interrumpiese sus lamentos, excepto el casi imperceptible rumor de nuestra canoa que desfloraba las tranquilas aguas. Solo en dos ó tres lugares fueron recogidos por un débil eco, que los repitió á otro mas débil, y este á un tercero, que lo era aun mas: hubiérase creído que las almas de dos amantes, infortunados en otro tiempo como nosotros, atraídas por aquella tierna melodía, se complacían en suspirar sus últimos acordes en la montaña.

«No obstante, la soledad, la presencia continua del objeto amado y nuestros mismos infortunios redoblaban á cada instante nuestro amor. Las fuerzas de Atala empezaban á desfallecer, y las pasiones al debilitar su cuerpo, amenazaban triunfar de su virtud. Invocaba, pues, continuamente á su madre, cuya irritada sombra se proponía al parecer aplacar. Algunas veces me preguntaba si oía una voz lamentosa, si veía salir de la tierra fugitivas llamaradas. Por lo que á mí respecta, extenuado de cansancio, pero reanimado por el amor, y pensando que tal vez estaba irremediamente perdido en aquellos bosques, cien veces me sentí inclinado á estrechar á mi esposa entre mis brazos, y cien le propuse construir una barraca en aquellos lugares, y ocultarnos en ella para siempre; pero se negó constantemente á secundar mis proyectos, diciéndome: «No olvides, joven amigo mio, que un guerrero se debe á su patria. ¿Qué vale una mujer, comparada con los altos deberes que estás llamado á llenar? Recobra el perdido valor, hijo de Utalisi, y no murmures del Destino. El corazón del hombre se asemeja á la esponja del río, que ora bebe unas aguas puras en los días bonancibles, ora se impregna de unas aguas cenagosas cuando el cielo ha removido las corrientes. ¿Tiene acaso la esponja el derecho de decir: Creía que nunca habría tormentas, y que nunca el sol se mostraría abrasador?»

«Oh, René! si temes las tormentas del corazón, desconfía de la soledad, porque las grandes pasiones son solitarias, y llevarlas al desierto es colocarlas en su natural dominio. Abrumados de pesares y de temores, expuestos siempre á caer en manos de los indios enemigos, á ser tragados por las aguas, mordidos por las serpientes ó devorados por las fieras, hallando difícilmente un escaso alimento, y no sabiendo ya qué rumbo seguir, parecía que nuestros males no podían rayar mas alto, cuando un accidente inesperado vino á llevarlos á su colmo.

«Habíase cumplido el vigésimo séptimo sol desde que habíamos abandonado nuestras cabañas: la luna de fuego (1) había empezado su curso, y todo presagiaba una tempestad. A la hora en que las matronas indias cuelgan el cayado del labrador de las ramas de los árboles y las cotorras se retiran á las hendiduras de los cipreses, el cielo empezó á encapotarse. Extingüéronse las voces de la soledad, el desierto enmudeció, y los bosques quedaron en una calma universal. Pero en breve, el estruendo de un trueno lejano se prolongó por aquellos bosques tan antiguos como el mundo, haciendo salir de sus intrincadas espesuras sublimes rumores. Temiendo ser sumergidos, nos dimos prisa á ganar la orilla del río y retirarnos á un bosque.

«Este lugar era un terreno pantanoso, lo cual nos obligaba á adelantar con gran trabajo por un embovedado de zarzaparilla, entre enmarañadas cepas, indigos, lianas rastreras y otras plantas que se enredaban á nuestros pies. El suelo esponjoso retemblaba á nuestro paso, y á cada instante nos veíamos expuestos á ser abismados en los barrancos. Innumerables insectos

(1) El mes de julio.

tos y murciélagos de extraordinario tamaño, ofuscaban nuestra vista; las serpientes de cascabel se hacían oír en todas partes; y los lobos, los osos, los carcajús y los tigres que acudían á refugiarse en aquellos albergues, los llenaban con sus rugidos.

»Entretanto, la oscuridad se condensaba por momentos, y las nubes penetraban en los bosques. Rásganse de improviso los siniestros celajes, y el relámpago traza en los aires rojizas espirales de fuego. Un huracán, desatado en las regiones del Occidente, aglomera unas nubes sobre otras; los bosques ceden, el firmamento se entrecorre alternativamente, y al través de sus anchas bocas descúbranse nuevos cielos y abrasados campos. ¡Aterrorador y magnífico espectáculo! El rayo prende en los bosques, el incendio se extiende como una inmensa cabellera de llamas, y unas columnas de centellas y de humo rodean las nubes que vomitan sus redoblados rayos en el vasto incendio. Entonces el Gran Espíritu cubrió las montañas de espesas tinieblas; y del seno de aquel caos se levantó un mugido confuso, formado por el fragor de los vientos, el gemido de los árboles, los ahullidos de las fieras, los chasquidos del incendio y el repetido retumbar de los truenos, que mugían al perderse sobre las aguas.

»El Gran Espíritu lo sabe. En aquellos aciagos momentos solo vi á Atala, solo en ella pensé. Al abrigo del encorvado tronco de un abedul, conseguí preservarla de los torrentes de lluvia; y sentado al pié del árbol protector, la sostenía sobre mis rodillas, y calentaba sus desnudos piés entre mis manos, considerando mas feliz que la nueva esposa que siente agitarse por primera vez en su seno el fruto de su amor.

»Atento oído prestábamos el estruendo de la tempestad, cuando sentí rodar sobre mi seno una lágrima de Atala. «Tempestad del corazón! exclamé; ¿es esta una gota de tu lluvia? Luego, estrechando en mis brazos á la hija de Simagan, le dije: ¡Mujer! tu me ocultas alguna secreta amargura: ábreme tu corazón, ¡oh hermosa mía! ¡Es tan consolador que un amigo llea en nuestra alma! Reveláme ese secreto de dolor, que te obstinas en callar. ¡Ah! lo veo: ¡lloras tu patria!—¡Hijo de los hombres! ¿Cómo lloraría mi patria, si mi padre no era del país de las palmeras?—¿Cómo repliqué lleno de asombro: ¿tu padre no era del país de las palmeras? ¿Quién es, pues, el que te ha colocado sobre esta tierra? ¡Responde!» Atala dijo:

«Antes que mi madre llevase en dote al guerrero Simagan treinta yeguas, veinte búfalos, cien medidas de aceite de bellota, cincuenta pieles de castor y otras muchas riquezas, habia tenido relaciones con un hombre de la carne blanca. Pero la madre de mi madre habia arrojado á esta, agua al rostro, y la obligó á casarse con el magnánimo Simagan, semejante á un rey, y honrado de los pueblos como un genio. Mi madre, dijo á su nuevo esposo: «Mi vientre ha concebido: ¡dámela la muerte!» Simagan le replicó: «Guárdeme el Gran Espíritu de consumir tan perversa acción! No te mutilaré, ni te cortaré la nariz ni las orejas, porque has sido sincera, y no has manchado mi lecho. Mio será el fruto de tus entrañas, y no te visitaré hasta despues de la partida del ave de arrozal, cuando haya brillado la luna décimatercera. En aquel tiempo rasgué el seno de mi madre, y empecé á crecer activa como una española y como una salvaje. Mi madre me hizo cristiana, para que su Dios y el Dios de Atala. «¿Y quien era tu padre, pobre huérfana? le pregunte; ¿qué nombre le daban los hombres en la tierra? ¿cómo le llamaban

»los genios?—Nunca he lavado los piés de mi padre, me contestó Atala; únicamente sé que vivía con su hermana en San Agustín, y que se ha mostrado siempre fiel á mi madre: Felipe era su nombre entre los ángeles, y los hombres le llamaban Lopez.»

«Al oír estas palabras, exhalé un grito que resonó en toda la soledad, y mezclé con la tempestad el tumulto de mis transportes. Estrechando á Atala sobre mi corazón, exclamé entre sollozos: «¡Oh hermana mía! ¡oh, hija de Lopez! ¡hija de mi bienhechor!» Asustada Atala, me preguntó la causa de mi agitación; mas cuando supo que Lopez era el generoso huésped que me habia adoptado en San Agustín, y á quien habia dejado para recobrar mi libertad, se vió dominada á su vez de confusión y alegría.

»Era demasiado intensa para nuestros corazones aquella amistad fraternal que venia inopinadamente á visitarnos, y á unir su amor á nuestro amor. En lo sucesivo los combates de Atala iban á ser inútiles: en vano la sentí llevar una mano á su seno y hacer un movimiento extraordinario; yo la habia abrazado ya, su aliento me habia embriagado, y habia bebido en sus labios toda la magia del amor. Fijos los ojos en el cielo y á la luz de los relámpagos, sostenia á mi esposa en mis brazos en presencia del Eterno. Pompa nupcial digna de nuestros infortunios y de la grandeza de nuestro amor, soberbios bosques que agitabais vuestras lianas y copas como las cortinas y el cielo de nuestro tálamo; pinos incendiados que formabais las antorchas de nuestro himeneo; rio desbordado, montañas retumbadoras, espantosa y sublime naturaleza, ¿es posible que solo fueseis un aparato impostor, y que no pudieseis ocultar por un momento en vuestros misteriosos horrores la felicidad de un hombre?

»Atala oponia ya una débil resistencia, y yo tocaba el momento de mi ventura, cuando súbitamente un impetuoso relámpago seguido de un trueno, sureó la espesura de las sombras, inundando el bosque de azufre y de luz, y derribando á nuestros piés un árbol. Huimos; mas... ¡oh sorpresa! En el silencio que sucedió, oímos el sonido de una campanilla. Absortos entramos, aplicamos el oído á aquel ruido tan extraño en un desierto. Pocos momentos despues, ladró un perro á lo lejos; acercóse á poco, redobló sus ladridos, llegó y ahulló de alegría á nuestros piés; un anciano solitario, provisto de una linterna, le seguia al través de las tinieblas del bosque. «¡Bendita sea la Providencia!» exclamó al vernos. «¡Mucho há que os buscaba! Mi perro os ha sentido desde el principio de la tempestad, y me ha guiado hasta aquí. ¡Buen Dios! ¡Cuán jóvenes son estos pobres hijos míos! ¡Cuánto han debido sufrir! He traído una piel de oso que será para esta joven, y un poco de vino en mi calabaza. ¡Alabado sea Dios en todas sus obras! Grande es su misericordia, é infinita su bondad.»

«Atala cayó á los piés del religioso, diciéndole: «¡Gefe de la oración! soy cristiana, y el cielo te envia para salvarme.—Hija mía, le replicó el solitario, levantándola; yo acostumbré tañer la campana de la Misión durante la noche y las tempestades, para llamar á los extranjeros, pues á ejemplo de nuestros hermanos de los Alpes y del Libano, he enseñado á mi perro á descubrir los viajeros extraviados. «Yo apenas comprendia al ermitaño, pues su caridad me parecia tan superior al esfuerzo humano, que creia hallarme sometido á la influencia de un sueño. A la luz de la linterna del religioso, veía su barba y cabellos empapados en agua; y sus piés, manos y semblante estaban maltratados por las malezas. «¡Anciano! exclamé al fin; ¿qué corazón es el tuyo, que no temes ser herido por el rayo?—¡Temer! reposo del sacerdote cristiano con mas calor del que sus años anunciaban; temer cuando hay hombres en peligro, y puedo serles útil! Harto mal servidor de Jesucristo sería, si tal temor abrigase.—Pero ¿sabes, le dije,

»que no soy cristiano?—¡Jóven! replicó el ermitaño, ¿caso te he preguntado cuál es tu religion? Jesucristo no ha dicho: Mi sangre redimirá á este, y no á aquel. Murió por el judío y por el gentil, pues solo vivió en los hombres hermanos y desgraciados. Muy poco vale lo que por vosotros hago, y en otra parte hallarais mas abundantes auxilios; pero la gloria no debe recaer sobre los sacerdotes. ¿Qué somos nosotros, débiles solitarios, sino los groseros instrumentos de una obra celestial? ¡Ah! ¿Qué soldado sería tan cobarde que huyese, cuando su gefe, con la cruz en la mano, y la cabeza coronada de espinas, marcha á su frente al socorro de los hombres?»

»Estas palabras me admiraron y enternecieron; y las lágrimas arrasaron mis ojos. «Queridos hijos míos, prosiguió el misionero, dirijo en estos bosques un reducido rebaño de hermanos vuestros. Mi gruta está cerca de aquí en la montaña; seguidme pues, y en ella hallareis un saludable calor; que si no puedo ofreceros las comodidades de la vida, encontrareis á lo menos un abrigo; y demas por ello cordiales gracias á la bondad divina, porque muchos hombres no lo tienen.»

#### LOS CAZADORES.

»HAY hombres justos cuya conciencia está tan tranquila, que no es posible acercarse á ellos sin participar de la paz que se exhala, por decirlo así, de su corazón y sus discursos. A medida que el solitario hablaba, sentia que las pasiones se aplacaban en mi pecho, y hasta la tempestad se alejaba á su voz; las nubes se dispersaron en breve, y permitiéndonos abandonar nuestro albergue, salimos del bosque y empezamos á subir una montaña. El perro nos precedia, llevando pendiente de un palo la linterna apagada. Yo conducia de la mano á Atala, y ambos seguíamos al misionero, que se volvia con frecuencia á mirarnos, contemplando con interés nuestras desgracias y juventud. De su cuello pendia un libro, y un báculo le servia de apoyo. Su estatura era alta, su rostro pálido y enjuto, y su expresion sencilla y sincera. No tenia las facciones faltas de expresion del hombre que nace sin pasiones; sino que por el contrario, se echaba de ver que sus dias habian sido borrascosos, pues las arrugas de su frente mostraban las cicatrices de las pasiones curadas por la virtud y el amor á Dios y á los hombres. Cuando nos hablaba en pié é inmóvil, su lengua barba, sus ojos fijos con modestia en el suelo, y su afectuosa voz presentaban cierto sello de calma y sublimidad. El que haya visto como yo al padre Aubry, caminando solo con su báculo y su breviario por el desierto, tendrá una verdadera idea del viajero cristiano en la tierra.

»Despues de media hora de una marcha peligrosa por los senderos de la montaña, llegamos á la gruta del misionero, en la que entramos por entre las yedras y las diferentes plantas, húmedas aun, que la lluvia habia arrancado de los peñascos. No habia en aquel asilo sino una estera de hojas de papaya, una calabaza para sacar agua, algunos útiles de madera, un azadon, una serpiente doméstica, un crucifijo y el libro de los cristianos, sobre una piedra que servia de mesa.

»El hombre de los antiguos dias se apresuró á encender fuego con lianas secas; machacó maiz entre dos piedras, y habiendo hecho una torta, la puso debajo de la ceniza; y cuando hubo adquirido un hermoso color dorado, nos la sirvió caliente con crema de nuez en un vaso de arte. Habiendo la noche restablecido la serenidad, el servidor del Gran Espíritu nos propuso que nos sentáramos á la entrada de la gruta. Seguimosle á este lugar, desde donde se dominaba un inmenso paisaje. Los restos de la tempestad habian

sido arrojados en desorden hácia el Oriente; el resplandor del incendio prendido en las selvas por los rayos brillaba aun á lo lejos; al pié de la montaña, un pinar entero habia sido derribado en una vasta laguna y el rio arrastraba en confuso tropel trozos enormes de tierra, troncos de corpulentos árboles, diferentes animales y peces muertos, cuyo plateado abdomen brillaba en la superficie de las aguas.

»En medio de esta escena refirió Atala nuestra historia al genio tutelar de la montaña. Su corazón se conmovió, como lo revelaban las lágrimas que sobre su barba caian. «Hija mía, dijo á Atala, es preciso que ofrezcas tus sufrimientos á Dios, por cuya gloria has hecho ya tanto, y él te devolverá el perdido reposo. ¿Ves humear esos bosques, secarse esos torrentes, disiparse esas nubes? Pues bien; ¿crees que el que es poderoso á calmar tan desecha tempestad, no lo será para domar las tormentas del corazón humano? Si no tienes asilo mejor, mi querida hija, te ofrezco un puesto en el rebaño que he tenido la dicha de llamar á Jesucristo. Yo instruiré á Chaetas, y te lo daré por esposo cuando sea digno de serlo.»

«A estas palabras, me arrojé á los piés del solitario, derramando lágrimas de júbilo; pero Atala palideció como la muerte. El anciano me levantó con benignidad, y entonces eché de ver que tenia las dos manos mutiladas. Atala que comprendió al punto sus desgracias, exclamó: «¡Bárbaros!»

»Hija mía, prosiguió el anacoreta con benévola sorpresa; ¿qué vale esto, comparado con lo que sufrí mi divino Maestro? Los indios idólatras que me han atormentado, son unos pobres ciegos á quienes Dios iluminará un dia, y á quienes amo en proporción de los males que me han causado. No he podido permanecer en mi patria, donde habia regresado, y donde una reina ilustre me habia dispensado el honor de querer contemplar estas humildes muestras de mi apostolado. ¿Y á que recompensa mas gloriosa podía aspirar por mis trabajos, que á la de haber obtenido del gefe de nuestra religion el permiso de elebrar el divino sacrificio con estas manos mutiladas? Restábame tan solo, despues de tanto honor, mostrarme digno de él: volví, pues, al Nuevo-Mundo, para dedicar el resto de mi vida al servicio de mi Dios. Pronto habrán transcurrido treinta años que habito esta soledad, y mañana se cumplirán veinte y dos que he tomado posesion de este peñasco. Cuando llegué á estos lugares, solo encontré familias errantes, de costumbres feroces y vida asaz miserable; mas, yo les he hecho oír la palabra de paz, y sus costumbres se han suavizado progresivamente, y ahora viven en sociedad al pié de esta montaña. He procurado además enseñarles, con los caminos de salvacion, las artes indispensables á la vida, pero sin exagerarlas, y manteniendo á estos pobres indios en esa sencillez que constituye la felicidad. Y, teniendo serles incómodo con mi presencia, me he retirado á esta gruta, á donde vienen á consultarme. Aquí, lejos del comercio de los hombres, admiro á Dios en la grandeza de estas soledades, y me preparo á la muerte que me anuncian próxima mis cansados dias.»

«Esto dicho, el solitario se arrodilló, y nosotros imitamos su ejemplo; luego, empecé en alta voz una oración á que Atala respondia. Los mudos relámpagos rasgaban aun los cielos hácia el Oriente, mientras sobre las nubes de Occidente brillaban á la par tres soles. Algunas zorras dispersas por la tormenta, alargaban sus negros hocicos al borde de los precipicios, y se oía el murmullo de las plantas, que secándose á la brisa vespertina, levantaban sus abatidos tallos.

»Entramos de nuevo en la gruta, en que el ermitaño extendió un lecho de musgo para Atala, cuyos ojos y movimientos retrataban una profunda languidez; y miraba al padre Aubry como deseando revelarle algun secreto; pero parecia detenerse ante algun

obstáculo, ya fuese este mi presencia, ya cierto rubor, ya la inutilidad de la confesion. Levantóse á media noche y la vi buscar al solitario; mas este, que le habia cedido su lecho, habia salido á contemplar la hermosura del ciclo y á orar en la cumbre de la montaña. Al dia siguiente me dijo que acostumbraba hacerlo así, aun durante el invierno, pues se complacia en ver los bosques mecer su desnudo ramaje, volar las nubes por los cielos, y oír los vientos y los torrentes bramar en la soledad. Mi hermana tornó á su lecho, donde quedó como aletargada. ¡Ay! henchido de faustas esperanzas, no vi en la debilidad de Atala otra cosa que pasajeros indicios de cansancio.

»Desperté al dia siguiente, al canto de los cardenales y de los pájaros—burlones que anidaban en las acacias y laureles que rodeaban la gruta. Salí, pues, de esta á coger una rosa de magnolia, humedecida con las lágrimas de la mañana, y la prendí á la cabellera de la dormida Atala, esperando, según la religion de mi país, que el alma de algun niño de pecho habria bajado en una gota de rocío á aquella flor, y que un sueño feliz la llevaria al seno de mi futura esposa. Corrí luego en busca de mi huésped, á quien encontré con un rosario en la mano, esperándome sentado en el tronco de un pino derribado por los años. Propúsome ir en su compañía á la Mision, en tanto que Atala seguia entregada al sueño; brindeme al punto á su deseo, y nos pusimos en camino.

»Al bajar de las montañas, descubrí unas encinas donde los genios parecían haber trazado estraños caracteres. El ermitaño me dijo que él los habia estampado, y que eran versos de un antiguo poeta llamado Homero, y algunas sentencias de otro poeta, aun mas antiguo, llamado Salomon. Cierta armonía misteriosa reinaba en esta sabiduría de los tiempos: entre aquellos versos casi destruidos por el musgo, el viejo solitario que los habia grabado, y las decrepitas encinas que le servian de libros.

»Su nombre, su edad, y la fecha de su mision estaban señalados tambien en una caña al pié de aquellos árboles; yo me mostré asombrado de la fragilidad de este momento: «Durará mas que yo, respondióme el solitario, y valdrá siempre mas que el escaso bien practicado por mí.»

»Desde allí nos dirigimos á la entrada de un valle en que vi una obra maravillosa: un puente natural parecido al de la Virginia, y del que tal vez habrás oído hablar. Los hombres, René, y especialmente los de tu país, acostumbran imitar la naturaleza, pero sus copias son siempre mezquinas; mas no sucede así respecto de la naturaleza, que cuando parece imitar los trabajos de los hombres, les ofrece en realidad portentosos modelos. Entonces echa puentes desde una á otra cima de distantes montañas; suspende caminos en las nubes; derrama rios en lugar de canales; esculpe montes en vez de columnas, y en lugar de estanques ensancha las cuencas de los mares.

»Pasamos debajo del arco único de aquel puente, y nos hallamos en frente de otra maravilla: el cementerio de los indios de la Mision, á los *Bosquecillos de la muerte*. El padre Aubry habia permitido á sus neófitos enterrar sus difuntos, según sus costumbres y conservar en el lugar de su sepultura sus nombres salvajes; únicamente habia santificado aquel lugar colocando en él una cruz. Su suelo estaba dividido como el campo comun de las mieses, es decir, en tantas porciones cuantas eran las familias, y cada una de estas porciones formaba por sí sola un bosque, que variaba según el gusto de los que lo habian plantado. Un arroyo serpenteaba silencioso por entre aquellas fúnebres plantaciones, con el nombre de *Arroyo de la paz*. Este risueño asilo de las almas estaba cerrado á Oriente por el puente bajo que habiamos pasado; dos colinas lo limitaban al Septentrion y al Mediodía; y solo se abria hácia el Occidente, donde se alzaba un

vasto bosque de abetos. Los troncos jaspeados de estos árboles, subiendo sin ramas hasta sus cimas, remedaban altas columnas, y formaban el peristilo del templo de la muerte, donde se escuchaba un rumor religioso, parecido al sordo murmullo del órgano bajo las bóvedas de un templo cristiano; pero cuando se penetraba hasta el fondo del santuario, no se oía sino los himnos de los pajarillos que celebraban una fiesta eterna á la memoria de los finados.

»Al salir de aquel bosque, descubrimos la Mision, situada á orillas de un lago, y en medio de una sábana esmaltada de flores; llegábase á ella por una alameda de magnolias y de encinas, que bordaban, por decirlo así, uno de esos antiguos caminos que se encuentran en las montañas que sirven de límites al Kentucky y las Floridas. No bien los indios vieron á su pastor en la llanura, abandonaron sus trabajos, y salieron gozosos á su encuentro. Quienes besaban su túnica, quienes le ofrecian un apoyo; las madres levantaban en brazos á sus tiernos hijos para que viesan al hombre de Jesucristo, y él vertia lágrimas de ternura, informándose á su paso de lo que entre sus ovejas ocurría, dando consejos á unos y benignas reprensiones á los otros, hablando al mismo tiempo de las mieses que era preciso recolectar, de los niños á quienes se debia instruir, de los trabajos á que se debia procurar un alivio, y á todos estos discursos mezclaba el nombre y el recuerdo de Dios.

»Así acompañados, llegamos al pié de una gran cruz que descollaba en el camino, y allí acostumbraba el servidor de Dios celebrar los misterios de su religion. «Mis queridos neófitos, dijo, volviéndose á la multitud, os han llegado un hermano y una hermana; y por colmo de felicidad, veo que la Providencia ha salvado ayer vuestras mieses del furor de la tormenta: estas son dos poderosas razones para que le tributemos gracias. Ofrezcamos, pues, el santo sacrificio, y asistan todos á él con un recogimiento profundo, una fe viva, una gratitud infinita y un corazón contrito.»

»Esto dicho, el sacerdote vistió una túnica blanca, tejida de corteza de morera, y los vasos sagrados se sacaron de un tabernáculo al pié de la cruz; preparóse el altar sobre un peñasco, tomóse agua del vecino torrente, y un racimo de uvas silvestres suministró el vino del sacrificio. Todos nos arrodillamos sobre las altas yerbas, y empezó la celebracion del misterio.

»La aurora que despuntaba á espalda de las montañas, teñia de rosa el Oriente; y todo se mostraba cubierto de oro y de púrpura en la soledad. El astro anunciado por tanto aparato de esplendor, surgió al fin de un abismo de luz, y su primer destello alumbró la hostia consagrada que el sacerdote alzaba en aquel mismo instante. ¡Oh encanto de la Religion, y magnificencia del culto cristiano! El sacrificador era un anciano ermitaño, el altar una tosca piedra, el templo el desierto, y el concurso unos sencillos salvajes! ¡No! no dudo que en el momento en que nos inclinamos al suelo, se cumplió el gran misterio, y que Dios bajó á la tierra, porque le sentí penetrar en mi corazón.

»Terminado el sacrificio, en el que solo faltó para mí la hija de Lopez, nos dirigimos á la poblacion, donde se advertia la mas tierna mezcla de la vida social y de la vida natural: en una extremidad del antiguo desierto se veia una plantacion reciente; las espigas hacian rodar sus olas de oro sobre el tronco de las derribadas encinas, y los haces de un verano reemplazaban el árbol de tres siglos. Veíase por donde quiera á los bosques, presa de las llamas, envolver los aires en densas humaredas, y al arado pasar lentamente entre los restos de sus raices. Los agrimensores median el terreno con largas cadenas, mientras los árbitros señalaban las primeras propieda-

des; el ave cedia su nido; la manida de la fiera trocábase en cabañas; oíase el estruendo de los martillos, y los redoblados golpes de la segur hacian mugir por la postrera vez los ecos, al desaparecer para siempre con los árboles que le servian de asilo.

»Yo vagaba embelesado en medio de aquellas apa-

cibles escenas, á que añadian nueva dulzura la imagen de Atala y los ensueños de felicidad en que mecia mi corazón. Admiraba el triunfo del Cristianismo sobre la vida salvaje, pues veia al indio civilizándose á la voz de la Religion, y asistia á las bodas primitivas del hombre y de la tierra: el hombre, en virtud de



LA TEMPESTAD.

este gran contacto, abandonaba á la tierra la costosa herencia de sus sudores; y la tierra, se obligaba á recompensarle, llevando fielmente las mieses, los hijos y las cenizas del hombre.

»Una mujer presentó un niño al misionero, que le bautizó entre los jazmines en flor, á orillas de un

manantial, mientras un ataúd era llevado á los *Bosquecillos de la muerte*. Dos esposos recibieron la bendicion nupcial á la sombra de una encina, y luego fuimos á establecerlos en la cabaña que les habia sido destinada. El pastor nos precedia, bendiciendo el peñasco, el árbol y la fuente, como en otro tiempo

bendijo Dios, según el libro de los cristianos, la tierra inculta, entregándola en herencia á Adam. Esta comitiva, que á la par de sus rebaños, seguía de peñasco en peñasco á su venerable pastor, retrataba á mi enternecido corazón aquellas emigraciones de las primeras familias, cuando Sem y sus hijos adelantaban al través del mundo desconocido, siguiendo el curso del sol.

«Habiendo preguntado al santo ermitaño cómo gobernaba sus hijos, me respondió con bondad: «Ninguna ley les he dado, pues solo les he enseñado á amarse recíprocamente, á orar á Dios y á esperar una vida mejor, pues tal es el resumen de todas las leyes del mundo. Aquella cabaña mas espaciosa que allí ves, está destinada á servir de capilla en la estación de las lluvias. Todos se reúnen en ella, al amanecer y al anochecer, para glorificar al Señor, y cuando yo estoy ausente, un anciano dirige la oración, porque la ancianidad, á semejanza de la maternidad, es una especie de sacerdocio. Cumplidos estos deberes cristianos, empiezan las faenas agrícolas; y si las propiedades están divididas para que todos puedan aprender la economía social, las mieses se depositan en trojes comunes, para que se mantenga viva la llama de la caridad fraternal, á cuyo efecto cuatro ancianos distribuyen equitativamente el producto del trabajo común. Añade á esto algunas ceremonias religiosas, muchos cantos, la cruz á cuyo pie he celebrado los santos misterios, el olmo á cuya sombra predico en los días serenos, nuestras sepulturas inmediatas á nuestros campos de trigo, nuestros ríos, donde bautizo los tiernos niños, santos Juanes de esta nueva Betania, y formarás cabal idea de este reino de Jesucristo.»

«Las palabras del solitario me llenaron de admiración, y entonces eché de ver la superioridad de aquella vida estable y ocupada, sobre la errante y vagabunda del salvaje.

«¡Ah, René! No murmuro de la Providencia, pero confieso que nunca traigo á la memoria aquella sociedad evangélica, sin experimentar á tal recuerdo una profunda amargura. ¡Cuán feliz me hubiera hecho en aquellos lugares la tranquila posesión de una cabaña, al lado de Atala! Allí hubieran terminado mis inútiles excursiones; allí, desconocido de los hombres, y ocultando con una esposa querida mi felicidad en el seno de los bosques, hubiera pasado como esos ríos que ni siquiera tienen nombre en el desierto. Pero en lugar de esa paz inalterable en que me atreva entonces á soñar, ¡cuán agitados han transcurrido mis días! Eterno juguete de la adversa fortuna, arrojado á todas las costas, desterrado de mi patria durante largos años, y no hallando á mi regreso á ella sino una cabaña arruinada, y á mis amigos en la tumba: ¡tal debía ser el triste destino de Chactas!»

#### EL DRAMA.

«Si vivos fueron mis ensueños de ventura, harto breve fue su duración: el desencanto me esperaba á la puerta del solitario. Grande fue mi sorpresa, cuando al llegar á ella á medio día, no vi salir á Atala á nuestro encuentro; esto me hizo experimentar cierto indefinible y repentino horror. Al acercarme á la gruta, no me atreví á llamar á la hija de Lopez, porque mi imaginación temía igualmente el ruido y el silencio que á mis gritos sucediese. Y mas aterrado aun por la oscuridad que á la entrada del peñasco reinaba, dije al misionero: «¡Oh, tú, á quien el cielo acompaña y fortalece, penetra en esas sombras!»

«¡Cuán débil es el hombre avasallado por las pasiones, y cuán fuerte aquel que descansa en Dios! Advertiase mas valor en aquel corazón religioso, que-

brantado por setenta y seis años, que en toda la lozania de mi juventud. El hombre de paz entró en la gruta, y yo permanecí fuera, poseído de espanto. Pocos momentos despues, un apagado murmullo, parecido á reprimidos lamentos, salió del fondo del peñasco, y vino á herir mi oído. Prorumpiendo entonces en un grito, y recobrando súbitamente todas mis fuerzas, arrojéme en la noche de la caverna... ¡Espíritus de mis padres! ¡Solo vosotros sabéis el espectáculo que se ofreció á mi vista!

«El solitario habia encendido una rama de pino, y alumbraba con mano trémula é indeciso resplandor el lecho de Atala, que medio incorporada se mostraba pálida, y con la cabellera en desorden. Rielaban sobre su frente las gotas de un sudor frio, pero sus ojos medio apagados se esforzaban aun en mostrarme su amor, y sus cárdenos labios procuraban sonreír. Yo permanecía inmóvil, como herido por el rayo, fijos los ojos, extendidos los brazos y entreabiertos los labios. Profundo silencio reinaba entre los tres personajes de aquella escena de dolor; el solitario fue quien primero lo rompió, diciendo: «Esto será un acceso de calentura, producida por las pasadas fatigas, y si nos resignamos á la voluntad de Dios, se compadecerá de nosotros.»

«Al oír estas palabras, la sangre paralizada volvió á circular por mi corazón, y con esa movilidad propia de los salvajes, pasé en un momento del exceso del temor al de la confianza. Pero Atala no me dejó abrigar mucho tiempo mis nuevas ilusiones, pues moviendo tristemente la cabeza, haciéndonos una seña para que nos acercásemos á su lecho, dijo al misionero, con débil acento:

«¡Padre mio! me siento cercana á la muerte. ¡Chactas! Escucha sin desesperacion el fatal secreto que te he ocultado para no hacerte desgraciado, y para obedecer á mi madre; no me interrumpas con señales de un dolor que abreviaria los pocos instantes que de existencia me restan. Mucho tengo que referir; pero conozco que debo abreviar todo lo posible mi relato, pues los latidos de mi corazón se debilitan, y siento sobre mi pecho el peso de una mole de hielo...»

«Despues de algunos momentos de silencio, Atala prosiguió:

«Mi triste destino empezó casi antes que abriese mis ojos á la luz. Mi madre me habia concebido en el infortunio; yo fatigaba su seno, y me dió á luz con tan crueles dolores, que se desesperó de mi vida; mi madre hizo un voto para salvarme, y prometió á la Reina de los ángeles que le consagraria mi virginidad, si me libraba de la muerte... ¡Voto temerario que me precipita en el sepulcro!

«Perdí á mi madre á los diez y seis años. Algunas horas antes de morir me llamó á su lecho, y me dijo en presencia de un misionero que la consolaba en sus postrimeros instantes: «No ignoras, hija mia, el voto que he hecho por tí. ¿Querrás, Atala mia, desmentir á tu madre? Te dejo en un mundo que no es digno de poseer una cristiana, y en medio de unos idólatras que persiguen al Dios de tus padres y mio, ¡oh Dios, que despues de haberte dado la vida, te la ha conservado por un milagro. Al aceptar el velo de las vírgenes, renunciarás á los cuidados de la cabaña y á las funestas pasiones que han agitado el seno de tu madre. Ven, hija mia, y jura sobre esta imagen de la Madre del Salvador, en manos de este santo sacerdote y de tu moribunda madre, que no me serás infiel á la faz del cielo. No olvides que me he obligado por tí, para salvar tu vida, y que si no guardas mi promesa, condenarás el alma de tu madre á eternos tormentos.»

«¡Oh madre mia! ¿por qué hablaste así? ¡Oh Religión que labras á la vez mi infortunio y mi felicidad, que me pierdes y me consuelas! Y tú, querido y tris-

te objeto de una pasión que me devora hasta en los brazos de la muerte, ¡ahora ves lo que ha constituido el rigor de nuestro destino...! Anegada en lágrimas, y dejándome caer en el seno materno, prometí todo lo que se habia querido hacerme prometer. El misionero pronunció sobre mí las palabras formidables, y me dió el escapulario que me liga para siempre. Mi madre me amenazó con su maldición si violaba mi voto, y despues de haberme encargado un secreto y inviolable respecto de los perseguidores de mi religión, espiró abrazándome.

«Al pronto, no conocí el peligro de aquel juramento, y pues llena de fervor, cristiana verdadera, y altíva además, porque es española la sangre que por mis venas circula, no vi en mi derredor sino hombres indignos de mi mano, y me felicité por no tener otro esposo que el Dios de mi madre. Pero te ví, ¡jóven y gallardo prisionero, compadeci tu suerte, y me atreví á hablarte al resplandor de la hoguera del bosque, y entonces sentí todo el peso de mis votos...»

«Pronunciadas por Atala estas palabras, exclamé cerrando los puños y mirando al misionero con aire amenazador: «¿Es esta la religion que tanto encarences? ¿Pereza el juramento que me roba á Atala. ¿Perezca el Dios que contradice la naturaleza! Hombre sacerdote, ¿qué has venido á hacer en estos bosques?»

«¡A salvarte! respondió con voz de trueno el anciano; á domar tus pasiones, y á impedir, ¡blasfemo! que la cólera del cielo estalle sobre tu cabeza. ¿Qué razón te asiste, jóven recién entrado en la senda de la vida, para quejarte de tus dolores? ¿De qué injusticias has sido víctima? ¿Dónde están tus virtudes, únicas que pudieran darte algun derecho á las quejas? ¿Qué servicios has hecho á tus semejantes? Desventurado! Solo veo pasiones en tí, y te atreves á acusar al cielo! Cuando hayas pasado, como el padre Aubry, treinta años de destierro en las montañas, no juzgarás con tan criminal ligereza los designios de la providencia divina; entonces comprenderás que nada sabes, que nada eres, y que no hay castigos bastante rigurosos ni males bastantes terribles que no merezca sufrir la carne corrompida.»

«Los ojos centellantes del anciano, su barba que cubria su pecho y sus palabras de fuego le hacian semejante á un dios. Abrumado por su magestuoso aspecto, caí á sus pies pidiéndole perdón por mis arrebatos, mas él me dijo: con un acento tan benévolo, que los remordimientos quebrantaron mi alma. «¡Hijo mio! no te he reprendido por mí, pues tienes sobrada razon en creer que nada he venido á hacer en estos bosques, pues Dios no tiene mas indigno servidor que yo, pero nunca acusemos al cielo. Perdóname si te he ofendido, y atendamos á tu hermana, que acaso tendrá remedio, y no renunciemos á la esperanza. ¡Chactas! ¡Muy divina es la religion que convierte en virtud la esperanza!»

«¡Jóven amigo mio, continuó Atala, tú has sido testigo de mis combates, y no obstante solo has visto la menor parte, pues te ocultaba lo mas terrible de ellos. El esclavo negro que riega con sus sudores las abrasadas arenas de la Florida, es menos miserable que lo ha sido Atala. Aconsejándote la fuga, y segura de mi muerte si te alejabas de mí, temiendo huír contigo en los desiertos, y no obstante, anhelando las sombras de los bosques... ¡Ah! ¡Si hubiera bastado dejar á padres, amigos y patria; si solo hubiese mediado, ¡cosa horrosa! ¡la pérdida de mi alma...! Pero tu sombra, madre mia, tu sombra me echaba en cara á todas horas sus tormentos! Oía tus quejas, y te veia devorada por las llamas del infierno. Mis áridas noches creaban tan solo fantasmas, y mis días no me traian consuelo alguno; el rocío de la noche se sacaba al contacto de mi piel ardiente; abria-

mis labios á las brisas, y estas, lejos de traerme la anhelada frescura, se abrasaban al fuego de mi aliento. ¡Qué tormento no me causaba verte sin cesar á mi lado, lejos de todos los hombres, en medio de soledades profundas, y tocar la insuperable barrera que entre los dos se levantaba! Pasar mi vida á tus pies, servirte como una esclava, preparar tu alimento y tu lecho en algun ignorado rincón del universo, hubiera sido para mí la suprema felicidad; ¡y tocando esta felicidad, no poder disfrutarla! ¿Qué de proyectos me sonado, que de ilusiones ha brotado este abatido corazón! Tal vez, al fijar en tí mis ojos, he llegado á formar deseos tan insensatos como culpables: ya hubiera querido ser contigo el único ser viviente en la tierra; ya sintiendo que una divinidad me detenía en mis horribles trasportes, hubiera deseado que esta divinidad se anonadase, con tal que estrechada en tus brazos, hubiese rodado de abismo en abismo, con los restos de Dios y del mundo! Ahora mismo... ¿lo diré? ahora que la eternidad va á tragarme, y que voy á presentarme ante el Juez inexorable; en el momento en que, para obedecer á mi madre, veo con alegría que mi virginidad devora mi vida: por una horrosa contradicción, llevo á la tumba el pesar de no haber sido tuya!

«Hija mia! interrumpió el misionero, el dolor extravía tu corazón. El exceso de pasión á que te entregas, pocas veces es justo; y no hallándose en el órden de la naturaleza, es menos disculpable á los ojos de Dios, porque mas que una debilidad del corazón es un error del espíritu. Es pues forzoso reprimir esos arrebatos, indignos de tu inocencia. Y debo tambien decirte, querida hija mia, que tu impetuosa imaginación te ha alarmado en demasía relativamente á tus votos. La Religion no exige sacrificios sobrehumanos. Sus sentimientos verdaderos y sus templadas virtudes son muy superiores á los exaltados sentimientos y las violentas virtudes de un pretendido heroísmo. Si hubieses sucumbido, sobre oveja descarriada, el Buen Pastor te hubiera buscado para atraerte á su rebaño. Abiertos estaban para tí los tesoros del arrepentimiento; que si son menester torrentes de sangre para borrar nuestras faltas á los ojos de los hombres, una sola lágrima de cordial arrepentimiento, basta en el tribunal de Dios. Tranquilízate, pues, querida hija mia, porque tu crítica situación exige sosiego, y dirijámonos á Dios, que cura todas las dolencias de los que le confiesan y sirven. Si como espero, es su voluntad que te libres de la enfermedad que te aqueja, escribiré al obispo de Quebec, pues está investido de los poderes necesarios para anular tus votos, que son simples, y acabarás tus días á mi lado con tu esposo Chactas.»

A estas palabras del anciano, Atala se sintió acometida de una larga y penosa convulsion, de que solo salió para dar muestras de un espantoso dolor. «¡Cómo! exclamó enlazando sus manos con pasión; ¡habia remedio! ¡Mis votos podian ser anulados!— ¡Sí, hija mia, respondió el misionero, y aun pueden serlo.— ¡Es demasiado tarde! ¡es demasiado tarde! replicó Atala en el colmo de la desesperacion. ¡Debo morir, Dios mio, en el momento en que hubiera podido ser feliz? ¿Porqué no he conocido antes á este santo anciano? ¡Cuánta seria hoy mi ventura al lado de Chactas, cristiano! Consolada, tranquilizada, por este augusto sacerdote... en este desierto... ¡oh! esto hubiera sido demasiada felicidad.»— ¡Cálmate! le dije, estrechando una de las manos de la desgraciada, cálmate, pues, esa felicidad está muy cercana.

«—Nunca! nunca!» dijo Atala. «—Cómo? repuse estupefacto. —«No sabes todo; ayer, durante la tempestad... me sentia próxima á violar mis votos; iba á hundir á mi madre en las llamas del abismo; su mal-

bendijo Dios, según el libro de los cristianos, la tierra inculta, entregándola en herencia á Adam. Esta comitiva, que á la par de sus rebaños, seguía de peñasco en peñasco á su venerable pastor, retrataba á mi enternecido corazón aquellas emigraciones de las primeras familias, cuando Sem y sus hijos adelantaban al través del mundo desconocido, siguiendo el curso del sol.

«Habiendo preguntado al santo ermitaño cómo gobernaba sus hijos, me respondió con bondad: «Ninguna ley les he dado, pues solo les he enseñado á amarse recíprocamente, á orar á Dios y á esperar una vida mejor, pues tal es el resumen de todas las leyes del mundo. Aquella cabaña mas espaciosa que allí ves, está destinada á servir de capilla en la estación de las lluvias. Todos se reúnen en ella, al amanecer y al anochecer, para glorificar al Señor, y cuando yo estoy ausente, un anciano dirige la oración, porque la ancianidad, á semejanza de la maternidad, es una especie de sacerdocio. Cumplidos estos deberes cristianos, empiezan las faenas agrícolas; y si las propiedades están divididas para que todos puedan aprender la economía social, las mieses se depositan en trojes comunes, para que se mantenga viva la llama de la caridad fraternal, á cuyo efecto cuatro ancianos distribuyen equitativamente el producto del trabajo común. Añade á esto algunas ceremonias religiosas, muchos cantos, la cruz á cuyo pie he celebrado los santos misterios, el olmo á cuya sombra predico en los días serenos, nuestras sepulturas inmediatas á nuestros campos de trigo, nuestros ríos, donde bautizo los tiernos niños, santos Juanes de esta nueva Betania, y formarás cabal idea de este reino de Jesucristo.»

«Las palabras del solitario me llenaron de admiración, y entonces eché de ver la superioridad de aquella vida estable y ocupada, sobre la errante y vagabunda del salvaje.

«¡Ah, René! No murmuro de la Providencia, pero confieso que nunca traigo á la memoria aquella sociedad evangélica, sin experimentar á tal recuerdo una profunda amargura. ¡Cuán feliz me hubiera hecho en aquellos lugares la tranquila posesión de una cabaña, al lado de Atala! Allí hubieran terminado mis inútiles excursiones; allí, desconocido de los hombres, y ocultando con una esposa querida mi felicidad en el seno de los bosques, hubiera pasado como esos ríos que ni siquiera tienen nombre en el desierto. Pero en lugar de esa paz inalterable en que me atreva entonces á soñar, ¡cuán agitados han transcurrido mis días! Eterno juguete de la adversa fortuna, arrojado á todas las costas, desterrado de mi patria durante largos años, y no hallando á mi regreso á ella sino una cabaña arruinada, y á mis amigos en la tumba: ¡tal debía ser el triste destino de Chactas!»

#### EL DRAMA.

«Si vivos fueron mis ensueños de ventura, harto breve fue su duración: el desencanto me esperaba á la puerta del solitario. Grande fue mi sorpresa, cuando al llegar á ella á medio día, no vi salir á Atala á nuestro encuentro; esto me hizo experimentar cierto indefinible y repentino horror. Al acercarme á la gruta, no me atreví á llamar á la hija de Lopez, porque mi imaginación temía igualmente el ruido y el silencio que á mis gritos sucediese. Y mas aterrado aun por la oscuridad que á la entrada del peñasco reinaba, dije al misionero: «¡Oh, tú, á quien el cielo acompaña y fortalece, penetra en esas sombras!»

«¡Cuán débil es el hombre avasallado por las pasiones, y cuán fuerte aquel que descansa en Dios! Advertiase mas valor en aquel corazón religioso, que-

brantado por setenta y seis años, que en toda la lozania de mi juventud. El hombre de paz entró en la gruta, y yo permanecí fuera, poseído de espanto. Pocos momentos despues, un apagado murmullo, parecido á reprimidos lamentos, salió del fondo del peñasco, y vino á herir mi oído. Prorumpiendo entonces en un grito, y recobrando súbitamente todas mis fuerzas, arrojéme en la noche de la caverna... ¡Espíritus de mis padres! ¡Solo vosotros sabéis el espectáculo que se ofreció á mi vista!

«El solitario habia encendido una rama de pino, y alumbraba con mano trémula é indeciso resplandor el lecho de Atala, que medio incorporada se mostraba pálida, y con la cabellera en desorden. Rielaban sobre su frente las gotas de un sudor frio, pero sus ojos medio apagados se esforzaban aun en mostrarme su amor, y sus cárdenos labios procuraban sonreír. Yo permanecía inmóvil, como herido por el rayo, fijos los ojos, extendidos los brazos y entreabiertos los labios. Profundo silencio reinaba entre los tres personajes de aquella escena de dolor; el solitario fue quien primero lo rompió, diciendo: «Esto será un acceso de calentura, producida por las pasadas fatigas, y si nos resignamos á la voluntad de Dios, se compadecerá de nosotros.»

«Al oír estas palabras, la sangre paralizada volvió á circular por mi corazón, y con esa movilidad propia de los salvajes, pasé en un momento del exceso del temor al de la confianza. Pero Atala no me dejó abrigar mucho tiempo mis nuevas ilusiones, pues moviendo tristemente la cabeza, haciéndonos una seña para que nos acercásemos á su lecho, dijo al misionero, con débil acento:

«¡Padre mio! me siento cercana á la muerte. ¡Chactas! Escucha sin desesperacion el fatal secreto que te he ocultado para no hacerte desgraciado, y para obedecer á mi madre; no me interrumpas con señales de un dolor que abreviaria los pocos instantes que de existencia me restan. Mucho tengo que referir; pero conozco que debo abreviar todo lo posible mi relato, pues los latidos de mi corazón se debilitan, y siento sobre mi pecho el peso de una mole de hielo...»

«Despues de algunos momentos de silencio, Atala prosiguió:

«Mi triste destino empezó casi antes que abriese mis ojos á la luz. Mi madre me habia concebido en el infortunio; yo fatigaba su seno, y me dió á luz con tan crueles dolores, que se desesperó de mi vida; mi madre hizo un voto para salvarme, y prometió á la Reina de los ángeles que le consagraria mi virginidad, si me libraba de la muerte... ¡Voto temerario que me precipita en el sepulcro!

«Perdí á mi madre á los diez y seis años. Algunas horas antes de morir me llamó á su lecho, y me dijo en presencia de un misionero que la consolaba en sus postrimeros instantes: «No ignoras, hija mia, el voto que he hecho por tí. ¿Querrás, Atala mia, desmentir á tu madre? Te dejo en un mundo que no es digno de poseer una cristiana, y en medio de unos idólatras que persiguen al Dios de tus padres y mio, ¡oh Dios, que despues de haberte dado la vida, te la ha conservado por un milagro. Al aceptar el velo de las vírgenes, renunciarás á los cuidados de la cabaña y á las funestas pasiones que han agitado el seno de tu madre. Ven, hija mia, y jura sobre esta imagen de la Madre del Salvador, en manos de este santo sacerdote y de tu moribunda madre, que no me serás infiel á la faz del cielo. No olvides que me he obligado por tí, para salvar tu vida, y que si no guardas mi promesa, condenarás el alma de tu madre á eternos tormentos.»

«¡Oh madre mia! ¿por qué hablaste así? ¡Oh Religión que labras á la vez mi infortunio y mi felicidad, que me pierdes y me consuelas! Y tú, querido y tris-

te objeto de una pasión que me devora hasta en los brazos de la muerte, ¡ahora ves lo que ha constituido el rigor de nuestro destino...! Anegada en lágrimas, y dejándome caer en el seno materno, prometí todo lo que se habia querido hacerme prometer. El misionero pronunció sobre mí las palabras formidables, y me dió el escapulario que me liga para siempre. Mi madre me amenazó con su maldición si violaba mi voto, y despues de haberme encargado un secreto inviolable respecto de los perseguidores de mi religión, espiró abrazándome.

«Al pronto, no conocí el peligro de aquel juramento, y pues llena de fervor, cristiana verdadera, y altiva además, porque es española la sangre que por mis venas circula, no vi en mi derredor sino hombres indignos de mi mano, y me felicité por no tener otro esposo que el Dios de mi madre. Pero te ví, ¡jóven y gallardo prisionero, compadeci tu suerte, y me atreví á hablarte al resplandor de la hoguera del bosque, y entonces sentí todo el peso de mis votos...»

«Pronunciadas por Atala estas palabras, exclamé cerrando los puños y mirando al misionero con aire amenazador: «¿Es esta la religion que tanto encareces? ¿Pereza el juramento que me roba á Atala. ¿Perezca el Dios que contradice la naturaleza! Hombre sacerdote, ¿qué has venido á hacer en estos bosques?»

«¡A salvarte! respondió con voz de trueno el anciano; á domar tus pasiones, y á impedir, ¡blasfemo! que la cólera del cielo estalle sobre tu cabeza. ¿Qué razón te asiste, jóven recién entrado en la senda de la vida, para quejarte de tus dolores? ¿De qué injusticias has sido victima? ¿Dónde están tus virtudes, únicas que pudieran darte algun derecho á las quejas? ¿Qué servicios has hecho á tus semejantes? Desventurado! Solo veo pasiones en tí, y te atreves á acusar al cielo! Cuando hayas pasado, como el padre Aubry, treinta años de destierro en las montañas, no juzgarás con tan criminal ligereza los designios de la providencia divina; entonces comprenderás que nada sabes, que nada eres, y que no hay castigos bastante rigurosos ni males bastantes terribles que no merezca sufrir la carne corrompida.»

«Los ojos centellantes del anciano, su barba que cubria su pecho y sus palabras de fuego le hacian semejante á un dios. Abrumado por su magestuoso aspecto, caí á sus pies pidiéndole perdón por mis arrebatos, mas él me dijo: con un acento tan benévolo, que los remordimientos quebrantaron mi alma. «¡Hijo mio! no te he reprendido por mí, pues tienes sobrada razon en creer que nada he venido á hacer en estos bosques, pues Dios no tiene mas indigno servidor que yo, pero nunca acusemos al cielo. Perdóname si te he ofendido, y atendamos á tu hermana, que acaso tendrá remedio, y no renunciemos á la esperanza. ¡Chactas! ¡Muy divina es la religion que convierte en virtud la esperanza!»

«¡Jóven amigo mio, continuó Atala, tú has sido testigo de mis combates, y no obstante solo has visto la menor parte, pues te ocultaba lo mas terrible de ellos. El esclavo negro que riega con sus sudores las abrasadas arenas de la Florida, es menos miserable que lo ha sido Atala. Aconsejándote la fuga, y segura de mi muerte si te alejabas de mí, temiendo huír contigo en los desiertos, y no obstante, anhelando las sombras de los bosques... ¡Ah! ¡Si hubiera bastado dejar á padres, amigos y patria; si solo hubiese mediado, ¡cosa horrosa! la pérdida de mi alma...! Pero tu sombra, madre mia, tu sombra me echaba en cara á todas horas sus tormentos! Oía tus quejas, y te veia devorada por las llamas del infierno. Mis áridas noches creaban tan solo fantasmas, y mis días no me traían consuelo alguno; el rocío de la noche se sacaba al contacto de mi piel ardiente; abria-

mis labios á las brisas, y estas, lejos de traerme la anhelada frescura, se abrasaban al fuego de mi aliento. ¡Qué tormento no me causaba verte sin cesar á mi lado, lejos de todos los hombres, en medio de soledades profundas, y tocar la insuperable barrera que entre los dos se levantaba! Pasar mi vida á tus pies, servirte como una esclava, preparar tu alimento y tu lecho en algun ignorado rincón del universo, hubiera sido para mí la suprema felicidad; ¡y tocando esta felicidad, no poder disfrutarla! ¿Qué de proyectos me sonado, que de ilusiones ha brotado este abatido corazón! Tal vez, al fijar en tí mis ojos, he llegado á formar deseos tan insensatos como culpables: ya hubiera querido ser contigo el único ser viviente en la tierra; ya sintiendo que una divinidad me detenía en mis horribles trasportes, hubiera deseado que esta divinidad se anonadase, con tal que estrechada en tus brazos, hubiese rodado de abismo en abismo, con los restos de Dios y del mundo! Ahora mismo... ¿lo diré? ahora que la eternidad va á tragarme, y que voy á presentarme ante el Juez inexorable; en el momento en que, para obedecer á mi madre, veo con alegría que mi virginidad devora mi vida: por una horrorosa contradicción, llevo á la tumba el pesar de no haber sido tuya!

«Hija mia! interrumpió el misionero, el dolor extravía tu corazón. El exceso de pasión á que te entregas, pocas veces es justo; y no hallándose en el órden de la naturaleza, es menos disculpable á los ojos de Dios, porque mas que una debilidad del corazón es un error del espíritu. Es pues forzoso reprimir esos arrebatos, indignos de tu inocencia. Y debo tambien decirte, querida hija mia, que tu impetuosa imaginación te ha alarmado en demasía relativamente á tus votos. La Religion no exige sacrificios sobrehumanos. Sus sentimientos verdaderos y sus templadas virtudes son muy superiores á los exaltados sentimientos y las violentas virtudes de un pretendido heroísmo. Si hubieses sucumbido, sobre oveja descarriada, el Buen Pastor te hubiera buscado para atraerte á su rebaño. Abiertos estaban para tí los tesoros del arrepentimiento; que si son menester torrentes de sangre para borrar nuestras faltas á los ojos de los hombres, una sola lágrima de cordial arrepentimiento, basta en el tribunal de Dios. Tranquilízate, pues, querida hija mia, porque tu crítica situación exige sosiego, y dirijámonos á Dios, que cura todas las dolencias de los que le confiesan y sirven. Si como espero, es su voluntad que te libres de la enfermedad que te aqueja, escribiré al obispo de Quebec, pues está investido de los poderes necesarios para anular tus votos, que son simples, y acabarás tus días á mi lado con tu esposo Chactas.»

A estas palabras del anciano, Atala se sintió acometida de una larga y penosa convulsion, de que solo salió para dar muestras de un espantoso dolor. «¡Cómo! exclamó enlazando sus manos con pasión; ¡habia remedio! ¡Mis votos podian ser anulados!— ¡Sí, hija mia, respondió el misionero, y aun pueden serlo.— ¡Es demasiado tarde! ¡es demasiado tarde! replicó Atala en el colmo de la desesperacion. ¡Debo morir, Dios mio, en el momento en que hubiera podido ser feliz? ¿Porqué no he conocido antes á este santo anciano? ¡Cuánta seria hoy mi ventura al lado de Chactas, cristiano! Consolada, tranquilizada, por este augusto sacerdote... en este desierto... ¡oh! esto hubiera sido demasiada felicidad.»— ¡Cálmate! le dije, estrechando una de las manos de la desgraciada, cálmate, pues, esa felicidad está muy cercana.

«—Nunca! nunca!» dijo Atala. «—Cómo? repuse estupefacto. —«No sabes todo; ayer, durante la tempestad... me sentia próxima á violar mis votos; iba á hundir á mi madre en las llamas del abismo; su mal-

«dición tronaba ya sobre mí; ya mentía al Dios que me ha salvado la vida... Cuando besabas mis trémulos labios, no sabías que besabas la muerte!» —Cielos! gritó el padre Aubry; ¿qué has hecho, desgraciada?—Un crimen, replicó Atala con extraviados ojos; pero al perderme yo, salvaba á mi madre.—Acaba! acaba! exclamé, lleno de espanto.—Previendo mi debilidad, al dejar las cabañas, llevé conmigo... ¿Qué? pregunté con horror.—Un veneno! dijo el misionero.—«¡Ya dilacera mi seno!» contestó la hija de Lopez con profundo abatimiento.

«La insegura mano del solitario abandonó la antorcha, yo caí exánime á los piés de Atala; el anciano nos abrazó por algunos momentos, y los tres confundimos nuestros sollozos sobre aquel lecho fúnebre.

«¡Basta! ¡basta! dijo poco despues el animoso eremitaño, encendiendo una lámpara; ¡no malogremos tan preciosos momentos! Rechacemos cual intrépidos cristianos los asaltos de la adversidad. Arrojámonos á los piés del Todopoderoso para implorar su misericordia y someternos á sus decretos, con una cuerda al cuello y cubierta la cabeza de ceniza. Acaso todavía es tiempo. Hija mia, hubieras debido partíciparme todo anoche.

«—¡Ah, padre mio! dijo Atala; anoche os busqué con ansia; pero el cielo en castigo de mis faltas, os alejó de mí. Por otra parte, todo auxilio hubiera sido inútil, porque los mismos indios, tan hábiles en preparar venenos, no conocen antidoto para el que me he tomado. ¡Juzga, oh Chactas, de mi sorpresa, cuando ví que el golpe no era tan súbito como esperaba. Mi amor ha duplicado mis fuerzas, mi alma no ha podido separarse tan pronto de tí!»

«Al llegar aquí, no interrumpí la narracion de Atala por medio de sollozos, sino con esos arrebatos de que solo son capaces los salvajes. Arrastreme furioso por el suelo, retorciéndome los brazos y mordiéndome las manos. El anciano sacerdote corria del hermano á la hermana, y nos prodigaba mil socorros con maravillosa ternura, porque en la calma del corazón y abrumado por el peso de los años, sabia hacerse oír de nuestra juventud, y su religion le proporcionaba acentos mas tiernos aun y mas vehementes que á nosotros nuestra pasion. Aquel sacerdote, que durante cuarenta años se inmola diariamente al servicio de Dios y de los hombres en aquellas agrestes montañas, traía á la memoria los holocaustos de Israel, humeando incesantemente en los lugares elevados en presencia del Señor.

«¡Ah! en vano intentamos aplicar algun remedio á los males de Atala. La fatiga, la amargura, el veneno y una pasion mas mortal que todos los venenos reunidos, se adunaban para robar aquella delicada flor á la soledad. Al llegar la noche, se manifestaron síntomas espantosos: un entorpecimiento general paralizó los miembros de Atala, y sus extremidades empezaron á enfriarse. «Toca mis manos, me decia; ¿no te parecen vertas?» Yo no acertaba á responderle, y mis cabellos se erizaban de horror; poco despues añadió: «Ayer me estremecía á tu mero contacto; hoy no siento ya tu mano, y apenas oigo tu voz; los objetos de la gruta desaparecen sucesivamente para mí. ¿No cantan los pajarillos? El sol debe hallarse próximo á su ocaso. ¡Chactas, sus rayos serán hermosos en el desierto, sobre mi tumba!»

«Viendo que sus palabras nos hacian derramar copiosas lágrimas, nos dijo: «Perdonadme, mis buenos amigos: soy muy débil, pero acaso me mostrare mas fuerte. Y no obstante, morir tan jóven, y cuando sentia latir lleno de vida mi corazón! ¡Gefe de la oracion! compadécete de mí, y préstame tu apoyo!» «¿Crees que mi madre estará satisfecha, y que Dios me perdonará lo que he hecho?»

«—¡Hija mia! respondióle el anacoreta anegado en lágrimas; todas tus desventuras son el triste resultado

de tu ignorancia; tu educacion salvaje, y la falta de la necesaria instruccion te han perdido; ignoras que un cristiano no puede disponer de su vida.» «Consuélate, pues, querida oveja, que Dios perdonará la sencillez de tu corazón. Tu madre y el imprudente misionero que la dirigia han sido mucho mas culpables que tú, pues ambos extralimitaron sus facultades al arrancarte un voto indiscreto; ¡sea conmigo, con ellos la paz del Señor! Los tres presentais un ejemplo terrible de los peligros del entusiasmo, y de la falta de luces en materias religiosas.» «Tranquilízate, hija mia; el que sondea los corazones te juzgará por tus puras intenciones, no por tu vituperable conducta.

«Por lo que respecta á la vida, si ha llegado el momento de dormirte en el Señor, ¡ah! ¡cuán poco pierdes al perder este mundo! A pesar de la soledad en que has vivido, no has ignorado las amarguras; ¿qué pensarías si hubieses sido testigo de los males de la sociedad, y si al llegar á las costas de Europa, hubieses lastimado tu oído el prolongado grito de dolor que exhala esa tierra envejecida en el crimen? ¡El habitante de la cabaña y el del palacio sufren y gimen en este mundo: lloran las reinas como las mas humildes mujeres, y la mente se asombra al considerar la cantidad de lágrimas que vierten los ojos de los reyes!»

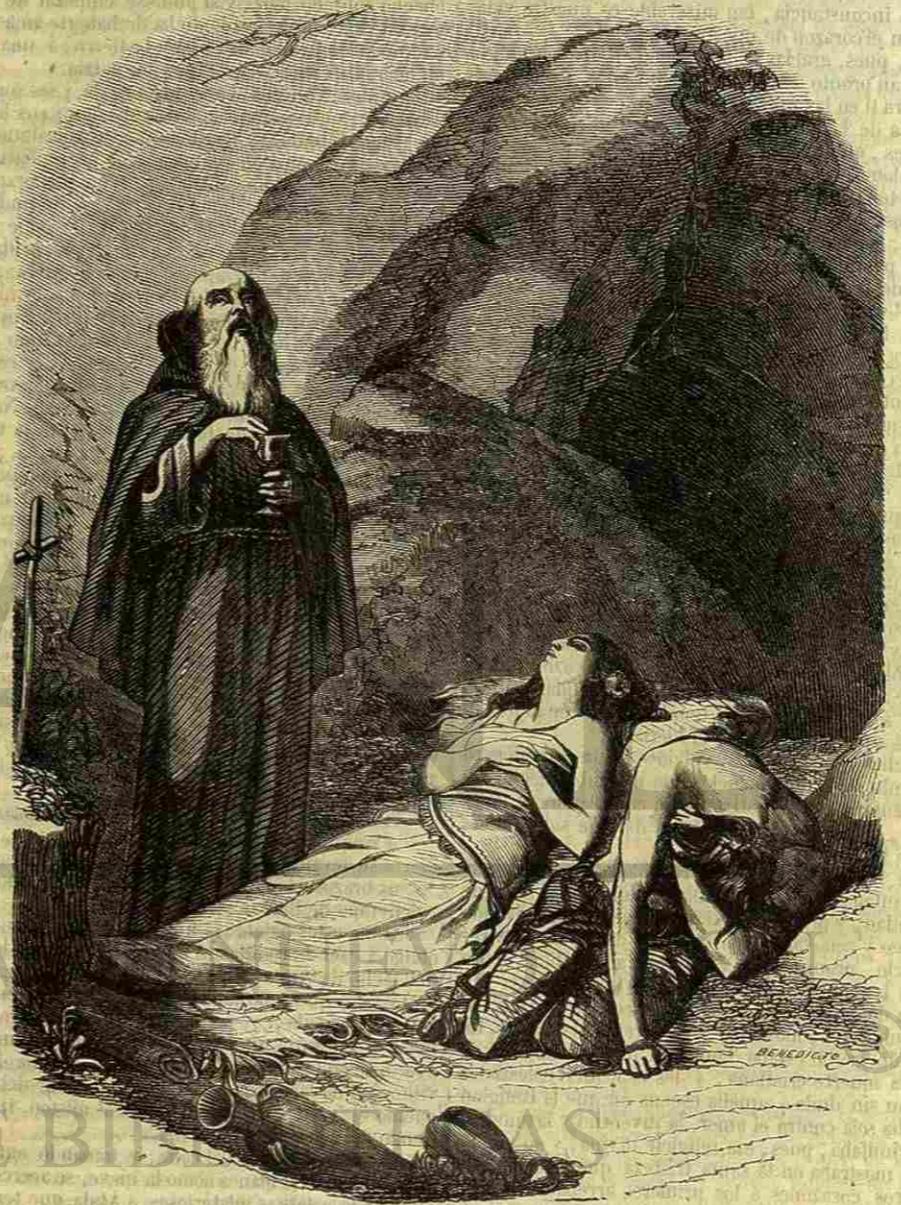
«¿Deplorarías la pérdida de tu amor? Esto equivaldría, hija mia, á llorar la desaparicion de un sueño.» «¿Conoces acaso el corazón del hombre, y puedes reducir á número las inconstancias de su deseo? Harto mas fácil te sería calcular el número de las olas que el mar desata durante una tempestad. ¡Atala! Los sacrificios y el desinterés no son lazos eternos; acaso un dia hubiera llegado el tedio en pos de la saciedad; el pasado hubiera sido mirado con disgusto, y solo se hubieran tomado en cuenta los inconvenientes de una union pobre y despreciada. Los amores mas hermosos fueron sin duda los de aquel hombre y aquella mujer que salieron de la mano del Criador, pues eran inocentes é inmortales, y el Paraíso habia sido creado para ellos. Perfectos en alma y cuerpo, sus sentimientos se adunaban en todo: Eva habia sido creada para Adam, y Adam para Eva. Y si á pesar de esto no les fue posible mantenerse en aquel estado de felicidad, ¿qué esposos aspirarán á ella? No te hablaré de los matrimonios de los primeros hijos de los hombres, uniones inefables en que la hermana era la esposa del hermano, y se confundian en un mismo corazón el amor y el cariño fraternal, aumentando la pureza de estas delicias de aquel. Todas estas uniones han sido destruidas: los celos se deslizaron en el altar de césped donde se inmola el cabritillo, y reinaron en la tienda de Abraham y en aquellos asilos conyugales donde los patriarcas gozaban tan vivas alegrías, que olvidaban la muerte de sus madres.

«¿Te juzgarías mas inocente y feliz en tus lazos que las santas familias de que Jesucristo quiso descender? No te hablaré de los pormenores de los cuidados domésticos, de las discordias, de las mutuas preconveniones, de las inquietudes, y de todas esas penas ocultas que velan á la cabecera del tálamo conyugal. La mujer renueva sus dolores siempre que es madre, y se casa llorando. ¡Cuántos males no supone la pérdida de un hijo á quien su madre amamantaba! Las montañas repetian largos gemidos, pues nada podia consolar á Raquel porque sus hijos no existian ya. Estas amarguras, inherentes á las afecciones humanas, son tan interesas, que he visto en mi patria á muchas damas principales y favoritas de los reyes, abandonar la corte para sepultarse en los claustros, mutilando esta carne rebelde cuyos placeres son otros tantos dolores.

«Dirásme acaso que estos ejemplos no te atañen,

«pues toda tu ambicion se reducía á vivir en una ignorada cabaña con el hombre elegido por tí; y que aspirabas menos á las dulzuras del matrimonio que á los encantos de esa locura que la juventud apellida amor. ¡Ilusiones, quimeras, vanidad, sueños de una fantasia calenturienta! Yo tambien, hija mia, he conocido las tempestades del corazón; que ni

«siempre mi cabeza ha sido calva, ni mi pecho ha palpitado tan tranquilo cual hoy te parece. Fia en mi experiencia. Si constante en sus afectos, pudiese el hombre alimentar incesantemente un sentimiento incesantemente renovado, es indudable que la soledad y el amor le igualarian al mismo Dios, porque estos son los dos eternos placeres del Ser



ULTIMOS MOMENTOS DE ATALA.

«Supremo. Empero el alma del hombre se hastía y nunca ama mucho tiempo el mismo objeto con la misma plenitud. Hay siempre algunos puntos en que dos corazones no se locan; estos puntos concluyen por hallarse á considerable distancia, y hacen insoportable la vida.

«Por último, querida hija mia, el gran error de

«los hombres, en sus ensueños de felicidad, es olvidarse de la muerte, condicion esencial de su naturaleza; es forzoso concluir! Por intensa que hubiera sido vuestra felicidad, tarde ó temprano tu hermoso semblante hubiérase trocado en ese uniforme vestigio de rostro que la mano de la destruccion imprime en la familia de Adam; los mismos ojos de

«Chactas no hubieran podido reconocerte entre tus hermanas de sepulcro, pues el amor no extiende su imperio sobre los gusanos de la tumba. ¿Qué digo, ¡oh vanidad de las vanidades! ¿qué hablo del poder de las afecciones terrenas? ¿Quieres conocer su alcance? Pues bien: si un hombre volviese á la luz algunos años despues de su muerte, es de temer que no le acogiesen con alegría los mismos que mas lágrimas habian consagrado á su memoria: ¡tan presto se forman nuevos vínculos, tan fácilmente se contraen nuevos hábitos, tan natural es en el hombre la inconstancia, tan miserable es nuestra vida, aun en el corazón de nuestros amigos!

«Da, pues, gracias á la bondad divina porque te saca tan pronto de este valle de miserias. Preparanse ya para tí en las nubes la blanca túnica y la brillante corona de las vírgenes; ¡bajo ya á la Reina de los ángeles, que te dice: «Ven, digna sierva mía; ven, mi paloma, á sentarte sobre un trono de candor, entre todas estas doncellas que han sacrificado su hermosura y su juventud al servicio de la humanidad, la educación de la infancia y las sublimes obras de la penitencia. Ven, rosa mística, á florecer en el seno de Jesucristo. El ataúd, lecho nupcial que te has elegido, no será manchado por la infidelidad, y no habrán fin los abrazos de tu celestial Esposo.»

«A la manera que el último destello del día aplaca los vientos y esperece la calma por el cielo, las tranquilas palabras del anciano acallaron las pasiones en el seno de Atala, que desde entonces se mostró únicamente ocupada de mi dolor y de los medios de hacerme menos amarga su pérdida. Una vez me decía que moriría dichosa si le prometía enjugar mis lágrimas; otras me hablaba de mi madre y de mi patria, esforzándose en distraerme del dolor presente, despertando en mí la imagen de un dolor pasado, y exhortándome á la paciencia y á la virtud. «No siempre serás desgraciado, me decía; si el cielo te somete hoy á rudo crisol, es tan solo para hacerte mas sensible á las desventuras ajenas. El corazón humano se asemeja á esos árboles que no brindan su bálsamo á las heridas de los hombres, sino cuando han sido á su vez heridos por el hierro.»

«Dichas estas palabras, volvió hacia el misionero buscando en él los consuelos que me habia hecho experimentar; y alternativamente consoladora y consolada, daba y recibía la palabra de vida sobre el lecho de la muerte.

«En tanto, el ermitaño redoblaba su celo. Sus quebrantados huesos se habian reanimado al soplo de la caridad, y preparando siempre remedios, avivando el fuego y renovando los céspedes del lecho para refrescarlo, pronunciaba discursos admirables sobre Dios y la felicidad de los justos. Armado con la antorcha de la Religión, parecia preceder á Atala en el sepulcro para mostrarle sus secretas maravillas. La humilde gruta estaba henchida de la grandeza de aquella muerte cristiana, y los espíritus celestiales asistian sin duda á aquella escena en que la Religión luchaba sola contra el amor, la juventud y la muerte.

«Triunfaba, pues, esa religion divina, y su victoria se mostraba en la santa tristeza que sucedió en nuestros corazones á los primeros arrebatos de un amor sin esperanza. A media noche, Atala se reanimó un tanto para repetir las oraciones que el religioso le dictaba. Poco despues me alargó la mano, y me dijo con voz casi imperceptible: «¿Recuerdas, hijo de Utalisi, aquella primera noche en que me tomaste por la virgen de los últimos amores? ¡Presagio singular de nuestro destino!...» Detúvose, un momento, y prosiguió: «Cuando reflexiono que te abandono para siempre, mi corazón hace un esfuerzo tan poderoso para revivir, que casi me siento dotado del poder de hacerme inmortal á fuerza de

amar. — Mas, ¡cúmplase, Dios mío, tu voluntad!» Atala enmudeció de nuevo, y luego añadió: «Béstame solo pedirte perdón por los males que te he causado; mucho te he atormentado con mi orgullo y mis caprichos. Chactas! algunos puñados de tierra arrojados sobre mí, interpondrán todo un mundo entre nosotros, y te librarán para siempre del peso de mis infortunios.

«— ¡Perdonarte! repliqué anegado en lágrimas; ¿no soy yo la causa de todas tus desventuras?» — Amigo mío, me dijo interrumpiéndome, tú me has hecho sobrado feliz, y si pudiese empezar de nuevo mi vida, preferiria la dicha de haberte amado algunos instantes en un triste destierro, á una existencia entera de descanso en mi patria.»

«Aquí se extinguió el acento de Atala, y las sombras de la muerte se esparcieron sobre sus ojos y sus labios; sus manos intentaban maquinalmente asir algun objeto, y conversaba en voz baja con los espíritus invisibles. Poco despues hizo un vano esfuerzo para desprender de su cuello el crucifijo, y no pudiendo verificarlo, me pidió lo tomase yo, diciéndome:

«Cuando te hablé la primera vez, viste brillar en mi seno esta cruz al resplandor de la hoguera: ¡Atala no posee otras riquezas! Lopez, tu padre y mío, la envió á mi madre pocos días antes de mi nacimiento. Recibe, pues, esta herencia, hermano mío, consérvala en memoria de mis infortunios, y recurre siempre en los tuyos á este Dios de los desvalidos. Chactas! debo dirigirte mi último ruego. Nuestra union hubiera sido de breve duración en la tierra; pero despues de esta vida hay otra mas larga. ¡Cuán horroroso me seria separarme de tí para siempre! Me anticipo á tí, para esperarte en el cielo. Si me has amado, hazte instruir en la religion cristiana, que preparará nuestra segunda union. Esta religion opera á tus ojos un gran milagro, pues me hace capaz de separarme de tí sin morir en los horrores de la desesperacion. Sin embargo, Chactas, solo te pido una simple promesa, pues sé harto bien lo que cuesta un juramento, para exigirtelo. Ese juramento te separaria acaso de alguna mujer mas feliz que yo... Oh madre mía! perdona á tu hija! Oh, Virgen María! ¡Suspende el golpe de tu enojo! Torno á sucumbir á mis debilidades, y te robo, ¡oh Dios mío! unos pensamientos que debieran pertenecerte exclusivamente!»

«Traspasado de dolor prometí á Atala abrazar un día la religion cristiana. A este espectáculo, el solitario se levantó con rostro inspirado, y extendiendo sus brazos á la bóveda de la gruta, exclamó: «Ya es tiempo de llamar á Dios aquí!»

«Al oír estas palabras, una fuerza sobrenatural me obligó á caer de rodillas, é incliné mi cabeza á los pies del lecho de Atala. El sacerdote abrió un lugar secreto, en que guardaba una urna de oro, cubierta con velo de seda, y prosternándose, oró profundamente. La gruta me pareció sublimemente iluminada; oyéronse en los aires las palabras de los ángeles y la vibración de las arpas celestiales; y al salir del tabernáculo el vaso sagrado, creí ver al mismo Dios saliendo del seno de la montaña.

«El sacerdote abrió el cáliz, y tomando entre sus dedos una hostia blanca como la nieve, se acercó, pronunciando palabras misteriosas, á Atala, que tenia sus ojos fijos en el cielo, en santo éxtasis. Calmáronse al parecer todos sus dolores, y toda su vida se reconcentró en sus labios, que se entreabrieron y acercaron respetuosos al Dios oculto en aquel pan místico. Luego, el santo anciano humedeció un poco de algodón en un aceite consagrado, con el cual frotó las sienes de la moribunda Atala; y despues de mirarla un momento, pronunció súbitamente en alta voz estas palabras: «¡Parte, alma cristiana, á reunirse á tu Criador!» «Levantando entonces mi humillada cabeza, exclamé, mi-

rando el vaso en que se encerraba el óleo santo: «— ¡Padre mío! Este remedio restituirá la vida á Atala?» — Si, hijo mío, replicó el sacerdote, cayendo en mis brazos; ¡le dará la vida eterna!» Atala acababa de espirar.

Al llegar aquí, Chactas se vió precisado á interrumpirse por segunda vez, pues anegado en lágrimas, no podía articular sino palabras entrecortadas. El anciano saquem descubrió su pecho, y sacando de él el crucifijo de Atala, dijo: «¡Hé aquí la prenda de la adversidad! ¡Oh René, oh hijo mío! ¡tú la ves, mas yo no la veo ya! Dime: ¿ha padecido alguna alteracion despues de tantos años? ¿No descubres en ella los surcos de mis lágrimas? ¿Podrias reconocer el sitio á que una santa aplicó sus labios? ¿Por qué no es hoy cristiano Chactas? ¿Qué frívolas razones de política y de patria le han mantenido hasta el día en los errores de sus padres? No, no quiero retrasar mas mi conversion. La tierra me grita: «¡Pronto bajarás á la tumba; ¿qué aguardas, pues, para abrazar una religion divina...?» ¡Oh tierra! no me esperarás mucho tiempo; no bien un sacerdote haya rejuvenecido en las santas aguas esta cabeza encanecida por las amarguras, podré esperar reunirme á Atala... Pero demos fin á mi historia.

#### LOS FUNERALES.

«No es mi intento, oh René, pintarte hoy la desesperacion que se apoderó de mi alma al exhalar Atala su último suspiro. Necesario seria mas calor del que me resta; preciso seria que mis cerrados ojos pudiesen abrirse de nuevo al sol, para pedirle cuenta de las lágrimas que á su luz derramaron. ¡Si! esa luna que ora brilla sobre nuestras cabezas, se cansará de alumbrar las soledades de Kentucky; si! el río que ora impele nuestras piraguas suspenderá su corriente, primero que mis lágrimas cesen de correr por Atala. Durante dos días enteros me mostré insensible á los razonamientos del ermitaño, quien, deseando apacar mis penas, no se valia de las fútiles razones de la tierra, y se limitaba á decirme: «Hijo mío; ¡tal es la voluntad de Dios!» y me estrechaba en sus brazos. Nunca hubiera creído que se encerrasen tantos consuelos en estas pocas palabras del cristiano resignado, si no lo hubiese experimentado en mí mismo.

«La ternura, la unción, y la inalterable paciencia del antiguo siervo de Dios, vencieron al fin la obstinacion de mi dolor, y me avergoncé de las lágrimas que le hacia derramar. «¡Basta ya, padre mío! le dije; no turben las indómitas pasiones juveniles la paz de tus cansados días. Permíteme llevar conmigo los restos mortales de mi esposa, para que les dé sepultura en algun ignorado lugar del desierto; y si estoy condenado á vivir, procuraré hacerme digno de esas bodas eternas que me han sido prometidas por Atala.»

«A este inesperado triunfo del valor y la conformidad, el buen viejo se estremeció de alegría, y exclamó: «¡Oh, sangre de Jesucristo, sangre de mi divino Maestro, reconozco tus méritos! Tú salvarás sin duda á este jóven. ¡Dios mío! acaba tu obra; devuelve la paz á esta alma agitada, y no le dejes de sus infortunios, sino humildes y provechosos recuerdos!»

«El justo se negó á abandonarme los despojos de la hija de Lopez, pero me propuso hacer venir á todos sus neófitos y enterrarla con toda la pompa cristiana; á lo cual me negué á mi vez, diciéndole: «Las desgracias y las virtudes de Atala han sido desconocidas de los hombres; quiero, pues, que su tumba, abierta fuertemente por nuestras manos, participe de esta oscuridad.» Convenimos, por lo tanto, en que al amanecer del siguiente día partiríamos para enterrar á Atala de-

bajo del arco del puente natural, á la entrada de los Bosquecillos de la muerte. Y resolvimos tambien pasar la noche en oracion al lado de sus helados restos.

«Trasladamos estos al anoecer á una hendidura de la gruta, que miraba al Norte. El ermitaño los habia envuelto en una pieza de lino de Europa, hilado por su madre: única riqueza que conservaba de su patria, y que destinaba hacia mucho tiempo para su propia mortaja. Atala estaba tendida sobre un lecho de sensitivas de montaña; sus piés, su cabeza, sus hombros y parte de su pecho estaban descubiertos. Veíase entre sus cabellos una flor marchita de magnolia; ¡la misma que yo habia colocado en su lecho, para hacerla fecunda! Sus labios parecian sonreír y palidecer como un capullo de rosa cogido despues de dos mañanas, y en sus mejillas, de blancura deslumbradora, se distinguian algunas venas azules. Sus hermosos ojos estaban cerrados, sus piés medio descubiertos, sus manos alabastrinas estrechaban un crucifijo de ébano, y el escapulario de sus votos pendia de su cuello. Parecia encantada por el ángel de la melancolia, y por el doble sueño de la inocencia y del sepulcro: no he visto cosa mas celestial. El que hubiese ignorado que aquella jóven habia gozado de la luz, hubiérala creído la estatua de la virginidad dormida.

«El religioso pasó toda la noche en oracion, y yo la vi transcurrir sentado á la cabecera del lecho mortuario de la malograda Atala. ¡Cuántas veces, durante su sueño, habia sostenido en mis rodillas aquella encantadora cabeza! ¡Cuántas me habia reclinado sobre ella para oír y respirar su aliento! Ora empero, ningun rumor salia de aquel seno inmóvil, y en vano esperaba que la hermosa despertase.

«La luna vino á prestar su pálida antorcha á aquella vela fúnebre: levantóse á media noche como una blanca vestal que acude á llorar sobre el feretro de una compañera querida, y poco despues derramó por los bosques ese gran secreto de melancolia que se complace en comunicar á las decrepitas encinas y á las antiguas costas de los mares. De tiempo en tiempo, el padre Aubry sumergia una rama en flor en agua consagrada; y sacudiéndola luego, perfumaba la noche con los aromas del cielo. Algunas veces repetía sobre un aire antiguo algunos versos de un antiguo poeta, llamado Job, y decía:

«He pasado como una flor; me he secado como la yerba de los campos.

«¿Por qué ha sido concedida la luz al miserable, y la vida á los que gimen en la amargura del corazón?»

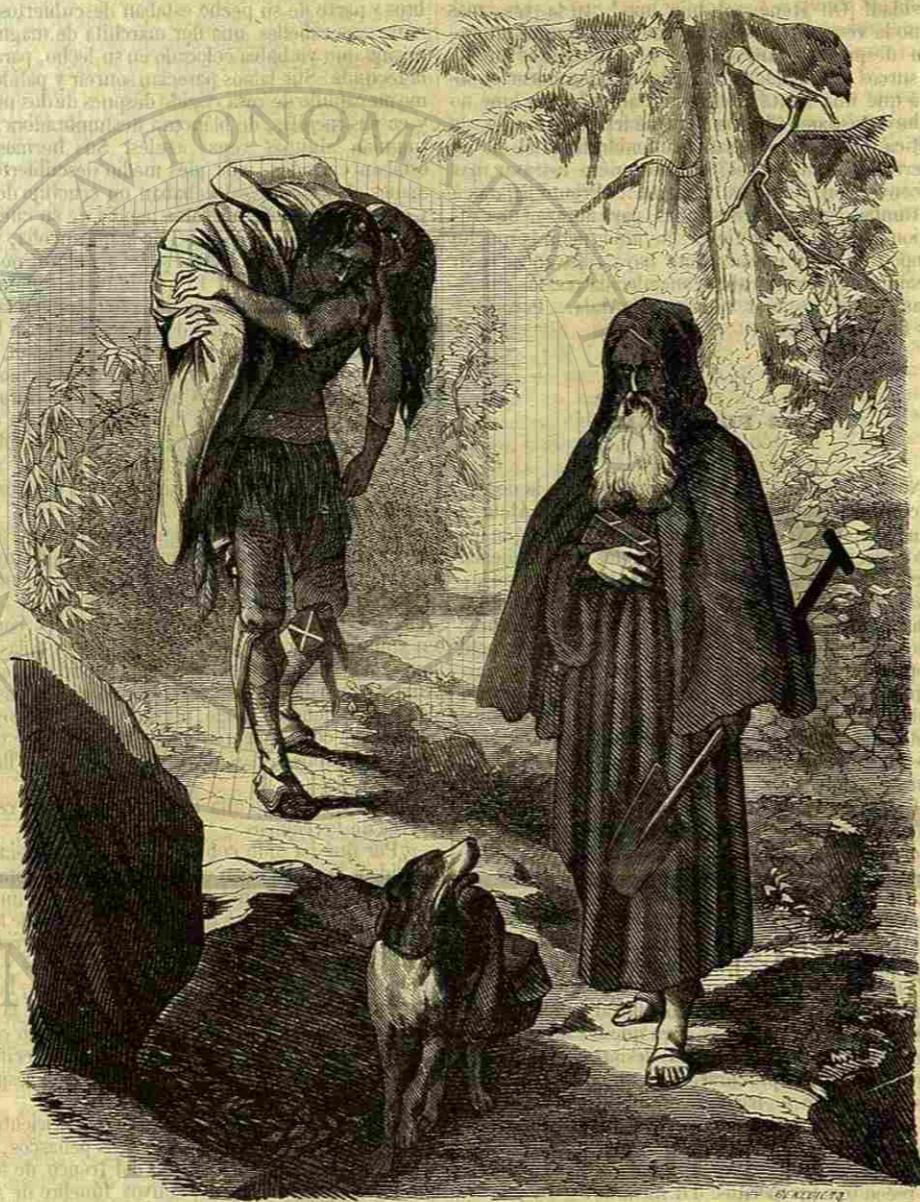
«Así cantaba el anciano. Su voz grave y un tanto cadenciosa, rodaba y se perdía en el silencio de los desiertos, mientras todos los ecos, todos los torrentes y todos los bosques repetían el nombre de Dios y de la tumba. Los arrullos de la paloma de Virginia, la caída de un torrente en la montaña, y el sonido de la campana que llamaba á los viajeros, se confundían con los cantos fúnebres, y se creía oír en los Bosquecillos de la muerte el coro lejano de los finados, que respondía á la voz del solitario.

«En tanto se formó una faja de oro en el Oriente. Los gavilanes chillaban en la punta de los peñascos, y las martas volvían á las hendiduras del tronco de los olmos: esto era la señal del convoy fúnebre de Atala: cargué, pues, en hombros sus restos, y precedido del ermitaño que se apoyaba en su báculo, empezamos á bajar lentamente de peñasco en peñasco, pues la muerte y la ancianidad acortaban nuestros pasos. Al ver el perro que nos habia hallado en el bosque, y que ora dando saltos de alegría, nos trazaba tan opuesto camino, mi corazón se desgarraba. Y acontecia que la larga cabellera de Atala, juguete de las brisas matinales, extendía sobre mis ojos su velo de oro; otras veces, cediendo al peso veíame precisado á colocarlo sobre el musgo y sentarme á su lado, para restaurar mis flacas fuerzas. Llegamos por último al lugar prefijado

por mi dolor, y bajamos al pie del arco del puente. ¡Oh, hijo mio! ¡Preciso hubiera sido ver á un jóven salvaje y á un viejo ermitano uno en frente del otro, de rodillas en un desierto, abriendo una sepultura para una doncella prematuramente robada á la vida, y cuyo cadáver yacía no lejos, en el seco cauce de un torrente!

»Terminada nuestra triste faena, trasladamos la

inanimada belleza á su lecho de tierra. ¡Ah! ¡Cuán diferente era el que yo me habia prometido prepararle! Tomando entonces un puñado de polvo en mi mano, y guardando un silencio espantoso, fijé por la postrera vez mis ojos en el ya desfigurado semblante de Atala. Esparcí luego la tierra del sueño sobre aquella frente de diez y ocho primaveras, y vi desaparecer gradualmente las facciones de mi hermana y ocultarse



LOS FUNERALES.

sus gracias detrás de la cortina de la eternidad; mas su pecho se dejó ver durante algun tiempo sobre el suelo negruzco, cual una blanca azucena descuella sobre una arcilla oscura. «¡Lopez!» exclamé entonces; ¡hé aquí á tu hijo enterrando á tu hija! Y acabé de cubrir á Atala con la tierra del reposo.

»Volvímos á la gruta, y di parte al misionero del proyecto que habia formado de establecerme á su lado; pero el santo, que conocía á fondo el corazón humano, adivinó mi pensamiento y el ardor de mi dolor, y me dijo: «Chactas, hijo de Utalisi, mientras Atala ha vivido, yo mismo te he pedido que permanecie-

»seis en mi compañía; mas tu suerte ha cambiado, y te debes á tu patria. Créeme, hijo mio; los dolores no son eternos, y es preciso que concluyan mas tarde ó mas temprano, puesto que el corazón humano no es ilimitado, y en esto mismo echarás de ver una de nuestras mayores miserias: ni aun somos capaces de ser desgraciados mucho tiempo. Vuelve á las orillas del Meschacébé, y ve á consolar á tu madre que te llora todos los días y há menester tu apoyo. Hazte instruir en la religion de tu Atala, cuando halles una ocasión oportuna, y no olvides que le prometiste ser virtuoso y cristiano. Yo custodiaré aquí su tumba. Parte, hijo mio, que Dios, el alma de tu hermana y el corazón de tu anciano amigo, te seguirán á todas partes.»

«Estas fueron las palabras del hombre del peñasco: su autoridad era grande, y su sabiduría demasiado

profunda para que me negase á obedecerle. Al dia siguiente me separé de mi respetable huésped, que estrechándome sobre su corazón, me dió sus últimos consejos, su última bendicion y sus últimas lágrimas. Pasé á la sepultura, y me sorprendí al hallar en ella una cruz que se alzaba sobre la muerte, como se ve descollar sobre las olas el mástil de un bajel despues de un naufragio. Conocí que el solitario habia ido á orar á la tumba, durante la noche: señal de amistad y de religion que excitó en mí la mas tierna gratitud, y sentí la tentacion de abrir la fosa y contemplar otra vez á mi amada; pero me retuvo cierto religioso temor, y me contenté con sentarme sobre la recién removida tierra. Apoyando un codo en mis rodillas, y la cabeza en mi mano, quedé abismado en la mas amarga abstraccion. ¡Oh René! Allí me entregué por primera vez á serias reflexiones acerca de la vanidad



CHACTAS VUELVE A HALLAR LA SEPULTURA DE ATALA.

de nuestra existencia, y la vanidad, mayor aun, de nuestros proyectos. ¿Quién no ha hecho estas reflexiones? Yo soy un ciervo encanecido por los inviernos, y mis años compiten con los de la corneja; pues bien: á pesar de tantos dias, acumulados sobre mi cabeza; á pesar de tan larga experiencia de la vida, no he hallado un solo hombre que no se haya visto engañado en sus dorados ensueños de felicidad, ni un solo corazón no dilacerado por alguna oculta herida. El corazón mas tranquilo en apariencia, se asemeja al pozo natural de la sábana Alachua, cuya superficie brilla pura y serena; pero al fijar la vista en el fondo, descubre un enorme cocodrilo, que emponzoña las falaces aguas.

»Habiendo visto al sol levantarse y ponerse sobre aquel lugar de dolor, al dia siguiente, al primer grito de la cigüeña, me preparé á abandonar la sagrada se-

pultura, punto de partida desde donde me proponía entrar en la carrera de la virtud. Invoqué tres veces el alma de Atala, y tres veces respondió el genio del desierto á mis gritos, bajo el arco sepulcral. Saludé luego el Oriente, y descubrí á lo lejos en los fragosos senderos de la montaña al ermitano, que se dirigía á las cabanas de otros desgraciados. Cayendo de rodillas, y abrazando estrechamente la tierra que sostenia la modesta cruz, exclamé con voz ahogada por los sollozos: «¡Duerme en paz en extraña tierra, mujer desventurada! ¡Vas á verte abandonada hasta del mismo Chactas, en premio de tu amor, de tu destierro y de tu muerte! Entonces, derramando torrentes de lágrimas, me alejé de la hija de Lopez, y logré arrancarme á aquellos lugares, dejando al pie del monumento de la naturaleza, otro mas augusto: la humilde sepultura de la virtud.»

## EPILOGO.

CHACTAS, hijo de Utalisi el natche, narró esta historia el europeo René. Los padres la han contado á sus hijos, y yo viajero en lejanas regiones, he referido fielmente lo que me han contado los indios. En esta narracion he visto el cuadro del pueblo cazador y del pueblo labrador; la Religion, primera legisladora de los hombres; los peligros de la ignorancia y del entusiasmo religioso, tan opuestos á las luces, á la caridad y al verdadero espíritu del Evangelio; los combates de las pasiones y la virtud en un corazón sencillo; y por último, el triunfo del Cristianismo sobre el sentimiento mas vehemente, y el temor mas terrible: el amor y la muerte.

Cuando un siminol me refirió esta historia, me pareció muy instructiva y hermosa, porque colocó en ella la flor del desierto, los encantos de la cabaña, y una sencillez en la expresion del dolor, que no me hizo creer haber conservado. Restábame averiguar un hecho. Pregunté cuál habia sido el paradero del padre Aubry, mas como nadie acertó á decírmelo, hubiéramos quizá ignorado eternamente si la Providencia, que dirige todo, no me hubiese descubierto lo que deseaba saber. Hé aquí por qué medios:

Habia recorrido las orillas del Meschacebé, que formaban en otro tiempo el limite meridional de la Nueva-Francia, y anhelaba ver al Norte la otra maravilla de este territorio: la catarata del Niagara, á cuyas inmediaciones habia llegado en el antiguo país de los Iroqueses, cuando al atravesar una mañana una llanura, vi á una mujer sentada debajo de un árbol, teniendo un niño muerto en sus rodillas. Acerquéme lentamente á la jóven madre, y le oí decir estas palabras:

«Si te hubieras quedado entre nosotros, mi querido hijo, ¡con cuánta gracia hubiera tu mano manejado el arco! Tu brazo hubiera domado al oso enfurecido, en la cumbre de la montaña, y tus pasos hubieran desafiado al corzo en su carrera. Blanco armijo del peñasco, ¿por qué te marchaste tan jóven al país de las almas? ¿Qué harás para resucitar? Tu padre no está aquí para alimentarte con la caza; tendrás frío, y ningún espíritu te dará pieles para abrigarte. ¡Oh! Es preciso que me apresure á reunirme á ti, para cantarte canciones y presentarte mi seno.»

Y la jóven madre cantaba con voz trémula, mecia al niño sobre sus rodillas, humedecía sus labios con la leche maternal, y prodigaba á la muerte todos los desvelos que se conceden á la vida.

Aquella mujer intentaba hacer secar el cadáver de su hijo en las ramas de un árbol, segun la costumbre india, para llevarlo luego al sepulcro de sus padres.

Al efecto, desnudó al recién nacido, y respirando algunos instantes sobre su boca, le dijo: «Alma de mi hijo, alma encantadora; tu padre te creó en otro tiempo en mis labios con un beso; ¡ay! los míos no tienen el poder de darte un segundo nacimiento.» Es'o dicho, descubrió su seno y abrazó los helados despojos del niño, que sin duda se hubieran reanimado al calor del corazón maternal, si Dios no se hubiese reservado el soplo que infunde la vida.

Levantóse, y buscó con la vista un árbol en cuyas ramas pudiese colocar al difunto niño. Al fin, escogió un arce, de flores encarnadas, festonado con guirnaldas de apios, y que esparcía los mas suaves perfumes. Bajó con una mano las ramas inferiores, y con la otra colocó el niño; y soltando la rama, ésta recobró su posición natural, llevando los despojos de la inocencia ocultos en su embalsamado follaje. ¡Oh! ¡Cuán tierna es esta costumbre india! Yo os he visto en vuestros devastados campos, festonado con monumentos de los Crasos y los Césares; pero prefiero á vosotros esos sepulcros aéreos de los salvajes, esos mausoleos de flores y de verdor, perfumados por la abeja, mecidos por el céfiro, y en los que el ruiseñor construye su nido y hace oír sus quejumbrosas melodías. Si la mano de un amante ha colocado los restos de una doncella en el árbol de la muerte; si una madre ha depositado los despojos de un hijo querido en la morada de los pajarillos, el encanto se acrecienta. Acerquéme á aquella mujer que lloraba al pié del arce, é imponiéndole las manos en la cabeza, exhalé los tres gritos de dolor. Luego, sin hablarle, y tomando como ella un ramo, aluyenté los insectos que zumbaban en torno del niño, evitando asustar á una paloma vecina, á la cual decia la india: «¡Paloma! Si no eres el alma de mi hijo, que ha emprendido su vuelo, eres sin duda una madre que busca alguna cosa para hacer un nido. Toma estos cabellos, que ya no lavaré en agua de raíz de china; tómalos para acostar á tus pequeños, y ¡ojalá te los conserve el Gran Espíritu!»

No obstante, la pobre madre lloraba de alegría viendo las atenciones del extranjero. Mientras hacíamos esto, se acercó un jóven y le dijo: «Hija de Celuta, ¡retira á nuestro hijo, pues nos es forzoso partir al brillar el primer sol.» Yo dije entonces: «Hermano, ¡te deseo un cielo azul, muchos corzos, un manto de castor, y la esperanza. ¿No eres de este desierto?—No, repuso el jóven; somos unos desterrados, que vamos en busca de una patria.» Así hablando, el guerrero inclinó la cabeza sobre el pecho, y cortaba, como distraído, las corolas de las flores con la extre-

midad de su arco. Conoció que se ocultaban muchas lágrimas en el fondo de aquella historia, y enmudeció. La mujer tomó su hijo de las ramas del arce, y lo entregó á su esposo. Entonces dije: «¿Quereis permitirme que encienda vuestra hoguera esta noche?—No tenemos cabaña, replicó el guerrero con sordo acento; si quereis seguirnos, acamparemos al borde de la catarata.—Soy gustoso, repuse;» y partimos juntos.

Poco tardamos en llegar al borde de la catarata, que se anunciaba en sus espantosos mugidos: está formada por el rio Niagara, que sale del lago Erié y desemboca en el lago Ontario, siendo su altura perpendicular de ciento cuarenta y cuatro pies. Como desde el lago Erié hasta el salto, corre el Niagara por una rápida pendiente, en el momento de la caída es menos un rio que un mar, cuyos tronadores torrentes se empujan y chocan á la entreabierto boca de un abismo. La catarata se divide en dos brazos, y se encorva á manera de herradura. Entre estos brazos se adelanta una isla, que socavada por sus cimientos, parece suspendida, con todos sus árboles sobre el caos de las ondas. La masa de rio que se precipita hácia el Mediodía, se redondea á manera de un inmenso cilindro, y desplegándose luego como una cortina de nieve, resplandece al sol con todos los colores, mientras la que se despeña hácia Oriente, baja en medio de una sombra espantosa, á semejanza de una columna del diluvio. Mil arcos iris se encorvan y cruzan sobre el pavoroso abismo. Las aguas, al azotar los estremecidos peñascos, saltan en espesos torbellinos de espuma, que se levantan sobre los bosques cual los remolinos de humo de un vasto incendio. Los pinos, los nogales silvestres y las rocas cortadas á manera de fantasmas, decoran aquella escena sorprendente; las águilas, arrastradas por la corriente de aire, bajan revoloteando al fondo del antro, y los carcajús se suspenden por sus flexibles colas de la extremidad de una rama, para coger en el abismo los mutilados cadáveres de los alces y osos.

Mientras contemplaba aquel soberbio espectáculo con un placer mezclado de terror, la india y su esposo se alejaron de mí. Busquéles, subiendo el rio, antes de despeñarse, y les hallé á poco en un lugar adecuado á su quebranto. Estaban tendidos sobre la yerba, en compañía de unos ancianos á cuyo lado vi unas osamentas humanas envueltas en pieles de fieras. Atónito ante lo que veía hacia ya algunas horas, sentéme cerca de la jóven madre y le dije: «¿Qué significa todo esto, hermana mia?» La india me respondió: «Hermano mio, esta es la tierra de la patria, y estas son las cenizas de nuestros antepasados que nos siguen al nuestro destierro.—¿Y cómo habeis sido reducidos, repliqué, á tanto infortunio?» La hija de Celuta respondió: «Somos los restos de los natchez, porque, despues de la matanza que los franceses hicieron en nuestra nacion, para vengar á sus hermanos, los que de los nuestros lograron sustraerse á la saña del vencedor, hallaron hospitalidad en los Chikasas, nuestros vecinos. Entre ellos hemos permanecido tranquilos largo tiempo; pero há siete lunas que los blancos de la Virginia se han apoderado de nuestras tierras, diciendo que les han sido otorgadas por un rey de Europa. Hemos levantado los ojos al cielo, y cargando con los restos de nuestros mayores, hemos emprendido nuestro camino á través del desierto. Yo he parido durante la marcha; y como mi leche era mala, á causa del dolor, ha causado la muerte á mi hijo.» Esto dicho, la jóven madre enjugó sus ojos con sus cabellos, y yo lloré tambien.

Poco despues le dije: «Hermana mia, adoremos al Gran Espíritu, pues todo acontece por disposicion suya. Todos somos viajeros, y nuestros padres lo han sido asimismo, pero hay un lugar en donde descansaremos. Si no temiese tener la lengua tan fácil como la de un blanco, te preguntaria si habias oido

«hablar de Chacas, el natche.» Al oír estas palabras, la india me miró y me dijo: «¿Quién te ha hablado de Chactas, el natche?—La sabiduría, le repliqué.» La india prosiguió: Voy á decirte lo que sé, porque has auyentado las moscas del cuerpo de mi hijo, y porque acabas de decir hermosas palabras acerca del Gran Espíritu. Yo soy la hija de la hija de René, el europeo adoptado por Chactas. Este, que habia recibido el bautismo, y mi desgraciado abuelo René perecieron en la matanza.—El hombre camina incansablemente de dolor en dolor, respondí inclinándome. ¿Y podrias darme tambien nuevas del padre Aubry?—No fue mas dichoso que Chactas, dijo la india, pues los queroqueses, enemigos de los franceses, penetraron en su Misión, atraídos por la campana que llamaba en auxilio de los viajeros. El padre Aubry hubiera podido salvarse, pero no quiso abandonar sus hijos, y permaneció entre ellos para animarles á la muerte con su ejemplo. Fue pues quemado en medio de terribles tormentos, sin que se pudiese arrancarle un solo grito ofensivo á su Dios ó á su patria, pues durante el suplicio no cesó de orar por sus verdugos, y de compadecerse de las víctimas. Deseando arrancarle una muestra de debilidad, los queroqueses trajeron á sus piés un salvaje cristiano, á quien habian mutilado horriblemente. Pero su sorpresa fue grande, cuando vieron que aquel jóven se arrojaba y besaba las heridas del anciano ermitaño, que le gritaba: ¡Hijo mio! hemos sido ofrecidos en espectáculo á los ángeles y á los hombres. Furiosos los indios, le introdujeron un hierro hecho ascua en la garganta para evitar que hablase; y no pudiendo consolar mas á los hombres, espiró.

Dicese que los queroqueses, aunque tan acostumbrados á ver sufrir con constancia á los salvajes, no pudieron dejar de confesar que en el humilde valor del padre Aubry habia algo que les era desconocido, y que sobrepujaba todo el arrojo de la tierra. Asombrados muchos de ellos de tal muerte, se hicieron cristianos.

Algunos años despues, Chactas, á su regreso del país de los blancos, noticioso de las desgracias del jefe de la oracion, partió en busca de sus cenizas y de las de Atala. Llegó al lugar de la Misión, pero apenas pudo reconocerlo, porque el lago se habia desbordado, la sábana se habia trocado en un pantano, y el puente natural, al venir á tierra, habia sepultado debajo de sus escombros el sepulcro de Atala y los Bosquecillos de la muerte. Chactas vagó mucho tiempo por aquel lugar; visitó la gruta del solitario, que halló obstruida por las malezas y los framboesos, y en la cual una cierva alimentaba su cervatillo. Sentóse en el peñasco de la Vigilia de la muerte, en el que solo vió algunas plumas desprendidas de las alas de las aves de paso. Mientras se entregaba al llanto, la serpiente doméstica del misionero salió de los vecinos matorrales, y fue á enroscarse á sus piés. Chactas abrigó en su seno aquel fiel amigo, único morador de las ruinas, y contó que muchas veces, á la proximidad de la noche, habia creído ver levantarse en los vapores del crepúsculo las sombras de Atala y del padre Aubry: visiones que le llenaban de un religioso terror y de una melancólica alegría.

Despues de haber buscado en vano el sepulcro de su hermana y el del solitario, se disponia á abandonar aquellos lugares, cuando la cierva de la gruta se puso á dar saltos delante de él, y se detuvo al pié de la cruz de la Misión, rodeada á la sazón de agua hasta la mitad; su madera estaba destruida por el musgo, y el pelicano del desierto se complacia en posarse sobre sus carcomidos brazos. Chactas creyó que la cierva reconocida le habia conducido al sepulcro de su antiguo huésped, y escavando los cimientos del peñasco que en otro tiempo servia de altar, encontró

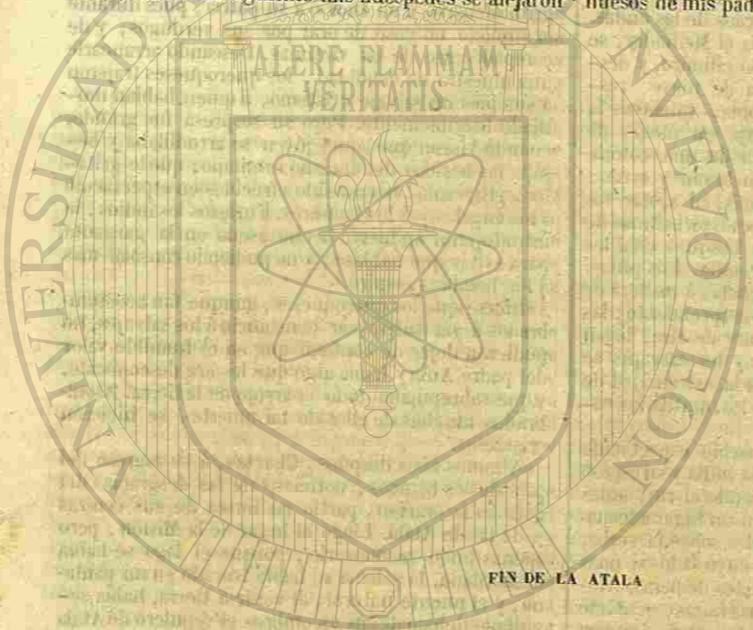
los restos de un hombre y de una mujer. No dudo fuesen los del sacerdote y la virgen, tal vez enterrados por los ángeles en aquellos lugares, y envolviéndolos en pieles de oso, volvió á tomar el camino de su patria, llevando consigo los preciosos restos, que resonaban sobre su espalda como el carcaj de la muerte. Al llegar la noche, poníalos bajo su cabeza, y se veía rodeado de gratos ensueños de amor y de virtud. ¡Extranjero! Aquí puedes contemplar este polvo, con el del mismo Chaetas.»

Cuando la india hubo pronunciado estas palabras, me levanté, y acercándome á aquellas sagradas cenizas, me arrodillé en silencio ante ellas. Luego, alejándome con acelerados pasos, exclamé: «¡Así pasa en la tierra todo lo bueno, virtuoso y sensible! ¡Hombre! No eres otra cosa que un rápido sueño, una dolorosa fantasía; no existes sino para el mal; no tienes otro valor que el de la tristeza de tu alma, y la eterna amargura de tus pensamientos!»

Estas reflexiones me ocuparon toda la noche, y al amanecer del día siguiente mis huéspedes se aljaron

de mí. Los guerreros jóvenes abrian la marcha, y las esposas la cerraban; los primeros iban cargados con las santas reliquias de sus ascendientes, las segundas llevaban sus tiernos hijos, y los ancianos caminaban lentamente en medio, colocados entre sus abuelos y su posteridad, entre los recuerdos y la esperanza, entre la patria perdida y la que se prometían hallar. ¡Oh! ¡Cuántas lágrimas se derraman cuando se abandona de esta manera la tierra natal, y cuando desde lo alto de la colina del destierro se descubren por última vez el techo á cuya sombra nacimos, y el río de la cabaña, que continua deslizándose tristemente á través de los yermos campos de la patria!

¡Indios sin ventura, á quienes he visto vagar por los desiertos del Nuevo-Mundo, cargados con las cenizas de vuestros padres; vosotros me habeis concedido hospitalidad á pesar de vuestra miseria. Yo no puedo devolvedros la hoy, porque vago tambien á merced del capricho de los hombres; pero menos feliz que vosotros en mi destierro, no llevo conmigo los huesos de mis padres!



# EL RENE,

POR EL VIZCONDE DE CHATEAUBRIAND

TRADUCIDO

POR DON MANUEL M. FLAMANT.



CHATEAUBRIAND. ®

MADRID.

IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES,

calle del Príncipe núm. 4.

1854.

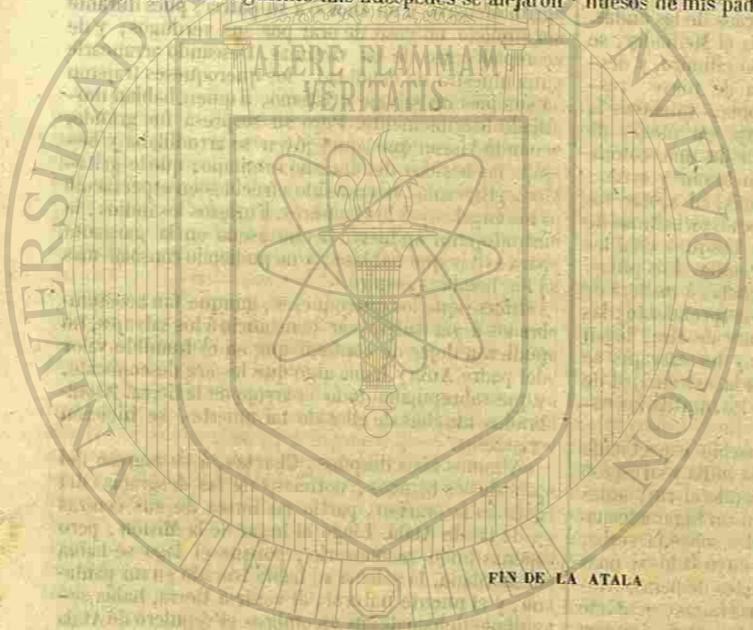
los restos de un hombre y de una mujer. No dudó fuesen los del sacerdote y la virgen, tal vez enterrados por los ángeles en aquellos lugares, y envolviéndolos en pieles de oso, volvió á tomar el camino de su patria, llevando consigo los preciosos restos, que resonaban sobre su espalda como el carcaj de la muerte. Al llegar la noche, poníalos bajo su cabeza, y se veía rodeado de gratos ensueños de amor y de virtud. ¡Extranjero! Aquí puedes contemplar este polvo, con el del mismo Chaetas.»

Cuando la india hubo pronunciado estas palabras, me levanté, y acercándome á aquellas sagradas cenizas, me arrodillé en silencio ante ellas. Luego, alejándome con acelerados pasos, exclamé: «¡Así pasa en la tierra todo lo bueno, virtuoso y sensible! ¡Hombrere! No eres otra cosa que un rápido sueño, una dolorosa fantasía; no existes sino para el mal; no tienes otro valor que el de la tristeza de tu alma, y la eterna amargura de tus pensamientos!»

Estas reflexiones me ocuparon toda la noche, y al amanecer del día siguiente mis huéspedes se aljaron

de mí. Los guerreros jóvenes abrian la marcha, y las esposas la cerraban; los primeros iban cargados con las santas reliquias de sus ascendientes, las segundas llevaban sus tiernos hijos, y los ancianos caminaban lentamente en medio, colocados entre sus abuelos y su posteridad, entre los recuerdos y la esperanza, entre la patria perdida y la que se prometían hallar. ¡Oh! ¡Cuántas lágrimas se derraman cuando se abandona de esta manera la tierra natal, y cuando desde lo alto de la colina del destierro se descubren por última vez el techo á cuya sombra nacimos, y el río de la cabaña, que continua deslizándose tristemente á través de los yermos campos de la patria!

¡Indios sin ventura, á quienes he visto vagar por los desiertos del Nuevo-Mundo, cargados con las cenizas de vuestros padres; vosotros me habeis concedido hospitalidad á pesar de vuestra miseria. Yo no puedo devolvedros la hoy, porque vago tambien á merced del capricho de los hombres; pero menos feliz que vosotros en mi destierro, no llevo conmigo los huesos de mis padres!



# EL RENE,

POR EL VIZCONDE DE CHATEAUBRIAND

TRADUCIDO

POR DON MANUEL M. FLAMANT.



CHATEAUBRIAND. ®

MADRID.

IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES,

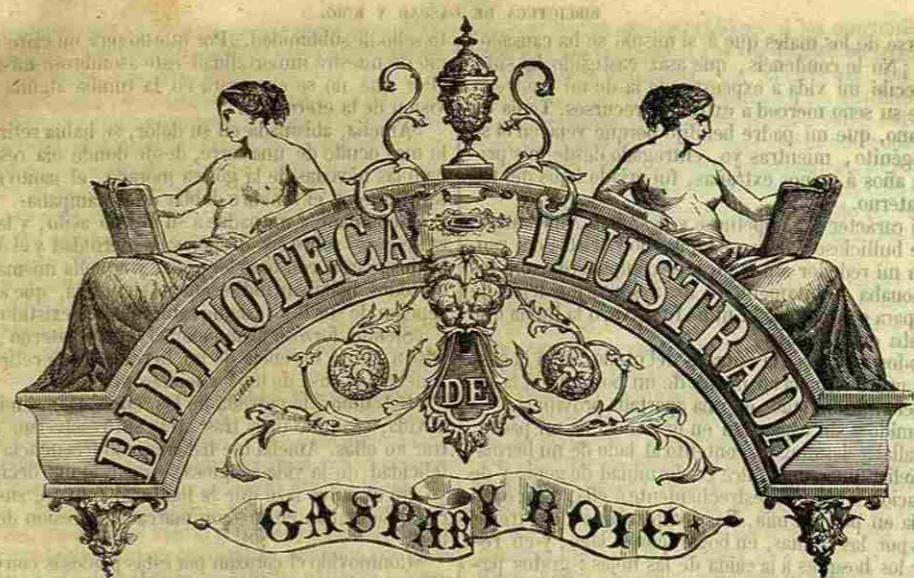
calle del Príncipe núm. 4.

1854.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DIRECCIÓN GENERAL DE

IMPRESA DE GASPAR Y ROIG  
1822



## EL RENÉ.

Al llegar al país de los Natchez, René se había visto precisado á elegir esposa, para conformarse con las costumbres indias; pero no vivía á su lado, pues una oculta propension á la melancolía le arrastraba á lo mas intrincado de los bosques, donde pasaba solo dias enteros, pareciendo salvaje á los salvajes mismos. A excepcion de Chactas y del padre Souël, misionero en el fuerte de Rosalia, habia renunciado al trato de los hombres. Estos dos ancianos ejercian mucho ascendiente sobre su corazon: el primero por su amable indulgencia, y el segundo por su extremada severidad. Desde la caza del castor, en la que el ciego saquem habia contado sus aventuras á René, este se negara constantemente á referir las suyas. No obstante, Chactas y el misionero deseaban con vehemencia conocer el infortunio que habia obligado á un europeo jóven y bien nacido, á adoptar la extraña resolucion de sepultarse en los desiertos de la Luisiana. René habia atribuido siempre su obstinacion en no hablar de sí mismo, al escaso interés de su historia, limitada, segun decia, á sus ideas y sentimientos. «Respecto del acontecimiento que me ha determinado á trasladarme á América, dijo un dia, debo condenarlo á un eterno olvido.»

Algunos años trascurrieron sin que los dos ancianos consiguiesen arrancarle su secreto; pero una carta recibida de Europa, por el correo de las misiones extranjeras, exasperó de tal modo su habitual tristeza, que huió de sus viejos amigos, quienes le instaron con gran ahinco que les abriese su corazon; y al efecto emplearon tanta discrecion, dulzura y autoridad, que al fin se creyó obligado á complacerlos. Señalóse, pues, el dia en que debía referirles, no las aventuras de su vida, puesto que no las tenia, sino los recónditos secretos de su alma.

El 21 de mes que los salvajes denominan la luna de las flores, René se trasladó á la cabaña de Chactas,

y dándole el brazo, le condujo á la sombra de un sa-safrás, á orillas del Meschacébé; el padre Souël no tardó en acudir á la cita. Despuntaba la aurora, y á escasa distancia se dejaban ver en la llanura la ciudad de los Natchez, con su bosquecillo de moreras y sus cabañas que se asemejaban á unas colmenas. La colonia francesa y el fuerte de Rosalia se mostraban á la derecha, sobre la margen del rio. Las tiendas de campaña, las casas á medio construir, las fortalezas empezadas, los desmontes cubiertos de negros, y los grupos de blancos é indios, presentaban en aquel reducido cuadro el contraste de las costumbres sociales y salvajes. A Oriente, y en el fondo de la perspectiva, el sol empezaba á levantarse sobre las desiguales cimas de los Apalaches, que se destacaban á manera de inmensos caracteres azules en las doradas alturas del cielo; al Occidente, el Meschacébé deslizaba sus ondas en medio de un magnifico silencio, formando con una grandeza superior á toda descripcion, el marco de tan sorprendente cuadro.

El jóven y el misionero admiraron durante algun tiempo aquella hermosa escena; no sin deplorar que el saquem no pudiese ya gozar de ella. Luego, el padre Souël y Chactas se sentaron sobre el césped al pié del sa-safrás; René se colocó en medio de ellos, y despues de un momento de silencio habló en estos términos:

«No puedo reprimir un movimiento de vergüenza, al empezar mi relato. La paz de vuestros corazones, respetables ancianos, y la calma solemne de que nos rodea la naturaleza, hacen que la vana agitacion de mi alma me cause un vivo rubor.»

«¡Cuánto habreis de compadecerme! ¡Cuán mezquinas os parecerán mis eternas inquietudes! Vosotros, que habeis agotado todas las amarguras de la vida, ¿qué pensareis de un jóven sin fuerza y sin virtud, que encuentra en sí mismo su tormento, y que solo puede

quejarse de los males que á sí mismo se ha causado? ¡Ah! ¡No le condeneis, que asaz castigado ha sido!

»Recibí mi vida á expensas de la de mi madre, y salí de su seno merced á extremos recursos. Tenía un hermano, que mi padre bendijo porque veía en él su primogénito, mientras yo, entregado desde mis primeros años á manos extrañas, fui criado lejos del techo paterno.

»Mi carácter era impetuoso y desigual. Alternativamente bullicioso y alegre, ó taciturno y triste, ora reunía en mi rededor á mis jóvenes compañeros, ora los abandonaba súbitamente é iba á sentarme lejos de ellos, para contemplar la nube fugitiva, ó la lluvia que resonaba en el follaje.

»Todos los años á la entrada del otoño, iba á la casa de mi padre situada en medio de un bosque y á la intermediación de un lago, en una apartada provincia.

»Tímido y sin expansión en presencia de mi padre, solo hallaba desahogo y contento al lado de mi hermana Amelia, pues una dulce conformidad de genio y de inclinaciones me unía estrechamente á ella, cuya edad excedía en poco la mía. Nos complacíamos en trepar juntos por las colinas, en bogar por el lago, y en recorrer los bosques á la caída de las hojas: gratos paseos cuyo recuerdo inunda aun mi alma de delicias. ¡Ilusiones de la niñez y de la patria! ¿Cómo despojaros de vuestra duitzura?

»Ora marchábamos en silencio prestando oído al sordo murmullo del otoño, ó al rumor de las hojas secas que arrastrábamos tristemente á nuestro paso; ora seguíamos en nuestros inocentes juegos, la golondrina en la pradera, ó el arco iris en las colinas humedecidas por la lluvia; y algunas veces recitábamos versos, porque nada hay mas poético que un corazón de diez y seis años, en toda la lozanía de sus pasiones. La mañana de la vida, á semejanza de la del día, se ostenta llena de pureza, de imágenes y armonías.

»Los domingos y los días festivos oía en los bosques, á través de los árboles, el sonido de la campana distante, que llamaba al templo al hombre de los campos, y apoyado en el tronco de un añoso olmo, escuchaba en silencio aquel piadoso tañido. Cada vibración del bronce reproducía en mi alma sencilla la inocencia de las costumbres campestres, la calma de la soledad, los encantos de la Religión y la deleitosa melancolía de los recuerdos de mi primera infancia. ¡Oh! ¿Qué corazón, por duro que sea, no ha latido alguna vez al oír las campanas de su lugar natal, de esas campanas que sonaron jubilosas sobre su cuna, que anunciaron su entrada en la vida, que señalaron el primer latido de su corazón, que publicaron en todos los vecinos lugares la santa alegría de su padre, y los dolores y las alegrías, aun mas inefables, de su madre? Todo se encuentra reunido en las encantadas abstracciones en que nos sumerge el eco de esa campana: la Religión, la familia, la patria, la cuna y el sepulcro, el pasado y el porvenir.

»Es verdad que Amelia y yo gozábamos mas que otro alguno de esas ideas graves y tiernas, porque ambos sentíamos en el corazón cierto fondo de tristeza, debido á Dios ó á nuestra madre.

»Así transcurrían los días, cuando mi padre se vió acometido de una enfermedad que le condujo en pocos á la tumba. Espiró en mis brazos, y esto me enseñó á conocer la muerte en los labios del que me había dado la vida. Aquella impresión fue tan vehemente que aun no se ha borrado en mí; entonces se presentó á mi vista por vez primera la inmortalidad del alma, pues no pude creer que este cuerpo inanimado fuese en mí el autor del pensamiento, y advertí que debía proceder de mas alto origen; sumido, pues, en un santo dolor, no exento de alegría, esperé reunirme un día al espíritu de mi padre.

»Otro fenómeno me confirmó en tan elevada idea. Las facciones de aquel adquirieron en el féretro cier-

to sello de sublimidad. ¿Por qué no será un claro indicio de nuestra inmortalidad este asombroso misterio? ¿Por qué no se encerrará en la tumba alguna gran visión de la eternidad?

»Amelia, abismada en su dolor, se había retirado á lo mas oculto de una torre, desde donde oía resonar, bajo las bóvedas de la gótica morada, el canto de los sacerdotes y el fúnebre doblar de la campana.

»Acompañé á mi padre á su último asilo, y la tierra se cerró sobre sus despojos; la eternidad y el olvido le abrumaron con todo su peso, y aquella misma tarde todos hollaban indiferentes su huesa, que á excepción de sus hijos, nadie sabia si había existido.

»Siendo forzoso abandonar el techo paterno, que pasó á ser la herencia de mi hermano, me retiré con Amelia á la casa de unos ancianos parientes.

»Detenido á la entrada de las engañosas sendas de la vida, examiné unas tras otras sin resolverme á entrar en ellas. Amelia me hablaba con frecuencia de la felicidad de la vida religiosa, y cuando me decía que yo era el único lazo que la ligaba al mundo, sus miradas se fijaban en mí con marcada expresión de tristeza.

»Conmovido el corazón por estas piadosas conversaciones, solía encaminarme á un monasterio inmediato á mi nueva morada, y hubo un momento en que me sentí inclinado á ocultar en él mi anómala existencia. ¡Felices aquellos que han terminado su travesía sin haber abandonado el puerto, ni haber arrastrado como yo, inútiles días sobre la tierra!

»Los europeos, agitados sin cesar, sienten la necesidad de construirse soledades, porque cuanto mas tumultuoso y ardiente es nuestro corazón, tanto mas nos atraen la calma y el silencio. Los asilos abiertos en mi patria á los desgraciados y á los débiles, suelen estar ocultos en esos valles que insinúan en el corazón el vago sentimiento del infortunio y la esperanza de un abrigo; algunas veces se les descubre tambien en parajes elevados, donde el alma religiosa, á semejanza de una flor de montaña, parece elevarse al cielo para ofrecerle sus perfumes.

»Pareceme ver aun la magestuosa mezcla de las aguas y los bosques de aquella antigua abadía, donde me proponía sustraer mi vida á los caprichos de la suerte; creo vagar aun al declinar el día, por aquellos solitarios claustros que resonaban bajo mis pasos. Cuando la luna alumbraba escasamente las columnas que sostenían los arcos, y proyectaba su sombra en la opuesta pared, me detenía á contemplar la cruz que sellaba el campo de la muerte, y las altas yerbas que crecían entre las losas sepulcrales. Hombres que habiendo vivido lejos del mundo, habeis pasado del silencio de la vida al silencio de la muerte, ¿cuán profundo hastío á las cosas de la tierra inspiran á mi corazón vuestros sepulcros!

»Bien fuese natural inconstancia, bien cierta aversión á la vida monástica, es lo cierto que mudando de propósito, me resolví á viajar. Despedíme de mi hermana, que me estrechó en sus brazos con un movimiento parecido á la alegría, como si se juzgase feliz al separarse de mí; al ver esto, no pude menos de entregarme á una amarga reflexión acerca de la inconsecuencia de los afectos humanos.

»No obstante, me lancé solo y lleno de ardor al proceloso océano del mundo; océano cuyos puertos y escollos me eran igualmente desconocidos. Primero visité los pueblos que ya no existen: senté en las ruinas de Roma y Grecia, países de colosal é ingeniosa memoria, donde los palacios yacen sepultados en el polvo, donde los mausoléos de los reyes se ocultan debajo de las malezas; ¡Oh poder de la naturaleza, y debilidad del hombre! la desdenada yerba taladra los mármoles de esos sepulcros, que sus muertos, tan poderosos un día, no levantarán jamás.

»Algunas veces veía alzarse solitaria en un desierto

una erguida columna, bien así como se eleva de tiempo en tiempo una idea gigantesca en un alma devorada por el tiempo y la adversidad.

»He meditado sobre esos monumentos en todos los accidentes y á todas las horas del día. Ya ese mismo sol que había visto abrir los cimientos de aquellas ciudades, se ponía magestuosamente á mis ojos sobre las ruinas; ya la luna, levantándose en un cielo sin nubes, entre dos urnas cinerarias medio rotas, me descubría los pálidos sepulcros. Muchas veces he creído ver el genio de los recuerdos sentado pensativo á mi lado, á la luz de ese astro que alimenta los dulces ensueños del alma.

»Cansado al fin de escudriñar los sepulcros, donde removía con desconsoladora frecuencia el polvo de los crímenes, quise saber si las razas vivientes me ofrecerían mas virtudes ó menos vicios que las razas extinguidas. Recorriendo cierto día una gran ciudad, al pasar á espaldas de un palacio, vi en un patio retirado un desierto una estatua que señalaba con el dedo un lugar famoso por un gran sacrificio (1). El hondo silencio, de aquellos lugares despertó en mí una viva sorpresa, pues solo el viento gemía en torno del mármol trágico. Algunos jornaleros estaban tendidos con indiferencia al pie de la estatua, ó silbaban al labrar las piedras. Preguntéles qué significaba aquel extraño monumento: unos empero apenas pudieron decirme, al paso que otros ignoraban la catástrofe que representaba. Nada me ha dado una medida mas exacta de la vanidad de los acontecimientos humanos, y de lo poco que valemos. ¿Qué es hoy de esos personajes que de tanto estrépito se rodearon? Inexorable el tiempo ha dado un paso, y la faz de la tierra ha sido renovada.

»En mis viajes busqué especialmente los artistas y esos hombres superiores que cantan los dioses en su lira, y la felicidad de los pueblos que honran las leyes, la Religión y las tumbas.

»Esos cantores pertenecen á una raza divina, pues poseen el único talento incontestable con que el cielo ha embellecido la tierra. Su vida es á la vez sencilla y sublime; celebran los dioses con labios de oro, y son los mas candorosos de los hombres; hablan como los inmortales ó como niños sin doblez; explican las leyes que rigen el universo, y no aciertan á comprender los negocios mas triviales de la vida; tienen maravillosas ideas acerca de la muerte, y mueren sin apercibirse de ella, cual los recién-nacidos.

»En los montes de la Caledonia, el último bardo que se ha hecho oír en sus bosques, me cantó los poemas con que un héroe consolaba en otro tiempo su vejez. Estábamos sentados sobre cuatro piedras carcomidas por el musgo; á nuestros pies se deslizaba un torrente; el cabritillo triscaba á alguna distancia entre las ruinas de una torre, y el viento de los mares silbaba ronco en los matorrales de Cona. Ahora, la religión cristiana, hija tambien de las altas montañas, ha colocado cruces sobre los monumentos de los héroes de Morven, y ha pulsado el arpa de David á orillas del mismo torrente donde Osian hacía suspirar la suya. Tan pacífica cuánto eran guerreras las divinidades de Selma, apacentá rebaños donde Fingal empeñaba combates, y puebla de ángeles de paz las nubes que un día habitaban fantasmas homicidas.

»La antigua y risueña Italia me presentó la multitud de sus obras maestras. ¡Con cuán santo y poético respeto vagaba por aquellos espacios edificios consagrados á las artes por la Religión! ¡Qué laberinto de columnas! ¡qué dilatada serie de arcos y bóvedas!... ¡Cuán solemnes y propicios á la inspiración son esos rumores que se escuchan en derredor en las grandiosas basílicas, rumores parecidos al sordo es-

trúendo de las olas del Océano, á los murmullos del viento en los bosques, ó á la voz de Dios en su templo! El arquitecto construye, por decirlo así, las ideas del poeta, y las hace perceptibles á los sentidos.

»No obstante, ¿qué había hallado hasta entonces, á pesar de tantas fatigas? Nada cierto entre los antiguos, nada hermoso entre los modernos. El pasado y el presente son dos estatuas incompletas: háse estraido mutilada la una de entre las ruinas de las edades, y la otra no ha recibido aun del porvenir su perfección.

»Acaso, ancianos amigos míos, virtuosos habitantes del desierto, estrañareis que en la narración de mis viajes no os haya hablado una sola vez de los soberbios monumentos de la naturaleza.

»Habiendo subido un día á la cumbre del Etna, volcán que rompe en medio de una isla, vi al sol levantarse á mis pies en la inmensidad del horizonte, la Sicilia reducida á la aparente dimensión de un punto, y el mar que se dilataba á lo lejos en los espacios sin límites. En aquella vista perpendicular del cuadro, los rios me parecían las líneas geográficas trazadas sobre un mapa; y mientras mi vista descubría por un lado aquellos objetos, abismábase por otro en el cráter del Etna, cuyas ardientes entrañas descubría entre las impetuosas bocanadas de un negro vapor.

»Un joven lleno de pasiones, sentado á la boca de un volcán, y llorando sobre los mortales, cuyas frágiles moradas veía á sus pies, es ciertamente, ¡oh ancianos! un objeto digno de vuestra compasión; pero sea lo que fuere lo que penseis de René, este cuadro os presenta la imagen de su carácter y existencia; así pues, he tenido constantemente á mis ojos una creación, á la vez inmensa é imperceptible, y un abismo abierto á mi lado.»

Habiendo pronunciado estas palabras, René calló y cayó súbitamente en su habitual abstracción. El padre Souël le miraba con asombro, mientras el anciano y ciego saquem, que no le oía hablar, no sabia á qué atribuir su inesperado silencio.

René tenía fija la vista en un grupo de indios que atravesaban alegremente la llanura. Enternecióse de improviso, las lágrimas anegaron su semblante, y exclamó:

«¡Bienhadados salvajes! ¡ah! ¿porqué no me es dado gozar de la paz que siempre os acompaña? Mientras yo recorría con tan escaso fruto tantas regiones, vosotros, sentados tranquilamente en vuestras encinas, veiais deslizarse vuestros días, sin contarlos. Vuestra razón se ajustaba á vuestras necesidades, y llegabais con mas seguridad que yo al resultado de la sabiduría, bien así como el niño entre los juegos y el sueño. Si esa melancolía que nace del exceso de felicidad, se insinuaba alguna vez en vuestra alma, desechabais en breve esa pasajera tristeza, y levantando al cielo la vista, buscabais con ternura al Ser desconocido que se apiada del pobre salvaje.»

La voz de René espiró de nuevo, y su cabeza se inclinó sobre el pecho. Chactas, alargando su mano en la sombra, y tomando el brazo de su hijo, le dijo con voz conmovida: «¡Hijo mio! ¡querido hijo mio! A estos acentos, el hermano de Amelia volvió en sí, y avergonzado de su turbación pidió á su padre le perdonase.

El anciano salvaje le respondió: «Jóven amigo ¡mio! los movimientos de un corazón como el tuyo no pueden ser iguales; modera, sin embargo, ese carácter que tanto te ha perjudicado ya. Si las cosas de la vida te causan mas impresión que á otros, no debes asombrarte, porque un alma grande debe contener mas dolores que una pequeña. Continua tu narración. Puesto que nos has hecho recorrer una parte de Europa, danos á conocer tu patria. Sabes que conozco la Francia, y que me unen á ella lazos indisolubles; grato, pues, me será oír hablar de

(1) En Londres, detrás de White-Hall, la estatua de Carlos II.

aquel gran gefe (1) que ya no existe, y cuya soberbia cabaña he visitado. Yo, hijo mio, solo vivo ya por la memoria; un viejo con sus recuerdos se asemeja á la encina decrepita de nuestros bosques, que ya no se adorna con su propio follaje, sino que encubre algunas veces su desnudez con las plantas extrañas que han vejetado sobre sus antiguas ramas.»

Calmado por estas dulces palabras, el hermano de Amelia reanudó en estos términos el hilo de la historia de su corazón.

«Ah, padre mio! No puedo hablarte de ese gran siglo, cuyo fin he visto en mi niñez, y de que ningun recuerdo se conservaba ya cuando regresé á mi patria. Nunca se ha verificado en pueblo alguno un cambio mas sorprendente y repentino. De la elevación del genio, del respeto á la Religión y de la gravedad de las costumbres, habiase descendido súbitamente á la frivolidad, la impiedad y la corrupcion.»

«En vano, pues, habíame prometido encontrar en mi país algo que calmase esta inquietud, este ardor de deseos que por donde quiera me perseguía. El estudio del mundo nada me habia enseñado, y no obstante, no abrigaba la tranquilidad de la ignorancia.»

«Mi hermana, por su parte, merced á una conducta inexplicable, parecia complacerse en aumentar mi tedio, pues se habia ausentado de París algunos dias antes de mi llegada. Escríbele anunciándole que me proponia ir á reunirme á ella, pero se apresuró á contestarme disuadiéndome de mi propósito, so pretesto de que estaba incierta acerca del lugar á donde la llamarían sus negocios. ¡Cuán tristes reflexiones hice entonces acerca de la amistad, que la presencia entibia, que la ausencia borra, que no resiste á la adversidad, y menos aun á la próspera fortuna!»

«Así pues, no tardé en hallarme mas aislado en mi patria que en los países extranjeros. Quise arrojar durante algun tiempo á un mundo que nada me decia y no me comprendia. Mi alma, no gastada por pasion alguna, buscaba un objeto que la atrajese á sí; pero eché de ver que daba mas de lo que recibia. No se me exigia un lenguaje elevado ni un sentimiento profundo; ni yo me ocupaba de otra cosa que de rebajar, por decirlo así, mi vida para ponerla al nivel de la sociedad. Tratado por todos de espíritu novelesco, avergonzado del papel que representaba, y cada vez mas disgustado de los hombres y de las cosas, tomé el partido de retirarme á un arrabal, para vivir enteramente ignorado.»

«Al principio hallé bastante placer en aquella existencia oscura é independiente, y como de todos era desconocido, me confundia con la multitud, vasto desierto de hombres.»

«Muchas veces, sentado en una iglesia poco frecuentada, pasaba en meditacion horas enteras. Allí veia llegar mujeres desvalidas que se arrodillaban en presencia del Altísimo, ó á los pecadores que se postraban en el tribunal de la penitencia. Nadie sabia de aquel lugar sin rostro mas tranquilo, y los sordos clamores que en lo exterior se oían, se asemejaban á las olas de las pasiones y de las tempestades del mundo, que iban á estrellarse al pié del templo del Señor. ¡Gran Dios! Tú, que viste correr en secreto mis lágrimas en aquellos sagrados retiros, tú sabes cuantas veces me arrojé á tus piés para suplicarte me descargases del peso de la existencia; ó mudases en mí el hombre antiguo! ¿Quién no ha sentido alguna vez la necesidad de rejuvenecerse en las aguas del torrente, de regenerar su alma en la fuente de vida? ¿Quién no se siente alguna vez abrumado bajo el peso de su propia corrupcion, é incapaz de dar cima á nada grande, noble y justo?»

Al acercarse la noche, tomaba el camino de mi albergue y me detenia en los puentes para ver poner

(1) Luis XIV.

se el sol, que inflamando los vapores de la ciudad, parecia oscilar lentamente en medio de un fluido de oro, como la péndola del reloj de los siglos. Retirábame luego al cerrar la noche, al través de un laberinto de calles solitarias, y al mirar las luces que brillaban en las moradas de los hombres, me trasladaba con la fantasia á las escenas de dolor y de alegría que alumbraban, y me asaltaba la idea de que debajo de tantos techos habitados no tenia un solo amigo. En medio de mis reflexiones sonaban la horas con acompasados golpes en la torre de la catedral gótica, y se repetian en todos los tonos y á todas las distancias, de iglesia en iglesia. ¡Ah! Cada hora en la sociedad abre un sepulcro y hace derramar lágrimas.»

«Este género de vida, que al principio me habia embelesado, no tardó en hacerse insostenible, pues me hastié de la repetición de unas mismas escenas y de unas mismas ideas. Dediquéme, pues, á sondear mi corazón, y á preguntarme qué deseaba. Yo no lo sabia, pero cediendo á un súbito impulso, me di á creer que los bosques me serian deliciosos; y héme aqui resuelto á terminar en un destierro campestre una carrera apenas empezada, y en la cual, no obstante, habia devorado siglos enteros.»

«Abracé este proyecto con la vehemencia que caracteriza todos mis proyectos; y partí presuroso para sepultarme en una cabaña, como habia partido en otro tiempo para dar la vuelta al mundo.»

«Acusame de que abrigó inclinaciones inconstantes, de que no puedo disfrutar mucho tiempo de la misma quimera, de ser juguete de una imaginacion que se apresura á llegar al fondo de mis placeres, como si temiese su duracion; censurásemme de que estralimito siempre el objeto á que consigollegar; ¡ah! yo busco únicamente un bien cuyo instinto me persigue tenaz. ¿Esculpa mia el hallar en todas partes estrechos límites, y que todo lo finito sea para mí de ningun valor? No obstante, conozco que amo la monotonía de sentimientos; y si tuviese aun la locura de creer posible la felicidad, la buscaria en la costumbre.»

«La soledad absoluta y el espectáculo de la naturaleza me abismaron en breve en un estado indefinible. Sin parientes y sin amigos en la tierra, y no habiendo amado aun, me sentia abrumado de una superabundancia de vida. Algunas veces me rubrizaba súbitamente, y sentia correr por mi corazón arroyos de ardiente lava; otras, prorumpia en gritos involuntarios, y turbaba la noche con mis sueños y mis insomnios. Faltábame un ser que llenase el abismo de mi existencia: bajaba á los valles, subia á las montañas, y llamando con toda la fuerza de mis deseos al objeto ideal de un amor futuro, lo abrazaba en los vientos, creia escucharlo en el murmullo de las aguas; todo era para mí ese imaginario fantasma: los astros en los cielos, y el principio mismo de la vida en el universo.»

«Y sin embargo, este estado de calma y agitacion, de indigencia y riqueza, no carecia de encantos: entreteníame un dia en deshojar una rama de sauce á la margen de un arroyo, y procuraba aplicar una idea á cada hoja que la corriente arrastraba. Un monarca que teme perder su corona en una súbita revolucion, no experimenta ansias mas vivas que las mias, á cada accidente que amenazaba los fragiles despojos de mi rama; ¡Oh debilidad de los mortales! ¡Oh niñez del corazón humano, que nunca envejece! A tal grado de puerilidad puede descender nuestra soberbia razon, que muchos hombres cifran sus destinos en cosas de tan escasa valia como mis hojas de sauce.»

«¿Cómo, empero, expresar esa multitud de sensaciones fugitivas que experimentaba en mis paseos? El rumor de las pasiones en el vacío de un corazón solitario, asemejase al murmullo de los vientos y las aguas en el silencio de un desierto: gózase de él, mas no es posible pintarlo.»

«El otoño me sorprendió en medio de estas incer-

tidumbres, y entré con íntimo regocijo en el mes de las tempestades. Ya hubiera querido ser uno de esos guerreros que vagaban en medio de los vientos, las nubes y las fantasmas; ya envidiaba la oscura suerte del pastor, á quien veia calentar sus manos al humilde fuego de las malezas que habia encendido en el bosque, y escuchaba absorto sus cantos melancólicos, que me recordaban que el canto natural del hombre es triste en todos los países, aun cuando exprese la felicidad. Nuestro corazón es un instrumento incompleto, una lira falta de cuerdas, en que nos es forzoso producir los acentos de la alegría con los tonos destinados á los lamentos.»

«Durante el dia me extraviaba en las espaciosas frondosidades, que terminaban en enmarañados bosques. ¡Cuán livianos motivos necesitaba para delirar! Una hoja seca que el viento arrebatada delante de mí; una cabaña cuyo humo se elevaba sobre las desnudas copas de los árboles; el musgo que se estrelinecía al soplo del Norte en el tronco de una encina; un peñasco distante; un estanque desierto en cuyas aguas murmuraba el abandonado junco. La campana solitaria que descollaba á lo lejos en el valle, atraía muchas veces mis miradas; muchas, seguia con la idea las aves de paso que volaban sobre mi cabeza, y al representarme las costas ignoradas y los remotos climas á donde se dirigian, hubiera querido volar sobre sus alas. Atormentábame un secreto instinto, pues conocia que yo era también un viajero, pero me parecia escuchar una voz del cielo que me decia: «¡Hom- bre! la época de tu emigracion no ha llegado aun: espera que se levante el viento de la muerte, y entonces desplegarás tu vuelo hácia esas regiones desconocidas que tu corazón ansia recorrer.»

«Levántaos pronto, anheladas tempestades, que debeis lanzar á René á los espacios de otra vida!»

«Y así diciendo, caminaba con acelerado paso y encendido rostro, mientras el viento silbaba en mi cabellera, sin sentir ni la lluvia ni las escarchas, abstraído, atormentado, y como poseido del demonio de mi corazón.»

«Y cuando durante la noche el aguilon estremecia mi cabaña, y la lluvia se desgajaba á torrentes sobre mi inseguro techo; cuando á través de mi ventana veia la luna surcar las aglomeradas nubes, á la manera de la nave que biende las inquietas olas, parecíame que la vida redoblaba en el fondo de mi corazón, y me sentia dotado del poder de crear nuevos mundos. ¡Ah! ¡Si me hubiera sido posible compartir con otro los trasportes que experimentaba! ¡Dios mio! ¡Si me hubieses dado una mujer segun mis deseos; si como á nuestro primer padre, me hubieses traído por la mano á una Eva, sacada de mí mismo....! ¡Hermosura celestial! ¡yo me hubiera arrodillado á tus plantas; y tomándote luego en mis brazos, hubiera suplicado al Eterno que te concediese el resto de mi existencia!»

«¡Ah! ¡Yo me hallaba enteramente aislado en la tierra! Una oculta languidez se apoderaba de mi cuerpo, y el tedio á la vida que me habia perseguido desde mi niñez, se reproducía con nueva fuerza; mi corazón cesó de suministrar pábulo á mi cabeza, y no tenia otra conciencia de mi ser que un profundo sentimiento de hastío.»

«Durante algun tiempo luché con mi mal, pero con indiferencia y sin una firme resolucion de vencerlo, hasta que por último, no pudiendo encontrar un remedio á la extraña herida de mi corazón, que se hallaba en todas partes y en ninguna, resolví abandonar la vida.»

«Sacerdote del Altísimo, que me escuchas, perdona á un desgraciado á quien el cielo habia casi privado de la razon. Yo estaba lleno de religion, y no obstant razonaba como un impio; mi corazón amaba á Dios, pero mi entendimiento le desconocia; mi conducta,

mis discursos, mis sentimientos é ideas eran tan solo contradiccion, tinieblas y mentira. Pero, ¿sabe siempre el hombre con seguridad lo que quiere, y está siempre cierto de lo que piensa?»

«Todo me huía á la vez: la amistad, el mundo y el retiro. Habia ensayado todo, y todo me habia sido igualmente fatal. Rechazado por la sociedad y abandonado de Amelia, cuando llegó á faltarme la soledad, ¿qué me quedaba? La soledad era la última tabla en que habia esperado salvarme, y la veia hundirse también en el abismo.»

«Decidido á descargarme del peso de la vida, resolví emplear todo mi raciocinio en la perpetracion de este crimen. Y como nada me apresuraba, no señalé el momento de la partida, á fin de saborear detenidamente los últimos momentos de mi vida, y á ejemplo de un antiguo, recoger todas mis fuerzas, para sentir como se escapaba mi alma.»

«Sin embargo, creí necesario tomar disposiciones relativas á mi fortuna, lo cual me obligó á escribir á Amelia. En la carta me abandoné á algunas quejas acerca de su olvido, y dejé sin duda traslucir la ternura que paulatinamente iba apoderándose de mi corazón. Creí, sin embargo, haber ocultado bien mi secreto; pero mi hermana, acostumbrada á leer en los pliegues de mi alma, lo adivinó fácilmente, pues la habian alarmado el singular lenguaje de mi carta y ciertas preguntas relativas á negocios, porque nunca me habia ocupado de ellos. Así, pues, en lugar de contestarme, vino á sorprenderme.»

«Para apreciar debidamente cuál fue en lo sucesivo la amargura de mi dolor, y cuáles fueron mis primeros arrebatos al volver á ver á Amelia, debeis no olvidar que ella era la única persona á quien habia amado, y que todos mis sentimientos se refundian en ella con toda la dulzura de los recuerdos de mi niñez. Recibí, por consiguiente á Amelia con una especie de éxtasis de corazón; hacia tanto tiempo que no habia encontrado un ser que me entendiese, y á quien descubrir mi alma!»

«Amelia se arrojó en mis brazos, y me dijo: «¡In-grato! ¿quieres morir, mientras tu hermana existe! ¡Desconfias de su corazón! No te expliques, ni te excuses, pues he adivinado todo, como si hubiese permanecido á tu lado. ¿Quieres engañarme, siendo así que he visto nacer tus primeros sentimientos? ¡Hé aqui tu desgraciado carácter, tus displicencias, tus injusticias! Jura, mientras te estrecho en mis brazos, que esta es la última vez que te entregarás á tus locuras; jura que jamás atentarás contra tus días.»

«Al pronunciar estas afectuosas palabras, Amelia me miraba con compasion y ternura, y cubria de besos mi frente; parecia una madre, ó algo mas tierno aun. ¡Ah! Mi lacerado corazón volvió á abrirse á todas las alegrías, y á semejanza de un niño, solo pedia ser consolado; cedí, pues, al ascendiente de Amelia, que me exigió un juramento solemne; pronuncie el sin titubear, y sin sospechar siquiera que podía tornar á ser desgraciado.»

«Mas de un mes tardamos en acostumbrarnos al placer de vernos reunidos. Cuando todas las mañanas, en lugar de hallarme solo, oia la voz de mi hermana, experimentaba un estremecimiento de alegría y felicidad, pues Amelia habia recibido de la naturaleza cierta cosa divina; su alma estaba dotada de las mismas gracias inocentes que su cuerpo; la dulzura de sus sentimientos era infinita; su carácter era bondadoso y un tanto melancólico, pudiendo decirse que su corazón, su pensamiento y su voz suspiraban de concierto: habia recibido del cielo la timidez y el amor de la mujer, y la pureza y la melodia del ángel.»

«Habia sonado la hora en que debia expiar todas mis inconsecuencias. En mi delirio habia llegado á desear que me sobreviniese alguna desgracia, para tener á

lo menós un objeto real de sufrimiento: ¡deseo espantoso, que Dios en su cólera ha escuchado sobradamente!

»¿Qué voy á revelaros, amigos míos? ¡Ved las lá-

grimas que brotan de mis ojos! ¡No há muchos dias, nadie hubiera conseguido arrancarme este secreto... Hoy, todo ha terminado!

»Quede, sin embargo, ¡oh ancianos! sepultada esta



la conclusión

»Declinaba el invierno cuando eché de ver que Amelia perdía la tranquilidad y la salud que empezaba

historia en eterno silencio; no olvidéis que os ha sido contada á la sombra del árbol del desierto.

»Declinaba el invierno cuando eché de ver que Amelia perdía la tranquilidad y la salud que empezaba

»Declinaba el invierno cuando eché de ver que Amelia perdía la tranquilidad y la salud que empezaba

»Declinaba el invierno cuando eché de ver que Amelia perdía la tranquilidad y la salud que empezaba

»Declinaba el invierno cuando eché de ver que Amelia perdía la tranquilidad y la salud que empezaba

»Declinaba el invierno cuando eché de ver que Amelia perdía la tranquilidad y la salud que empezaba

»Declinaba el invierno cuando eché de ver que Amelia perdía la tranquilidad y la salud que empezaba

»Declinaba el invierno cuando eché de ver que Amelia perdía la tranquilidad y la salud que empezaba

»Declinaba el invierno cuando eché de ver que Amelia perdía la tranquilidad y la salud que empezaba

»Declinaba el invierno cuando eché de ver que Amelia perdía la tranquilidad y la salud que empezaba

»Declinaba el invierno cuando eché de ver que Amelia perdía la tranquilidad y la salud que empezaba

»Declinaba el invierno cuando eché de ver que Amelia perdía la tranquilidad y la salud que empezaba

»Declinaba el invierno cuando eché de ver que Amelia perdía la tranquilidad y la salud que empezaba

»Declinaba el invierno cuando eché de ver que Amelia perdía la tranquilidad y la salud que empezaba

»Declinaba el invierno cuando eché de ver que Amelia perdía la tranquilidad y la salud que empezaba

»Declinaba el invierno cuando eché de ver que Amelia perdía la tranquilidad y la salud que empezaba

»Declinaba el invierno cuando eché de ver que Amelia perdía la tranquilidad y la salud que empezaba

»Declinaba el invierno cuando eché de ver que Amelia perdía la tranquilidad y la salud que empezaba

»Declinaba el invierno cuando eché de ver que Amelia perdía la tranquilidad y la salud que empezaba

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

RENE REFIERE SUS AVENTURAS AL PADRE SOUEL Y A CHACTAS.

á restituirme. Enflaquecia, sus ojos se hundian, su paso era incierto, y trémula su voz. Un dia la sorprendí anegada en llanto á los piés de un crucifijo. El mundo, la soledad, mi ausencia, mi presencia, la noche, el

»Así trascurrieron tres meses, y su estado empeoraba

dia, todo en fin, la alarmaba igualmente. Espiraban en sus labios involuntarios suspiros; ya resistía sin cansancio una larga escursion, ya apenas acertaba á moverse; tomaba y abandonaba como al azar su labor;

abria un libro y no podia leer; empezaba una frase y no la concluía; rompía de improviso en llanto, y se retiraba á orar.

»Esforceme en vano por sorprender su secreto,



CANTO DEL ULTIMO BARDO.

»Así trascurrieron tres meses, y su estado empeoraba

por momentos. Parecíame que la causa de sus lágrimas era una correspondencia misteriosa, porque se mostraba mas serena ó agitada, según las cartas que recibía. Finalmente, habiendo transcurrido una mañana

la hora en que nos desayunábamos juntos, subí á su aposento; llamé, pero nadie me respondió; entreabrí la puerta, pero á nadie encontré. Penetré absorto y ví sobre la chimenea un paquete á mi nombre; tomélo con mano trémula, abrílo, y leí esta carta, que conservo para alejar de mí en lo sucesivo todo movimiento de alegría:

**A RENE.**

«El cielo me es testigo, hermano mio, de que daría mil veces mi vida para evitarte un momento de pesar; pero siendo tan desgraciada como lo soy, nada



RENÉ JURA A SU HERMANA NO ATENTAR CONTRA SUS DÍAS.

«albergues de la Religión, porque la tierra no ofrece cosa alguna digna de tí.

«No te recordaré tu juramento, pues conozco la fidelidad de tu palabra. Lo has jurado y vivirás por mí. ¿Hay algo mas miserable que el pensar á todas horas en arrancarse la vida? Para un hombre de tu temple es harto fácil morir, pero cree á tu hermana: ves mucho mas difícil vivir.

«Abandona pronto, hermano mio, una soledad que tanto te perjudica, y busca alguna ocupacion. Sé que te ries con amargura de la necesidad en que se está en Francia, de tomar un estado. No desprecies tanto la experiencia y la sabiduría de nuestros padres, pues ves preferible, mi querido René, asemejarse un po-

«puedo hacer por tu felicidad. Perdóname por haberme ausentado de tu casa, cual una delincuente; sino lo hubiera hecho así, no hubiese podido resistir á tus ruegos, y no obstante, era indispensable partir... ¡Dios mio! ¡compadécete de mí!

«Ya sabes, René, que siempre he sido inclinada á la vida religiosa; tiempo es ya de que ponga en obra las sugerencias del cielo. ¿Por qué he tardado tanto? ¡Dios me ha castigado por mi tibieza. He permanecido en el mundo por tí... Perdona la turbacion que me causa la necesidad de alejarme de tu lado.

«Ahora conozco, hermano mio, cuán provechosos son esos asilos contra los cuales te he oido declamar muchas veces, pues hay desgracias que nos separan para siempre de los hombres; sin ellos, ¿qué sería de los infortunados...? Estoy persuadida de que tú mismo, hermano mio, hallarías tu descanso en esos

«construido á orillas del mar, se adapta bien á la situación de mi alma. Durante la noche oí desde mi celda el murmullo de las olas que bañan las paredes del convento, y recordaré nuestros antiguos paseos en medio de los bosques, cuando nos parecía escuchar el estruendo de los mares en las agitadas copas de los pinos. ¡Amable compañero de mi infancia! ¿Será que no torne á verte? Poco mayor que tú en edad, te mecia en la cuna, y muchas veces hemos dormido á la par. ¡Ah! ¡Si nos reuniese un dia la misma sepultura! ¡No! Yo debo dormir sola bajo los helados mármoles de este santuario, donde descansan para siempre esas vírgenes que nunca amaron.

«No sé si podrás leer estas líneas, medio borradas por mis lágrimas. Despues de todo, ¿no hubiera sido forzoso separarnos un poco mas temprano ó mas tarde? ¿A qué hablarte de la incertidumbre y del escaso valor de la vida? No te habrás olvidado de la jóven M... que naufragó en la isla de Francia. Cuando recibiste su última carta, algunos meses despues de su muerte, ni siquiera existían sus despojos mortales, y al empezar en Francia su luto, se concluía en las Indias. ¿Qué es, pues, el hombre, si tan presto se desvanece su memoria? ¡Una parte de sus amigos supo su muerte cuando la otra estaba ya consolada! ¿Querido, y demasiado querido René! ¿se borrará mi recuerdo con la misma facilidad de tu corazón? ¡Oh hermano mio! me he alejado de tí en el tiempo, para no verme separada de tí en la eternidad.

**«AMELIA.»**

«P. D.—Incluyo el acta de donacion de todos mis bienes, y espero no rehusarás esta pequeña muestra de mi amistad.»

«Un rayo que hubiese caído á mis piés no me hubiera causado el espanto que esta carta. ¿Qué secreto me ocultaba Amelia? ¿Quién la obligaba á abrazar tan súbitamente la vida religiosa? ¿No me habia rescatado á la existencia, merced á los encantos de la amistad, sino para abandonarme de improviso? ¡Oh! ¿Por qué habia venido á disuadirme de mi proyecto? Un movimiento de compasion la habia obligado á correr en mi busca; pero cansada en breve de un penoso deber, se apresuró á abandonar á un desgraciado, sin mas apoyo que el suyo. Créese haber hecho todo lo posible cuando se ha evitado que un hombre muera. Tales eran mis quejas; pero volviendo luego en mí mismo, decía: «Ingrata Amelia! si tú hubieras ocupado mi lugar; si á semejanza mia, te hubieras perdido en el vacío de tus dias, ah! no te hubieses visto abandonada de tu hermano.»

«No obstante, al leer una y otra vez la carta, descubría en su contenido cierto sello de tristeza y de ternura que desgarraban mi corazón. Súbitamente me asaltó una idea que despertó en mí una esperanza: dime á pensar que Amelia habia concebido tal vez por algun hombre una pasion que no se atrevia á declarar. Esta sospecha me explicaba su melancolia, su misteriosa correspondencia y el apasionado estilo de su carta. Escribible, pues, sin demora, suplicándola me abriese su corazón.

«No tardó en contestarme, pero sin descubrirme su secreto, participándome únicamente que habia conseguido la dispensa del noviciado, y que iba á pronunciar sus votos.

«Mucho me irritaron la obstinacion de Amelia, el misterio que encerraban sus palabras, y su escasa confianza en mí.

«Despues de haber titubeado un momento acerca del partido que debia adoptar, resolví trasladarme á B... para hacer el último esfuerzo cerca de mi her-

mana. Al efecto érame preciso atravesar el país en que habia visto huir mis primeros años; por lo que, cuando descubrí los bosques testigos de mis únicos momentos de felicidad, ni pude reprimir mi llanto, ni resistir la tentacion de despedirme de ellos por la postrera vez.

«Mi hermano habia vendido la herencia paterna, y el nuevo propietario no la habitaba. Llegué al castillo por la larga alameda de abetos, atravesé á pié los desiertos patios, y me detuve á mirar las ventanas, cerradas ó medio rotas, los cardos que crecían al pié de las paredes, las hojas hacinadas en el dintel de las puertas, y aquel pórtico solitario donde tantas veces habia visto á mi padre rodeado de sus fieles servidores. Los escalones estaban cubiertos de musgo, y los alielies amarillos brotaban entre las rotas é inseguras piedras. Un conserje desconocido me abrió bruscamente las puertas, y al ver que vacilaba al salvar el umbral exclamó: «¡Bah! ¿Hareis lo que la extranjera que vino aquí pocos dias há, y que al ir á entrar se desmayó, siéndome forzoso llevarla á su coche?» Fácil me fue reconocer la extranjera que, como yo, habia ido á pedir á aquellos lugares, lágrimas y reminiscencias.

«Cubriendo un momento mis ojos, entré en el desierto hogar de mis antepasados, y recorrí los aposentos cuyos ecos repetían el rumor de mis pasos. La escasa luz que penetraba á través de los entreabiertos postigos, alumbraba apenas las habitaciones; visité la alcoba en que mi madre perdiera la vida al comunicármela; el aposento donde se retiraba mi padre, el en que yo habia dormido en la cuna, y en fin, aquel donde la amistad habia recibido mis primeros votos en el seno de una hermana. Todas las salas estaban desnudas de sus tapices, y las arañas tejían su tela en los abandonados salones. Salí presuroso de aquellos lugares, y me alejé sin atreverme á volver la cabeza. ¡Cuán dulces, empero cuán rápidos son los momentos que los hermanos y las hermanas pasan en sus años juveniles reunidos á la sombra de las alas de sus ancianos padres! La familia del hombre vive un dia, pues el soplo de Dios la dispersa como el humo; el hijo conoce apenas al padre, este al hijo, el hermano á la hermana, esta al hermano. La encina ve germinar en su derredor sus bellotas: ¿sucede así con los hijos de los hombres?

«Al llegar á B..., me hice acompañar al convento, y pidiendo hablar á mi hermana, supe que á nadie recibia. Escribíle, y me respondió que, próxima á consagrarse á Dios, no le era lícito dedicar un solo pensamiento al mundo; y que, si la amaba, evitase abrumarla con mi dolor. Y añadía: «No obstante, si quieres presentarte en el altar el dia de mi profesion, dignate servirme de padre; este papel es el único digno de tu valor, el único que conviene á nuestra amistad y á mi reposo.»

«Esta glacial firmeza, tan en oposicion con el calor de mi amistad, me entregó á violentos arrebatos. Unas veces me sentia tentado á alejarme; otras me proponia quedarme, sin otro objeto que el de turbar el sacrificio, pues el infierno me sujería la idea de matarme á puñaladas en la iglesia, para mezclar mis últimos suspiros á los votos que me arrebataban mi hermana. La superiora del convento me hizo avisar que se habia preparado un banco en el santuario, y me invitaba á concurrir á la ceremonia, que debia celebrarse al dia siguiente.

«Al amanecer, oí el primer tañido de las campanas, y á las diez me arrastré en una especie de agonía, al convento. Nada hay mas trágico que presenciar semejante espectáculo; nada mas doloroso que sobrevivir á él.

«Un gentío inmenso hexachia la iglesia, y fui conducido al banco del santuario; al llegar á él caí de rodillas, casi sin saber donde me hallaba ni cual era mi

la hora en que nos desayunábamos juntos, subí á su aposento; llamé, pero nadie me respondió; entreabrí la puerta, pero á nadie encontré. Penetré absorto y ví sobre la chimenea un paquete á mi nombre; tomélo con mano trémula, abrílo, y leí esta carta, que conservo para alejar de mí en lo sucesivo todo movimiento de alegría:

**A RENE.**

«El cielo me es testigo, hermano mio, de que daría mil veces mi vida para evitarte un momento de pesar; pero siendo tan desgraciada como lo soy, nada



RENÉ JURA A SU HERMANA NO ATENTAR CONTRA SUS DÍAS.

«albergues de la Religión, porque la tierra no ofrece cosa alguna digna de tí.

«No te recordaré tu juramento, pues conozco la fidelidad de tu palabra. Lo has jurado y vivirás por mí. ¿Hay algo mas miserable que el pensar á todas horas en arrancarse la vida? Para un hombre de tu temple es harto fácil morir, pero cree á tu hermana: ves mucho mas difícil vivir.

«Abandona pronto, hermano mio, una soledad que tanto te perjudica, y busca alguna ocupacion. Sé que te ries con amargura de la necesidad en que se está en Francia, de tomar un estado. No desprecies tanto la experiencia y la sabiduría de nuestros padres, pues ves preferible, mi querido René, asemejarse un po-

«puedo hacer por tu felicidad. Perdóname por haberme ausentado de tu casa, cual una delincuente; sino lo hubiera hecho así, no hubiese podido resistir á tus ruegos, y no obstante, era indispensable partir... ¡Dios mio! ¡compadécete de mí!

«Ya sabes, René, que siempre he sido inclinada á la vida religiosa; tiempo es ya de que ponga en obra las sugerencias del cielo. ¿Por qué he tardado tanto? ¡Dios me ha castigado por mi tibieza. He permanecido en el mundo por tí... Perdona la turbacion que me causa la necesidad de alejarme de tu lado.

«Ahora conozco, hermano mio, cuán provechosos son esos asilos contra los cuales te he oido declamar muchas veces, pues hay desgracias que nos separan para siempre de los hombres; sin ellos, ¿qué sería de los infortunados...? Estoy persuadida de que tú mismo, hermano mio, hallarías tu descanso en esos

«construido á orillas del mar, se adapta bien á la situación de mi alma. Durante la noche oí desde mi celda el murmullo de las olas que bañan las paredes del convento, y recordaré nuestros antiguos paseos en medio de los bosques, cuando nos parecía escuchar el estruendo de los mares en las agitadas copas de los pinos. ¡Amable compañero de mi infancia! ¿Será que no torne á verte? Poco mayor que tú en edad, te mecia en la cuna, y muchas veces hemos dormido á la par. ¡Ah! ¡Si nos reuniese un día la misma sepultura! ¡No! Yo debo dormir sola bajo los helados mármoles de este santuario, donde descansan para siempre esas vírgenes que nunca amaron.

«No sé si podrás leer estas líneas, medio borradas por mis lágrimas. Despues de todo, ¿no hubiera sido forzoso separarnos un poco mas temprano ó mas tarde? ¿A qué hablarte de la incertidumbre y del escaso valor de la vida? No te habrás olvidado de la jóven M... que naufragó en la isla de Francia. Cuando recibiste su última carta, algunos meses despues de su muerte, ni siquiera existían sus despojos mortales, y al empezar en Francia su luto, se concluía en las Indias. ¿Qué es, pues, el hombre, si tan presto se desvanece su memoria? ¡Una parte de sus amigos supo su muerte cuando la otra estaba ya consolada! ¿Querido, y demasiado querido René! ¿se borrará mi recuerdo con la misma facilidad de tu corazón? ¡Oh hermano mio! me he alejado de tí en el tiempo, para no verme separada de tí en la eternidad.

**«AMELIA.»**

«P. D.—Incluyo el acta de donacion de todos mis bienes, y espero no rehusarás esta pequeña muestra de mi amistad.»

«Un rayo que hubiese caído á mis piés no me hubiera causado el espanto que esta carta. ¿Qué secreto me ocultaba Amelia? ¿Quién la obligaba á abrazar tan súbitamente la vida religiosa? ¿No me habia rescatado á la existencia, merced á los encantos de la amistad, sino para abandonarme de improviso? ¡Oh! ¿Por qué habia venido á disuadirme de mi proyecto? Un movimiento de compasion la habia obligado á correr en mi busca; pero cansada en breve de un penoso deber, se apresuró á abandonar á un desgraciado, sin mas apoyo que el suyo. Créese haber hecho todo lo posible cuando se ha evitado que un hombre muera. Tales eran mis quejas; pero volviendo luego en mí mismo, decía: «Ingrata Amelia! si tú hubieras ocupado mi lugar; si á semejanza mia, te hubieras perdido en el vacío de tus dias, ah! no te hubieses visto abandonada de tu hermano.»

«No obstante, al leer una y otra vez la carta, descubría en su contenido cierto sello de tristeza y de ternura que desgarraban mi corazón. Súbitamente me asaltó una idea que despertó en mí una esperanza: dime á pensar que Amelia habia concebido tal vez por algun hombre una pasion que no se atrevia á declarar. Esta sospecha me explicaba su melancolia, su misteriosa correspondencia y el apasionado estilo de su carta. Escribible, pues, sin demora, suplicándola me abriese su corazón.

«No tardó en contestarme, pero sin descubrirme su secreto, participándome únicamente que habia conseguido la dispensa del noviciado, y que iba á pronunciar sus votos.

«Mucho me irritaron la obstinacion de Amelia, el misterio que encerraban sus palabras, y su escasa confianza en mí.

«Despues de haber titubeado un momento acerca del partido que debia adoptar, resolví trasladarme á B... para hacer el último esfuerzo cerca de mi her-

mana. Al efecto érame preciso atravesar el país en que habia visto huir mis primeros años; por lo que, cuando descubrí los bosques testigos de mis únicos momentos de felicidad, ni pude reprimir mi llanto, ni resistir la tentacion de despedirme de ellos por la postrera vez.

«Mi hermano habia vendido la herencia paterna, y el nuevo propietario no la habitaba. Llegué al castillo por la larga alameda de abetos, atravesé á pié los desiertos patios, y me detuve á mirar las ventanas, cerradas ó medio rotas, los cardos que crecían al pié de las paredes, las hojas hacinadas en el dintel de las puertas, y aquel pórtico solitario donde tantas veces habia visto á mi padre rodeado de sus fieles servidores. Los escalones estaban cubiertos de musgo, y los alielies amarillos brotaban entre las rotas é inseguras piedras. Un conserje desconocido me abrió bruscamente las puertas, y al ver que vacilaba al salvar el umbral exclamó: «¡Bah! ¿Hareis lo que la extranjera que vino aquí pocos dias há, y que al ir á entrar se desmayó, siéndome forzoso llevarla á su coche?» Fácil me fue reconocer la extranjera que, como yo, habia ido á pedir á aquellos lugares, lágrimas y reminiscencias.

«Cubriendo un momento mis ojos, entré en el desierto hogar de mis antepasados, y recorrí los aposentos cuyos ecos repetían el rumor de mis pasos. La escasa luz que penetraba á través de los entreabiertos postigos, alumbraba apenas las habitaciones; visité la alcoba en que mi madre perdiera la vida al comunicármela; el aposento donde se retiraba mi padre, el en que yo habia dormido en la cuna, y en fin, aquel donde la amistad habia recibido mis primeros votos en el seno de una hermana. Todas las salas estaban desnudas de sus tapices, y las arañas tejían su tela en los abandonados salones. Salí presuroso de aquellos lugares, y me alejé sin atreverme á volver la cabeza. ¡Cuán dulces, empero cuán rápidos son los momentos que los hermanos y las hermanas pasan en sus años juveniles reunidos á la sombra de las alas de sus ancianos padres! La familia del hombre vive un día, pues el soplo de Dios la dispersa como el humo; el hijo conoce apenas al padre, este al hijo, el hermano á la hermana, esta al hermano. La encina ve germinar en su derredor sus bellotas: ¿sucede así con los hijos de los hombres?

«Al llegar á B..., me hice acompañar al convento, y pidiendo hablar á mi hermana, supe que á nadie recibia. Escribíle, y me respondió que, próxima á consagrarse á Dios, no le era lícito dedicar un solo pensamiento al mundo; y que, si la amaba, evitase abrumarla con mi dolor. Y añadía: «No obstante, si quieres presentarte en el altar el día de mi profesion, dignate servirme de padre; este papel es el único digno de tu valor, el único que conviene á nuestra amistad y á mi reposo.»

«Esta glacial firmeza, tan en oposicion con el calor de mi amistad, me entregó á violentos arrebatos. Unas veces me sentia tentado á alejarme; otras me proponia quedarme, sin otro objeto que el de turbar el sacrificio, pues el infierno me sujería la idea de matarme á puñaladas en la iglesia, para mezclar mis últimos suspiros á los votos que me arrebataban mi hermana. La superiora del convento me hizo avisar que se habia preparado un banco en el santuario, y me invitaba á concurrir á la ceremonia, que debia celebrarse al dia siguiente.

«Al amanecer, oí el primer tañido de las campanas, y á las diez me arrastré en una especie de agonía, al convento. Nada hay mas trágico que presenciar semejante espectáculo; nada mas doloroso que sobrevivir á él.

«Un gentío inmenso hexachia la iglesia, y fui conducido al banco del santuario; al llegar á él caí de rodillas, casi sin saber donde me hallaba ni cual era mi

designio. El sacerdote esperaba en el altar, cuando abriéndose la reja misteriosa, Amelia se adelantó ataviada con todas las galas del mundo. Mostrábase tan hermosa, brillaba en su semblante cierto sello tan divino, que excitó un movimiento de sorpresa y de admiración. Vencido por el glorioso dolor de aquella santa, y abismado ante la grandeza de la Religión, desvaneciéronse todos mis proyectos de venganza: abandonado de mis fuerzas, sentíme ligado por una mano omnipotente, y en lugar de blasfemias y de amenazas, solo hallé en mi corazón una adoración profunda y los gemidos de la humildad.

Amelia se colocó debajo de un dosel, y el sacrificio empezó al resplandor de las antorchas, entre las flores y los perfumes que debían hacer agradable á Dios el holocausto. Al llegar al ofertorio, el sacerdote se despojó de sus vestiduras, y conservando una túnica de lino, subió al púlpito para pintar en un discurso sencillo y patético, la felicidad de la virgen que se consagra al Señor. Cuando pronunció estas palabras: «Hase mostrado semejante al incienso que se consume en el fuego», pareció que se esparcían por el auditorio una gran calma y celestiales aromas; el alma se sentía al abrigo de las alas de la paloma mística, y creía ver á los ángeles bajar al altar y subir de nuevo á los cielos con perfumes y coronas.

Terminado su discurso, el sacerdote volvió á tomar sus vestiduras y prosiguió el sacrificio. Amelia, apoyada en dos jóvenes religiosas, se arrodilló en el último escalon del altar. Entonces vinieron á buscarme para que desempeñase las funciones de padre. Al rumor de mis pasos, que vacilaban en el santuario, Amelia se sintió próxima á desmayarse. Colocáronme al lado del sacerdote, para que le presentase las tijeras; en aquel momento vi renacer mis trasportes, y mi furor iba á estallar cuando Amelia, haciendo un esfuerzo, me dirigió tal mirada de reconvencción y de dolor, que me desarmó, dejándome aterrado. ¡Triunfó la Religión! Mi hermana, aprovechando mi turbación, adelantó resueltamente la cabeza, y su hermosa cabellera cayó por todos lados al golpe del hierro sagrado; una larga túnica de estambre reemplazó los atavíos del siglo, sin hacerla menos interesante; las amargas que en su frente se retrataban ocultáronse bajo una toca de lino; y el velo misterioso, doble símbolo de la virginidad y la Religión, envolvió su desnuda cabeza. Nunca se había mostrado tan hermosa. Los ojos de la penitente estaban fijos en el polvo del mundo, y su alma habitaba el cielo.

Amelia no había pronunciado aun sus votos, y para morir al mundo érale preciso pasar por el sepulcro. Tendíose pues sobre el mármol, y cubriéla con un paño mortuorio en cuyas cuatro esquinas ardían otros tantos cirios. El sacerdote, adornado con la estola y con un libro en la mano, empezó el oficio de difuntos, que fue continuado por las jóvenes vírgenes. ¡Oh alegrías de la Religión, cuán grandes, mas cuán terribles sois! Habiéndome obligado á arrodillarme cerca de aquel fúnebre aparato, oí resonar súbitamente un murmullo confuso debajo del velo sepulcral; inclinéme, y llegaron á mi oído estas palabras espantosas, que solo yo escuché: «Dios de misericordia! Haz que jamás me levante de este lecho mortuorio, y colma con tus mercedes á un hermano que no ha sido cómplice en mi criminal pasión!»

«A estas palabras, pronunciadas por la tumba, me iluminó la horrorosa verdad: extravióse mi razón, y dejándome caer sobre la mortaja, estreché en mis brazos á mi hermana, exclamando: «¡Casta esposa de Jesucristo! ¡recibe mis últimos abrazos á través del hielo del sepulcro y de las profundidades de la eternidad, que ya te separan de tu hermano!»

Aquel movimiento, aquellas exclamaciones y lágrimas turbaron la ceremonia; el sacerdote se interrumpió, las monjas cerraron la reja, la multitud se agitó

en tropel hacia el altar, y yo fui llevado, presa de un parasismo. ¡Cuán poco agradezco los esfuerzos de los que me restituyeron á la vida! Al recobrar el uso de mis sentidos, supe que el sacrificio había sido consumado, que mi hermana había sido acometida de una calentura ardiente, y que había encargado me suplicasen no instase verla de nuevo. ¡Oh miseria de la vida! Una hermana teme hablar á un hermano, y este teme hacer oír su voz á aquella! Salí del monasterio como de ese lugar de expiación donde las llamas nos preparan para la vida celestial, y donde como en los infiernos se ha perdido todo, menos la esperanza.

Podemos hallar fuerza en nuestra alma contra una desgracia personal; pero es de todo punto superior á nuestro alcance consolarnos cuando somos causa involuntaria de un infortunio ajeno. Conociendo ya los males de mi hermana, reflexioné lo que había debido sufrir, y me expliqué muchas cosas que no había podido comprender: la mezcla de alegría y de tristeza que Amelia había dejado traslucir al emprender mis viajes; su empeño en no verme á mi regreso, y la irresolución que durante tanto tiempo le impidiera entrar en un monasterio; ¡la desgraciada se prometía sin duda su curación! Sus proyectos de retiro, la dispensa del noviciado y la donación de sus bienes en mi favor, habían motivado la correspondencia secreta que había contribuido á alucinar me.

Oh amigos míos! Al fin supe lo que era derramar lágrimas por un no imaginario infortunio. Mis pasiones, tanto tiempo indeterminadas, se precipitaron con furor sobre esta primera presa; hallé una especie de satisfacción inesperada en la plenitud de mi amargura, y vi con cierto secreto movimiento de alegría que el dolor no es una sensación que se agota con tanta facilidad como el placer.

Yo había proyectado dejar la tierra antes de la hora señalada por el Omnipotente; en espíacion de tan enorme crimen, Dios me había enviado á Amelia para salvarme y castigarme á la vez. Y ved aquí cómo todo pensamiento culpable, toda acción criminal arrastran en pos grandes perturbaciones y desgracias. Amelia me pedía que viviese, y yo debía no aumentar sus males. Por otra parte, ¡caso extraño! desde que era realmente desgraciado, no deseaba la muerte. Mi dolor había llegado á ser una ocupación que llenaba todos mis instantes; ¡tan amasado, por decirlo así, está mi corazón de tedio y de miseria!

Tomé, pues, de improviso la resolución de abandonar la Europa y trasladarme á América.

Como aparejase á la sazón una flota en el puerto de B..., con rumbo á la Luisiana, me ajusté con uno de los capitanes de navío, y después de participar mi proyecto á Amelia, solo me ocupé de mi partida.

Mi hermana había llegado á las puertas de la muerte; pero Dios, que le destinaba la primera palma de las vírgenes, no quiso llamarla tan presto á sí; ¡muy larga fué su prueba en la tierra! Entrando de nuevo en la fragosa senda de la vida, la heroína, doblada al peso de la cruz, salió animosamente al encuentro de los dolores, viendo el triunfo en el combate, y el exceso de la gloria en el exceso de los sufrimientos.

La venta de los escasos bienes que me quedaban, y que cedí á mi hermano; los largos preparativos de un convoy y los vientos contrarios me detuvieron largo tiempo en el puerto. Todas las mañanas iba á informarme de la situación de Amelia, y volvía siempre con nuevos motivos de admiración y lágrimas.

Recorría sin cesar las inmediaciones del monasterio, construido á orillas del mar. Muchas veces veía sentada á una pequeña reja que daba á una playa desierta, una religiosa que meditaba en actitud pensativa al aspecto del Océano, en que se veía algún baje que navegaba á los confines de la tierra. Muchas veces á la claridad de la luna volví á ver la misma religiosa en la misma ventana, contemplando el mar ilumina-

nado por el astro de la noche, y prestando oído al monótono rumor de las olas que se estrellaban tristemente en las solitarias arenas.

Creo escuchar aun la campana que durante la noche llamaba á las religiosas á Maitines. Mientras sonaba lentamente, y las vírgenes se adelantaban silenciosas al altar del Todopoderoso, yo corría al monasterio, al pié de cuyas paredes escuchaba en santo éxtasis los últimos ecos de los cánticos, que se confundían bajo las bóvedas del templo con el débil murmullo de las olas.

Ignoro por qué misterio todas estas cosas, que hubieran debido fomentarme mis penas, embotaban por el contrario su aguijón; mis lágrimas eran menos amargas cuando las derramaba sobre las rocas y entre los vientos. Hasta mi melancolía, extraordinaria por su naturaleza, hallaba en sí misma algún remedio; pues como el hombre goza en lo que no es común, aun cuando sea una calamidad, casi concebí la esperanza de que mi hermana llegaría á su vez á ser menos infeliz.

Una carta que de ella recibí antes de mi partida, me confirmó en estas ideas. Amelia deploraba tiernamente mi dolor, y me aseguraba que el tiempo disminuiría el suyo. «No desconfío, me decía, de mi felicidad, pues el exceso mismo del sacrificio, una vez consumado este, sirve para devolvernos alguna paz. La inocencia de mis compañeras, la sinceridad de sus votos y la regularidad de su vida, derraman un bálsamo sobre mis dolores. Cuando escucho mugir las tormentas, y las aves marítimas vienen á batir sus alas á mi ventana, yo, pobre paloma del cielo, pienso en la felicidad que he tenido en hallar un abrigo contra la tempestad. Esta es la montaña santa, la ventosa curable en que se escuchan los últimos rumores de la tierra y las primeras armonías del cielo; aquí sostiene dulcemente la Religión las almas sensibles, sustituyendo al amor mas impetuoso una especie de ardiente castidad en que se confunden la amante y la virgen, depurando los suspiros, trocándolos en una llama incorruptible una llama percedera, y mezclando divinamente su tranquilidad y su inocencia, al resto de agitación y voluptuosidad de un corazón que aspira al descanso, y de una vida que se retira.»

Ignoro lo que el cielo me reserva, y si ha querido advertirme que las tempestades me acompañarán siempre mis pasos. Habíase dado la orden para la partida de la flota; ya muchos bajeles habían aparejado al ponerse el sol; yo pasé la noche en tierra para escribir á Amelia mi carta de despedida. A media noche, mientras me ocupaba de este cuidado, humedeciendo el papel en lágrimas, el rumor del viento vino á llamar mi atención. Escuché, y en medio de la tempestad oír retumbar los cañonazos de leva, que se mezclaban con el sonido de la campana monástica. Volé á la orilla desierta, en que solo se escuchaba el estruendo de las olas, y sentéme sobre una roca: á un lado se extendían las ondas que centelleaban, y al otro, las sombrías paredes del convento se perdían vagamente en los cielos. Una luz escasa brillaba en la reja. ¿Eras tú, Amelia mía, que arrodillada al pié de un crucifijo, pedías al Dios de las tempestades mirase con bondad á tu desgraciado hermano? La tormenta en las olas y la calma en el retiro; los hombres estrellándose en los escollos al pié del imperturbable asilo, y lo infinito al otro lado de la pared de una celda; los agitados faroles de las naves, y el faro inmóvil del monasterio; la incertidumbre de los destinos del navegante, y la vestal que adivina en un solo día todos sus días futuros; á un lado un alma como la tuya, ¡oh Amelia! borrascosa como un Océano, y al otro un naufragio mas horroroso que el del marinero: todo aquel cuadro está aun grabado profundamente en mi memoria. ¡Sol de este nuevo cielo, ahora testigo de mis lágrimas; ecos de la costa americana, que repetis los acentos de René: este fue el día que siguió á aquella noche terrible,

en que apoyado en el castillo de popa de mi baje, vi alejarse para siempre mi tierra natal! Durante largo rato contemplé en la costa los últimos balances de los árboles de mi patria, y las cúpulas del monasterio que se perdían en el horizonte.»

Al terminar René su historia, sacó de su pecho un escrito y lo entregó al padre Souël; luego, arrojándose en brazos de Chactas y ahogando sus sollozos, dejó al misionero el tiempo necesario para leer la carta que acababa de entregarle.

Era de la superiora de..., y contenía la relación de los últimos momentos de sor Amelia de la Misericordia, víctima de su celo y caridad, cuidando á sus hermanas, atacadas de una enfermedad contagiosa. Toda la comunidad estaba inconsolable, y miraba á Amelia como una santa. La superiora añadía que en treinta años que hacia se hallaba á la cabeza de la casa, no había visto religiosa alguna de un carácter tan bondadoso é igual, ni que con mayor alegría hubiese abandonado las tribulaciones del mundo.

Chactas estrechaba llorando á René en sus brazos, y le decía: «¡Hijo mio! yo quisiera que el padre Aubry se hallara presente, pues sabía sacar del fondo de su corazón cierta paz, que aunque las calmaba, no aparecía extraña á las tempestades; era la luna en una noche borrascosa: las nubes que en su derredor se agitan no pueden arrastrarla en su carrera, pues inalterable y pura, adelantase sobre ellas en magestuosa tranquilidad. ¡Ay! A mi todo me agita y arastra.»

El padre Souël había escuchado hasta entonces la historia de René, con austero semblante y sin proférer una palabra. Su corazón era compasivo, pero su exterior revelaba un carácter inflexible, y la sensibilidad del saquem le hizo al fin romper su silencio.

«Nada, dijo al hermano de Amelia, nada merecen tu historia la compasión de que eres objeto. Yo veo en tí un hombre obstinado en correr tras vanas quimeras, que de todo se disgusta, y que se sustrae á los deberes sociales para entregarse á estériles fantasías. Nadie se hace un hombre superior por mirar al mundo al través de un prisma odioso; no se aborrece á los hombres y á la vida sino por no saberse elevar á mayor altura. Extiende un poco mas tu vista, y no tardarás en convencerte que todos esos males de que te lamentas son una mera ilusión. ¿Cuán triste debe serte no poder pensar en la única desgracia real de tu vida, sin verte precisado á avergonzarte! Toda la pureza, toda la virtud, toda la religión, todas las coronas de una santa, bastan apenas para hacer tolerable la sola idea de tus amarguras. Tu hermana ha expiado su falta; pero si debo decir lo que pienso, temo que por una espantosa justicia, una confesión salida del fondo de la tumba, haya turbado á su vez tu alma. ¿Qué haces en los bosques, consumiendo en vano tus días y olvidando tus deberes? Dirásme acaso que los santos se sepultaron en los desiertos. Es cierto; pero derramaban en ellos lágrimas de arrepentimiento, y empleaban en extinguir sus pasiones el tiempo que tú pierdes tal vez en fomentar las tuyas. ¡Jóven presuntuoso, que has creído que el hombre se basta á sí mismo! La soledad es perjudicial para quien no la habita con Dios, pues redobla las facultades del alma al paso que les quita todo medio de ejercitarlas. Todo el que ha recibido fuerzas, debe consagrarlas al servicio de sus semejantes; y si las inutiliza, es castigado desde luego con una secreta miseria, y tarde ó temprano le envía el cielo un castigo espantoso.»

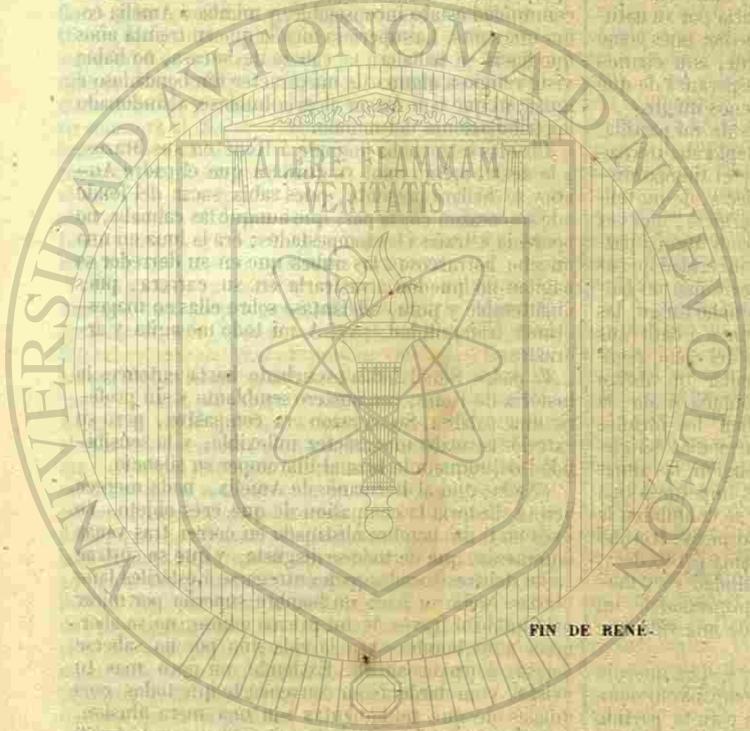
Aterrado por estas palabras, René levantó su humillada cabeza del seno de Chactas. El ciego saquem sonrió; y esta sonrisa de los labios, que no se enlazaba ya con la de los ojos, tenía algo de misterioso y celestial. «Hijo mio, dijo el anciano amante de Atabella, el padre Souël nos habla con severidad, y corri-

»ge igualmente al viejo y al jóven : tiene razon. ¡Sí! des preciso que renuncié á esa vida extraordinaria llena de sinsabores, pues no hay felicidad sino en las sendas comunes.

»Cansado un dia el Meschacebé, próximo aun á su manantial, de no ser sino un límpido arroyo, pidió nieves á las montañas, aguas á los torrentes y lluvias á las tempestades; conseguido su deseo, inundó sus orillas y desoló sus encantadoras campiñas. El orgulloso rio se ufano de su poder; mas viendo que todo quedaba desierto á su paso, que corria abandonado por una soledad, y que sus aguas eran siempre cenagosas, echó de menos el humilde cauce que le habia abierto la naturaleza, los pajarillos, las flores,

los árboles y los arroyuelos, modestos compañeros un dia de su tranquilo curso.»

Chactas calló, y dejóse oír entonces la voz del flamenco, que oculto en las cañas del Meschacebé, anunciaba una cercana tempestad. Los tres amigos se dirigieron á sus cabañas: René marchaba taciturno entre el misionero que oraba, y el ciego saquem que buscaba su camino. Dicese que aconsejado por los dos ancianos, volvió á casa de su esposa, aunque sin hallar la felicidad. Poco tiempo despues pereció con Chactas y el padre Souál en la matanza de franceses y natchez, de que fue teatro la Luisiana. Aun se enseña al viajero el penasco donde iba á sentarse al declinar el dia.

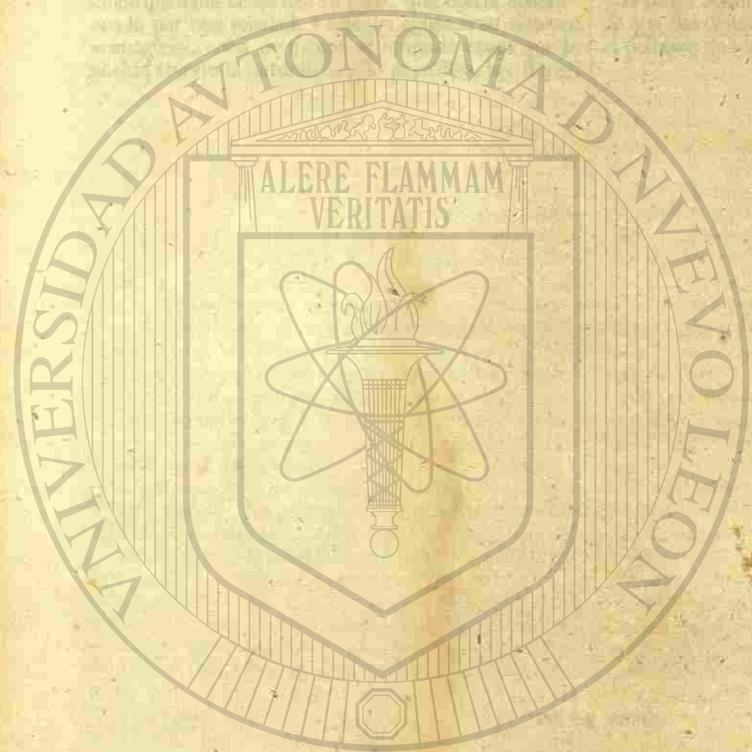


JUANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG.

# EL ULTIMO ABENCERRAGE.

POR EL VIZCONDE DE CHATEAUBRIAND,

TRADUCIDO

POR DON MANUEL M. FLAMANT.

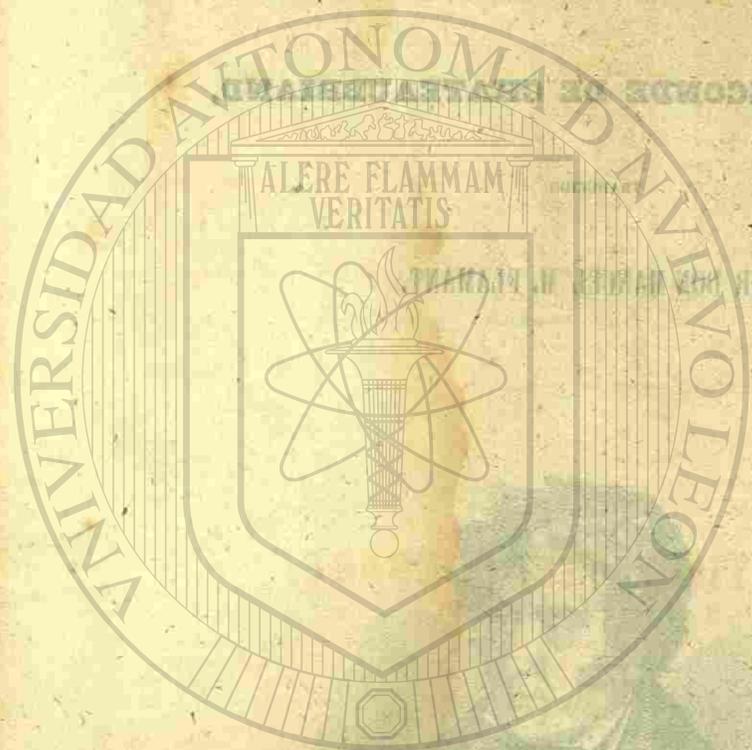


CHATEAUBRIAND.

MADRID.

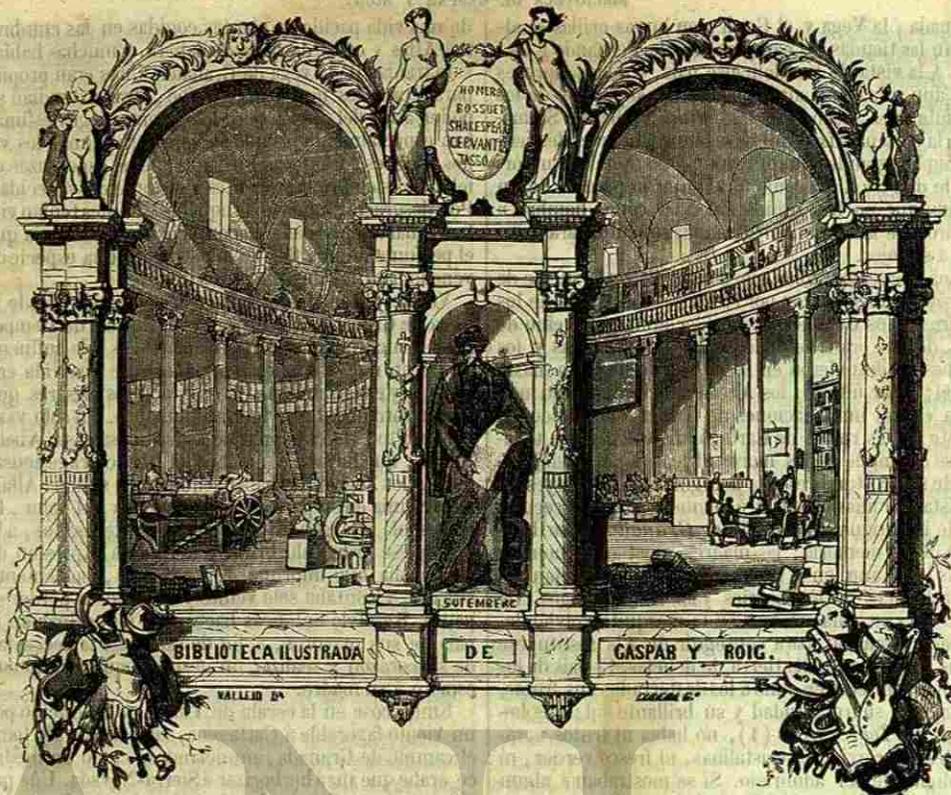
IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES,  
calle del Principe num. 4.

1854.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DIRECCIÓN GENERAL D

IMPRESA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES



## EL ÚLTIMO ABENCERRAGE.

### ADVERTENCIA.

Las Aventuras del último Abencerrage fueron escritas há cerca de veinte años: el retrato que en ellas he trazado de los españoles explica bastante el por qué esta nueva edicion no ha podido ser impresa bajo el gobierno imperial. La resistencia de los españoles á Bonaparte, resistencia por parte de un pueblo inerme á un conquistador que habia vencido los mejores soldados de Europa, excitaba entonces el entusiasmo de todos los corazones capaces de apreciar los grandes rasgos de abnegacion y los nobles sacrificios. Las ruinas de Zaragoza humeaban todavia, y la censura no hubiera permitido unos elogios en que hubiera descubierto con razon un oculto interés hácia las victimas. La pintura de las antiguas costumbres de Europa, los recuerdos de la gloria de otros dias y los de la corte de nuestros mas brillantes monarcas, no hubieran sido gratos á la censura, que por otra parte empezaba á arrepentirse de haberme dejado hablar tantas veces de la antigua monarquia y de la religion de nuestros padres; los muertos que sin cesar evocaba, infundian bastante recelo á los vivos. Colócase á veces en los cuadros algun personaje deforme, para hacer resaltar la hermosura de los demás; pero en esta obra he querido pintar tres hombres de un carácter igualmente elevado, si bien no superiores á la naturaleza, y conservando con sus pasiones, las costumbres y hasta las preocupaciones de sus respectivos paises. El carácter

de la mujer está diseñado sobre las mismas proporciones, porque es muy justo que el mundo de las quimeras, cuando nos trasladamos á él, nos indemnice de los disgustos del mundo real.

Fácilmente se echará de ver que esta es la obra de un hombre que ha experimentado las amarguras del destierro, y cuyo corazon pertenece por entero á su patria.

He tomado en los mismos lugares las vistas de Granada, de la Alhambra, y de esa mezquita transformada en iglesia, porque no es otra cosa la catedral de Córdoba. Estas descripciones son una especie de adición á un fragmento de la última parte del *Itinerario de Paris á Jerusalem*.

Hay en esta obra frecuentes alusiones á la historia de los Zegries y Abencerrages, tan conocida que he creído inútil hacer un bosquejo de ella en esta *advertencia*. Esta novela contiene los pormenores que bastan para la inteligencia del texto.

Cuando Boabdil, último rey de Granada, se vió obligado á abandonar el reino de sus padres, se detuvo en la cima del monte Padul, desde donde se descubria el mar en que el desventurado monarca iba á embarcarse para el Africa; descubriase tambien á

Granada, la Vega y el Genil, en cuyas orillas se alzaban las tiendas del campamento de Fernando e Isabel. A la vista de tan delicioso país, y de los cipreses que aun señalaban aquí y acullá los sepuleros de los musulmanes, Boabdil rompió en acerbo llanto. Su madre, la sultana Aixa, que le acompañaba en el destierro con los grandes que un tiempo componían su corte, le dijo: «Llora como una mujer la pérdida de un reino que no has sabido defender como hombre.» Bajaron de la montaña, y Granada se ocultó para siempre á sus ojos.

Los moros españoles que compartieron la suerte de su rey, se dispersaron por el Africa. Las tribus de los Zegries y los Gomeles se establecieron en el reino de Fez, de que eran descendientes. Los Vanegas y los Alabes se detuvieron en la costa, desde Oran hasta Argel; y por último, los Abencerrages fijaron su morada en las inmediaciones de Túnez, formando en frente de las ruinas de Cartago una colonia que todavía se distingue de los moros africanos por la elegancia de sus costumbres y la benignidad de sus leyes.

Estas familias llevaron á su nueva patria el recuerdo de la antigua. El *Paraiso de Granada* no se borraba de su memoria; las madres repetían su nombre á sus hijos aun en la lactancia, y los adormecían con los romances de los Zegries y los Abencerrages. De cinco en cinco días oraban en la mezquita volviéndose hacia Granada, para conseguir de Alá restituyese á sus elegidos aquella tierra de delicias. El país de los Lotofagos ofrecía en vano á los desterrados sus frutos, sus aguas, su frondosidad y su brillante sol; que lejos de las *Torres rojas* (1), no había ni frutos agradables, ni corrientes cristalinas, ni fresco verdor, ni sol digno de ser admirado. Si se mostraban á algún proscrito las llanuras del Bagrada, sacudía tristemente la cabeza y exclamaba suspirando: «¡Granada!»

Los Abencerrages conservaban especialmente el mas tierno y fiel recuerdo de la patria, pues habían dejado con mortal amargura el teatro de su gloria, y las márgenes que tantas veces hicieron resonar á este entusiasta grito de guerra: «¡Honor y Amor!» No pudiendo ya manejar la lanza en los desiertos, ni cubrirse con el casco en una colonia de labradores, habíanse consagrado al estudio de los simples, profesión tan estimada entre los árabes como la de las armas. Así, pues, la raza guerrera, que en otro tiempo abría heridas, ocupábase ya en el arte precioso de curarlas; en lo cual conservaba algo de su primitivo genio, porque los caballeros acostumbraban curar por sí mismos las heridas del enemigo que habían derribado.

La cabaña de esta familia, antigua poseedora de suntuosos palacios, no estaba situada entre las de los demás desterrados, al pié del monte Mamelife, sino entre las ruinas de Cartago, á orillas del mar, en el lugar donde San Luis murió en su lecho de espinas; y donde se ve en la actualidad una ermita mahometana. De las paredes de la cabaña pendían escudos de piel de león, que ostentaban sobre campo azul los salvajes que derribaban una ciudad con sus mazas; en derredor de esta divisa se leían estas palabras: «*¡Que bagatela!*» armas y divisa de los Abencerrages. Veíanse lanzas adornadas de pendones blancos y azules; albornoces y casacas de raso acuchilladas, detrás de los escudos, y brillaban en medio de las cimitarras y las dagas. Veíanse tambien colgados en desorden guantes de batalla, frenos incrustados de piedras preciosas, anchos estribos de plata, largas espadas, cuya vaina había sido bordada por la mano de princesas, y espuelas de oro que las Yseult, las Genievres y las Orianas calzaron en días mas felices á denodados paladines.

Al pié de estos trofeos de gloria, mostrábanse los

(1) Torres del palacio de Granada.

de una vida pacífica: plantas cogidas en las cumbres del Atlas y en el desierto de Zabara, y muchas habían sido traídas de la vega de Granada. Unas eran propias para curar los males del cuerpo, otras extendían su poder á los del alma; pero los Abencerrages estimaban especialmente las que servían para calmar los vicios pesares, las locas ilusiones y esas esperanzas de felicidad siempre renacientes y siempre desvanecidas. Por desgracia, muchos de aquellos simples tenían virtudes harto opuestas, y acontecia con frecuencia que el perfume de una flor de la patria era una especie de veneno para los ilustres proscritos.

Veinte y cuatro años habían transcurrido desde la toma de Granada. En este breve espacio de tiempo, habían sucumbido catorce abencerrages á la influencia de un nuevo clima, á los azares de una vida errante, y especialmente á esos ocultos pesares que minan sordamente las fuerzas humanas. Un solo vástago era toda la esperanza de esta famosa casa. Aben-Hamet, que llevaba el nombre del Abencerrage acusado por los Zegries de haber seducido la sultana Alfaima, reunía en su persona la hermosura, el valor, la cortesanía y la generosidad de sus antepasados, á la par de ese tranquilo brillo y esa ligera expresion de melancolía que imprime el infortunio, noblemente sufrido, y contaba solo veinte y dos años al perder su padre. Resolvió entonces hacer una peregrinacion al país de sus mayores, á fin de satisfacer la necesidad de su corazón y realizar un deseo que ocultó con esmero á su madre.

Embarcóse en la escala de Túnez, y conducido por un viento favorable á Cartagena, saltó en tierra y tomó el camino de Granada, anunciándose como un médico árabe que iba á herborizar á Sierra-Nevada. Una pacífica mula le llevaba lentamente al país donde los Abencerrages volaban en otro tiempo caballeros sobre belicosos corceles; precedíale un guia, conduciendo otras dos mulas adornadas de cascabeles y de moños de lana de diferentes colores. Aben-Hamet atravesó los vastos matorrales y los bosquecillos de palmeras del reino de Murcia, y juzgando por su vejez que habían sido plantadas por sus padres, apoderóse de su corazón honda amargura. Aquí se elevaba una torre donde velaba el centinela en tiempo de la guerra de los moros y los cristianos; allí se dejaba ver una ruina cuya arquitectura anunciaba su origen morisco: nuevo motivo de dolor para el Abencerrage, que se apeaba de su mula, y bajo pretexto de buscar ciertas plantas, se ocultaba en aquellos tristes despojos del tiempo, para dar rienda suelta á sus lágrimas. Volvió luego á emprender su camino, abismado en mil ideas fantásticas, al estrépito de las campanillas de la caravana y al monótono canto de su guia, que no interrumpía su largo romance sino para animar sus mulas, apellidándolas *gallardas* y *valerosas*, ó para increparlas con los nombres de *perezosas* y *tercas*.

Los rebaños de carneros que un pastor conducía por las amarillas é incultas llanuras, y algunos aislados viajeros, lejos de esparrar la animacion y la vida en el camino, servían únicamente para hacerlo mas triste y desierto. Todos aquellos viajeros ceñían un largo tizona, se cubrían con su capa, y un ancho sombrero inclinado hacia delante les cubría medio rostro. Saludaban al paso á Aben-Hamet, que solo distinguía en aquel noble saludo los nombres de *Dios señor* y *caballero*. Cuando cerraba la noche, el Abencerrage se sentaba en la *venta*, en medio de los extranjeros, sin que le ofendiese una indiscreta curiosidad, pues nadie le hablaba ni le dirigía pregunta alguna, porque ni su turbante, ni su traje, ni sus armas excitaban la menor admiracion. Puesto que Aben-Hamet no podía dejar de estimar á los graves conquistadores,

Mas vivas aun eran las emociones que esperaba

al Abencerrage al término de su excursion. Granada está construida al pié de Sierra-Nevada, sobre dos enhiestas colinas, separadas por un profundo valle. Las casas, situadas en el declive de las colinas, en el fondo de aquel, dan á la ciudad el aspecto y la forma de una granada entreabierta, circunstancia á que debe su nombre. Dos rios, el Genil y el Darro, de los cuales el uno arrastra pajillas de oro, y el otro arenas de plata, bañan el pié de las colinas, y se reúnen y serpentean en una llanura encantadora, llamada la *Vega*. Esta llanura, sobre la cual descuella Granada, está cubierta de viñedos, granados, higueras, moreras y naranjos, y rodeada de montañas de forma y color admirables. Un cielo encantado y un ambiente puro y delicioso abisman el alma en una secreta languidez, de que cuesta trabajo librarse al viajero que no hace sino pasar. Echase bien de ver que en semejante país las pasiones tiernas hubieran sofocado en breve las pasiones heróicas, si el amor, para ser verdadero, no necesitase siempre apoyarse en la gloria.

Cuando Aben-Hamet descubrió los remates de los primeros edificios de Granada, su corazón palpó con tanta violencia que se vió precisado á detener su mula; así es que, cruzando los brazos sobre el pecho y fijos sus ojos en la sagrada ciudad, permaneció mudo é inmóvil. El guia se detuvo á su vez, y como un español comprende facilmente todos los sentimientos elevados, mostróse conmovido y adivinó que el moro pensaba en su antigua patria. El Abencerrage rompió al fin su silencio y dijo:

—¡Guia, sé feliz! No me ocultes la verdad, porque la calma reinaba en las olas el día de tu nacimiento, y la luna entraba en su creciente. ¿Qué torres son esas que brillan á manera de estrellas sobre aquel frondoso bosque?

—Es la Alhambra, repuso el guia.

—¿Y ese otro castillo que descuella sobre esa colina?

—Es el Generalife; hay en ese palacio un jardín plantado de mirtos, donde es fama que un abencerrage fue sorprendido con la sultana Alfaima. Mas allá verás el Albaycin, y mas cerca de nosotros las Torres rojas.

Cada palabra del guia desgarraba el corazón de Aben-Hamet. ¡Cuán cruel es haber de recurrir á los extranjeros y para conocer los monumentos de nuestros padres, y hacerse narrar por hombres indiferentes la historia de nuestra familia y nuestros amigos! El guia, interrumpiendo las reflexiones de Aben-Hamet, exclamó: «Marchemos, señor moro; Dios lo ha querido así! Cobrad aliento. No está hoy mismo prisionero en nuestro Madrid Francisco 12; Dios lo ha dispuesto!» Esto dicho, descubrió su cabeza, santiguóse, y espoleó sus mulas. El Abencerrage hizo lo mismo con la suya, y exclamó: «¡Estaba escrito!» y se encaminaron á Granada.

Pasaron cerca del grueso fresno, célebre por el combate de Muza y del gran maestre de Calatrava, en tiempo del último rey de Granada. Dieron la vuelta al paseo de la alameda, y entraron en la ciudad por la puerta de Elvira. Subieron á la Rambla, y llegaron poco despues á una plaza rodeada por todas partes de casas de arquitectura morisca. En la plaza se veía un kan construido por los moros de Africa, á quienes el comercio de sedas de la Vega atraía en considerable número á Granada. El guia condujo al kan á Aben-Hamet.

Este se sentía harto agitado para disfrutar un poco de reposo en su nueva vivienda: la patria le atormentaba. No pudiendo hacerse superior á los sentimientos que agitaban su corazón, salió á media noche para vagar por las calles de Granada, procurando reconocer con sus ojos y sus manos algunos de los monumentos que tantas veces le habían descrito los ancianos. Tal

vez aquel alto edificio cuyas paredes vislumbraba al traves de las tinieblas, era la antigua morada de los Abencerrages; tal vez, en aquella plaza solitaria se celebraban las fiestas que levantarán hasta las nubes la gloria de Granada. Por allí pasaban las cuadrillas soberbiamente vestidas de brocados; mas allá se adelantaban las galeras cargadas de armas y de flores, los dragones que vomitaban fuego y que ocultaban en su seno ilustres guerreros; ingeniosas invenciones del placer y de la galantería.

¡Mas, ay! en vez del marcial sonido de los añafles, del eco de las trompetas y de los cantos del amor, reinaba un silencio profundo en torno de Aben-Hamet. La muda ciudad había cambiado de habitantes, y los vencedores descansaban en el lecho de los vencidos. «¡Los altivos españoles, exclamó el joven indignado moro, duermen á la sombra de los techos de que han desterrado á mis abuelos! ¡Y yo, Abencerrage, velo desconocido, solitario y abandonado, á la puerta del palacio de mis padres!»

Y reflexionaba sobre la inestabilidad de los destinos humanos, sobre las vicisitudes de la fortuna, sobre la caída de los imperios, y en fin, sobre aquella Granada sorprendida por sus enemigos en medio de sus placeres, y trocando repentinamente sus guirnalda de flores por rudas cadenas; parecía ver á sus pobladores abandonando sus hogares en traje de fiesta, á manera de los convidados que en medio del regocijo de un banquete, son de improviso expulsados por un incendio, de la sala del festín.

Todas estas imágenes, todos estos pensamientos se aglomeraban en el alma de Aben-Hamet, que lleno de dolor y pesar, se proponía realizar el proyecto que le había llevado á Granada. El Abencerrage se había extraviado, y se hallaba lejos del kan en un retirado arrabal de la ciudad. Todo dormía; ningún rumor interrumpía el silencio de las calles; las puertas y las ventanas estaban cerradas, y solo el canto del gallo anunciaba en la habitacion del pobre la vuelta de los trabajos y los pesares.

Despues de haber vagado mucho tiempo sin serle posible volver á hallar su primer camino, Aben-Hamet oyó entreabrirse una puerta, y fijando en ella su vista, vió salir una joven vestida casi como esas reinas góticas, esculpidas en los monumentos de nuestras antiguas abadias. Su corpino negro, adornado de azabaches, oprimía su esbelta cintura; su saya corta, estrecha y sin pliegues, descubría una torneada pierna y un lindo pié; una mantilla, negra tambien, envolvía su gentil cabeza, y con la mano izquierda la cruzaba y cerraba su mantilla bajo la barba, de tal suerte que no se descubrían de su rostro sino los rasgados ojos y la sonora boca. Acompañábala una dueña, un escudero la precedía llevando en la mano un devocionario, y dos pajes adornados con sus colores, seguían á escasa distancia la bella incógnita, que se dirigía á la oracion matutina, á ia que convocaba el tañido de la campana de un vecino monasterio.

Aben-Hamet creyó ver en aquella aparicion al ángel Israel ó la mas joven de las Huris. No menos sorprendida miraba la española al Abencerrage, cuyo turbante, traje y armas daban nuevo realce á su apuesto continente. Repuesta de su primer asombro, lizo al extranjero una señal para que se acercara, con esa gracia y ese desembarazo que caracterizan á las mujeres de aquel país. «Señor moro, le dijo; pareceme sois recién llegado á Granada; ¿caso es habéis extraviado?»

«Sultana de las flores, repuso Aben-Hamet; delicia de los ojos de los hombres; ¡oh esclava cristiana! mas hermosa que las vírgenes de la Georgia, tú lo has adivinado: soy extranjero en esta ciudad querida, y habiéndome perdido entre estos palacios, no he podido volver al kan de los moros. ¡Toque Ma-

homa tu corazón, y recompense tu hospitalidad!»  
«Proverbial es la galantería de los moros, respondió la española con la mas dulce sonrisa; pero ni soy sultana de las flores, ni esclava, ni me satisface verme recomendada á Mahoma. Seguidme, señor caballero, y os acompañaré al kan de los moros.»

Y marchando con ligero paso delante del Abencerrage, le condujo hasta la puerta del kan, que le mostró con la mano, pasó á espaldas de un palacio, y desapareció.

«De cuán poco depende la paz de nuestra vida! La patria no ocupa ya sola y por entero el alma de Aben-Hamet: Granada no es á sus ojos un desierto, una ciudad abandonada, viuda y solitaria: es mas cara á su corazón que antes, pues un nuevo prestigio embellece sus ruinas, porque al recuerdo de sus mayores mezclase ahora otro encanto. Aben-Hamet habia descubierto el cementerio en que descansaban las cenizas de los Abencerrages; pero al orar, al prosternarse, al derramar por su memoria filiales lágrimas, piensa que la joven española ha pasado alguna vez sobre aquellos sepulcros, y sus antepasados, aunque difuntos, le parecen felices.»

En vano intenta ocuparse exclusivamente de su peregrinacion al país de sus padres; en vano recorre las colinas del Darro y del Genil, para recolectar plantas al amanecer, pues la flor que ora busca es la hermosa cristiana. ¡Cuán inútiles esfuerzos ha hecho ya para volver á hallar el palacio de su encantadora! ¡Cuántas veces ha intentado volver á pasar las calles que le hiciera recorrer su divino guía! ¡Cuántas ha creído reconocer el tañido de aquella campana y el canto de aquel gallo que overa no lejos de la morada de la peregrina española! Alucinado por iguales rumores, corre presuroso al paraje donde se escucharan; mas el mágico palacio no se presenta á su vista. Y acaeciese tambien que el uniforme traje de las granadinas le inspiraba una fugaz esperanza, porque á cierta distancia todas las cristianas se parecían á la señora de su corazón; y era el caso que miradas de cerca, ni una siquiera atesoraba su hermosura y sus gracias. Aben-Hamet habia recorrido las iglesias para descubrir la extranjera, y hasta habia penetrado en las sepulturas de Fernando é Isabel, siendo este el mas costoso sacrificio que hasta entonces hiciera en aras del amor.

Cierto día herborizaba en el valle del Darro. La colina meridional sostenia en su florida pendiente las murallas de la Alhambra y los jardines del Generalife, y la septentrional estaba decorada por el Albaycin, por risueños vergeles y por grutas habitadas por un pueblo numeroso. A la extremidad occidental del valle descubriábase los campanarios de Granada, que descollaban agrupados sobre las encinas y los cipreses, y en la oriental veíanse sobre las crestas de los peñascos, conventos, ermitas, algunas ruinas de la antigua Iberia; y allá en lontananza las erguidas cumbres de Sierra-Nevada. El Darro corria por el centro del valle y presentaba á lo largo de su corriente pintorescos molinos, sonoras cascadas, los rotos arcos de un acueducto romano, y los restos de un puente morisco.

Aben-Hamet no era á la sazón ni bastante desgraciado ni bastante dichoso para disfrutar de lleno los encantos de la soledad, por lo cual recorría distraído é indiferente aquellas encantadoras márgenes. Mas hé aquí que marchando á la ventura, y siguiendo una espesa alameda que rodeaba la colina del Albaycin, no tardó en mostrarse á sus ojos una casa de campo, rodeada de un bosquecillo de naranjos, en cuya inmediacion oyó los sonidos de una voz y una guitarra. Existen tan misteriosas relaciones entre la voz, el rostro y las miradas de una mujer, que nunca se equivoca en tales materias el hombre á quien el amor tiraniza. «Es mi huri!» exclamó ébrio de gozo Aben-Hamet; y aplicando atento oído, con el corazón palpitante, los latidos de este se aceleraban al nombre de los Aben-

cerrages, muchas veces repetido. La desconocida cantaba un romance castellano en que se pintaba la historia de los Abencerrages y Zegries. Aben-Hamet no pudo resistir su emoción, y saltando una cerca de mirtos, fue á dar en medio de un grupo de apuestas y jóvenes damas, que asustadas á tan estraña y no prevista aparicion, apelaron á la fuga con no pequeña gritería. Mas, la española que acababa de cantar y que aun tenia la guitarra, exclamó, sin dar muestra alguna de susto: «¡Es el señor moro!» Y llamó á sus tímidas compañeras. «¡Favorita de los genios! le dijo el gallardo Abencerrage, yo te buscaba como busca el árabe una fuente en los rigores del medio día; he oído los ecos de tu guitarra, que celebraba los héroes de mi país, y habiendote adivinado en la dulzura de tus acentos, vengo á poner á tus plantas el corazón de Aben-Hamet.»

«Y yo, repuso doña Blanca, cantaba el romance de los Abencerrages, ocupada la mente en vos, porque despues de haberos visto, me he dado á imaginar que esos caballeros moros se os parecen mucho.»

Y un ligero carmin se esparció por las mejillas de Blanca, no bien hubo pronunciado tales palabras. Aben-Hamet se sintió inclinado á arrojarse á los pies de la joven cristiana y á declararle que era el último Abencerrage: detúvole empero un resto de prudencia, pues temia no sin razon que su nombre, harto célebre en Granada, inspirase recelos al gobernador. La guerra de los moriscos no habia terminado aun, y la presencia de un abencerrage en aquellos momentos podia despertar en los españoles fundados temores. Y no era que Aben-Hamet retrocediese ante peligro alguno, sino que se estremecía á la idea de verse obligado á alejarse para siempre de la hija de don Rodrigo.

Doña Blanca era vástago de una familia descendiente del Cid de Vivar y de Jimena, hija del conde Gomez de Gormaz. La posteridad del vencedor de Valencia la Hermosa, cayó, mereced á la ingratitude de la corte de Castilla, en una extremada pobreza, y hasta se llegó á creer por espacio de algunos siglos que se habia extinguido: tanta llegó á ser su inmerecida oscuridad! Pero en tiempo de la conquista de Granada, un último retoño de la alcurnia de los Vivar se hizo reconocer, menos en verdad por los títulos de su cuna que por el brillo de su valor. Por todo esto, despues de la expulsion de los infieles, Fernando otorgó al digno descendiente del Cid los bienes de muchas familias moras, y le hizo duque de Santa-Fe. El nuevo duque fijó su residencia en Granada, y murió, mozo aun dejando ya casado á don Rodrigo, su hijo único, y padre de Blanca.

Doña Teresa de Jerez, esposa de don Rodrigo, dió á luz un hijo que recibió al nacer el nombre de Rodrigo, como todos sus ascendientes; pero diósele tambien el de Carlos, para distinguirlo de su padre. Los grandes acontecimientos que don Carlos tuvo á la vista desde su mas tierna juventud, y los peligros de que se viera rodeado casi al salir de la infancia, contribuyeron poderosamente á hacer mas grave y rígido un carácter naturalmente inclinado á la austeridad. Contaba apenas catorce años don Carlos, cuando siguió á Cortés á Méjico, donde habia sufrido todos los peligros y sido testigo de todos los horrores de tan maravillosa aventura, presenciando la caída del último rey de un mundo hasta entonces desconocido. Tres años despues de tamaña catástrofe, don Carlos se habia hallado en Europa en la batalla de Pavia; como para ver sucumbir el honor y el denuedo coronados, á los golpes de la contraria fortuna. La vista de un nuevo universo, los dilatados viajes por aun no recorridos mares, el espectáculo de grandes revoluciones y vicisitudes de la suerte, habian impresionado enérgicamente la imaginacion religiosa y melancólica de don Carlos, que habiendo entrado en la órden de caballería de Calatrava, y renunciando al matrimonio á pesar de los ruegos de

don Rodrigo, destinaba todos sus bienes á su hermana.

Blanca de Vivar, hermana única de don Carlos, y mucho mas joven que él, era el idolo de su padre; y habiendo perdido á su madre, habia cumplido diez y ocho años cuando Aben-Hamet se presentó en Granada. Todo era seduccion en aquella mujer encantadora: su voz era embriagadora, su baile mas leve que el céfiro; ora se complacia en guiar un carro, como Armida; ora volaba sobre el mas veloz corcel de Andalucía, como las hadas fantásticas que se aparecian á Tristán y á Galaor en los bosques. Atenas la hubiera tomado por Aspasia, y Paris por Diana de Poitiers que empezaba á brillar en la corte. Empero á los encantos de una francesa reunia las pasiones de una española, y su natural coqueteria en nada destruía el aplomo, la constancia, la fuerza y la elevacion de los sentimientos.

Don Rodrigo habia acudido presuroso á los gritos en que habian prorrumpido las jóvenes españolas cuando Aben-Hamet se lanzó al jardín. «Padre mio, dijo Blanca, ved aquí al señor moro de quien os he hablado y que habiéndome oído cantar me ha reconocido, y ha entrado en el jardín para darme gracias por haberle enseñado su camino.»

El duque de Santa-Fe recibió al Abencerrage con esa cortesania grave, y no obstante sencilla, propia de los españoles. No se advierte en esta nacion ninguna de esas maneras serviles, ninguna de esas frases que revelan la bajeza de los pensamientos y la degradacion del alma. El lenguaje del gran señor es igual al del rústico, igual el saludo, iguales los cumplimientos, las costumbres y usanzas. Y así como la confianza y la generosidad de este pueblo para con los extranjeros no conocen límites, así es terrible su venganza cuando se abusa de su buena fe, pues está dotado de un valor heroico y de una paciencia á toda prueba, incapaz de ceder á la adversa fortuna, siéndole preciso dominarla ó dejarse abrumar por ella. Tiene poco de lo que se llama genio, pero sus exaltadas pasiones suplen en él esa luz que procede de la delicadeza y la profusion de ideas. Un español que pasa el día sin hablar, que nada ha visto, que nada anhela ver, que nada ha leído, estudiado ó comparado, hallará siempre en la grandeza de sus resoluciones. Los recursos de que haya menester en el momento del infortunio.

Era el día natalicio de don Rodrigo, y Blanca obsequiaba á su padre con una pequeña fiesta en aquella encantadora soledad. El duque de Santa-Fe invitó á Aben-Hamet á sentarse entre las jóvenes, que miraban con cierta extrañeza su turbanete y su traje. Trajéronse tapices de terciopelo, y el Abencerrage se sentó sobre ellos á la usanza mora; dirigieronle luego varias preguntas acerca de su país y sus aventuras, á las que respondió con ingenio y jovialidad. Hablaba el mas castizo castellano, y hubiérase podido tomarle por tal, si en vez del tratamiento vos no usará casi siempre el de tú, palabra tan dulce en sus labios, que Blanca no podia hacerse superior á un oculto despecho cuando se dirigía á alguna de sus compañeras.

Presentáronse numerosos sirvientes; quienes traian chocolate, variadas frutas, y azucarillos de Málaga, tan blancos como la nieve, y tan porosos y ligeros como la esponja. Terminado el refresco, pidióse á Blanca que ejecutara algun baile nacional, en que excedia á las mas hábiles gitanas, y cedió al fin á los ruegos de sus amigas. Aben-Hamet habia guardado silencio, pero sus miradas suplicantes decian bien lo que sus labios no osaban solicitar. Blanca eligió una zambra, baile lleno de expresion, tomado de los moros por los españoles.

Una de las jóvenes empezó á tocar en la guitarra la danza morisca, y la hija de don Rodrigo desembarazándose del velo, ató á sus blancas manos unas castañetas de ébano. Sus negros cabellos caian en leves rizos sobre el alabastrino cuello; sus labios y sus ojos

sonreian de acuerdo, y su tez se animaba á los latidos de su corazón. De improviso hace resonar el ébano excitador, marca tres veces el compás, entona el canto de la zambra, y uniendo su voz á las armonías de la guitarra, parte como un relámpago.

«¡Qué variedad en sus pasos! ¡qué elegancia en sus actitudes! Ora levanta sus brazos con viveza, ora los deja caer con languidez; agítase algunas veces como ébria de placer, ó se retira como abrumada de dolor; vuelve la cabeza, parece llamar á alguna persona oculta, alarga con modestia la sonrosada mejilla al beso de un nuevo esposo, huye ruborosa, torna radiante y consolada, marcha con paso noble y casi guerrero, y gira de nuevo sobre el lozano césped. La armonía de sus pasos, de sus cantos y de los sonidos de la guitarra, era completa. La voz de Blanca ligeramente apagada, tenia ese timbre que subleva las pasiones en el fondo del alma. La música española, compuesta de suspiros, de movimientos vivos, de estruendos tristes y de cantos súbitamente interrumpidos, ofrece una mezcla estraña de regocijo y melancolía. Aquel baile y aquella música fijaron irrevocablemente el destino del último Abencerrage: y en verdad hubieran bastado á conmovier un corazón menos lastimado que el suyo.»

La reunion volvió al llegar la noche á Granada, por el valle del Darro. Don Rodrigo, en extremo complacido de las maneras nobles y delicadas de Aben-Hamet, no quiso separarse de él sin pedirle volviese algunas veces á entretener á Blanca con las maravillosas relaciones del Oriente. El moro, que no deseaba otra cosa, aceptó gozoso la cordial invitacion del duque de Santa-Fe, y al día siguiente se encaminó al palacio donde respiraba la mujer á quien amaba mas que á la luz del sol.

No tardó Blanca en sentir una vehemente pasion, por la imposibilidad misma en que se juzgaba de satisfacerla, puesto que amar á un infiel, á un moro, á un desconocido, le parecia tan raro, caso que no tomó precaucion alguna contra el veneno que empezaba á circular por sus venas; mas no bien echó de ver las consecuencias de su mal, lo aceptó como una verdadera española. Los peligros y las penas que desde luego entrevió no fueron parte á hacerla retroceder del borde del abismo, ni á que entrara en consultas con la fria razon; todo su cálculo se redujo á decirse á si misma: «Sea Aben-Hamet cristiano, correspondame, y le seguiré á los confines del orbe.»

Y era el caso que el Abencerrage experimentaba asimismo todo el poder de una pasion irresistible; viviendo pues únicamente para Blanca, no se curaba ya de los proyectos que le llevarán á Granada; y aunque le era fácil procurarse los datos que habia ido á buscar, habiase desvanecido á sus ojos todo interés extraño á su amor, y hasta temia las noticias que hubieran podido introducir alguna mudanza en su género de vida. Nada inquiria, nada arhelaba saber, y todos sus planes se compendian en este sencillo raciocinio: «sea Blanca musulmana, correspondame y la serviré hasta mi postrer aliento.»

Firmes, pues, en su generosa resolucion, Aben-Hamet y Blanca solo esperaban un momento oportuno para descubrirse sus sentimientos. En uno de los dias de la mas deliciosa estacion del año, la hija del duque de Santa-Fe dijo al Abencerrage: «No habeis visto aun la Alhambra, y si he de dar crédito á ciertas palabras que habeis indeliberadamente pronunciado, vuestra familia es oriunda de Granada. ¿Os complaceria visitar el palacio de los antiguos reyes moros? Si así es, quiero serviros de guia esta tarde.»

Aben-Hamet juró cordialmente por el Profeta que ningun paseo podia serle mas agradable.

Habiendo llegado la hora señalada para la excursion á la Alhambra, la hija de don Rodrigo montó una ha-

canea blanca, acostumbrada á trepar las rocas cual una ágil cabra. Aben-Hamet acompañaba á la brillante española, caballero sobre un alazan andaluz enjaezado á la turca. En la rápida carrera del joven moro, su alquicel de púrpura se inclinaba á su espalda, su corvo alfange resonaba en la alta silla, y jugueteó el viento agitando el airoso penacho de su turbante. Admirado el pueblo de su gentileza y apuesto ademán, decía al verle pasar: «Ese es un príncipe infiel, á quien doña Blanca va á convertir.»

Siguieron primero una larga calle, que conservaba aun el nombre de una ilustre familia mora, y que terminaba en el recinto exterior de la Alhambra; atravesaron luego un bosque de olivos, y llegando á una fuente, halláronse en breve delante del recinto interior del palacio de Boabdil. Abriase en una muralla flanqueada de torres y coronada de almenas, una puerta llamada la Puerta del Juicio: saludáronla, y entraron en un camino estrecho que serpenteaba, por decirlo así, entre altas murallas y medio arruinadas barracas. Este camino les condujo á la plaza de los Aljibes, en cuyas inmediaciones hacia construir á la sazón Carlos V un palacio. Volviendo desde allí hacia el Norte, se detuvieron en un patio desierto al pie de una muralla sin adorno alguno y maltratada por el tiempo. Aben-Hamet, apeándose con extraña celeridad, ofreció su mano á Blanca para que bajase de su hacanea. Los criados que les seguían llamaron á una puerta abandonada, cuyo umbral obstruía la yerba; abrióse, y dejó ver los ocultos recintos de la Alhambra.

Todos los encantos, todos los recuerdos de la patria, mezclados á los prestigios del amor, asaltaron el corazón del último Abencerrage. Inmóvil y mudo, recorría con atónitas miradas aquella mansión de los genios, y se creía trasladado á la entrada de uno de esos palacios cuyas descripciones leímos en los cuentos árabes. Ofrecíanse por donde quiera á los ojos de Aben-Hamet ligeras galerías, canales de mármol blanco, bordados de limoneros y de naranjos en flor, sonorosas fuentes y solitarios patios; y á través de las dilatadas bóvedas de los pórticos descubriáanse nuevos laberintos y nuevas maravillas, al paso que el azul del más hermoso cielo se dejaba ver entre las columnas que sostenían una larga serie de arcos góticos. Las paredes cargadas de arabescos, se asemejaban á esas telas de Oriente que borda en el hastio del harem el ingenioso capricho de una esclava. La voluptuosidad, la religión y el espíritu guerrero respiraban en aquel magnífico edificio, especie de santuario del amor, misterioso retiro donde los reyes moros disfrutaban de todos los placeres, y olvidaban todos los deberes de la vida.

Después de algunos instantes de sorpresa y silencio, los dos amantes entraron en aquella morada del poder desvanecido y de las pasadas felicidades. Primero dieron la vuelta á la sala de los Leones, en medio del perfume de las flores y de la frescura de las aguas, y luego penetraron en el patio de los Leones: la emoción de Aben-Hamet aumentaba por momentos. «Si no inundases mi alma de delicias, dijo al fin á Blanca, ¡con cuánta amargura me vería obligado á pedirte, á tí, española, la historia de estos encantados asilos! ¡Ah! ¡Estos lugares han sido fabricados para servir de templo á la felicidad, en tanto que yo...!»

Al decir esto, Aben-Hamet vió el nombre de Boabdil incrustado en unos mosaicos: «¡Oh rey mío! exclamó; ¿qué es de tí? ¿Dónde te hallaré en tu desierta Alhambra?» Y las lágrimas de la lealtad y del honor anegaron los ojos del joven moro. «Vuestros antiguos señores, ó por mejor decir, los reyes de vuestros padres, fueron unos ingratos,» dijo Blanca. «¿Qué importa, repuso el Abencerrage, si fueron tan desgraciados?»

Esto dicho, Blanca le condujo á un gabinete que

parecía ser el santuario del amor. Nada igualaba la elegancia de aquel asilo; la bóveda entera, pintada de azul y oro, y compuesta de arabescos á cielo abierto, daba paso á la luz como á través de un tejido de flores. Una bulliciosa fuente brotaba en medio del edificio, y sus aguas, que bajaban á manera de menudo rocío, caían en una vistosa concha de alabastro. «Aben-Hamet, dijo la hija del duque de Santa-Fe, mira bien esta fuente, que recibió las desfiguradas cabezas de los Abencerrages. Aun ves sobre el mármol las manchas de la sangre de los desgraciados á quienes Boabdil sacrificó á sus crueles sospechas; porque así se trata en tu país á los seductores de las mujeres crédulas.»

Empero Aben-Hamet no escuchaba ya á Blanca, pues habiéndose arrodillado, besaba con respeto las señales de la sangre de sus antepasados; levantóse á poco y exclamó entusiasta: «¡Oh Blanca! te juro por la sangre de estos caballeros, amarte con la constancia, la fidelidad y la vehemencia de un abencerrage.»

«¿Me amais? replicó con viveza Blanca uniéndole sus manos, y levantando al cielo sus miradas. Pero, ¿habéis pensado que sois un infiel, un moro, un enemigo, y que yo soy cristiana y española?»

«¡Oh, santo profeta! repuso Aben-Hamet, sé testigo de mi juramento...» Blanca le interrumpió, y le dijo: «¿Qué asenso podré conceder á los juramentos de un perseguidor de mi Dios? ¿Sabéis si os amo? ¿Quién os ha autorizado para usar conmigo semejante lenguaje?»

Aben-Hamet respondió consternado: «¡Es verdad! solo soy tu esclavo, puesto que aun no has hecho de mí tu caballero.»

«¡Moro! respondió Blanca; abandona la astucia; haré las leídas en mis ojos que te amo; la pasión que me inspiras es ilimitada; sé, pues, cristiano, y nada podrá impedirme ser tuya. Mas, si la hija del duque de Santa-Fe se atreve á hablarte con tanta franqueza, debes juzgar por esta misma causa que sabrá dominarse, y que nunca, nunca un enemigo de los cristianos tendrá derecho alguno sobre ella.»

Aben-Hamet, en un arranque de pasión, tomó las manos de Blanca, las puso sobre su turbante y luego sobre su corazón, exclamando: «¡Alá es poderoso, y feliz Aben-Hamet! Conozca tu ley esta cristiana, y nada podrá...» ¡Blasfemo! dijo Blanca ¡alejémonos de aquí!»

Esto dicho, se apoyó en el brazo del moro, y se acercó á la fuente de los Doce-Leones, que da su nombre á uno de los patios de la Alhambra. «¡Extrañero! dijo la sencilla española, cuando miro tu traje, tu turbante y tus armas, y pienso en nuestros amores, pareceme ver la sombra del gallardo abencerrage, paseando este abandonado retiro con la desventurada Alfaíma. Descríbame la inscripción árabe grabada sobre el mármol de esta fuente.»

Aben-Hamet leyó estas palabras:

*La bella princesa que pasea, cubierta de perlas, en su jardín, aumenta tan prodigiosamente su hermosura... El resto de la inscripción estaba borrado.*

«Esta inscripción ha sido escrita para tí, sultana amada, dijo Aben-Hamet; nunca estos palacios se ostentaron tan hermosos en su juventud, cual se muestran hoy en sus ruinas. Escucha el blando rumor de las fuentes cuyas aguas ha desviado el musgo; mira esos jardines que se divisan á través de estas arcadas medio derruidas; contempla el astro del día que se oculta mas allá de todos esos pórticos; ¡cuán dulce es vagar contigo por estos lugares! Tus palabras embalsaman estos asilos, como las rosas del himeneo. ¡Con qué encanto reconozco en tu lenguaje algunos acentos del idioma de mis padres! El ligero roce de tu vestido sobre estos mármoles me causa un delicioso estremecimiento; el ambiente de tus perfumes al leve contacto de tus cabellos. Eres

hermosa como el genio de mi patria en medio de estas ruinas. Pero; ¿puede Aben-Hamet prometerse fijar tu corazón? ¿Qué es á tu lado? Ha recorrido los montes con su padre, y conoce las plantas del desierto... mas, ¡ah! no hay una sola que haste á curarle de la herida que le has causado; lleva armas, y sin embargo, no es caballero. Yo, me decía en otro tiempo: «El agua del mar que duerme al abrigo del viento en la concavidad de un peñasco, se muestra sosegada y muda en tanto que en su derredor la anchurosa mar se agita con estruendo. ¡Aben-Hamet! así se deslizará tu existencia: silenciosa, tranquila, ignorada en un rincón de desconocida tierra, mientras la corte del sultan se verá conmovida por las tempestades de la ambición.» Esto me decía interiormente, joven cristiana; pero tú me has demostrado que la tormenta puede agitar también la gota de agua dormida en la concavidad de un peñasco.»

Extasiada escuchaba Blanca este lenguaje, nuevo para ella; lenguaje cuyo giro oriental se adaptaba tan maravillosamente á la mansión de las hadas que con su amante recorría. El amor penetraba sin resistencia en su corazón; sentía vacilar sus rodillas y se veía precisada á apoyarse mas fuertemente en el brazo de su apasionado guía. Aben-Hamet sostenía la dulce carga y repetía marchando: «¡Ah! ¿por qué no soy un brillante abencerrage?»

«En ese caso os amaría menos, dijo Blanca; porque me sentiría mas atormentada é inquieta: permanecer en la oscuridad y vivir para mí, pues es harto frecuente que un famoso caballero olvide el amor por la celebridad.»

«No tendrías que temer semejante peligro, replicó con viveza Aben-Hamet.»

«¿Y cómo me amarais si fuereis un abencerrage? preguntó la descendiente de Jimena.»

«Te amaría, respondió el moro, mas que á la gloria y menos que al honor.»

El sol se había ocultado en el horizonte durante el paseo de los dos amantes, que habían recorrido toda la Alhambra. ¡Qué recuerdos se habían presentado á la imaginación de Aben-Hamet! Aquí la sultana recibía por medio de unos respiraderos el humo de los perfumes que á su planta se quemaban; allí, en aquel apartado asilo, se ataviaba con todas las pompas del Oriente. Y Blanca, una mujer adorada, refería estos pormenores al apuesto joven á quien idolatraba.

La luna se levantó y esparció su dudosa claridad en los abandonados santuarios y los desiertos pavimentos de la Alhambra. Sus plateados rayos dibujaban sobre el césped de los vergeles y en las paredes de las salas los caprichosos perfiles de una arquitectura aérea, las bóvedas de los corredores, la movible sombra de las saltadoras aguas y la de los arbustos mecidos por el céfiro. Cantaba el ruiseñor en un ciprés que atravesaba las cúpulas de una ruinoso mezquita, y los ecos repetían sus amorosas quejas. Aben-Hamet escribió á la claridad del astro de la noche el nombre de Blanca en los mármoles de la sala de las Dos-Hermanas, y lo trazó en caracteres árabes, para que el viajero adivinase un misterio mas en aquel palacio de los misterios.

«Moro, dijo Blanca, estos lugares son crueles; huuyamos de ellos. El destino de mi vida es irrevocable; graba pues en tu memoria estas palabras: Musulman, seré tu amante sin esperanza; cristiano, seré tu esposa feliz.»

Aben-Hamet respondió: «Cristiana, seré tu desconsolado esclavo; musulmana, seré tu afortunado esposo.»

Y los nobles amantes salieron de aquel peligroso palacio.

La pasión de Blanca aumentaba de día en día, y la de Aben-Hamet se acrecentaba con la misma violencia. Causábale tal encanto verse amado por sí solo, y

no deber á ninguna causa extraña los sentimientos que inspiraba, que no reveló el secreto de su nacimiento á la hija del duque de Santa-Fe, pues se gozaba en el delicado placer de participarle que llevaba un nombre ilustre, el día mismo en que accediese á hacerle señor de su mano. Pero fue súbitamente llamado á Túnez, porque su madre, acometida de una enfermedad mortal, quería abrazarle y bendecirle antes de espirar. Aben-Hamet se presentó en el palacio de Blanca y la dijo: «Sultana, mi madre, próxima á la muerte, me pide vaya á cerrar sus ojos. ¿Me conservarás tu amor?»

«¡Me abandonas! respondió Blanca, palidociendo. ¿Tornaré á verte?»

«¡Ven! dijo Aben-Hamet; quiero exigirtelo un juramento y hacerte otro que solo la muerte podrá romper. ¡Sígueme!»

Salieron en efecto, y á poco llegaron á un antiguo cementerio moruno, donde se veían esparcidas sin orden algunas pequeñas columnas fúnebres, en cuyo derredor había en otro tiempo representado el escultor un turbante, que mas tarde remplazaron los cristianos con una cruz. Aben-Hamet llevó á Blanca al pie de aquellas columnas, y le dijo:

«¡Blanca! aquí descansan mis antepasados; yo te juro por sus cenizas amarte hasta el día en que el ángel del Juicio me llame al tribunal de Alá; te prometo no entregar mi corazón á otra mujer, y tomarte por esposa cuando hayas conocido la santa luz del Profeta. Todos los años regresaré á Granada en esta época, para ver si me has guardado fe; y si quieres renunciar á tus errores...»

«Y yo, respondió Blanca, anegada en lágrimas, te esperaré todos los años; te guardaré hasta mi último suspiro la fe que te he jurado, y te recibiré por mi esposa cuando el Dios de los cristianos, mas poderoso que la mujer que te ama, haya tocado tu infiel corazón.»

Aben-Hamet partió, y los vientos le llevaron á las costas africanas; su madre acababa de espirar, y el joven héroe abrazó llorando su lecho mortuorio. Los meses se deslizan rápidos; y ora vagando entre las ruinas de Cartago, ora sentado sobre el sepulcro de San Luis, el desterrado Abencerrage recuerda impaciente el día en que debe volver á Granada. Este día brilla al fin, y Aben-Hamet dirige á Málaga la proa de su nave. ¡Con qué arrebató, con qué alegría, no ajena de temor, descubre los primeros promontorios de España! ¿Le esperará Blanca en aquellas costas? Se acordará aun del oscuro árabe que no cesó de adorarla bajo la palmera del desierto?

La hija del duque de Santa-Fe no era infiel á sus juramentos. Habiendo pedido á su padre que la llevase á Málaga, seguía con la vista, desde lo alto de las montañas que ceñían la inhabitada playa, los lejanos bajeles y las fugitivas velas. Cuando rugían las tempestades, contemplaba con crueles zozobras el mar concitado por los vientos, siéndole entonces grato perderse con la fantasía en las nubes, exponerse en los lugares peligrosos, sentirse bañada por las mismas olas y envuelta en los mismos torbellinos que amenazaban los días de Aben-Hamet. Cuando veía la chillona gaviota desflorar las olas con sus grandes y corvas alas, y volar hacia las playas africanas, la hacia mensajera de todas esas palabras de fuego y de todos esos votos fervientes que brotan de un corazón devorado por el amor.

Vagando cierto día por las arenas de la playa, descubrió una larga barca, cuya alta popa, inclinado mástil y vela latina, anunciaban el elegante genio de los moros. Blanca corre al puerto y poco después ve entrar la embarcación berberisca, que convertía en blanca espuma las olas á la rapidez de su curso. Un moro vestido con un soberbio ropaje, se mostraba en pie en la proa, y á su espalda dos esclavos negros

detenían por el freno á un caballo árabe, cuyas humeantes narices y sueltas crines anunciaban á la vez su natural fogoso y el temor que le causaba el estruendo de las olas. La barca se aproxima, amaina sus velas, aborda al muelle y presenta su costado: el ágil moro salta á la orilla, y esta resuena al rumor de sus armas. Los esclavos hacen salir al atigrado corcel, que relincha y se encabrita lleno de alegría al ballar tierra. Otros esclavos desembarcan pausadamente una cesta en que descansaba una gacela acostada entre hojas de palmera, y cuyas delgadas piernas estaban atadas y dobladas bajo su cuerpo, para evitar se fracturasen por los balances de la barca; llevaba un collar de granos de áloes, y en una chapa de oro que servía para unir ambas extremidades del collar, veíanse grabados en árabe un nombre y un talisman.

Blanca reconoció al punto á Aben-Hamet; pero no atreviéndose á delatarse á los ojos de la multitud, se retiró y envió á Dorotea, una de sus doncellas, á que advirtiese al Abencerrage que le esperaba en el palacio de los moros. Aben-Hamet presentaba en aquel momento al gobernador su firman, escrito con caracteres azules sobre una preciosa vitela y encerrado en un forro de seda; acercóse luego Dorotea y condujo al venturoso Abencerrage á los pies de Blanca. ¡Cuan viva y recíproca alegría experimentaron al hallarse fieles á sus juramentos! ¡Qué felicidad, la de tornar á verse despues de tan larga separación! ¡Qué nuevas protestas de eterno amor!

Los dos esclavos negros guiaban el caballo nómida, que en lugar de silla ostentaba una piel de león atada con una faja encarnada, y luego trajeron la gacela. «Sultana, dijo Aben-Hamet á Blanca al presentársela; este es un cabritillo de mi país, casi tan ligero como tú.» Blanca desató el hermoso animal, que parecía darle gracias, dirigiéndole las mas dulces miradas. Durante la ausencia de su amante la hija del duque de Santa-Fe habia estudiado el árabe; así es que leyó enternecida su nombre en el collar de la gacela. Habiendo esta recobrado su libertad, sosteníase con dificultad sobre sus pies, tanto tiempo aherrojados; por lo cual, tendiéndose en el suelo apoyaba su cabeza en las rodillas de su ama, que le presentaba dátiles nuevos y acariciaba á la inofensiva hija del desierto, cuya fina piel habia retenido el olor del áloes y de las rosas de Túnez.

El Abencerrage, el duque de Santa-Fe y su hija partieron para Granada. Los dias de la venturosa pareja se deslizaron como los del año anterior: los mismos paseos, los mismos tristes recuerdos á la vista de la patria, el mismo amor, ó por mejor decir, un amor siempre en aumento, siempre igualmente correspondido; pero tambien una adhesión igual en los dos amantes á la religion de sus padres. «¿Se cristiano?» decía Blanca; «¿se musulmana?» replicaba Aben-Hamet; y volvieron á separarse sin haber sucumbido á la pasión que atrastraba el uno hácia el otro.

Aben-Hamet tornó á presentarse al tercer año, bien así como esas aves de paso que el amor atrae en la primavera á nuestros climas. Esta vez no halló á Blanca en la playa; pero una carta de esta le hizo saber la partida del duque de Santa-Fe á Madrid y la llegada de don Carlos á Granada, á donde le habia acompañado un prisionero francés, muy su amigo. El moro sintió oprimido su corazón á la lectura de tal carta, y partió de Málaga á Granada, abrumado por los mas tristes presentimientos. Las montañas le parecieron espantosamente solitarias, y volvía repetidas veces la cabeza para mirar el mar que acababa de atravesar.

Blanca no habia podido separarse durante la ausencia de su padre, de un hermano á quien amaba, en cuyo favor queria hacer donación de todos sus bienes, y á quien veía despues de siete años de ausencia. Don Carlos estaba dotado de todo el valor y de toda la altivez que caracterizan su nación: terrible como los

conquistadores del Nuevo-Mundo, entre quienes habia hecho sus primeras armas, y religioso como los caballeros españoles vencedores de los moros, abrigaba en su corazón el odio a los infieles que habia heredado de la sangre del Cid.

Tomás de Lautrec, vástago de la ilustre casa de Foix, en la que la hermosura en las mujeres y la bizarría en los hombres eran consideradas como un don hereditario, era el hermano menor de la condesa de Foix y del valiente y malogrado Odet de Foix, señor de Lautrec. Tomás, armado caballero á la edad de diez y ocho años, por Bayardo, en el mismo retiro donde perdiera la vida el caballero *sin tacha y sin reproche*, cayó prisionero poco tiempo despues en Pavía, cubierto de heridas, defendiendo al rey caballero que perdió todo en aquella jornada, *menos el honor*.

Don Carlos de Vivar, testigo del denuedo de Lautrec, habia hecho curar sus heridas con generosa solicitud, y no tardó en establecerse entre ellos una de esas amistades heroicas, cimentadas en la estimación y la virtud. Francisco I habia regresado á Francia, pero Carlos V retuvo en su poder á los demás prisioneros. Lautrec habia tenido el honor de compartir la cautividad de su rey y de acostarse á sus pies en su encierro; habiendo, pues, permanecido en España despues de la partida del monarca, habia sido entregado bajo su palabra á don Carlos, que acababa de llevarle consigo á Granada.

Cuando Aben-Hamet se presentó en el palacio de don Rodrigo y fue introducido en la sala donde se hallaba Blanca, experimentó tormentos desconocidos por él hasta aquel momento, pues á los pies de la hermosa vió sentado un gentil mancebo que la miraba en silencio y absorto en una especie de amoroso éxtasis. El jóven vestía unos calzones de piel de búfalo y un colete del mismo color, ajustado por un ancho cinturón que sostenía una espada adornada de flores de lis; de sus hombros pendía un capotillo de seda; su cabeza estaba cubierta por un sombrero de alas estrechas, y sombreado por vistosas plumas; una gola de encaje apoyada en su pecho, dejaba ver su desnudo cuello; un bigote negro como el ébano, daba á su semblante, naturalmente afable, un aspecto varonil y guerrero; y las anchas botas que en numerosos pliegues caían sobre sus pies, ostentaban la espuela de oro, emblema de la caballería.

A escasa distancia manteníase en pié otro caballero, apoyado en la cruz de hierro de su lengua espada, y vestido como el anterior; pero parecia de edad mas provecha, y su continente austero, aunque ardiente y apasionado, inspiraba respeto y temor; la cruz colorada de Calatrava estaba bordada sobre su colete, con esta divisa: *Por ella y por mi rey*.

Blanca prorumpió en un grito involuntario al ver á Aben-Hamet. «Caballeros, dijo con viveza, ved aquí al infiel de quien os he hablado repetidas veces; temed que alcance la victoria, pues los Abencerrages eran de su temple, y nadie les sobrepujaba en lealtad, valor y galantería.»

Don Carlos salió al encuentro de Aben-Hamet, y le dijo: «Señor moro, mi padre y mi hermana me han hecho conocer vuestro nombre, y todos os juzgan descendiente de noble y esforzada estirpe, y os habeis distinguido personalmente por vuestra caballería. Carlos V mi señor, llevará en breve la guerra á Túnez, y espero nos veremos en el campo del honor.»

Aben-Hamet aplicó la mano á su pecho, y sentándose en el suelo sin replicar palabra, fijó sus miradas en Blanca y Lautrec, que admiraba con la curiosidad propia de su país el fastuoso traje, las brillantes armas y el apuesto talante del moro. Blanca no parecia turbada: toda su alma brillaba en sus ojos, pues la severa española no procuraba ya ocultar el secreto de su corazón. Despues de algunos momentos de silencio,

Aben-Hamet se levantó, inclinóse delante de la hija de don Rodrigo y se retiró. Admirado del ademán del moro y de las miradas de Blanca, Lautrec salió de la sala abrigando sospechas que no tardaron en trocarse en realidad.

Quedaron solos don Carlos y su hermana. «Blanca, dijo aquel á esta, es forzoso que te expliques. ¿De qué procede la mal reprimida turbación que te ha causado la presencia de ese extranjero?»

—Procede, hermano mio, respondió Blanca, del amor que profeso á Aben-Hamet, á quien, si resuelve hacerse cristiano, haré dueño de mi mano.

—¿Cómo! exclamó colérico don Carlos; ¿amas á Aben-Hamet? ¿La hija de los Vivar ama á un moro, á un infiel, á un enemigo expulsado por nosotros de estos palacios?

—Don Carlos, repuso Blanca sin alterarse; amo á Aben-Hamet, y él me ama; tres años há que prefiero renunciar mi mano á abjurar la religion de sus padres. La nobleza, el honor y los sentimientos caballerosos tienen su natural asiento en su alma: hé aquí por qué le adoraré hasta la muerte.

Don Carlos era digno de apreciar toda la generosidad de Aben-Hamet, aunque deploraba su ceguera. «Desventurada Blanca! exclamó; ¿á dónde te llevará tu ciega pasión? Yo me habia prometido que mi amigo Lautrec seria mi hermano.

—Grande fue tu error, dijo Blanca, pues no puedo amar á ese extranjero. Por lo que respecta á mis sentimientos hácia Aben-Hamet, á nadie debo explicaciones. Guarda en buen hora tus juramentos como caballero, que yo guardaré los míos como amante. Sabe empero para tu consuelo, que nunca será Blanca la esposa de un infiel.

—¡Nuestra familia habrá de desaparecer de la tierra! exclamó don Carlos con el acento del dolor.

—A tí incumbe prolongarla. ¿Qué te importan por otra parte, unos descendientes que no has de ver, y que despreciarían tu virtud? Conozco, don Carlos, que somos los últimos de nuestra raza, pues salimos demasiado del órden vulgar para que nuestra sangre florezca despues de nosotros: el Cid fue nuestro abuelo y será nuestra posteridad. Y Blanca salió.

Don Carlos voló en busca del Abencerrage y le dijo: «¡Moro! renuncia á mi hermana, ó acepta el combate.»

—¿Estás encargado por tu hermana, dijo Aben-Hamet, de anular los juramentos que me ha hecho?

—¡No! replicó don Carlos; te ama cual nunca.

—¡Ah! digno hermano de Blanca, exclamó Aben-Hamet interrumpiéndole, ¡debo recibir de tu sangre todo mi honor! ¡Oh feliz Aben-Hamet! ¡Oh radiante día! Yo creí que Blanca me habia sido infiel por el caballero francés...

—Esa es precisamente tu desventura, gritó á su vez don Carlos, fuera de sí. Dame cuenta de las lágrimas que por tu causa derrama mi familia.

—Acepto de buen grado lo que me propones, respondió Aben-Hamet; pero aunque nacido de una raza que acaso ha peleado con la tuya, no soy caballero. A nadie veo aquí que me confiera la órden que te permitirá medirme conmigo sin manchar tu sangre.

Admirado don Carlos de la oportuna reflexion del moro, miróle con una mezcla de admiración y de furor, y al fin exclamó súbitamente: Yo te armaré caballero, pues eres digno de este honor.»

Aben-Hamet hincó la rodilla delante de don Carlos, que le dió el espaldarazo aplicándole tres golpes de plano con la hoja de su espada, y luego le cedió la misma que tal vez iba á romper su corazón: ¡tal era el antiguo honor!

Lanzándose ambos sobre sus corceles, salieron de los muros de Granada y volaron á la fuente del Pino, lugar célebre muy de antiguo por los duelos de moros y cristianos, donde Malique Alabés habia peleado

con Ponce de León, y el gran-maestre de Calatrava habia dado muerte al animoso Abayados. Veíanse aun los restos de las armas de este caballero moro colgadas de las ramas de un pino, y en la corteza del árbol se leían algunos caracteres de un epitafio. Don Carlos mostró con la mano la tumba de Abayados al Abencerrage, y le dijo: «¡mita á ese valiente infiel, y recibe de mi mano el bautismo y la muerte!»

—La muerte tal vez, respondió Aben-Hamet; pero ¡vivan Alá y el Profeta!»

Esto dicho, tomaron campo y se precipitaron con furia uno contra otro, sin mas armas que sus espadas. Aben-Hamet era menor: práctico en los combates que don Carlos; pero la excelencia de sus armas, forjadas en Damasco y la velocidad de su caballo árabe le daban ventajas sobre su enemigo. Lanzó su corcel á la manera de los moros, y cortó la pata derecha del caballo de don Carlos mas abajo de la articulacion, con su ancho estribo tajante. El herido caballo dió consigo en tierra, y don Carlos desmontado por aquel golpe feliz, se dirigió con la espada en alto á Aben-Hamet, que apeándose al punto, recibió con intrepidez á su contendiente, y deteniendo los primeros golpes del español, este vió saltar su espada al choque del acero damasquino. Dos veces engañado por la fortuna, don Carlos lloró de ira y gritó á su enemigo: «¡Hiere, moro, hiere! don Carlos te desafia inerte, y desafia á toda tu raza infiel.»

—Tu eras dueño de matarme, repuso el Abencerrage, pero yo no he pensado en hacerte la mas leve herida, porque solo he querido probarte que soy digno de ser tu hermano, y capaz de impedir que me desprecies.

En aquel instante descubrieron una nube de polvo: Lautrec y Blanca, montando dos yeguas de Fez, mas rápidas que el viento, llegaron á la fuente del Pino y vieron el suspendido combate.

—¡Estoy vencido! les dijo don Carlos; este caballero me ha dado la vida. Tú, Lautrec, serás mas feliz que yo.

—Mis heridas, dijo Lautrec con voz noble y reposada, me permiten negarme á combatir con este cortés caballero. No quiero, continuó ruborizándose, saber la causa de vuestra discordia, ni penetrar un secreto que acaso me daría la muerte. Pronto hará renacer mi ausencia la paz entre vosotros, á no ser que Blanca me mande permanecer á sus pies.

—Caballero, dijo Blanca, permaneceréis al lado de mi hermano y me mirareis como hermana vuestra. Todos los corazones que aquí están experimentan amarguras, y aprenderéis á sobrellevar los males inseparables de la vida.

Blanca quiso obligar á los tres caballeros á darse la mano, pero todos se negaron: «¡Aborrezco á Aben-Hamet! exclamó don Carlos. «¡Yo le envidio! dijo Lautrec. «Y yo, repuso el moro, estimo á don Carlos y compadezco á Lautrec, pero no puedo amarlos.»

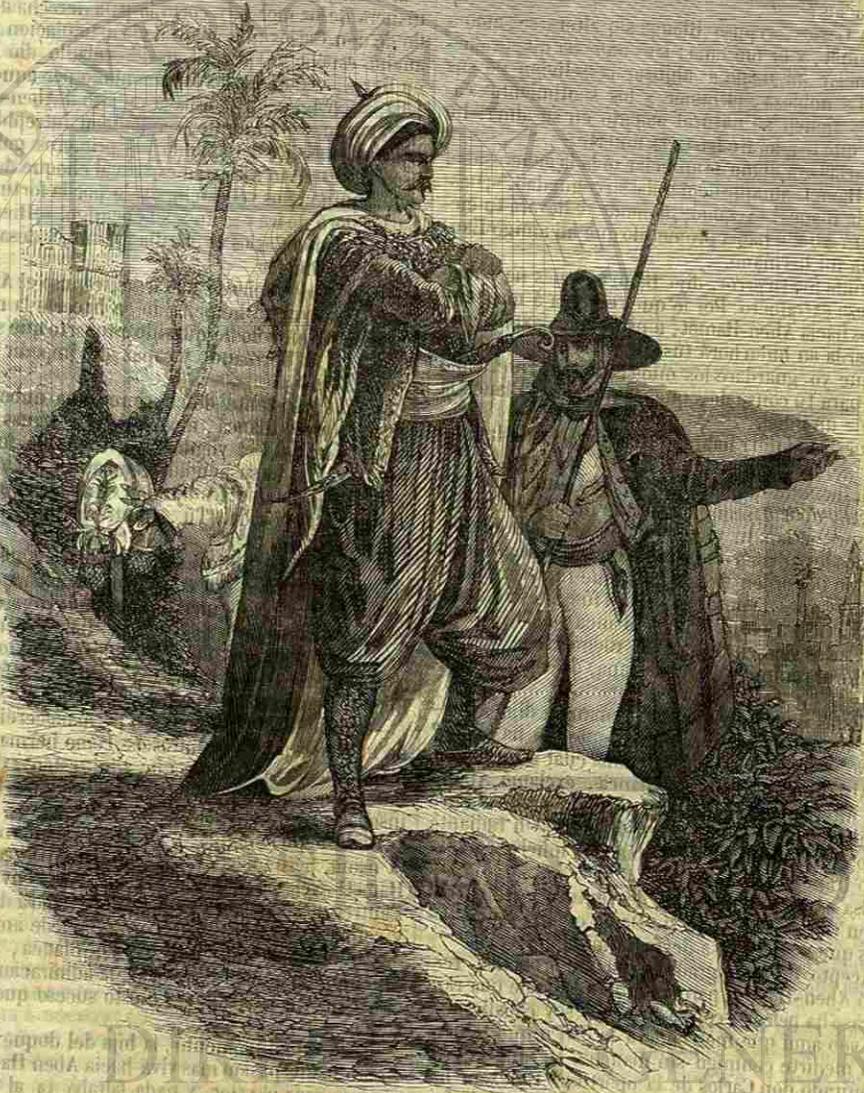
—Veámonos siempre, añadió Blanca, y tarde ó temprano la amistad seguirá á la admiración. ¡Ignore eternamente Granada al funesto suceso que aquí nos reúne!

Desde aquel momento, la hija del duque de Santa-Fe sintió una pasión mas viva hácia Aben-Hamet, pues el amor ama el valor, y nada faltaba ya al Abencerrage, puesto que además de ser valiente, don Carlos le debia la vida. Aben-Hamet se abstuvo, por consejo de su amada, de presentarse en palacio durante algunos dias á fin de dar tiempo á que se calmase la cólera de don Carlos. Una mezcla confusa de tiernos y amargos sentimientos combatía el alma del Abencerrage; porque si por un lado, la seguridad de ser amado con tanta fidelidad y vehemencia era para él un manantial inagotable de delicias, por otro, la certidumbre de que nunca seria dichoso sin abjurar la religion de sus padres, abrumaba su corazón. Mu-

chos años habian transcurrido ya sin hallar remedio alguno á sus males. ¿Se veria condenado á pasar del mismo modo el resto de sus dias?

Sumido estaba en un abismo de las mas grandes y tiernas reflexiones, cuando habiendo oido una tarde el toque de esa oracion cristiana que anuncia el fin del dia, le ocurrió entrar en el templo del Dios de Blanca, y pedir consejos al Señor de la naturaleza.

Salió pues, y llegando á la puerta de una antigua mezquita, convertida en iglesia por los fieles, entró con el corazón poseído de tristeza y de religion en el templo que lo habia sido en otro tiempo de sus padres y de su patria. La oracion acababa de terminar y la iglesia estaba desierta. Una santa oscuridad reinaba á través de multitud de columnas, semejantes á los troncos de los árboles de un bosque metódicamente



ABEN HAMET DESCUBRE A GRANADA Y SE HACE NOMBRAR SUS EDIFICIOS.

plantados. La ligera arquitectura árabe mostrábase enlazada con la gótica, y sin perder nada de su elegancia, habia adquirido una gravedad mas adecuada á la meditacion. Algunas lámparas alumbraban débilmente las bóvedas, pero al resplandor de muchos cirios veíase brillar aun el altar del santuario, radiante de

oro y pedrería, pues los españoles cifran toda su gloria en despojarse de sus riquezas para adornar con ellas los objetos de su culto; así pues, la imagen del Dios Vivo, colocada entre velos de encaje, de coronas de perlas y de mazorcas de rubís, recibe la adoracion de un pueblo medio desnudo.

Ningun asiento se veia en el vasto recinto: un pavimento de mármol que cubria muchas sepulturas, servia así á los grandes como á los pequeños, para arrodillarse delante del Señor. Aben-Hamet avanzaba con lento paso por las naves desiertas, que resonaban al único rumor de sus pasos, con el espíritu dividido entre los recuerdos que aquel antiguo edificio de la religion de los moros traia á su mente, y los senti-

mentos que la religion cristiana hacia nacer en su corazón. Entregado al choque de tan opuestos afectos, entrevió al pie de una columna una figura inmóvil, que desde luego tomó por la estatua de un sepulcro; acercóse á ella, y vió á un jóven caballero de rodillas, con la frente respetuosamente inclinada y ambos brazos cruzados sobre el pecho. El caballero no hizo el menor movimiento al ruido de los pasos de Aben-



ABEN-HAMET Y BLANCA VISITAN LA ALHAMBRA.

Hamet, ni la mas leve distraccion, ni señal alguna exterior de vida turbaron su profunda oracion. Su espada estaba tendida en tierra delante de él, y su sombrero cargado de plumas, descansaba sobre el mármol á su lado: parecia hallarse en aquella actitud por el efecto de un encanto. Era Lantrec: « Ah! se dijo á sí mismo el Abencerraje; este jóven y bizarro francés

pide al cielo algun señalado favor; el guerrero célebre ya por su demedo, abre aquí su corazón á los pies del Señor del cielo como el mas humilde y oscuro de los hombres. Oremos, pues, tambien al Dios de los caballeros y de la gloria.»

Aben-Hamet iba á precipitarse sobre el mármol, cuando descubrió á la luz de una lámpara algunos ca-

racteres árabes y un versículo del Alcorán sobre una lápida medio rota. Los remordimientos se apoderaron de su corazón, y se apresuró á alejarse del lugar donde se creyera próximo á ser infiel á su religión y su patria.

El cementerio que rodeaba aquella antigua mezquita era una especie de jardín plantado de naranjos, cipreses y palmeras, y regado por dos fuentes en cuyo derredor se extendía un claustro. Aben-Hamet vio al pasar por aquellos pórticos, una mujer que se disponía á entrar en la iglesia; y aunque se envolvía en un velo, reconoció á la hija del duque de Santa-Fe; detúvola y le dijo: «¿Vienes á este templo en busca de Lautrec?»

—Abandona tan vulgares zelos, respondió Blanca; si no te amase, te lo diría, porque sería indigno de mí el intento de engañarte. Vengo á orar por tí, pues tú solo eres el objeto de mis preces, y la causa de que olvide mi alma por la tuya. O no debiste embriagarme en el veneno de tu amor, ó debes prestarme á servir al Dios á quien yo sirvo. Tú trastornas toda mi familia: mi hermano te aborrece, y mi padre está abrumado de amargura porque me niego á recibir un esposo. ¿No echas de ver que mi salud se deteriora? Mira ese asilo de la muerte: ¡está encantado! Pronto descansaré en él, sino te apresuras á recibir mi fe en el altar de los cristianos, pues los ocultos combates que sufro minan lentamente mi vida, y la pasión que me inspira no sostendrá siempre mi flaca existencia; reflexiona, ¡oh moro! que para valerte de tu lenguaje, el fuego que sostiene la antorcha es también el fuego que la consume.

Esto dicho, Blanca entró en la iglesia, dejando á Aben-Hamet aterrado con sus últimas palabras.

La suerte estaba echada: el Abencerraje se sentía vencido y próximo á renunciar los errores de su culto, pues hábil tiempo había combatido, y el temor de ver morir á Blanca acallaba todos los demás sentimientos en su corazón. Después de todo, se decía, «¿será el verdadero Dios el que adoran los cristianos? Mas, sea lo que fuere, ese Dios es el de las almas nobles, puesto que es el de Blanca, don Carlos y Lautrec.»

Ocupado en estas ideas, esperaba con indiferencia el día siguiente para hacer conocer su resolución á Blanca, y trocar una existencia de tristeza y lágrimas por otra de alegría y felicidad. Llegó el día deseado, pero no habiendo podido pasar al palacio del duque de Santa-Fe hasta la tarde, supo que Blanca había ido con su hermano al Generalife, donde Lautrec daba una fiesta. Aben-Hamet, combatido de nuevas sospechas, voló en busca de Blanca, y Lautrec se sonrojó al verle; por lo que respecta á don Carlos, le recibió con una fría política que no excluía sin embargo, cierta estimación.

Lautrec había hecho servir las más exquisitas frutas de España y Africa, en una de las salas del Generalife, llamada *Sala de los Caballeros*, en cuyas paredes se veían los retratos de los príncipes y caballeros vencedores de los moros: Pelayo, el Cid y Gonzalo de Córdoba; la espada del último rey de Granada estaba colgada debajo de estos retratos. El moro disimuló su dolor, y se dijo interiormente como el león de la fábula, al mirar los retratos: «No somos nosotros los pintores.»

El generoso Lautrec, al ver que los ojos del Abencerraje se volvían á su pesar hácia la espada de Boabdil, le dijo: «Caballero, si hubiese previsto que me dispensarais el honor de concurrir á esta fiesta, no os hubiera recibido en esta sala. Todos los días se pierde una espada, y yo he visto al más valiente de los reyes entregar la suya á su afortunado enemigo.»

—¡Ah! exclamó el moro, cubriéndose el rostro con su alquicel; bien puede perderse una espada, como Francisco I; ¡pero perderla como Boabdil...!

Llegó la noche y habiéndose encendido antorchas,

la conversacion mudó de giro. Todos pidieron á don Carlos que narrase el descubrimiento de Méjico, y él habló de este mundo desconocido con esa pomposa elocuencia propia de la nación española; refirió las desgracias de Motezuma, las costumbres de los americanos, los prodigios del esfuerzo castellano, y también las crueldades de sus compatriotas, que al parecer no le merecían ni vituperio ni elogio. Estas relaciones encantaban á Aben-Hamet, cuya pasión á las historias maravillosas revelaba claramente su sangre árabe. Él trazó á su vez el cuadro del Imperio Otomano, recientemente fundado sobre las ruinas de Constantinopla, no sin consagrar algunos tristes recuerdos al primer imperio de Mahoma: tiempo venturoso, en que el jefe de los creyentes veía brillar en su derredor á Zobeida, á Flor de Hermosura, á Fuerza de los Corazones, á Tormento y al generoso Ganem, esclavo por amor. Lautrec por su parte, pintó la corte galante de Francisco I; las artes renaciendo en el seno de la barbarie; el honor, la lealtad y la caballería de los antiguos tiempos, unidos á la cultura de los siglos civilizados; las torrecillas góticas adornadas con los órdenes de la Grecia, y las damas galas realzando la riqueza de sus atavíos con la elegancia ateniense.

Terminados tan sabrosos coloquios, Lautrec, que deseaba obsequiar la divinidad de aquella fiesta, tomó una guitarra y cantó unas sentidas estancias compuestas por él sobre un aire de las montañas de su país, y en las cuales expresaba los tiernos recuerdos que en su alma despertaba la perdida patria.

Al terminar la última estrofa, enjugó con su guante una lágrima que le arrancara la hermosa imagen de Francia. La amargura del bizarro prisionero se reflejó con viveza en el alma de Aben-Hamet, que lloraba como él la ausencia de su patria. Instado á su vez á que tomase la guitarra, se escusó diciendo que solo sabía un romance desagradable á los cristianos.

—Si los infieles se lamentan en ese romance de vuestras victorias, replicó con desden don Carlos, ¿podeis cantar, pues las lágrimas son permitidas á los vencidos. (1)

—Sí, dijo Blanca, con la mayor delicadeza; por eso nuestros padres, sometidos en otro tiempo al yugo de los moros, nos han legado tantas quejas.

Aben-Hamet cantó al fin una balada que había aprendido de un poeta de la tribu de los Abencerrajes, y en la que se suponía un diálogo entre Granada y el rey don Juan.

La sencillez de las quejas que expresaban los versos había conmovido hasta al orgulloso don Carlos, á pesar de las imprecaciones lanzadas contra los cristianos. Mucho deseaba que no se le instase á cantar; pero creyó que la cortesanía le obligaba á ceder á los ruegos de Lautrec. Aben-Hamet entregó, pues, la guitarra al hermano de Blanca, que celebró las proezas del Cid, su ilustre antepasado.

Don Carlos habíase mostrado tan altivo, y era tan varonil y robusto el acento de su canto, que se hubiera podido tomarle por el mismo Cid. Lautrec participaba del entusiasmo guerrero de su amigo, pero el Abencerraje palideció al nombre del héroe castellano.

—Ese caballero, dijo, que los cristianos apellidan la *Flor de las batallas*, lleva entre nosotros el renombre de *cruel*. ¡Si su generosidad hubiese rivalizado con su valor!...

—Su generosidad, repitió impaciente don Carlos, interrumpiendo al moro, excedía su valor; y solo los

(1) En esta falta de atención y rudeza de carácter, que el autor atribuye á don Carlos en este pasaje y otros varios de esta novela, se echa bien de ver que el autor, aun cuando se propuso enaltecerlo, no comprendió el verdadero carácter español, notable en todas épocas por su nobleza y generosidad.  
N. del T.

musulmanes pueden calumniar al esforzado adalid á quien mi familia debe la vida.

—¿Qué dices? exclamó Aben-Hamet, levantándose del asiento en que estaba medio acostado, ¿cuentas al Cid entre tus progenitores?

—Su noble sangre circula por mis venas, replicó don Carlos; la reconozco en el odio que arde en mi corazón contra los enemigos de mi Dios.

—Así pues, dijo Aben-Hamet, mirando á Blanca, eres de la sangre de los Vivar, que después de la conquista de Granada invadieron los hogares de los desgraciados Abencerrajes, y dieron la muerte á un anciano caballero de este nombre, que quiso defender el sepulcro de sus abuelos!

—Moro! gritó don Carlos lleno de despecho; sabe que no me dejes interrogar. Si poseo hoy los despojos de los Abencerrajes, mis antepasados los han conquistado á precio de su sangre, y solo los deben á su espada.

—¡Una palabra más! dijo Aben-Hamet, con creciente emoción: he ignorado en mi destierro que los Vivar se adornasen con el título *Santa-Fe*; y he aquí la causa de mi error.

—Ese título, repuso don Carlos, fue conferido á ese mismo Vivar, vencedor de los Abencerrajes, por Fernando el Católico.

La cabeza del apasionado doncel se inclinó sobre su pecho, y permaneció inmóvil en pie en medio de don Carlos, de Lautrec y de Blanca, estupefactos. Dos torrentes de lágrimas brotaron súbitamente de sus ojos sobre el puñal que brillaba en su cintura. «Perdonadme, dijo después de algunos momentos de silencio: bien sé que el llanto es indigno de los hombres; de hoy más nadie será testigo de mis lágrimas, aunque mi destino sea derramar muchas; escuchadme: ¡Blanca! el amor que te profeso compete con el ardor de los vientos abrasadores de la Arabia. Yo estaba vencido, pues no me era posible vivir sin tí. Ayer, la vista de este caballero francés en eración y tus palabras en el cementerio del templo, me habían hecho tomar la resolución de conocer á tu Dios y ofrecerte mi fe.»

Un movimiento de alegría en Blanca y otro de sorpresa en don Carlos, interrumpieron á Aben-Hamet. Lautrec ocultó el rostro en sus manos; pero el moro, que leyó su pensamiento, le dijo con desgarradora sonrisa: «¡Caballero! no perdais la esperanza; y tú, Blanca, ¡llora eternamente sobre el último Abencerraje!»

Blanca, don Carlos y Lautrec levantaron á la vez sus manos al cielo, exclamando: «¡El último Abencerraje!»

Un profundo silencio sucedió á estas palabras: el temor, la esperanza, el odio, el amor, la admiración y los zelos agitaban todos los corazones. Blanca cayó de rodillas, y exclamó: «¡Dios de bondad! tú justificas mi elección: yo no podía amar sino á un descendiente de héroes.»

—Hermana mía, dijo irritado don Carlos; ¡no olvides que estás en presencia de mi amigo Lautrec!

—Don Carlos, repuso Aben-Hamet, modera tu enojo; mi deber es restituir la paz que involuntariamente os he robado. Y dirigiéndose á Blanca, que había vuelto á sentarse, le dijo:

—¡Huri celestial, genio del amor y de la hermosura! Aben-Hamet será tu esclavo hasta exhalar su postrer suspiro! pues bien: conoce ya toda la extensión de mi infortunio. El anciano inmolado por tu abuelo al defender sus hogares, era el padre de mi padre: añade á este secreto otro que te había ocultado, ó por mejor decir, que tú me habías hecho olvidar. Cuando vine la primera vez á visitar esta triste patria, era mi principal objeto buscar algún descendiente de los Vivar, que pudiese responderme de la sangre injustamente derramada por sus padres.

—¡Y bien! preguntó Blanca con el acento de dolor, pero sostenida por el esfuerzo de un alma elevada: ¿cuál es ahora tu resolución?

—La única digna de tí, respondió Aben-Hamet: dar por nulos tus juramentos, satisfacer, mediante mi eterna ausencia y mi muerte, á lo que uno y otro debemos á la enemistad de nuestros dioses, á la de nuestra respectiva patria y á la de nuestras familias. Si mi imagen se borra algún día de tu corazón; si el tiempo, que destruye todo, arrancase á tu memoria mi recuerdo... este caballero francés... Debes á tu hermano este sacrificio.»

Lautrec se levantó con impetuosidad, y arrojándose en brazos del moro, le dijo: «¡Aben-Hamet! no esperes vencerme en generosidad; soy francés, Bayardo me armó caballero, he vertido mi sangre en defensa de mi rey, y seré como mi príncipe y mi padrino, sin tacha y sin reproche. Si permaneces entre nosotros, suplico desde ahora á don Carlos te conceda la mano de su hermana; y si abandonas á Granada, nunca importunaré á tu amante con palabras de amor. No llevarás á tu destierro la funesta idea de que Lautrec, insensible á tu virtud, aspira á utilizar tu desgracia.»

Y el francés estrechaba al moro sobre su pecho, con el calor y la viveza del carácter de su nación.

—¡Caballero! dijo á su vez don Carlos, no esperaba menos de vuestras ilustres razas. Aben-Hamet, ¿en qué señal podré reconocer por el último Abencerraje?

—¡En mi conducta! replicó Aben-Hamet.

—La admiro y respeto, dijo el español; pero antes de explicarme mostradme alguna señal de vuestro nacimiento.

Y Aben-Hamet sacó de su pecho el anillo hereditario de los Abencerrajes, que llevaba pendiente de una cadena de oro.

Don Carlos alargó entonces la mano al desventurado, diciéndole: «¡Señor! os tengo por un noble y verdadero hijo de reyes. Mucho me honran vuestros proyectos sobre mi familia, y acepto desde luego el combate que en secreto habíais venido á buscar. Si quedo vencido, todos mis bienes, que en otro tiempo fueron vuestros, os serán fielmente devueltos; mas si renunciáis al propósito de combatir, aceptad á vuestra vez lo que os ofrezco: sed cristiano y recibid la mano de mi hermana, que Lautrec me ha pedido para vos.»

La tentación era terrible, mas no superior á las fuerzas de Aben-Hamet. Si el amor hablaba con toda su fuerza á su corazón, miraba por otra parte con espanto la idea de mezclar la sangre de los perseguidores con la de los perseguidos. Creía ver salir del sepulcro la sombra de sus abuelos para maldecir esta sacrilega alianza. Traspasado de dolor, exclamó al fin: «¡Ah! un cruel destino quiso presentarme aquí tantas almas sublimes, tantos caracteres generosos, para hacerme sentir más lo que pierdo! ¡Decida Blanca, y diga lo que debo hacer para mostrarme más digno de su amor!»

Blanca exclamó: «¡Vuelve al desierto!» y cayó desmayada.

Aben-Hamet puesto de hinojos, adoró algunos instantes á Blanca con más fervor que al cielo, y salió sin articular palabra. Aquella misma noche se encaminó á Málaga, donde se embarcó en un bajel que debía tocar en Orán, en cuyas inmediaciones halló acampada la caravana que saliendo anualmente de Marruecos, atraviesa el Africa, pasa á Egipto y se reúne en el Yémen á la de la Meca. Aben-Hamet se confundió entre los peregrinos.

Blanca, cuya existencia había corrido graves peligros, recobró la vida. Lautrec, fiel á la palabra que había empeñado al Abencerraje, se alejó para nunca turbar con una sola palabra de amor ó de dolor, la

habitual melancolía de la hija del duque de Santa-Fe. Todos los años iba esta á vagar por las montañas de Málaga, en la época en que su amante acostumbraba regresar de Africa; sentábase en las mismas rocas, miraba tristemente el mar y los dejados hajeles, volvía en silencio á Granada, y pasaba sus días entre las ruinas de la Alhambra. Y como ni se quejaba, ni llo-

raba, ni hablaba nunca de Aben-Hamet, cualquier extraño la hubiera juzgado feliz. Sobrevivió á su familia, pues su padre murió de pesar, y don Carlos perdió la vida en un duelo en que Lautrec le había servido de padrino. Por lo que toca á Aben-Hamet, su paradero quedó eternamente ignorado.

Quando se sale de Túnez por la puerta que condu-



DON CARLOS VENCIDO POR ABEN-HAMET.

ce á las ruinas de Cartago, se encuentra un cementerio en el cual, debajo de una palmera y en uno de sus ángulos, me fue mostrado un sepulcro conocido con el nombre de *el sepulcro del último Abencerraje*. Nada tiene digno de atención; la losa sepulcral

está intacta, aunque según la costumbre morisca, se ha practicado en medio de ella una ligera excavación. Las aguas llovedizas se reúnen en el fondo de esta copa fúnebre, y sirven en aquellos ardientes climas para aplacar la sed de las avecillas del cielo.

## VIAJE AL MONTE-BLANCO.

### PAISAJES DE MONTAÑAS.

Nada es hermoso sino lo verdadero; solo lo verdadero es amable.

Agosto de 1805.

He visto muchas montañas en Europa y América, y habiéndome parecido siempre que en las descripciones de estos grandiosos monumentos de la naturaleza se traspasaban los límites de la verdad, mis últimas experiencias sobre el particular me han corroborado en mi opinión. He visitado el valle de Chamouny, celebre por los trabajos de Mr. de Saussure, pero no sé si el poeta hallaría en él el *especiosa deserti*, como el mineralogista. Sea como fuere, espondré sencillamente mis reflexiones de viaje, pues mi parecer tiene, por otra parte, muy escasa autoridad para que pueda ofender á nadie.

Habiendo salido de Ginebra con un tiempo bastante nebuloso, llegue á Servoz en el momento que el cielo empezaba á aclararse. La cima del Monte-Blanco no se descubre desde aquel lugar, pero se disfruta de una clara perspectiva de su cresta nevada, llamada el *Domo*. Sálvase luego el paso de los *Montees*, éntrase en el valle de Chamouny, y se pasa al pié del ventisquero de los *Bossons*, cuyas pirámides se muestran al través de los abetos y alerces. Mr. Bourrit comparó este ventisquero por su blancura y el prolongado corte de sus cristales, á una flota á la vela; yo añadiría, navegando en un golfo rodeado de frondosos bosques.

Deléveme en la aldea de Chamouny, y al día siguiente me trasladé al Montanvert, al que subí con el mas hermoso tiempo. Al llegar á su cima, que es una cresta del Monte-Blanco, descubri lo que con harta impropiedad se llama el *Mar de Hielo*.

Representese el lector un valle cuyo fondo está enteramente cubierto por un río. Las montañas que forman este valle, suspenden sobre el río una masa de penascos, las agujas del Dru, del Bochart y de los Charmoz. En lejanía el valle y el río se dividen en dos ramas ó brazos, uno de los cuales va á unirse á otra montaña, el *Cuello del Gigante*, y otro va á parar á los penascos de los *Jorasos*. En la extremidad opuesta de este valle se halla una pendiente hácia el de Chamouny, casi vertical y ocupada por la parte del Mar de Hielo, llamado el *Ventisquero de los Bosques*. Súpongase un invierno riguroso: el río que ocupa el valle y todas sus sinuosidades se hielan hasta el fondo de su lecho: las cumbres de los montes vecinos se muestran cargadas de nieve en todos los lugares en que los planos de granito son bastante horizontales para retener las aguas congeladas: á esto se reduce el *Mar de Hielo* y la situación que ocupa. No es, por

consequente, un mar sino un río; es una especie de Rhin helado: el Mar de Hielo imita su corriente, y el Ventisquero de los Bosques, su caída en Laufen.

Quando el viajero se halla en el Mar de Hielo, su superficie, que le parecia unida desde la altura de Montanvert, presenta multitud de picos y anfractuosidades, que imitan las figuras, formas y recortes del enhiesto recinto de penascos que parecen colgar por todas partes de las montañas circunvecinas, á manera de unos relieves en mármol blanco.

Hablemos ahora de las montañas en general.

Hay dos modos de examinarlas: con nubes ó sin ellas.

En el primer caso la escena es mas animada, pero mas oscura, y suele presentar tal confusión que apenas pueden distinguirse algunos rasgos.

Las nubes decoran los penascos de mil maneras. He visto en las alturas de Servoz una punta descarnada, atravesada oblicuamente por una nube á manera de toga, que hubiera podido ser tomada por la estatua colosal de un antiguo romano. En otro lugar se descubria la pendiente de la montaña; una barrera de nubes detenía la vista al pié de esta pendiente y sobre aquella impalpable barrera partían negras ramificaciones de montañas que imitaban las fauces de la Quimera, cuerpos de esfinges, cabezas de Anubis y formas diversas de los monstruos y los dioses de Egipto.

Quando las nubes son impelidas por el viento, parece que los montes huyen detrás de esta movable cortina, y se ocultan y se muestran á la vez: ya se deja ver súbitamente un bosquecillo en la rotura de una nube, á manera de una isla pendiente del cielo; ya se descubre lentamente un penasco que atraviesa poco á poco el profundo vapor, cual un fantasma. Lleno de tristeza, el viajero no escucha otra cosa que el zumbrido del viento en los pinos, el rumor de los torrentes que se despeñan en los ventisqueros, la caída de los aludes, y algunas veces el silbido de la marmota asustada por haber visto al gavilán en las nubes.

Quando el cielo está sereno, y la perspectiva de los montes se despliega por entero á la vista, solo un accidente es entonces digno de estudio: las cimas de las montañas presentan en la elevada region en que descuellan, una pureza de líneas, una limpieza de planos y perfiles que no tienen los objetos de las llanuras. Las cimas angulosas se asemejan, bajo la transparente bóveda del cielo, á los soberbios ejemplares de un gabinete de historia natural, á unos hermosos árboles de coral y á caprichosas girandas de estalactitas, encerradas bajo un globo del mas puro cristal. El montañés busca en estos elegantes contornos la imagen de los objetos que le son familiares: de esto

habitual melancolía de la hija del duque de Santa-Fe. Todos los años iba esta á vagar por las montañas de Málaga, en la época en que su amante acostumbraba regresar de Africa; sentábase en las mismas rocas, miraba tristemente el mar y los dejados hajeles, volvía en silencio á Granada, y pasaba sus días entre las ruinas de la Alhambra. Y como ni se quejaba, ni llo-

raba, ni hablaba nunca de Aben-Hamet, cualquier extraño la hubiera juzgado feliz. Sobrevivió á su familia, pues su padre murió de pesar, y don Carlos perdió la vida en un duelo en que Lautrec le había servido de padrino. Por lo que toca á Aben-Hamet, su paradero quedó eternamente ignorado.

Quando se sale de Túnez por la puerta que condu-



DON CARLOS VENCIDO POR ABEN-HAMET.

ce á las ruinas de Cartago, se encuentra un cementerio en el cual, debajo de una palmera y en uno de sus ángulos, me fue mostrado un sepulcro conocido con el nombre de *el sepulcro del último Abencerraje*. Nada tiene digno de atención; la losa sepulcral

está intacta, aunque según la costumbre morisca, se ha practicado en medio de ella una ligera excavación. Las aguas llovedizas se reúnen en el fondo de esta copa fúnebre, y sirven en aquellos ardientes climas para aplacar la sed de las avecillas del cielo.

## VIAJE AL MONTE-BLANCO.

### PAISAJES DE MONTAÑAS.

Nada es hermoso sino lo verdadero; solo lo verdadero es amable.

Agosto de 1805.

He visto muchas montañas en Europa y América, y habiéndome parecido siempre que en las descripciones de estos grandiosos monumentos de la naturaleza se traspasaban los límites de la verdad, mis últimas experiencias sobre el particular me han corroborado en mi opinión. He visitado el valle de Chamouny, celebre por los trabajos de Mr. de Saussure, pero no sé si el poeta hallaría en él el *especiosa deserti*, como el mineralogista. Sea como fuere, espondré sencillamente mis reflexiones de viaje, pues mi parecer tiene, por otra parte, muy escasa autoridad para que pueda ofender á nadie.

Habiendo salido de Ginebra con un tiempo bastante nebuloso, llegue á Servoz en el momento que el cielo empezaba á aclararse. La cima del Monte-Blanco no se descubre desde aquel lugar, pero se disfruta de una clara perspectiva de su cresta nevada, llamada el *Domo*. Sálvase luego el paso de los *Montees*, éntrase en el valle de Chamouny, y se pasa al pié del ventisquero de los *Bossons*, cuyas pirámides se muestran al través de los abetos y alerces. Mr. Bourrit comparó este ventisquero por su blancura y el prolongado corte de sus cristales, á una flota á la vela; yo añadiría, navegando en un golfo rodeado de frondosos bosques.

Deléveme en la aldea de Chamouny, y al día siguiente me trasladé al Montanvert, al que subí con el mas hermoso tiempo. Al llegar á su cima, que es una cresta del Monte-Blanco, descubri lo que con harta impropiedad se llama el *Mar de Hielo*.

Representese el lector un valle cuyo fondo está enteramente cubierto por un río. Las montañas que forman este valle, suspenden sobre el río una masa de penascos, las agujas del Dru, del Bochart y de los Charmoz. En lejanía el valle y el río se dividen en dos ramas ó brazos, uno de los cuales va á unirse á otra montaña, el *Cuello del Gigante*, y otro va á parar á los penascos de los *Jorasos*. En la extremidad opuesta de este valle se halla una pendiente hácia el de Chamouny, casi vertical y ocupada por la parte del Mar de Hielo, llamado el *Ventisquero de los Bosques*. Súpongase un invierno riguroso: el río que ocupa el valle y todas sus sinuosidades se hielan hasta el fondo de su lecho: las cumbres de los montes vecinos se muestran cargadas de nieve en todos los lugares en que los planos de granito son bastante horizontales para retener las aguas congeladas: á esto se reduce el *Mar de Hielo* y la situación que ocupa. No es, por

consequente, un mar sino un río; es una especie de Rhin helado: el Mar de Hielo imita su corriente, y el Ventisquero de los Bosques, su caída en Laufen.

Quando el viajero se halla en el Mar de Hielo, su superficie, que le parecia unida desde la altura de Montanvert, presenta multitud de picos y anfractuosidades, que imitan las figuras, formas y recortes del enhiesto recinto de penascos que parecen colgar por todas partes de las montañas circunvecinas, á manera de unos relieves en mármol blanco.

Hablemos ahora de las montañas en general.

Hay dos modos de examinarlas: con nubes ó sin ellas.

En el primer caso la escena es mas animada, pero mas oscura, y suele presentar tal confusión que apenas pueden distinguirse algunos rasgos.

Las nubes decoran los penascos de mil maneras. He visto en las alturas de Servoz una punta descarnada, atravesada oblicuamente por una nube á manera de toga, que hubiera podido ser tomada por la estatua colosal de un antiguo romano. En otro lugar se descubria la pendiente de la montaña; una barrera de nubes detenía la vista al pié de esta pendiente y sobre aquella impalpable barrera partían negras ramificaciones de montañas que imitaban las fauces de la Quimera, cuerpos de esfinges, cabezas de Anubis y formas diversas de los monstruos y los dioses de Egipto.

Quando las nubes son impelidas por el viento, parece que los montes huyen detrás de esta movible cortina, y se ocultan y se muestran á la vez: ya se deja ver súbitamente un bosquecillo en la rotura de una nube, á manera de una isla pendiente del cielo; ya se descubre lentamente un penasco que atraviesa poco á poco el profundo vapor, cual un fantasma. Lleno de tristeza, el viajero no escucha otra cosa que el zumbrido del viento en los pinos, el rumor de los torrentes que se despeñan en los ventisqueros, la caída de los aludes, y algunas veces el silbido de la marmota asustada por haber visto al gavilán en las nubes.

Quando el cielo está sereno, y la perspectiva de los montes se despliega por entero á la vista, solo un accidente es entonces digno de estudio: las cimas de las montañas presentan en la elevada region en que descuellan, una pureza de líneas, una limpieza de planos y perfiles que no tienen los objetos de las llanuras. Las cimas angulosas se asemejan, bajo la transparente bóveda del cielo, á los soberbios ejemplares de un gabinete de historia natural, á unos hermosos árboles de coral y á caprichosas girandas de estalactitas, encerradas bajo un globo del mas puro cristal. El montañés busca en estos elegantes contornos la imagen de los objetos que le son familiares: de esto

han procedido los nombres de las rocas llamadas los *Mulos*, los *Charmos* ó los *Camellos*: de aquí se han derivado también las denominaciones tomadas de la Religión, como las *Cimas de las Cruces*, la *Roca del Altar* y el *Ventisquero de los Peregrinos*: nombres sencillos que prueban que si el hombre está incesantemente ocupado de la idea de sus necesidades, le es grato colocar en todas partes el recuerdo de sus consuelos.

Por lo que respecta á los árboles de las montañas, solo hablaré del pino, del abeto y del alerce, porque constituye, por decirlo así, la única decoración de los Alpes.

El pino tiene algo de monumental: sus ramas presentan el aspecto de la pirámide, y su tronco el de la columna. Imita también la forma de los peñascos donde vive; así es que es muy común confundirlo, desde los ángulos y las cornisas salientes de las montañas, con las flechas ó agujas, enhiestas ó diseminadas como él. A espaldas del *Col de Balme*, á la bajada del ventisquero de Trient, se encuentra un bosque de pinos, abetos y alerces: cada árbol en esta familia de gigantes, cuenta muchos siglos. Esta tribu alpina tiene un rey que los guías no olvidan enseñar á los viajeros: un abeto que podría servir de mástil al bajel de mayor porte. Solo el monarca se ostenta incólume, mientras todo su pueblo está mutilado en su derredor: un árbol ha perdido su copa, otro una rama; éste tiene la frente surcada por el rayo, aquel el pie ennegrecido por las hogueras de los pastores. Vi dos gemelos, procedentes de un mismo tronco, que se alzaban á la par al cielo; pero aunque iguales en altura y edad, uno estaba lleno de vida, y el otro seco:

*Dauca, Laride Thymberque, similima proles,  
Indiscreta suis, gratusque parentibus error:  
At nunc dura dedit vobis discrimina Pallas.*

«Hijos gemelos de Dauco, vuestros mismos padres no podrían distinguiros, y les causabais dulces equivocaciones. Pero la muerte estableció entre vosotros una cruel diferencia.»

Añadamos que el pino anuncia la soledad y la indigencia de la montaña. Es el humilde compañero del pobre saboyano, de cuyo destino participa: crece y muere desconocido como él, sobre las inaccesibles cumbres donde se perpetúa su posteridad, igualmente ignorada. En el alerce liba la abeja esa miel compacta y sabrosa, que tan bien se asocia á la crema y á las frambuesas de Montanvert. Los rumores del pino, cuando son lijeros, han sido alabados por los poetas bucólicos; pero cuando son violentos remedan al sordo mugido del mar, y el viajero imagina oír bramar el Océano en las crestas de los Alpes. Por último, el olor del pino es aromático y agradable, y tiene, especialmente para mí, cierto encanto particular, porque lo he respirado á mas de veinte leguas en el mar, en las costas de la Virginia: por esta causa despierta siempre en mi alma el recuerdo de ese Nuevo-Mundo, que me fue anunciado por un soplo embalsamado, por un hermoso cielo y por unos mares brillantes, en que el perfume de los bosques llegaba hasta mí en alas de las brisas matinales; y como todo se enlaza en nuestros recuerdos, ese árbol reproduce también en mi memoria los sentimientos de tristeza ó de esperanza que me ocupaban cuando, apoyado en el borde del bajel, meditaba en la patria que había perdido, y en los desiertos que iba á hallar.

Empero, volviendo á mi opinion particular acerca de las montañas, diré que así como no hay país hermoso sin un horizonte de montañas, tampoco hay lugares gratos para ser habitados ni que halaguen la vista ó el corazón, allí donde faltan aire y espacio; y hé aquí lo que ocurrió en lo interior de los montes. Estas pesadas é inmensas moles no están en relacion

con las facultades del hombre, ni con la debilidad de sus órganos.

Atribúyese á los paisajes de las montañas cierta sublimidad, pues no es dudoso que esta consiste en la grandeza de los objetos. Pero si se demuestra que esa grandeza, muy positiva en efecto, no es sensible á la vista, ¿dónde hallaremos la sublimidad?

Sucedre respecto de los monumentos de la naturaleza lo mismo que con los del arte: para disfrutar de su hermosura es preciso encontrarse en el verdadero punto de perspectiva, pues de lo contrario desaparecen las formas, los colores y las proporciones. Y como en el interior de las montañas se tocan inmediatamente los objetos, y su campo óptico es muy limitado, las dimensiones pierden necesariamente su grandeza; siendo esto tan cierto que el observador se equivoca á cada paso respecto de las alturas y distancias. Apelo al testimonio de los viajeros: ¿les ha parecido muy alto el Monte-Blanco desde el fondo del valle de Chamouny? Es muy común que un lago inmenso en los Alpes parezca un mezcunino estanque; júzgase á primera vista que bastan algunos pasos para subir á una cima á que se tarda tres horas en llegar, y apenas es bastante un día entero para salir de una garganta cuya extremidad parecia hallarse al alcance de la mano. Así, pues, esa grandeza de las montañas que tanto se encarece, no es positiva sino por el cansancio que ocasiona. Por lo que toca al país, no es mayor á la simple vista que un paisaje ordinario.

Pero esos montes que pierden su grandeza aparente cuando están muy inmediatos al observador, son no obstante tan gigantescos que anonadan, digámoslo así, todo lo que pudiera servirles de adorno. Así es que, por leyes contrarias, el conjunto y los pormenores disminuyen á la vez en los desfiladeros de los Alpes. Si la naturaleza hubiese hecho los árboles cien veces mayores en las montañas que en las llanuras; si los ríos y las cascadas derramasen aguas cien veces mas abundantes, esos altísimos bosques, esas caudalosisimas corrientes producirían sin duda magestuosos efectos en las montañas. Empero como no sucede así, el marco del cuadro se ensancha de una manera desmesurada, al paso que los ríos, los bosques, las aldeas y los rebaños se mantienen dentro de las proporciones comunes; resultando de esto que no hay relacion alguna entre el todo y la parte, entre el teatro y su decoración. Siendo perpendicular el plano de las montañas, es en cierto modo una escala gigantesca, con la cual la vista relaciona y compara todos los objetos que abraza, y estos se muestran sucesivamente en extremo pequeños sobre tan enorme medida. Los pinos mas erguidos, por ejemplo, se distinguen con dificultad en las cañadas de los valles, donde parecen unos mezcuninos penachos; la huella de las aguas llovedizas está impresa en esos bosques raquíuticos y negruzcos en pequeñas rayas amarillas y paralelas; y los torrentes mas anchos y las mas altas cataratas parecen delgados hilos de agua, ó vapores azulados.

Los que han visto diamantes, topacios y esmeraldas en los ventisqueros, han sido mas felices que yo, pues jamás ha podido descubrir mi imaginacion tan ricos tesoros. Las nieves del pié del Ventisquero de los Bosques, mezcladas con polvo de granito, me han parecido de color de ceniza; el Mar de Hielo pudiera tomarse en muchos lugares por canteras de cal y yeso, pues solo sus hendiduras presentan algunos matices del arco iris; y cuando las capas de hielo se apoyan en los peñascos se asemejan á pedazos de vidrio verdusco.

Los cortinaes blancos de los Alpes ofrecen por otra parte un gran inconveniente, porque ennegrecen todo cuanto les rodea, sin exceptuar el cielo, cuyo azul empañan. Y no se crea que algunos hermosos accidentes de luz sobre las nieves subsanen este desa-

gradable efecto, pues el colorido con que se pintan las montañas lejanas es nulo para el espectador colocado á su pié. Así es que la pompa con que el sol en su ocaso cubre las cimas de los Alpes de la Saboya, solo puede ser apreciada por el habitante de Lausana; y el viajero del valle de Chamouny intentaria en vano disfrutar de tan brillante espectáculo, porque únicamente ve sobre su cabeza, como desde el fondo de un embudo, una escasa parte de un cielo mate y duro, sin aurora y sin ocaso, triste mansión donde avaro el sol desliza un rayo fugitivo á medio día, sobre una muralla de hielo.

Permitaseme valerme de una verdad trivial, para mejor hacerme entender. Para pintar se necesita un lienzo; ahora bien: el lienzo de los paisajes es en la naturaleza el cielo, y si este falta al fondo del cuadro, todo se muestra confuso y sin efecto. Y como los montes, cuando se está muy inmediato á ellos, ocultan la mayor parte del cielo y no hay bastante aire ó espacio en sus cimas, estas se hacen sombra unas á otras, y se prestan mutuamente las tinieblas que moran en las concavidades de sus cavernas. Para saber si los paisajes de montaña tienen tan inequívoca superioridad, basta consultar á los pintores, pues estos colocan siempre los montes en último término, y abren á la vista un paisaje sobre bosques y llanuras.

Solo un accidente deja á los lugares de que hablamos su natural magestad: la claridad de la luna. Y esto ocurre porque es propio de esa media luz sin reflejos y de un colorido uniforme, agigantar los objetos aislando las masas y haciendo desaparecer esa gradacion de colores que enlaza las diferentes partes de un cuadro. Entonces, cuanto mas francos y pronunciados son los cortes de los monumentos, mas extension y atrevimiento presenta su diseño, y mejor se destacan las líneas de sombra á la blancura de la luz. Por esta razon, la gigantesca arquitectura romana, á semejanza de los contornos de las montañas, es tan hermosa al resplandor de la luna.

Lo grandioso, y por consiguiente la especie de sublimidad que de él procede, desaparece en el interior de las montañas; veamos ahora si lo gracioso se halla en ellas en grado mas alto.

Háblase con entusiasmo de los valles de Suiza, pero debe observarse que no parecen agradables sino por comparacion, porque en verdad, fatigada la vista de recorrer llanuras estériles ó promontorios cubiertos de un líquen rojizo, se detiene con indecible placer sobre un poco de verdor ó de vegetacion. ¿Pero á qué se reduce esta vegetacion? A algunos sauces mezcuninos, á algunos surcos de cebada y de avena que crecen pensosamente y maduran tarde, y á algunos árboles silvestres que dan frutos ásperos y amargos; así es que si una vinya vegeta con esfuerzo en un reducido abrigo situado á Mediodía y preservado con esmero de los vientos del Norte, se admira esta extraordinaria feracidad. Pero al subir á los vecinos peñascos se advierte que los grandes rasgos de los montes hacen desaparecer las miniaturas de los valles: las cabanas apenas son visibles, y los compartimientos cultivados se asemejan á las pequeñas muestras pegadas á los mostruarios de un fabricante de tejidos.

Hanse encarecido también mucho las flores de las montañas, las violetas que se cogen á las orillas de los ventisqueros, las fresas que ostentan su encendido color sobre las nieves, etc.; pero estas son maravillas imperceptibles, que no producen efecto alguno, porque son adornos mezcuninos para tales colosos.

Finalmente, soy también muy desgraciado, porque no he podido ver en esos famosos albergues, encantados por la imaginacion de J. J. Rousseau, sino unas miserables cabanas llenas del estiércol de los rebaños, de olor de queso y de leche fermentada, y cuyos únicos habitantes eran unos pobres montañeses que se creían desterrados y deseaban bajar á los valles.

Algunos mudos pajarillos que revolotean de uno en otro carámbano, y algunas parejas de cuervos y gaviñanes prestan una escasa animacion á aquellas soledades de nieve y de piedras, donde la caída de la lluvia es casi siempre el único movimiento que ocupa la vista, debiendo considerarse como un caso feliz que el pico-verde haga resonar su voz desapacible y mensajera de la tempestad, en lo mas oculto de un decrepito bosque de abetos. Y, no obstante, esa triste señal de vida contribuye á hacer mas sensible la muerte que por donde quiera reina. Las cabras monteses, los machos cabrios y los conejos blancos han sido casi totalmente destruidos; y como hasta las marmotas escasean, el pequeño saboyano se ve amenazado de perder su tesoro. Los animales montaraces han sido reemplazados en las cimas de los Alpes por vacadas que echan tan de menos la llanura, como sus dueños. Tendidas en los prados de Caux, esas vacadas presentarian una escena igualmente hermosa, y tendrían además el mérito de traer á la memoria las descripciones de los poetas de la antigüedad.

Resta ya solo hablar del sentimiento que se experimenta en las montañas. Pues bien: ese sentimiento es, en mi concepto, muy penoso. No es posible sentir el alma satisfecha donde se ven en todas partes las fatigas del hombre y sus inauditos trabajos, que una tierra ingrata se niega á recompensar. El montañés, que siente sus desgracias, es mas sincero que los viajeros: llama á la llanura *el buen país*, y no se obstina en que unos peñascos regados por sus sudores, que no los hacen mas fértiles, sean lo mejor en la distribucion de los beneficios de la Providencia. Si nos parece muy amante de sus montañas, esto consiste en las relaciones misteriosas establecidas por Dios entre nuestras penas, el objeto que les causa, y los lugares donde las hemos sufrido; consiste en la magia poderosa de los recuerdos de la infancia, de los primeros sentimientos del corazón, de las dulzuras, y hasta de los rigores de la casa paterna. Mas solitario que los demás hombres, mas circunspecto por la costumbre de padecer, el montañés deja traslucir mas que ellos todos los sentimientos de su vida. No debe, pues, atribuirse á los encantos de los lugares que habita, el extremado amor que manifiesta á su país, porque este amor procede de la reconcentraci6n de sus ideas y de la limitada extension de sus necesidades.

Empero, ¿son las montañas el lugar propicio á las meditaciones? Duda mucho que el alma pueda entregarse á ellas cuando el basear ocasiona un gran cansancio, y cuando la atencion que es preciso conceder al terreno que se pisa, ocupa enteramente el ánimo. El amante de la soledad que se entregase á poéticas fantasías mientras subiese el Montanvert, pudiera caer en algun pozo, á imitacion del astrónomo que intentaba leer en el cielo y no podía ver lo que á sus piés tenia.

Sé que los poetas han deseado los valles y los bosques para conversar con las Musas. Pero oigamos á Virgilio:

*Rura mihi et rigui placeant in vallibus amnes:  
Flumina amem sylvasque inglorius.*

El vate de Mantua se complace en los campos, *rura mihi*; busca los valles agradables, risueños y graciosos, *vallibus amnes*; se goza en los rios, *flumina amem* (no en los torrentes), y en los bosques donde viviese sin gloria, *sylvasque inglorius*. Esos bosques son hermosas cercas de encinas, olmos y hayas, mas no tristes bosques de abetos, porque á ser así no hubiera dicho:

*Et ingenti ramorum protegat umbra.*

¿Y donde quiere que esté situado este valle? En un lugar que atesore hermosos recuerdos, nombres

armoniosos, gratas tradiciones de la Fábula y de la historia:

O ubi campi,  
Sperchiusque, et virginibus bachata lacenis  
Taygeta; O qui me gelidis in vallibus Hemi  
Sistat!

Virgilio hubiera mirado con indiferencia el valle de Chamouny, el ventisquero de Taconay, el pequeño y el gran Joraso, la aguja del Dru y la Peña llamada Cabeza Negra.

Por último, si hemos de dar asenso á Rousseau y á los que han recogido sus errores sin heredar su elocuencia, el viajero, al llegar á la cumbre de las montañas, se cree transformado en otro hombre. «En las elevadas montañas, dice Juan Jacobo, las meditaciones adquieren un carácter grande, sublime y proporcionado á los objetos que se presentan á nuestra vista: es una especie de tranquilo deleite, que nada tiene de sensual. Parece que al elevarse sobre la morada de los hombres, se dejan en ella todos los sentimientos bajos y terrenos... Dudo que ninguna agitación violenta pueda resistir la continuación de semejante morada, etc.»

¡Pluguiese á Dios que así fuera! ¡Cuán dulce sería poder sustraerse á los males que nos abruma, sin mas que alzarse algunas toesas sobre la llanura! Por desgracia, el alma del hombre es independiente del aire y de los lugares, y un corazón abrumado de amarguras no pesa menos en las alturas que en los valles. La antigüedad, que debe ser citada siempre que se trata de verdad de sentimientos, no opinaba como Rousseau respecto de los montañas, sino que por el contrario, las representaba como asilos de la desolación y del dolor: si el amante de Julia olvida sus pesares entre los peñascos del Valés, el esposo de Euridice alimenta sus dolores en los montes de la Tracia. Apesar del talento del filósofo ginebrino, dudo que la voz de Saint-Preux resuene en el porvenir tanto tiempo como la lira de Orfeo. Edipo, este acabado modelo de las calamidades de los reyes, esta cumplida imagen de todos los males de la humanidad, busca también los lugares desiertos:

Il va  
du Chyeron remontant vers les cieux,  
Sur le malheur dell'homme interroger les dieux.

Finalmente, otra antigüedad, aun mas hermosa y sagrada, nos presenta los mismos ejemplos. La Escritura, que conocia mejor la naturaleza del hombre que los falsos sabios del siglo, nos muestra siempre los grandes desgraciados, los profetas, y al mismo Jesucristo, retirándose en el día de la aflicción á los lugares elevados. La hija de Jefe, antes de morir, pide permiso á su padre para ir á llorar su virginidad á las montañas de la Judea: *Super montes assumem*, dice Jeremias, *fletum ac lamentum*: «Subiré á las montañas para llorar y gemir.» Jesucristo bebió en el monte de las Olivas el caliz lleno de todos los dolores y de todas las lágrimas de la humanidad.

Es cosa digna de ser observada que en las páginas mas razonables de un escritor que se habia declarado defensor de la moral, se descubran vestigios del espíritu de su siglo. Ese pretendido cambio de nuestras disposiciones interiores, según el lugar que habitamos tiene ciertas ocultas analogías con el sistema de materialismo que Rousseau pretendia impugnar. Este sistema hace del alma una especie de planta someti-

da á las mudanzas del aire, y que sigue y señala como un instrumento, el reposo ó la agitación de la atmósfera. Y ¿cómo el mismo Juan Jacobo hubiera podido creer de buena fe en la saludable influencia de los lugares culminantes? ¿No arrastró el desgraciado por las montañas de la Suiza, sus pasiones y sus miserias?

Solo en una circunstancia es cierto que las montañas inspiren el olvido de las turbulencias terrenas: esto es, cuando nos retiramos del mundo para consagrarnos á la Religión. Un anacoreta que se dedica al servicio de la humanidad; un santo que quiere meditar en silencio las grandezas de Dios, pueden disfrutar de alegría sobre los peñascos desiertos; pero en estos casos, no pasa al alma de los solitarios la paz de los lugares, sino que por el contrario, el alma derrama su serenidad en la región de las tormentas.

Cierto instinto universal ha inducido á los hombres á adorar al Eterno en los lugares elevados, pues parece que la oración necesita salvar menos espacio para llegar al trono de Dios, cuanto mas cercana se halla al cielo. Y como el Cristianismo era depositario de las tradiciones de este culto antiguo, nuestras montañas, y en su lugar nuestras colinas, estaban pobladas de monasterios y antiguas abadías; de aquí procedía que el hombre, que desde una ciudad corrompida se encaminaba á entregarse á los crímenes, ó por lo menos á las vanidades, descubria al levantar sus ojos, santuarios en las ve-ninas cumbres; y la cruz, que desplegaba á lo lejos el estandarte de la pobreza á la vista del lujo, imbuía al rico ideas de sufrimiento y de conmiseración. Nuestros poetas conocian muy poco el arte, cuando se burlaban del monte Calvario, de esas casas y esos retiros que reproducian entre nosotros los países del Oriente, las costumbres de los solitarios de la Tebaida, los milagros de una religión divina, y el recuerdo de una antigüedad que no puede ser borrada por la memoria de Homero.

Pero estas reflexiones pertenecen á un orden diferente de ideas y sentimientos, y no á la cuestión general que acabamos de examinar. Despues de haber hecho la crítica de las montañas, es justo terminar con su elogio. He consignado ya que son indispensables á un hermoso paisaje, y que deben formar la lejanía ó el último término de un cuadro. Sus desiguales remates, sus descarnadas laderas, sus miembros gigantes y desagradables cuando se les examina de muy cerca, son admirables cuando en el fondo de un horizonte vaporoso se redondean y coloran en una luz fluida y dorada. Añadamos que las montañas son los manantiales de los ríos, el último asilo de la libertad, en los tiempos aciagos de esclavitud, y una utilísima barrera contra las invasiones y las calamidades de la guerra. Todo lo que pido se reduce á que no se me obligue á admirar las rudas crestas de las montañas, los barrancos, los fosos, las cavernas y las sinuosidades de los valles de los Alpes. A esta condicion, diré que hay algunas montañas que visitaria aun con sumo placer, como por ejemplo, las de Grecia y la Judea. Grato me será recorrer los lugares de que mis nuevos estudios me obligan á ocuparme diariamente, y me trasladaré gustoso al Tabor y al Taigeto en busca de nuevos colores y de nuevas armonías, despues de haber pintado los montes sin nombre y los ignorados valles del Nuevo-Mundo (1).

(1) Estas palabras anunciaban el viaje á Grecia y Tierra-Santa, que realicé el año siguiente, 1806. Véase el *Itinerario*.

## PENSAMIENTOS, REFLEXIONES Y MAXIMAS.

La miseria del hombre no consiste únicamente en la debilidad de su corazón, en la inconstancia de su espíritu y en la pequeñez de su razón, sino que se echa de ver en cierto fondo de ridiculez inherente á los negocios humanos. Las revoluciones descubren especialmente esta insuficiencia de nuestra naturaleza: si se consideran en globo son impotentes, pero al penetrar en sus pormenores, se advierten tanta ineptitud y bajeza, tantas celebridades usurpadas, tantas cosas consideradas como obras del genio, siendo sin embargo, meros caprichos del acaso, que produce un asombro igual el alcance de las consecuencias y la trivialidad de las causas.

Quando nos hallamos á alguna distancia de los hechos, y no hemos vivido en medio de las facciones y los acontecimientos; empero no sucede así cuando somos actores ó espectadores comprometidos en escenas sangrientas. Tácito, á quien la naturaleza habia hecho poeta, hubiera tal vez escrito la sátira de Petronio, si se hubiera sentado en el senado de Neron; pero pintó la tiranía de este príncipe porque vivió despues de él. Butler, dotado de un genio observador, hubiera acaso escrito la historia de Carlos I, si hubiera nacido en tiempo de la reina Ana, al paso que se contentó con rimar el *Hudibras*, porque habia visto los personajes de la revolucion de Cromwell: habíalos visto hablando á todas horas de virtud, de santidad, de independencia, mientras presentaban sus manos á todas las cadenas, y se encorvaban bajo el yugo despreciable del hijo, despues de haber inmolado al padre.

Hay ciertos crímenes políticos que ya no es posible cometer impunemente á causa de la adelantada civilización de los pueblos. Nadie imagine que estos pueden decir sin resultado, á sus gobiernos: «Tal crimen ó tal calamidad ha sobrevenido por tu culpa.» Las bases del mismo poder vacilan á estas acusaciones, y faltándole el respeto de las naciones, su existencia corre grave peligro.

En una nación que aun conserva la inocencia primitiva, los vicios introducidos por los extranjeros hacen progresos mas rápidos que en una sociedad ya corrompida; así, el hombre sano muere en el infecto ambiente en que vive sin esfuerzo el hombre familiarizado con él.

Puede llegarse á la libertad por dos caminos: por las costumbres y por las luces. Mas, cuando estás y

aquellas faltan á la vez; cuando no se puede ser republicano á la manera de Esparta, ni á la de los Estados-Unidos, se puede conquistar la libertad, mas no conservarla.

La posteridad se acuerda de los hombres que han transformado los imperios, pero no de los que los han restablecido, á no ser que este restablecimiento haya sido duradero. Admirase lo que crea, pero apenas se atiende á lo que conserva, pues una gran gloria cubre de tinieblas todo lo que la sigue.

Es vano empeño esforzarse por restablecer la virtud en un pueblo que la ha perdido, pues no se logrará conseguirlo. Todo encierra un principio de destrucción. ¿Con qué fin lo ha establecido Dios? Este es su secreto.

Nos admiran los triunfos de la medianía; pero al juzgar así, incurrimos en un error. La medianía no es fuerte por sí misma, sino por las demás que representa, y en este sentido su poder es formidable. Quanto mas pequeño en poder es el hombre, conviene mas á todas las pequenezes. Comparándose todos á él, se dicen: «¿Por qué no llegaré tambien á ese puesto?» No excita la menor envidia y los cortesanos le prefieren porque pueden despreciarle, al paso que los reyes lo consideran como una manifestación de su omnipotencia. La medianía no solo tiene todas estas ventajas para permanecer en su altura, sino que tiene un mérito mucho mayor, pues excluye del poder á la capacidad. El diputado de los necios y los imbeciles, acaricia en el ministerio dos pasiones: la ambición y la envidia.

La medianía suele ser secundada por ciertas circunstancias que dan á sus planes un aire de profundidad. Esos hombres impotentes que por medio de la muchedumbre dirigen al parecer la fortuna, son mera y sencillamente dirigidos por ella: como le dan la mano, creen que la guían.

Los hombres de genio son por lo regular hijos de su siglo, y en cierto modo lo compendian, pues representan sus luces, sus opiniones y su espíritu; pero suele acontecer que nacen demasiado pronto ó demasiado tarde. Si nacen demasiado pronto, es decir, antes que su siglo natural, pasan desapercibidos y su gloria solo empieza cuando se inaugura el siglo á que debían pertenecer; si nacen demasiado tarde, esto es, despues de su siglo natural, nada pueden y no llegan á una celebridad duradera. Excitan un momento la

armoniosos, gratas tradiciones de la Fábula y de la historia:

O ubi campi,  
Sperchiusque, et virginibus bachata lacenis  
Taygeta; O qui me gelidis in vallibus Hemi  
Sistat!

Virgilio hubiera mirado con indiferencia el valle de Chamouny, el ventisquero de Taconay, el pequeño y el gran Joraso, la aguja del Dru y la Peña llamada Cabeza Negra.

Por último, si hemos de dar asenso á Rousseau y á los que han recogido sus errores sin heredar su elocuencia, el viajero, al llegar á la cumbre de las montañas, se cree transformado en otro hombre. «En las elevadas montañas, dice Juan Jacobo, las meditaciones adquieren un carácter grande, sublime y proporcionado á los objetos que se presentan á nuestra vista: es una especie de tranquilo deleite, que nada tiene de sensual. Parece que al elevarse sobre la morada de los hombres, se dejan en ella todos los sentimientos bajos y terrenos... Dudo que ninguna agitación violenta pueda resistir la continuación de semejante morada, etc.»

¡Pluguiese á Dios que así fuera! ¡Cuán dulce sería poder sustraerse á los males que nos abruma, sin mas que alzarse algunas toesas sobre la llanura! Por desgracia, el alma del hombre es independiente del aire y de los lugares, y un corazón abrumado de amarguras no pesa menos en las alturas que en los valles. La antigüedad, que debe ser citada siempre que se trata de verdad de sentimientos, no opinaba como Rousseau respecto de los montañas, sino que por el contrario, las representaba como asilos de la desolación y del dolor: si el amante de Julia olvida sus pesares entre los peñascos del Valés, el esposo de Euridice alimenta sus dolores en los montes de la Tracia. Apesar del talento del filósofo ginebrino, dudo que la voz de Saint-Preux resuene en el porvenir tanto tiempo como la lira de Orfeo. Edipo, este acabado modelo de las calamidades de los reyes, esta cumplida imagen de todos los males de la humanidad, busca también los lugares desiertos:

Il va  
du Chyeron remontant vers les cieux,  
Sur le malheur dell'homme interroger les dieux.

Finalmente, otra antigüedad, aun mas hermosa y sagrada, nos presenta los mismos ejemplos. La Escritura, que conocia mejor la naturaleza del hombre que los falsos sabios del siglo, nos muestra siempre los grandes desgraciados, los profetas, y al mismo Jesucristo, retirándose en el día de la aflicción á los lugares elevados. La hija de Jefe, antes de morir, pide permiso á su padre para ir á llorar su virginidad á las montañas de la Judea: *Super montes assumem*, dice Jeremías, *fletum ac lamentum*: «Subiré á las montañas para llorar y gemir.» Jesucristo bebió en el monte de las Olivas el caliz lleno de todos los dolores y de todas las lágrimas de la humanidad.

Es cosa digna de ser observada que en las páginas mas razonables de un escritor que se habia declarado defensor de la moral, se descubran vestigios del espíritu de su siglo. Ese pretendido cambio de nuestras disposiciones interiores, según el lugar que habitamos tiene ciertas ocultas analogías con el sistema de materialismo que Rousseau pretendia impugnar. Este sistema hace del alma una especie de planta someti-

da á las mudanzas del aire, y que sigue y señala como un instrumento, el reposo ó la agitación de la atmósfera. Y ¿cómo el mismo Juan Jacobo hubiera podido creer de buena fe en la saludable influencia de los lugares culminantes? ¿No arrastró el desgraciado por las montañas de la Suiza, sus pasiones y sus miserias?

Solo en una circunstancia es cierto que las montañas inspiren el olvido de las turbulencias terrenas: esto es, cuando nos retiramos del mundo para consagrarnos á la Religión. Un anacoreta que se dedica al servicio de la humanidad; un santo que quiere meditar en silencio las grandezas de Dios, pueden disfrutar de alegría sobre los peñascos desiertos; pero en estos casos, no pasa al alma de los solitarios la paz de los lugares, sino que por el contrario, el alma derrama su serenidad en la region de las tormentas.

Cierto instinto universal ha inducido á los hombres á adorar al Eterno en los lugares elevados, pues parece que la oración necesita salvar menos espacio para llegar al trono de Dios, cuanto mas cercana se halla al cielo. Y como el Cristianismo era depositario de las tradiciones de este culto antiguo, nuestras montañas, y en su lugar nuestras colinas, estaban pobladas de monasterios y antiguas abadías; de aquí procedía que el hombre, que desde una ciudad corrompida se encaminaba á entregarse á los crímenes, ó por lo menos á las vanidades, descubria al levantar sus ojos, santuarios en las ve-ninas cumbres; y la cruz, que desplegaba á lo lejos el estandarte de la pobreza á la vista del lujo, imbuía al rico ideas de sufrimiento y de conmiseración. Nuestros poetas conocian muy poco el arte, cuando se burlaban del monte Calvario, de esas casas y esos retiros que reproducian entre nosotros los países del Oriente, las costumbres de los solitarios de la Tebaida, los milagros de una religión divina, y el recuerdo de una antigüedad que no puede ser borrada por la memoria de Homero.

Pero estas reflexiones pertenecen á un orden diferente de ideas y sentimientos, y no á la cuestión general que acabamos de examinar. Despues de haber hecho la crítica de las montañas, es justo terminar con su elogio. He consignado ya que son indispensables á un hermoso paisaje, y que deben formar la lejanía ó el último término de un cuadro. Sus desiguales remates, sus descarnadas laderas, sus miembros gigantes y desagradables cuando se les examina de muy cerca, son admirables cuando en el fondo de un horizonte vaporoso se redondean y coloran en una luz fluida y dorada. Añadamos que las montañas son los manantiales de los rios, el último asilo de la libertad, en los tiempos aciagos de esclavitud, y una utilísima barrera contra las invasiones y las calamidades de la guerra. Todo lo que pido se reduce á que no se me obligue á admirar las rudas crestas de las montañas, los barrancos, los fosos, las cavernas y las sinuosidades de los valles de los Alpes. A esta condicion, diré que hay algunas montañas que visitaria aun con sumo placer, como por ejemplo, las de Grecia y la Judea. Grato me será recorrer los lugares de que mis nuevos estudios me obligan á ocuparme diariamente, y me trasladaré gustoso al Tabor y al Taigeto en busca de nuevos colores y de nuevas armonías, despues de haber pintado los montes sin nombre y los ignorados valles del Nuevo-Mundo (1).

(1) Estas palabras anunciaban el viaje á Grecia y Tierra-Santa, que realicé el año siguiente, 1806. Véase el *Itinerario*.

## PENSAMIENTOS, REFLEXIONES Y MAXIMAS.

La miseria del hombre no consiste únicamente en la debilidad de su corazón, en la inconstancia de su espíritu y en la pequeñez de su razón, sino que se echa de ver en cierto fondo de ridiculez inherente á los negocios humanos. Las revoluciones descubren especialmente esta insuficiencia de nuestra naturaleza: si se consideran en globo son impotentes, pero al penetrar en sus pormenores, se advierten tanta ineptitud y bajeza, tantas celebridades usurpadas, tantas cosas consideradas como obras del genio, siendo sin embargo, meros caprichos del acaso, que produce un asombro igual el alcance de las consecuencias y la trivialidad de las causas.

Quando nos hallamos á alguna distancia de los hechos, y no hemos vivido en medio de las facciones y los acontecimientos; empero no sucede así cuando somos actores ó espectadores comprometidos en escenas sangrientas. Tácito, á quien la naturaleza habia hecho poeta, hubiera tal vez escrito la sátira de Petronio, si se hubiera sentado en el senado de Nerón; pero pintó la tiranía de este príncipe porque vivió despues de él. Butler, dotado de un genio observador, hubiera acaso escrito la historia de Carlos I, si hubiera nacido en tiempo de la reina Ana, al paso que se contentó con rimar el *Hudibras*, porque habia visto los personajes de la revolucion de Cromwell: habíalos visto hablando á todas horas de virtud, de santidad, de independencia, mientras presentaban sus manos á todas las cadenas, y se encorvaban bajo el yugo despreciable del hijo, despues de haber inmolado al padre.

Hay ciertos crímenes políticos que ya no es posible cometer impunemente á causa de la adelantada civilización de los pueblos. Nadie imagine que estos pueden decir sin resultado, á sus gobiernos: «Tal crimen ó tal calamidad ha sobrevenido por tu culpa.» Las bases del mismo poder vacilan á estas acusaciones, y faltándole el respeto de las naciones, su existencia corre grave peligro.

En una nación que aun conserva la inocencia primitiva, los vicios introducidos por los extranjeros hacen progresos mas rápidos que en una sociedad ya corrompida; así, el hombre sano muere en el infecto ambiente en que vive sin esfuerzo el hombre familiarizado con él.

Puede llegarse á la libertad por dos caminos: por las costumbres y por las luces. Mas, cuando estás y

aquellas faltan á la vez; cuando no se puede ser republicano á la manera de Esparta, ni á la de los Estados-Unidos, se puede conquistar la libertad, mas no conservarla.

La posteridad se acuerda de los hombres que han transformado los imperios, pero no de los que los han restablecido, á no ser que este restablecimiento haya sido duradero. Admirase lo que crea, pero apenas se atiende á lo que conserva, pues una gran gloria cubre de tinieblas todo lo que la sigue.

Es vano empeño esforzarse por restablecer la virtud en un pueblo que la ha perdido, pues no se logrará conseguirlo. Todo encierra un principio de destrucción. ¿Con qué fin lo ha establecido Dios? Este es su secreto.

Nos admiran los triunfos de la medianía; pero al juzgar así, incurrimos en un error. La medianía no es fuerte por sí misma, sino por las demás que representa, y en este sentido su poder es formidable. Quanto mas pequeño en poder es el hombre, conviene mas á todas las pequenezes. Comparándose todos á él, se dicen: «¿Por qué no llegaré tambien á ese puesto?» No excita la menor envidia y los cortesanos le prefieren porque pueden despreciarle, al paso que los reyes lo consideran como una manifestación de su omnipotencia. La medianía no solo tiene todas estas ventajas para permanecer en su altura, sino que tiene un mérito mucho mayor, pues excluye del poder á la capacidad. El diputado de los necios y los imbeciles, acaricia en el ministerio dos pasiones: la ambición y la envidia.

La medianía suele ser secundada por ciertas circunstancias que dan á sus planes un aire de profundidad. Esos hombres impotentes que por medio de la muchedumbre dirigen al parecer la fortuna, son mera y sencillamente dirigidos por ella: como le dan la mano, creen que la guían.

Los hombres de genio son por lo regular hijos de su siglo, y en cierto modo lo compendian, pues representan sus luces, sus opiniones y su espíritu; pero suele acontecer que nacen demasiado pronto ó demasiado tarde. Si nacen demasiado pronto, es decir, antes que su siglo natural, pasan desapercibidos y su gloria solo empieza cuando se inaugura el siglo á que debían pertenecer; si nacen demasiado tarde, esto es, despues de su siglo natural, nada pueden y no llegan á una celebridad duradera. Excitan un momento la

curiosidad, como la excitara el viejo que pasease por las plazas públicas con el traje de su juventud. Los hombres de genio que llegan *demasiado tarde* son tan desconocidos como los que llegan *demasiado pronto*; pero no tienen como estos, un porvenir, una posteridad, una descendencia que establezca su gloria, y solo pueden ser admirados por el pasado, por sus ascendientes, y por el mudo público de los muertos.

Después de los tiempos de calamidades y de gloria, un pueblo se inclina al descanso, y por poco que se vea regido por instituciones tolerables, se deja conducir por los más oscuros ministros del mundo: esto le distrae y le divierte, pues no puede menos de reírse al comparar esos pigmeos con los gigantes que ha visto. Hay, es cierto, algunos ejemplos de leones uncidos á un carro y guiados por niños, pero han concluido siempre por devorar á sus guías.

Para los verdaderos santos y hombres superiores, la Religión es un avisador severo, que les enseña la humildad y la verdadera virtud; para los hombres de pasiones impetuosas y vulgares, sus lecciones sirven únicamente para fomentar el orgullo, dándole apariencias de virtud. «Piso la cabeza de mis amigos y enemigos: ¿quién puede, no obstante, decir que carezco de humildad? ¿No me he puesto de rodillas?»

Escuchad á ese hombre que se llama *monseñor*, y os dirá que es un plebeyo, que quiere permanecer tal, que no ha nacido para ocupar el puesto en que se mira, y que la revolución no tendrá fin sino cuando un plebeyo como él deje de ser uno de los primeros personajes del Estado. No obstante, monseñor ha llevado el gorro encarnado para dejar de ser un plebeyo, como lleva un vestido bordado y un título para salir de la misma clase. Desconfiad de la humildad de monseñor, y creed al paisano del Danubio.

Así como ciertos mendigos viven á expensas de sus llagas, ciertos hombres explotan todo, hasta el desprecio.

Basta de política sentimental, dicen los ministros. ¡Tranquícense! ningún peligro les amenaza por este lado, pues hay pocos hombres que hayan conservado su antiguo amor. No queréis ser amados: ¡teneis razón! Pero toda vez que preferís la política de hecho á la de derecho, aceptad todas sus consecuencias. El hecho nos dará el derecho de examinar si vosotros, ministros, sois buenos para algo, y si hay otro hecho de mejor ley que el vuestro.

Si recibís un bofetón, descargad cuatro, sin mirar en qué mejilla.

Conviene postrarse en el polvo cuando se ha cometido una falta, pero no se debe permanecer en él.

Ved á ese hombre: su resentimiento no conoce límites. ¿Por qué se queja Teódulo de haber sido ultrajado por mí? ¿qué insolencia! Pero, hombre poderoso, si Teódulo tiene también su poder, sino reconoce en nadie el derecho de ultrajarle, ¿qué teneis que replicarle? El tiempo en que un cortesano hacia temblar, ha pasado; ya no hay favor posible sino para los ayudas de cámara, pues todo se reduce al valor personal. El que puede decir: «Has tenido necesidad de mí, mas yo no te he necesitado,» es en la época que atravesamos, el verdadero superior. Tal vez en otro tiempo andaban mejor las cosas, mas hoy pasan así. Los hombres han ganado en poder lo que de él ha perdido el hombre.

El vicio, la felicidad y el infortunio dependen de un

soplo. Dos horas después de la muerte, nadie se acuerda del difunto, ni se acuerda más de los que viven. ¿Qué importan nuestras alegrías, nuestros pesares, nuestra existencia, no solo á nuestro vecino, que nunca nos ha visto, sino también á la turba de los que llamamos nuestros amigos? ¿Por qué, pues, mirar la vida como cosa de importancia? En realidad no merece atención alguna.

Olvidamos algunas veces nuestros dolores y luego volvemos á tomarlos, como un fardo que hemos dejado un momento para descansar.

Concluimos por convertir en realidades los temores del cariño: una madre ve en el rostro de su hijo las señales de una enfermedad que no existe. Las demás quimeras de la vida, así en lo moral como en lo físico, producen las mismas ilusiones respecto del dolor y del placer.

Cuando penetra en nuestro espíritu un pensamiento verdadero, proyecta una luz que nos hace ver otros muchos objetos que anteriormente se nos ocultaban.

Los sentimientos de cierto orden se acrecientan en proporción de las desgracias del objeto amado: son una llama que se extiende al soplo de la tempestad.

La virtud queda olvidada algunas veces á su paso en la tierra, pero renace tarde ó temprano, y es exhumada del sepulcro como se saca del seno de la tierra una estatua antigua, que excita la admiración de los hombres.

Las personas honradas lloran muchas veces á la misma hora en que se regocian los seres perversos; así pues, el mismo momento ve llevar á cabo una acción virtuosa y otra criminal. El vicio y la virtud son un hermano y una hermana, pues han sido engendrados por el hombre: Abel y Cain eran hijos de un mismo padre.

Hay hombres para quienes la virtud no es la virtud reconocida por los demás, pues no dan este nombre á todas las cosas regulares, sino á las inferiores, de la existencia, es decir, á esa probidad vulgar que llena exactamente sus deberes: para ellos la virtud es un arranque del alma, que nos induce al bien á espensas de nuestra felicidad ó de nuestra vida; ó bien es una fuerza que nos hace dominar nuestras más impetuosas pasiones. Esos hombres se elevan sobre el nivel de los demás, pero ¿de qué sirven en la sociedad? Como las montañas en la naturaleza, y como los monumentos gigantescos en las artes, estralimitan las proporciones conocidas: los miramos y los tememos.

Los caracteres exaltados, insoportables en las personas vulgares, unidos á un alma grande ó á un talento brillante, arrastran todo en pos de sí. Estos caracteres no se proponen seducir, y no obstante seducen; ignoran su propia fuerza, y se admiran al ver que han hecho tantos seres felices ó tantas víctimas.

Las desgracias obran sobre nosotros en razón de nuestro carácter. Un hombre podría, por ejemplo, salvarse con solo dar algunas explicaciones, pero se niega á hacerlo, al paso que otro se promete repararlo todo hablando, y se pierde.

Cosa extraña sería que el hombre aspirase á una constancia inalterable, cuando toda la naturaleza cambia en su derredor: el árbol pierde sus hojas, el ave sus plumas, el ciervo sus astas. ¿Y solo el hombre podría decir: «Mi alma es inalterable, y cual es hoy será mañana?» ¡El hombre, cuyos sentimientos son más in-

constantes que las nubes! ¡El hombre, que quiere y no quiere! ¡el hombre, que se basta hasta de sus mismos placeres, como el niño de sus juguetes!

Es frecuente que los que se aman se juren, al principio de su felicidad, abandonar juntos la vida; pero ocurre también que como no caminan con igual ligereza, cuando el uno se halla próximo á la meta fatal, el otro no lo está, ó ya no existe.

El instinto satírico es el más asequible de todos. Nada es tan fácil como descubrir un ridículo ó un vicio, y burlarse de él. Pero para comprender el genio y la virtud se necesitan cualidades de un orden superior.

Sí, cuando se habla de los vicios de un hombre, oís decir: «Todos lo dicen,» no lo creáis; pero si cuando se habla de sus virtudes, se aduce el mismo testimonio, creedlo.

Cuando os abrumen los pesares, fijad vuestra vista en un niño dormido, á quien no altera ningún cuidado, á quien ningún sueño alarma, y os sentireis participes de su inocencia, y por lo tanto, tranquilos.

Cuando dos amigos sufren, dejan algunas veces transcurrir horas enteras sin hablar palabra. Y en efecto, ¿qué conversación equivaldría á ese comercio del pensamiento, en la lengua muda del infortunio?

Los demás nos parecen siempre más felices que nosotros, y no obstante, lo singular es que el hombre que cambiaría muy gustoso su posición, nunca se prestaría á cambiar de persona. Querria, acaso, rejuvenecerse un poco, tal vez mucho, y andar derecho si es cojo; pero se reservaría el conjunto de su persona, en la que encuentra mil atractivos y cierta cosa indefinible que le encanta. Por lo que respecta á su parte moral, no haría en ella la más ligera modificación: consiste esto en que nos familiarizamos con nosotros mismos, y en que nos atrae irresistiblemente nuestra antigua compañía.

Cuando volvemos á ver en los días de la adversidad el lugar que habitábamos en las horas felices, exhálase de nuestro ser cierta tristeza formada del recuerdo de las alegrías pasadas y del sentimiento de los males presentes. ¿No hemos sido felices allí en tal época? ¿Y ahora? Aquellos lugares son, no obstante, los mismos: ¿qué es, pues, lo que ha cambiado? El hombre.

Los que alguna vez han tenido algún secreto importante que comunicar á un amigo, saben el pesar que se experimenta cuando al llegar con el corazón lleno de ternura, no se halla á este amigo ni nadie puede decirle su paradero. ¿Lo habrá arrebatado la muerte? Hé aquí la duda atroz.

Necesítanse varios secretos para reparar la hermosura corporal, pero la moral no há menester de ellos.

Cada hombre tiene un lugar particular en el mundo, donde puede decir que ha disfrutado la mayor suma de felicidad: este cálculo no exige mucho tiempo.

Una pasión dominante apaga todas las demás en nuestro corazón, bien así como el sol hace desaparecer los astros al resplandor de sus rayos.

Unos hombres viajan á la par, y se hablan poco ó nada en el camino. Aunque del mismo país, ni se entienden ni son de una misma naturaleza: unos han nacido blancos y otros negros.

La conversacion de los hombres eminentes es ininteligible para las medianías, porque es preciso sobreentender y adivinar mucha parte del asunto.

Cierta extension de talento hace que nos acostumbremos fácilmente á los usos extranjeros, y que parezca que los hemos practicado durante toda nuestra vida, exceptuando cierto embarazo que no carece de gracia ó de nobleza.

¿Puede la celebridad alucinarnos hasta el punto de inspirarnos una pasión hacia lo que la naturaleza ha hecho desagradable? No lo creo: la gloria es para un viejo lo que los diamantes para una vieja: la adornan, pero no la hermosean.

Los placeres de nuestra juventud, reproducidos por nuestra memoria, se asemejan á unas ruinas vistas á una luz artificial.

Hay una edad en que algunos meses añadidos á la vida, bastan para desarrollar facultades sepultadas hasta entonces en un corazón medio cerrado: nos acostamos niños y despertamos hombres.

¿Deberemos admirarnos de que algunas horas constituyan una gran diferencia en el corazón del hombre? ¡Ah! entre la muerte y la vida media un minuto.

Nos reconciliamos sin esfuerzo con un enemigo que nos es inferior por las cualidades del corazón ó del espíritu, pero nunca perdonamos al que nos sobrepuja en alma ó en genio.

Vuestro amigo acaba de partir: os creéis poderosos contra su ausencia, pero si vais á visitar su vivienda, ella os dirá lo que habeis perdido y os falta.

El que perpetra un crimen no tiene tiempo de escuchar el remordimiento, en el peligro que corre y en el tumulto de sus pasiones; pero el que solo es cómplice y confidente del crimen, sin haber tomado una parte activa en él, ese oye la voz vengadora de la conciencia, y cuenta en su retiro los minutos que transcurren: «¡Ahora sucede esto, se dice, ahora se descarga el golpe!»

¡Sí, desgraciado! Se descarga el golpe de la mano de Dios, que gravita sobre tí.

El gusano del sepulcro empieza á roer la conciencia del perverso, antes de devorar su corazón.

¿Podria, merced á ciertas circunstancias fatales, la causa más justa parecer la más injusta? ¿Puede presentarse un caso en que la inocencia no pueda probarse, y en que la víctima que perezca y el juez que sentencia sean igualmente inocentes? Si así fuese, ¿qué sería de la justicia humana?

Si hay el derecho de matar á un tirano, este puede ser vuestro padre; ¿está pues, autorizado en ciertos casos el parricidio? ¿Quién puede sustentar semejante proposición?

Hay un encanto secreto en el fondo de los sufrimientos; así como en el fondo de los placeres se oculta cierto dolor, porque la naturaleza del hombre es la miseria.

El que padece por Dios tiene la ventaja de hallarse siempre dispuesto á su última hora: ventaja no concedida á todos los desgraciados.

Las grandes aflicciones abrevian al parecer las ho-

ras, como asimismo las grandes alegrías, porque todo lo que impresiona enérgicamente el alma impide contar los instantes.

Preciso es tener un corazón elevado para derramar ciertas lágrimas: no de otro modo el manantial de los ríos caudalosos se encuentra en la cumbre de los montes que se avecinan al cielo.

El alma del hombre es trasparente como el agua de una fuente, mientras no se remueven las amarguras que oculta en su fondo.

La sencillez procede del corazón, la ingenuidad nace del espíritu; un hombre sencillo es casi siempre un buen hombre, siendo así que un hombre ingenuo puede ser un malvado; no obstante, la sencillez es siempre natural, y la ingenuidad puede ser efecto del arte.

Hombres hay que no son elocuentes porque su corazón habla muy alto, y les impide oír lo que dicen.

Pide al arrepentimiento la túnica de la inocencia, pues él es quien la encuentra y devuelve a los que la han perdido.

Acariciar la virtud sin ser capaz de amarla, es estrechar las hermosas manos de una joven con las rugosas de la senectud.

Entrando los trabajos en el orden de nuestros destinos, los que se proponen olvidarlos y se ocupan del porvenir, no reflexionan que no verán este porvenir. Cada cual entrega á otro, al morir, el peso de la vida: en cada sepulcro hay un hombre que recibe la carga de la mano del que va á descansar para siempre, y el nuevo mensajero, lleva á su vez esta carga hasta el sepulcro que le espera.

Todos los hombres se adulan á sí mismos, todos tienen en los labios esta frase banal: «¿Cuanto dista esta época de tal otra!»—¿Cuanto dista! ¿Tan larga es acaso la duración de la vida?

El árbol se desnuda hoja por hoja: si los hombres contemplan todas las mañanas lo que han perdido el día anterior, conocerían á fondo toda su pobreza.

El hombre no abriga interiormente aversión alguna contra la muerte, y aun experimenta cierto placer en morir. La lámpara que se apaga no padece.

La muerte, en las creencias de los salvajes, es una mujer alta y muy hermosa á quien solo falta el corazón.

Las cenizas de un difunto, sea cual fuere la antigua condición de este, son sagradas. El polvo de los tiranos da lecciones tan interesantes como el de los buenos reyes.

Hay dos puntos de vista desde los cuales la muerte se muestra muy diferente. Desde uno se la ve á la extremidad de la vida, como un fantasma á la de una larga alameda: parece pequeña en lontananza, pero á medida que nos acercamos á ella se agiganta, y el inmenso espectro concluye extendiendo sobre nosotros sus yertas manos, que nos ahogan.

Desde el otro punto de vista, la muerte parece enorme en el fondo de la vida; disminuye, pero á medida que caminamos por ella y próximos ya á tocarla, desaparece. El necio y el sabio, el cobarde y el valiente, el impio y el buen cristiano, el hombre dado á los deleites y el virtuoso, ven pues, de diferente manera la muerte en la perspectiva.

La voz del hombre no se reanima como la del eco: este puede dormir diez siglos en el fondo de un desierto, y responder al punto al viajero que le pregunta, pero el sepulcro jamás responde.

Tú, que diste tu vida y tu muerte por los hombres; tú, que amas á los que lloran, ¡escucha la plegaria del desgraciado que sufre á tu ejemplo! sostén el peso que le abruma, y sé para él el Cirineo que te ayudó á llevar la cruz en el Gólgota!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
FIN. DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



E  
A